Ángela Domínguez · Isabel Bajo

EL CRIMEN de LEÓN

Los 250 pasos hacia la muerte de Isabel Carrasco

Índice

Agradecimientos
Nota a los lectores
Capítulo I. EL CADALSO
Capítulo II. EL ACECHO
Capítulo III. TRAS EL TELÓN
Capítulo IV. EL MIEDO
Capítulo V. LAS MÁSCARAS
Capítulo VI. LA VÍCTIMA
Capítulo VII. LA EJECUCIÓN
Capítulo VIII. LA MUERTE
Capítulo IX. LA INVESTIGACIÓN
Capítulo X. EL ARMA
Capítulo XI. LAS FLORES
Capítulo XII. EL CORO
Final
Apéndice documental
Reconocimiento

A mis padres, Jorge y Manolita, y a mi madre niña, Hortensia,
vivos en mí con la fuerza de un amor infinito.
ÁNGELA DOMÍNGUEZ LÓPEZ-MORUETA

A Juan, mi pareja, que me empuja a remar.
A David, mi hijo, que me ha regalado su vida y es el motor de la mía.
ISABEL BAJO DEL BLANCO

AGRADECIMIENTOS

Gracias...

A Óscar Campillo, mi director y querido cómplice, que de nuevo me abrió las puertas del destino. A Ymelda Navajo, directora de La Esfera de los Libros, por su confianza en mí y a Mónica Liberman, directora literaria, por encauzar con maestría mis palabras. A Antonio Bermejo, por nuestra alianza incólume y a Luisa Castro, por su amparo legal y su cariño en diferido. A Teresa Porto, anclada en mi corazón, y Teresa Bermejo, una rosa de acero. A mis damas Pilar Jorge y Mónica Morgan. A Eloísa Otero, TamTam Press, que me alentó a iniciar este camino. A Mario González, a quien me une la fe en su bondad. A Tomás Rodríguez, mi amigo y mi luz crítica. A Nieves Salgado, por su mirada limpia y azul. A mis compañeras y guerreras en esta y otras batallas, Amparo Martínez, Isabel Barrionuevo, Olga Palacios, Celsa Villanueva, Carmen Moreno. A Eva del Toro y Juanfran, siempre a mi lado. A Manuel Aceituno, por una tarde en La Naya y un reencuentro. A Carmen García-Gallardo, en un largo brindis. A María Lafuente, por su impulso creador. A Mauricio Peña, poeta en la imagen y maestro en el periodismo. A Yolanda Álvarez y Ángel Rodríguez, camaradas de nuestra perdida *Crónica*. A todos mis colegas de *El Mundo*, *La Nueva Crónica*, *Leonoticias*, *ILeón*, *Diario de León*, agencia Ical, y a Ondacero y Luis Cañón, señor director, por su buen trabajo ante este crimen. A Alejandro Sarmiento, por nuestras charlas sobre la vida. A Paco Gómez, por su honestidad. A Matías Llorente, infatigable. A Ángel Villalba, por sus recuerdos. A los programas de Antena 3 *Espejo público* y *Al rojo vivo*, no solo por darme voz, sino sobre todo por permitirme conocer a profesionales que han enriquecido esta obra. Al doctor José Carlos Fuertes Rocañín, por su profundo saber. A la abogada y criminóloga Beatriz de Vicente, por sus sagaces reflexiones. A todas esas personas cuyos nombres no puedo revelar, que me han dado energía para concebir este libro o información para trazar el curso de esta historia.

Y creo que se me olvida alguien... A Morgan, mi pirata, mi rumbo y mi amor.

ÁNGELA DOMÍNGUEZ

Mil gracias…

A Óscar Campillo, director de *Marca*, mi maestro y amigo incondicional, por lo mucho que le debo. A Juan Carlos Suárez-Quiñones, subdelegado del Gobierno en León, buen amigo y hombre de rigor, defensor del derecho que nunca pactó con el delito, por no dejarme caer en la inercia de atender a filtraciones interesadas. A

Emilio Fernández, fiscal jefe de León, por recordarme a cada paso que una investigación no puede ser tosca ni entiende de prisas, no responde a causas innominadas, solo a pruebas precisas. A Mariano de la Torre, director de Instituto de Medicina Legal, por allanarme el camino. A los forenses Manuel Aguirrezabal e Ignacio Alija por sus aclaraciones sobre los términos científicos de la autopsia. A Beatriz de Vicente, criminóloga y profesora, por su desinteresada colaboración y su didáctica exposición sobre el trasfondo del crimen. A Tomás Lorenzana, capitán de la Guardia Civil y exjefe de la Policía Local de León, por su explicación retrospectiva de los acontecimientos que sitúan el nacimiento político de Isabel Carrasco. A Lourdes Manovel, mi buena amiga, por su apoyo y aliento contra viento y marea. A Vicente Olaya, periodista de *El País*, que desde la distancia me alertaba de las noticias que se publicaban del caso y siempre me arranca una sonrisa cuando me persigue el desánimo. A Carlos J. Domínguez, querido compañero, porque sin su ayuda el recorrido de la investigación hubiera sido más largo. A Mauricio Peña, excelente profesional y mejor compañero, por su trabajo, ojo crítico y sentido periodístico. A Javier Calvo, quien no dudó un segundo en ceder la documentación gráfica del medio que dirige. A Peio García, por compartir su trabajo. A los guardias civiles Antonio y Ángel, por ayudarme a interpretar las partes técnicas del sumario. Esta dedicatoria abarca también a profesionales que no puedo citar, todos ellos miembros del Cuerpo Nacional de Policía y de la Policía Local de León, que me permitieron ahondar en los aspectos personales de algunos personajes del caso. Por último, mi agradecimiento a los compañeros de *El Mundo-La Crónica de León* y de otros medios de comunicación que durante tantos años de trabajo conjunto hicieron de mí una periodista.

ISABEL BAJO

Nota a los lectores

Este libro se inició mediado el mes de junio en Quintana Raneros (León) y se concluyó en agosto de 2014 en Zalamea la Real (Huelva). Se lanza al mar llevado por los vientos de la libertad y la lealtad. Libertad en la creación de un relato novelado, con escenas recreadas bajo la tramoya de la ficción, sobre un crimen que aún no ha sido juzgado y se ve inmerso en los claroscuros de una investigación compleja. Lealtad con los hechos conocidos e investigados en el periodo de su redacción, los recuerdos atesorados y las confidencias recopiladas.

Capítulo I

EL CADALSO

Cuatro estampidos silenciaron por un instante la tarde.

Los rumores de un jardín urbano quedaron acallados. Se hizo el vacío.

En esos segundos, que el recuerdo hace infinitos, Elena enmudeció de pánico. El alarido del miedo se le trabó en la garganta con la asfixia de una soga. Miró a su espalda y vio el cuerpo herido sobre la pasarela, percibió una figura enmascarada que pasaba a su lado, sintió un extraño olor y el grito, al fin, rompió sus mandíbulas en un parto de espanto.

Pero aún no es la hora. El día solo ha amanecido.

La pasarela sobre el Bernesga se cimbrea bajo los pasos de los caminantes. Es un latido imperceptible, el movimiento que equilibra el peso de su arco lanzado de este a oeste. El escenario se descubre sereno y, sin embargo, sobre él se representará un drama concebido con impiedad.

En esta tramoya urbana aún vacía de personajes se deja sentir la tensión entre las dos orillas, la poderosa y la aspirante. A un lado, el paseo de la Condesa Sagasta, la calle noble de la ciudad de León. Castaños y prunos han tejido el dosel de un bulevar populoso, que perfila las aguas encauzadas del Bernesga. Al otro, en descenso acusado de nivel y poderío social, el paseo de Salamanca, un antiguo sector fabril y ferroviario trocado por la especulación en densos bloques de vivienda para la clase media. Son paredones de ladrillo visto que codician la fortuna de la otra ribera.

Todo se presenta agradable, pero bajo ese denso maquillaje respira la piel de la conspiración.

Con la luz de la mañana, un fluido humano recorre la pasarela. Seres somnolientos se encaminan hacia las oficinas de la ciudad, las madres arrastran indistintamente la compra y a uniformados escolares, algún anciano errante busca un asiento al sol, la vida rutinaria de una ciudad burguesa sale a escena. Y el puente sigue cabeceando, uniendo el barrio de la buena sociedad con esa suerte de anfiteatro de cientos de ventanas y balcones que, a modo de palcos, la construcción alocada ha dispuesto. Es el proscenio de una obra de desenlace funesto.

Tres mujeres se han citado un día más con la muerte. Solo una verterá su sangre. Aunque la vida de todas quedará truncada este maldito 12 de mayo.

• • •

En la cumbre de la pasarela, se detuvo para contemplar el paisaje. Remontó el curso de los años, evocó su infancia y adolescencia como el hijo mayor del juez de instrucción número 1 de León, criado en las antiguas viviendas de la Audiencia Provincial. Es el 10 de abril de 2011.

Mariano Rajoy Brey, al que las urnas de ese noviembre investirán como el presidente de la décima legislatura, inaugura la nueva sede del Partido Popular en el número 25 del paseo de Salamanca y plantea su abierto desafío al ocupante de La Moncloa, José Luis Rodríguez Zapatero, en su propia tierra, León. Tras los discursos de rigor y la salida al balcón, como preludio triunfal de los comicios locales de aquel mayo, Rajoy quiere cruzar el río y caminar por los jardines de la Condesa hasta el parador de San Marcos, donde se emplaza su supuesto encuentro informal con militantes. La mañana es radiante y la comitiva política desencorbatada, en ese gesto impropio de la derecha, desfila por la pasarela. Todo el peso del poder popular en Castilla y León, ese bastión leal al vuelo de la gaviota, se deja sentir por unos minutos sobre este paso fluvial.

Una mujer camina junto al futuro presidente del Gobierno, le amonesta por sus largas zancadas y bromea sobre su diferente corpulencia.

—¡Que no hay quien te siga, presidente! —le reprocha ella, intentando igualar sus pasos.

—Ánimo, Isabel —entra él al quite—. Ojo, que yo tampoco podría caminar con esos tacones.

Es una secuencia que necesariamente ha de ser risueña ante la presencia impertérrita de las cámaras. A ambos les une la edad, la forja de los opositores; una es inspectora de Hacienda, el otro, registrador de la propiedad; incluso les vinculan los destinos de su vida: Pontevedra y León.

Para llegar a esta primavera, que es antesala del triunfo de noviembre, Rajoy Brey ha tenido que culminar una andadura que se hizo especialmente tormentosa en el congreso nacional del PP en 2008, celebrado en junio en Valencia. Llegó a aquella plaza en una profunda soledad, marcado por el ostracismo de la vieja guardia y el desplante del propio Aznar, que solo cuatro años antes le había nombrado su sucesor. Hasta el último momento hubo de luchar contra quienes, como la presidenta madrileña Esperanza Aguirre, trataban de desbancarle. Pero logró sellar el tiempo del aznarismo y fraguar su propio equipo.

A aquella cita decisiva, acudieron cuarenta y seis compromisarios

de la delegación leonesa, que ya había manifestado su adhesión incondicional al líder frente a quienes propugnaban su relevo inmediato. Gran parte del grupo de delegados de la provincia así como sus invitados se alojaron en el mismo hotel. Todo congreso tiene algo de festivalero, especialmente para quienes nada se juegan en el cónclave político. Entre ellos, como integrantes de esa multitudinaria cuota de militantes-espectadores, figuraban una madre y una hija, Montserrat González y la ingeniera de la Diputación leonesa Triana Martínez. No solo querían estar presentes por la trascendencia política del sínodo y el duelo larvado en la cúspide del partido, sino para lucirse como flamantes miembros de la misma tribu.

Ahora Rajoy cruza la pasarela tranquilo y mira con afecto a Carrasco, la mujer que le dio su apoyo en el momento más crítico, cuando el repudio de su mentor abría el suelo bajo sus pies. Quién podría sospechar que en aquel mismo lugar, en otra primavera electoral y al encuentro de nuevo con Rajoy, de camino hacia ese mitin que no habría de celebrarse en Valladolid, ella seguiría el curso final de la vida. Serían 250 pasos hacia la muerte.

Han pasado tres años de aquellas imágenes que custodia la videoteca. Los augurios se cumplieron y el imperio del PP se extiende como una inmensidad azul. El poder de quienes ese abril de 2011 cruzaron el puente se ha acentuado, las intrigas también y, sin embargo, el lugar sigue siendo apacible, en apariencia.

—Solo una mano disparó el gatillo, ¿pero cuántas otras cargaron ese revólver?

La pregunta queda en el aire sobrecogido de un café de la calle Ancha; proviene de una mujer de mirada azul y limpia, ajena al crimen, pero sabedora, como tantos otros, de esa verdad no pronunciada: el halo de rencor que asediaba a la poderosa Isabel Carrasco.

Han pasado muchos días desde el asesinato, pero su huella perdura en las tertulias de una pequeña urbe que actúa como un organismo colectivo, como una colmena entrelazando relatos y confesiones. Son teselas de un mosaico contempladas por esos ojos multiformes de mosca con los que la ciudad observa. Es un ser colectivo que se comunica en susurros, conoce los rostros que se ocultan tras las máscaras, cómo se tejió la red del odio y qué esconden los silencios que antes clamaban venganzas.

Ha muerto la Reina de Corazones, pero en este cuento, en este país de las maravillas que se hace llamar viejo reino, nunca hubo una inocente Alicia.

Son las 17.16 horas del 12 de mayo. Una gota abandona el cuerpo

herido que la ha liberado, serpentea sobre el raído pavimento, se precipita al vacío que la fracciona en su caída y entrega su intensidad roja y vital a las aguas del río Bernesga. Solo cinco minutos después, aquel breve cuerpo, con el corazón roto y el cerebro reventado, se rendiría. El agua se llevó su sangre.

El mismo río que la vio nacer arrullaría su muerte.

La historia de una vida que brotó el 27 de agosto de 1954 en Santibáñez del Bernesga llegaría a un infame final el 12 de mayo de 2014 sobre ese mismo caudal peregrino.

En un pequeño entramado de casonas de canto rodado y argamasa, junto a las vías del ferrocarril y a las acequias que acopian el agua del Bernesga para preñar los campos, la pequeña Isabel lucía aquel día su vestido de primera comunión y sonreía, casi desafiante, al fotógrafo que había llegado a primera hora a la casa del ferroviario de Santibáñez, el señor Rufino Carrasco.

En la sencillez de aquel lugar de tapias grises, que el tiempo matizó hacia ocres en la fotografía, no parecía una niña, sino un remedo de pequeña emperatriz. Era casi un simulacro de la Sissi que unos años antes Romy Schneider había plasmado en el cine en una saga acaramelada que edulcoró a varias generaciones de niñas en el romanticismo de la mentira. Un tocado, a modo de corona, distribuía el velo; gruesas trenzas escoltaban el semblante infantil; enaguas almidonadas con esmero lanzaban la falda ingrávida sobre el sucinto talle.

—Vamos, estate quieta y mira a la cámara con cara de devoción. Debes cruzar las manos y sostener el rosario, como si rezaras —se empeñaba el fotógrafo frente a su revoltosa modelo, que no paraba de deleitarse en su vestido y girar sobre sí misma para que el aire expandiera el vuelo de su inmaculada falda.

Por fin se avino a las indicaciones del retratista, pero la pretendida imagen de inocencia y fervor resultaba impostada. Esa niña mostraba la mirada altiva de una muñeca que aquella mañana se sabía hermosa.

El tiempo puede enturbiar los ojos, pero difícilmente apagar su brillo de arrogancia.

—Solo tengo esta foto —soltó expeditiva, como siempre, al mostrar la antigua imagen extraída en un movimiento rápido, casi pudoroso, de un álbum familiar.

—Vaya, es simpática… pero necesitaríamos alguna más. Ya sabes que el reportaje tiene un componente muy personal y biográfico.

Silencio por respuesta, mientras la mirada se desvía al vacío con desdén.

—¿No tienes alguna más de tu niñez?

Inútil insistencia.

—De mi infancia no hay más —cortó en un tono inapelable.

Aquella niña había sido el preámbulo de una mujer finalmente entronizada. Ya no era una pequeña emperatriz que simulaba su devoción, aunque quizá sí era una reedición burlesca de aquella otra Isabel, también poderosa, también obsesionada por su belleza y también asesinada junto al lago Lemán.

Era una mujer tan breve en su fisonomía como grande en su ambición. Se había fraguado a golpe de inteligencia una carrera profesional deslumbrante y, en franca lucha con los elementos, una trayectoria política y profesional inquietante. Sus años de infancia quedaban perdidos en un limbo de escasos recuerdos y someras confesiones, como si casi nada de aquel tiempo hubiera existido.

La hija del ferroviario, educada en una escuela nacional distribuida por sexos que no por edades, dotada de una mente ávida de saber, se había alejado de su niñez siguiendo el curso del río y arrojando a su cauce cualquier retazo de nostalgia. Desterrada de esa verdadera patria que es la infancia, pretendió construir su propio destino. Vano desafío. Quizá nuestra historia no esté escrita de antemano, pero los pasos dados perduran. Son las huellas que finalmente nos delatan.

Apenas restan unos días para las urnas del 22 de mayo de 2011 y León se erige como un bastión estratégico para las dos grandes siglas políticas. De un lado, es la fortaleza patria del socialismo cándido de Zapatero, ya desvirgado por una crisis indomable que predice un vuelco electoral. Por otro, es la ofrenda con la que Isabel Carrasco quiere distinguirse ante Rajoy en la antesala de una nueva legislatura nacional.

En la flamante sede del paseo de Salamanca, que luce la bruñida placa inaugural descubierta un mes antes, cerca de esa misma pasarela que enlaza el curso escénico de esta historia, la presidenta del PP y candidata a la Diputación Provincial contesta acomodada en su despacho a la última entrevista de la campaña municipal. La conversación está llegando a su fin, tan solo resta el típico cuestionario personal. De nuevo, la infancia.

—Tu historia siempre empieza en la Universidad de Valladolid, sabemos que eres de un pueblo del cauce alto del río Bernesga y casi poco más.

—Pues ya vas servida —replica altiva, resistiéndose una vez más a rememorar su vida.

—No, no, no… en esta entrevista debes contestar a un

cuestionario personal, Isabel. Igual que todos los candidatos.

Hace un mohín de aburrimiento, pero transige, mientras recoloca los papeles que tiene sobre la mesa en un gesto de palmaria indiferencia.

—¿Qué recuerdas de tu infancia?

Se retira un mechón de pelo de la cara y lo acomoda tras la oreja, para medio segundo después liberarlo y devolverlo al rostro. Baja la mirada, no es humildad, es un movimiento previo a la embestida y responde:

—La infancia puede ser bonita… ¡Claro! Es lo que se dice siempre. Lo dirán todos, ¿no? Pero también es cruel, ¡eh! Los niños son crueles y a mí siempre me trataron mal. Yo era demasiado pequeña y demasiado lista, la más lista de la escuela, y era fácil que se burlaran… Pero, ya ves, a todos esos les gané y a otros más… Y eso sí, con esfuerzo, estudio y trabajo, que a mí nadie me ha regalado nada, querida —habla con una soberbia que apenas oculta un rastro de dolor.

Es una confesión ácida, que sin desvelar demasiado, con el pudor de la ofensa recibida, sí destila una rabia enraizada en lo más hondo de su ser, extraordinariamente útil para enzarzarse en la batalla política y legitimar así su despótico ejercicio del poder, el que emana de esa soberanía delegada por las urnas, pero también por la cobardía de sus contrincantes.

Ya no es el pueblo de Santibáñez, tan cerca y tan lejos de la clasista ciudad de León. Ya no ve desde un andén desfilar los trenes hacia el norte y el sur, sin reparar en la figura de la hija del ferroviario. Ya no recorre el cauce salvaje del Bernesga, entre las choperas sobre playas de cantos rodados. Ahora el río se encauza ante su mirada, es urbano y señorial, discurre a los pies de su casa en el elegante paseo de la Condesa y se deja contemplar desde su despacho, con balcón triunfal, en la nueva sede del Partido Popular.

Su mente vivaz la condujo a la facultad de derecho de la Universidad de Valladolid. Nada más licenciarse afrontó uno de los más duros desafíos, las oposiciones a inspectores de Hacienda. En 1980, con veinticinco años, la licenciada Carrasco Lorenzo era ya inspectora. Su primer destino profesional es Vigo. Un año después, en 1981, recala en la Inspección de León, donde asciende al grado de jefa de la unidad de Inspección. Pero su objetivo aún no se ha cumplido. Tiempo después alcanza la élite de su trayectoria profesional como miembro del Cuerpo Superior de Inspectores Financieros y Tributarios. No quedan más escalones profesionales, ha llegado a la cumbre tras un proceso eliminatorio sobre un temario escalofriante de derecho

constitucional y administrativo, hacienda pública y sistema financiero.

Sobre el papel de ese título que reposa en la pared, todo se reduce a una gesta notable y muy bien remunerada. Pocos saben la renuncia que entraña ese tiempo perdido. El cautiverio larvado de un opositor, eremita ante sus libros, sometido al esfuerzo triangular de comprender, memorizar y cantar temas ante su preparador en una sucesión permanente de horas y días. En las regias salas de los tribunales, bajo la mirada cansina del jurado, ellos parecen figuras patéticas. Desfilan jóvenes vestidos de viejos, con los mismos trajes que repiten año tras año y en cuyos forros alguna tía abuela ha escondido la estampita de un santo protector. Deambulan por los pasillos a la espera de escuchar su nombre. En el silencio, algún murmullo nervioso y la presencia opaca del miedo. De la oscura bolsa deben extraer las bolas con los números de los temas a exponer. Hay algo siniestro en esa elección por azar de su destino. El opositor, de alguna manera, siempre muere por su propia mano. A veces, surge la luz del éxito; muchas otras, la oscuridad del fracaso. Es una suerte no siempre pareja al esfuerzo desarrollado. Y cuando se apagan los ecos del triunfo y las lágrimas alborozadas de la familia se han secado, se miran al espejo y se sienten más que cansados, caducos; hojean el calendario para inventariar el tiempo transcurrido y, finalmente, descubren el precio que han pagado.

Todos salen con rabia de este tránsito, y en la joven Isabel, el triunfo se hizo ansia de poder. Y el poder germinó en vida.

Aquel julio de 1980 nacería su única hija, Loreto Rodríguez Carrasco, en Madrid. Era el fruto esperado de su matrimonio con José Luis Rodríguez, un compañero de instituto. Pero la pareja no funcionó. La imagen de ese esposo se difumina como una sombra imprecisa tras la poderosa mujer que ya se gestaba en el interior de Isabel.

—Ella, en la cercanía, era una persona agradable, muy pizpireta, inquieta, procaz e incluso muy divertida… Siempre había de ser la protagonista, eso sí, de todo. Pero también tenía un genio indomable. Recuerdo que incluso el día de su boda estuvo enfadada. Aunque también es normal, a toda novia le pueden los nervios. —Es el comentario de una amiga de la familia que conoce bien a las cuatro hermanas Carrasco, Rosa Fernanda, Isabel, María Belén y Miluca.

En la casa de Isabel, las fotografías de Loreto de niña y de mayor descansan en la mesita junto al sofá. La luz del balcón, enclaustrado en una galería de madera, cae sobre ese rincón del salón e ilumina los marcos de plata, que encuadran momentos felices.

—Se parece mucho a ti.

—¿Tú crees?

—Es tu viva imagen.

Una niña morena, de ojos grandes, mirada firme y sonrisa plena.

Isabel sonríe y niega, aunque en verdad se siente complacida. Coge el retrato de la mesita, lo mira con adoración y, mientras lo sostiene en sus manos, comenta:

—No, es mejor que yo. Y ya no es esta niña que ves aquí, sino toda una mujer. Bueno —concede—, yo creo que Loreto tiene lo mejor de mí, lo mejor. Es veterinaria en Madrid, trabaja en un hospital de becaria por cuatro duros para aprender bien la clínica. Y no quiere saber nada de León, ni de los líos políticos que me traigo. ¡Pobre hija mía! Además, nadie la gobierna, ¿eh? Realmente es que ya no me hace ni caso, porque es como yo. No, mejor que yo —asevera.

Y es que la energía de Isabel forjó las alas de Loreto, la hizo libre de su propia madre y de ese reino fallido que es León.

Al solapar los tiempos como hojas de papel, nueve meses antes del nacimiento de Loreto, si acaso cuando ella simplemente era una semilla en el vientre de Isabel, en octubre de 1979, otra niña llegaba al mundo. Una joven madre de veinticuatro años alumbraba en el pueblo leonés de Carrizo de la Ribera (mil novecientos habitantes) a la que también sería su única hija. Lo que en una niña germinó como energía y libertad en la otra fue simiente de debilidad y dependencia. Montserrat Triana Martínez González habría de ser tres décadas después la obra culminada de su propia madre, pero, en este caso, sería lo peor de ella misma.

—Ángel María, dale a la palanca, por favor.

Más que una petición es una orden.

El jefe de prensa desaparece por un instante debajo de la mesa y, como por ensalmo, la silla de la primera delegada territorial de la Junta de Castilla y León se eleva y su figura emerge sobre el tablero barnizado que antes casi ocultaba su presencia.

—¡Qué adelantos! Así se me ve, ¿verdad? —comenta, riéndose de sí misma y al tiempo enmudeciendo con la mirada cualquier otro comentario que pudiera partir de los periodistas citados a esa rueda de prensa.

Pero nada cómico ni simpático aguardaba a la delegada territorial en su primer año.

1987 es un tiempo airado que fortalecerá a algunos de sus protagonistas y deformará para siempre a otros. Las reformas legislativas, las demandas salariales y el acoplamiento de España a la Comunidad Europea desatan convulsiones. La agitación social toma las calles, en las que estudiantes, agricultores, trabajadores del metal, mineros y médicos se suceden en huelgas, manifestaciones,

tractoradas y altercados. El incipiente poder de la Junta es esgrimido en León por una inspectora de Hacienda recién estrenada en política y en un escenario feroz.

Un joven presidente autonómico, José María Aznar, la designa para ocupar un puesto de nuevo cuño. Las delegaciones territoriales de la Junta en cada provincia pretenden tejer una férrea red de control administrativo en la región más extensa de Europa. El concepto centralista de la comunidad del primer Gobierno conservador aviva aún más la llama de la insurrección leonesista que ya incendia a la capital, e incluso sirve de estímulo al hecho diferencial que aflora en la comarca de El Bierzo. León es el territorio rebelde por excelencia frente a ese matrimonio de conveniencia con Castilla, ratificado por sentencia del Constitucional en septiembre de 1984 y concebido dentro de ese Estado autonómico cuyo artífice fue, entre otros, un leonés, el ministro de la UCD Rodolfo Martín Villa.

«¡Bandidos, traidores, hijos de puta, chaqueteros!». Es el grito de una masa enfebrecida y apostada a las puertas del ayuntamiento de León.

Entre patadas, a huevazos, en medio de insultos y golpes, ocultándose torpemente tras los escudos de los policías, que poco o nada podían hacer ante los furiosos manifestantes agolpados en la plaza consistorial durante horas, el nuevo alcalde, José Luis Díaz Villarig (AP), estrenaba en junio de 1987 su mandato. Era la humillante salida con la que se ponía fin a interminables horas de asedio al ayuntamiento, en cuyo salón de plenos se había consumado por primera vez en la historia de la democracia española la alianza de todos contra uno. El denominado «pacto cívico» o «pacto del odio», según el prisma de los contrincantes en liza, pasaría a la casuística política nacional como «pacto a la leonesa», urdido para derrocar al vencedor electoral, el caudillista e independiente Juan Morano, al que las urnas habían legitimado para un segundo mandato en minoría. España aún era ingenua en política.

La furia ciudadana que secuestró al nuevo Gobierno aquella mañana era la reacción a la tricípite alianza entre AP, PSOE y CDS. Los cuatro concejales conservadores habían suscrito un acuerdo a cambio de la alcaldía, en contra de la voluntad del propio Aznar pero sí instigados por el presidente aliancista local, Mario Amilivia. Era un joven dirigente socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, el que había maquinado la operación, la demencial entrega de los nueve votos del PSOE al candidato de AP. Y como tercer aliado necesario, el CDS, la moribunda secuela de la UCD de Adolfo Suárez dirigida en León por Luis Aznar —sin parentesco con el presidente autonómico— , que

aportaba a la conjura sus dos ediles.

Bajo la bandera rebelde del «León solo», el abogado Juan Morano, fluctuante aliado de AP en el primer mandato democrático, había atesorado un capital de votos que le hacía imbatible y había planteado su abierta hostilidad a esa comunidad copulativa que personificaban Aznar, como presidente regional, y Carrasco, como su representante en León.

La novísima superdelegada de Aznar, aquella Isabelita de treinta y dos años, no solo tenía la orden de romper ese engendro político que fracturaba a su partido, lo convertía en un alfeñique en manos de Morano e implicaba un franco desacato al presidente regional, sino que además debía restaurar la paz y atraer hacia sus siglas a ese leonesismo de esencia conservadora que suponía una sangría de votos para la zozobrante Alianza Popular.

La estrategia era obvia: gestar traidores. El precio a ofrecer también: más poder. El proceso: la inevitable conspiración para quebrar esa inestable alianza triangular, que sucumbiría al año siguiente.

En la noche del 30 de junio, horas después de que las puertas del consistorio, cimentado sobre los pilares del antiguo Teatro Principal con alma de tragicomedia, se cerraran vejadas por el pueblo, unos individuos no identificados intentan incendiar la vivienda del concejal de AP Miguel Pérez Villar, llamado semanas después a ser el poderoso consejero de Economía y Hacienda en el primer Gobierno regional de Aznar. La gasolina prendida sobre la puerta del garaje del chalé produjo una gran llamarada que, por fortuna, hizo saltar las alarmas contraincendios de la urbanización. Alguien, un testigo ocasional, pudo memorizar algunos números, no todos, de la matrícula del coche en el que huyeron los agresores. Esas cifras, pese a coincidir en parte con las de un vehículo de la caravana electoral moranista, resultaban insuficientes para su plena identificación. Las diligencias policiales fueron archivadas por falta de pruebas. De esa noche desaforada, no queda más que una reseña en la prensa local. Los acontecimientos se suceden en una vertiginosa espiral de locura.

Y es que aquel 1987 se presenta como un borrascoso escenario en el que dos de los hombres que estarían llamados años más tarde a sucederse en la presidencia del Gobierno de España, Aznar (1996-2000 y 2000-2004) y Zapatero (2004-2008 y 2008-2011), cruzaron sus caminos en el episodio más turbulento de la historia de León. Para ellos fue un campo de pruebas, en el que se batieron con la crudeza que imponían los tiempos. Se ejercitaron en estos tremebundos desafíos, ensayaron tácticas insospechadas, se aliaron

con dios y con el diablo, y evolucionaron sobre sus pasos hacia la cúspide del poder. En ella, sin embargo, no hubo tránsito hacia el pragmatismo y la mesura, sino que quedó marcada como una implacable combatiente.

Su perfil político no se traza con las líneas elegantemente falseadas de la ambición o la estrategia, de la guerra y los armisticios, donde amigos y enemigos son capítulos ocasionales e intercambiables en este carrusel oscilante de la política. No, Isabel Carrasco se presenta, por el contrario, como un personaje abrupto, tallado a hachazos y plagado de hirientes aristas.

En los primeros números de la Condesa, en unas oficinas de entreplanta que sirven como provisional sede a la nueva institución de la Junta en León, la superdelegada vive aquella tumultuosa época. La palanca de la silla que la ha izado para hacerla más visible también convierte en mucho más inestable su recién estrenado cargo.

A pocos kilómetros al sur de la agitada ciudad, en el parsimonioso estiaje de la Ribera, una niña de ocho años de gesto dulce descubre la libertad de vivir en el pueblo, el sol de León que deseca el invierno húmedo de Asturias, las horas interminables de juego, pese a su escoliosis, los ardides para escapar del control de esa madre joven y de esa paciente abuela. Triana ignora su destino, ni imagina que una ferocidad y una insidia similares a las que aquel verano de 1987 asolan León envenenarán su propia historia.

En 1988, el pacto cívico se rompe, por imperio de Aznar, quien ha logrado la lealtad doblegada del moranismo. Zapatero, fecundo en alianzas, aglutina sobre sí la fuerza de las facciones socialistas más indómitas e inicia una larga secuencia de poder orgánico que solo concluiría con el congreso federal del año 2000 al alzarse con la secretaría general del partido. En 1989, Morano esgrime de nuevo el bastón de mando municipal bajo las siglas conservadoras. Aznar ya aleja su mirada de la rocambolesca política leonesa, la presidencia nacional del PP legada directamente por Manuel Fraga le aguarda con apenas treinta y seis años; Jesús Posada le sucede en Castilla y León. En 1990, las guerras fratricidas se encadenan en el seno del PP. Un nuevo bastión emerge: es Caja España, la fusión de cinco cajas regionales que convergen en León hacia una única entidad para ocupar la décima posición financiera del país. En 1991, el escándalo de las subvenciones mineras concedidas ilegalmente por la Junta llega a los tribunales; el que fuera el más poderoso consejero de Aznar, Miguel Pérez Villar, cargará con todo el peso de la culpa y con ocho años de inhabilitación, pero su silencio tiene un precio. Juan José Lucas es el tercer presidente conservador de la Junta. Morano suma

una nueva investidura municipal y solo dos años después, en 1993, también un escaño del PP en el Congreso de los Diputados. El insumergible regidor, que ya se iniciaba como parlamentario vitalicio, y el ingenuo pactista Zapatero rubrican otra alianza, ahora se llama «pacto por León» y obedece a la pretensión de aglutinar esfuerzos para salvar a la provincia de su letargo económico.

Esta sucesión de años y de hechos da cuenta del alma rocambolesca que enriquece, cuando no extravía, a la política en León. Este juego de tahúres, donde los enemigos se trastocan en aliados no exentos de otra sorpresiva sedición, se escenifica ante la delegada territorial Isabel Carrasco (1987-1991). Forma parte de su aprendizaje en la supervivencia y el cinismo del poder.

España está engendrando su propia clase política, la heredera bastarda de las ideologías de la Transición, y asentando los pilares de la partidocracia como solemne mausoleo de la democracia.

La instantánea de 2014 ofrece a muchos de estos personajes de 1987 otros papeles. José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero exhiben ya el armiño de los expresidentes del Gobierno. Morano culmina su largo periplo de parlamentario con el repudio a las siglas del PP, que desde 1989 le han mantenido en alguna de las dos grandes Cámaras; el ahora senador se ha hecho independiente uniendo el principio y el fin de su carrera política. Luis Aznar —el no pariente— ocupa un escaño conservador en el Senado. Mario Amilivia, rescatado de la torpeza que le martirizó como «el alcalde de la gomina», es el presidente del Consejo Consultivo de Castilla y León. El otorrino José Luis Díaz Villarig, el alcalde investido a patadas en 1987, se erige por enésimo mandato como especulativo dirigente del sindicato médico de la comunidad. Algo más rezagada en este presente inmediato queda la figura de Miguel Pérez Villar; el exsenador y consejero de Economía con Aznar, condenado por el Tribunal Supremo en 1995 por la ilegal concesión de subvenciones mineras por importe de 151 millones de pesetas, vuelve a la palestra en 1999 como el empresario agraciado con una controvertida ayuda de 45 millones de pesetas entregada por el Ministerio de Industria del Gobierno del propio Aznar; luego su rastro se pierde en meandros informativos que le vinculan a la irregular financiación del Partido Popular por el empresario encarcelado De la Rosa.

El carrusel del poder, del destino y de dios prosigue su circular cabalgada, en esa suerte de lotería babilónica que refiere el mejor contador de historias, Jorge Luis Borges. Mientras otros se han erigido sobre sus caballos enjaezados de cartón piedra, Isabel Carrasco poseyó y perdió los dominios que la proyectaban sobre la inmensidad de

Castilla y León y la acercaban a la villa y corte de Madrid. Acarició esos horizontes, pero quedó encerrada en el que fuera el viejo reino del norte, sobre el que pesa la pasión de la política y el estigma de la traición. Erigió un poder casi sin límites, pero al tiempo fue presa de su trono. Quienes permitieron su gobierno omnímodo, también la encastillaron en su propia jaula. Sus caminos quedaron sellados, ni siquiera culminó el trazado breve de aquel puente sobre el río.

La pasarela se bambolea. Un peso invisible, el de una sociedad hastiada, colapsa la resistencia de sus pilares. El río emite un aliento cálido y húmedo de animal cansado. Nubes altas velan el azul de esta extraña tarde de mayo. Al oeste se presagia tormenta y un sol glauco ilumina la escena sin sombras de un cadalso solitario.

Entre los árboles, junto al río, dos figuras acechan.

Capítulo II

EL ACECHO

«Es necesario, es un deber, ha de morir, es una perra mala…».

En la umbría de una tarde de bochorno, una mujer acecha bajo la arboleda de castaños y recita un mantra obsesivo que le insufla energía y ciega su mente. «Es necesario, es un deber, ha de morir, es una perra…».

Como un cigoto de maldad que aletea rabioso en su maduro vientre, Montserrat González Fernández ha sabido gestar pacientemente su venganza, con la precisión y la frialdad de una madre depredadora. Su nueva criatura, el odio, es mucho más poderosa que la cría que arrastra tras de sí para adiestrarla en la caza humana. El nuevo ser golpea sus entrañas, ya viejas para concebir la vida, pero no para preñarse de muerte. Puja por ser alumbrado, ansía espolear los gritos de horror y romper sobre las aguas del Bernesga su aberrante cuerpo de sangre fría.

Una luz agrisada difumina las sombras, el sopor aventura nubes negras hacia el oeste. Montserrat, de cincuenta y nueve años, lleva de nuevo consigo a Triana, la dulce joven pervertida hacia la ira, la cría herida a la que ha de mostrar el coraje de su casta.

Aguardan un día más en el paseo de la Condesa. Siguen la rutina de una trama orquestada durante los últimos dos años con una normalidad cínica, como si el asesinato se hubiera instalado en su agenda al igual que la compra de los sábados, la visita semanal a la peluquería o las salidas de vinos y copas que ya las hacían reconocibles, familiares en la noche leonesa.

Su cotidiana presencia en el bulevar ha alertado a una vecina del edificio número 34 de la Condesa, en cuyo primer piso reside Isabel Carrasco. Montserrat no puede olvidar el episodio vivido meses atrás, cuando aquella mujer la interpeló una tarde de marzo. Casi se sintió descubierta.

—¿Le pasa algo? La suelo ver mucho por aquí.

La desconocida había salido por sorpresa del portal 34 y se había dirigido directamente a la mujer que llevaba semanas observando desde su ventana. Le inquietaba su persistente presencia a última hora de la tarde, a veces acompañada de otra persona «más delgada». La había visto aguardar un día tras otro entre los árboles del paseo y merodear en las inmediaciones de su edificio. Había algo extraño en su forma de caminar medio escondida entre los castaños, inclinando hacia dentro uno de sus pies. También era raro su atuendo, con gorro

oscuro y una bufanda-braga que le ocultaba parte del rostro. Ella sabía que ser vecina de Carrasco implicaba ciertas cautelas de seguridad, pero aquella mujer con aire siniestro no encajaba en el papel de escolta.

—Le digo que me extraña mucho verla casi todas las tardes, al menos desde hace tres meses, por los alrededores de mi edificio —le repitió escamada e intemperante.

—No la entiendo, señora. Yo simplemente espero a alguien.

La respuesta no le pareció convincente. Percibió su nerviosismo y decidió acabar de una vez por todas.

—Mire, si es policía, pues muy bien. No hay problema, no pasa nada. Pero si no, tendré que llamar a comisaría. ¿Lo ha entendido?

Montserrat se encogió de hombros y se dio media vuelta. Aquellas llamadas al Cuerpo Nacional y, por derivación, al Local no dieron ningún fruto ni siquiera disuasorio. Pasear por la Condesa y sus inmediaciones no suponía delito alguno. ¿Qué tenía de malo que madre e hija fueran asiduas a ese jardín y que hubieran elegido el tramo próximo a la pasarela como su lugar preferido para dejar pasar las horas…? Nada, en apariencia.

Ese episodio la hizo ser algo más precavida, pero solo eso, porque nada podía hacerla desistir de su sangriento empeño.

Montserrat agarra con fuerza su bolso, la bandolera sobre la que reposa el revólver marca Forja Taurus calibre 38. Su escorado peso le da seguridad, le recuerda su misión vital, es su fiel acompañante en los últimos tiempos y le hace sentirse íntimamente poderosa. Como nunca antes. Una sonrisa ladeada se refleja en su boca.

Sabe que su atuendo resulta algo estrambótico en una tarde cálida, aunque es el uniforme idóneo para su objetivo. Lleva una gorra negra preparada en el bolso junto con un par de guantes de piel, unas gafas Ray Ban ocultan su mirada, el pañuelo negro y blanco volteado sobre el cuello le permitirá luego enmascarar sus facciones y, finalmente, un gabán Hugo Boss la envuelve. En la última semana, la persecución se ha acentuado.

Ninguno de sus gestos pasan inadvertidos para Triana, que lee en la cara de su madre y en su cuerpo, sin apenas cruzar palabras, las órdenes a cumplir. La joven es cada vez más dependiente de esa mujer que alimenta su vida y su alma, como si el cordón umbilical que las unió nunca que se hubiera roto y siguiera, seco y podrido, enlazándolas treinta y cuatro años después.

Un paseante asiduo de las tardes de la Condesa detiene por un momento su mirada en las mujeres, cree haberlas visto antes por allí y busca, como todos los solitarios, una señal de complicidad que le

invite al saludo. Pero no recibe respuesta. Ellas parecen ajenas al suave entorno que las envuelve. Para él es un jardín en primavera; para ellas, un patíbulo.

«Es necesario, es un deber, ha de morir, es una perra mala…», sigue repitiendo su mente.

Ironía del destino. El mismo insulto que Montserrat acuna aquella tarde en una cadencia de nana obsesiva, lo oirá pocos días después en la voz desgañitada de las gentes que rodearán la comisaría de León.

—¡Perra asesina! ¡Te vas a pudrir en la cárcel! ¡Perra!

• • •

Han estudiado los tres escenarios posibles del asesinato, que trazan un triángulo escaleno sobre el mapa de la ciudad: el renacentista palacio de los Guzmanes que alberga a la Diputación Provincial; la sede del Partido Popular, en la margen derecha del Bernesga, en paralelo al paseo de la Condesa; y la vivienda de su presa, en el número 34 de la Condesa.

El palacio resulta inexpugnable, la seguridad se ha incrementado; Triana es conocida por haber trabajado en las oficinas durante los últimos cuatro años, el entorno es peatonal y en exceso populoso. Descartado.

Tampoco acechar ante el partido es una estrategia correcta. La sede está dotada de videocámaras de vigilancia; alguien podría reconocerlas como militantes y además es un lugar que la presidenta visita poco, aunque —y el dato no es baladí— suele acudir cada tarde de lunes. Casi descartado.

Solo resta su domicilio, y es el enclave perfecto para la emboscada. Ante él, un paseo que las encubre entre la vegetación y los caminantes. Es el único punto, en la frenética agenda de la presidenta, al que acude o del que se va con un ritmo más o menos metódico y, sobre todo, es el lugar del que puede salir en alguna ocasión a solas. Ha de ser vulnerable y, paradójicamente, a las puertas o en las cercanías de su casa, Isabel Carrasco se siente, por el contrario, segura. Elegido.

—¿Estás lista ya? ¿Nos vamos ya?

—Espera, mamá, voy a ver si funcionan bien los teléfonos.

Y Triana activa uno de sus teléfonos y se hace una llamada perdida de comprobación de un segundo desde su iPhone al Nokia 100 con tarjeta de Vodafone, el que utilizará aquella tarde y que, por fortuna, no figura a su nombre sino al de un chico de Carrizo que desde hace unos meses trabaja en Alemania. Una estrategia más de confusión. Son las 16.37 horas, cuando la antena situada en el edificio Europa, enfrente de la vivienda de las mujeres, registra una llamada

infructuosa, sin comunicación y de un segundo nada más entre ambos números.

En tanto, Montserrat echa un vistazo escrutador al salón de la vivienda. Recoloca algunos objetos en su sitio, alisa con la mano algunas arrugas del sofá y comprueba que los cajones del mueble estén perfectamente cerrados. «Sí, todo parece en orden», piensa mientras realiza una última inspección visual. El gesto es natural en una señora instruida en las labores de casa, pero en ella, la correcta apariencia del piso que deja tras de sí no es una manía, sino una cautela.

—Todo funciona bien. Podemos irnos cuando quieras… —le avisa Triana, encaminándose hacia la puerta.

Cada una coge su bolso y revisan que llevan todo lo necesario. Triana porta uno grande y negro de loneta, que le ha dejado meses atrás su amiga Raquel Gago, y donde se lee la marca Fornarina. Montserrat, uno más pequeño y algo pesado, una bandolera.

Pocos minutos antes de las 17.00 horas del día 12 de mayo, algún vecino las vio salir de su domicilio en su inconfundible Mercedes LSK 200, deportivo, biplaza. Pese a su ostentosa presencia burguesa, en la que el coche era un adorado icono, componían una extraña pareja para muchos de los residentes del número 1 de la calle Cruz Roja, de León. La relación resultaba demasiado estrecha, insólita para la edad de la chica. Y los incidentes sucedidos durante la presidencia de la comunidad, que asumió Triana hasta hacía tres meses, habían creado un aire de recelo hacia las ocupantes del ático abuhardillado de sesenta metros situado en la cuarta planta. Ya se había comentado el sospechoso olor a marihuana que provenía de aquel piso; unas emanaciones que resultaban aún más escandalosas por su condición de mujer e hija del inspector jefe de la Policía Nacional en Astorga. La soberbia con la que Triana había negado a un vecino las llaves de espacios comunes e incluso la ilegalidad, habitualmente consentida, de trucar un bajo cubierta, que debía servir de trastero, como vivienda las estaba convirtiendo en vecinas incómodas. Pero todo se limitaba a eso, a simples problemas de convivencia.

—¿Cómo iba a suponer yo hacia dónde se dirigían aquella tarde en su formidable coche? Como si todo fuera normal… —Y el vecino deja la frase inacabada con gesto de estupor.

Minutos después, el deportivo recorre la Gran Vía de San Marcos hacia el corazón de la ciudad. En la manzana anterior a la radial plaza Circular, muy cerca de la pastelería Fuensanta y justo en el chaflán opuesto a la vetusta sede de UGT y CC.OO., el vehículo queda estacionado con su preceptivo tique de la ORA. Son las 16.52 horas.

Este punto es un cruce enmarañado de tráfico rodado y peatones, en el que operan cuatro semáforos que, de forma paradójica, hacen especialmente complicada una rápida maniobra de huida. No, o Triana aparca con inusitada torpeza, impropia del vil propósito que se habían fijado, o su camuflaje la obliga a una premeditada normalidad, sin precipitadas fugas. En paralelo a la Gran Vía de San Marcos, tras sortear una trama perpendicular de calles más angostas, discurre el paseo de la Condesa Sagasta. Y es allí donde está su objetivo.

Es un nuevo ensayo del crimen, no saben con certeza que será hoy cuando habrán de representar el acto final. Aguardan a que la fortuna les sonría con una mueca de horror.

Los preparativos de la obra coral que habrá de escenificarse han sido dispuestos. Pero la suerte burlesca a las homicidas también ha incluido un gravísimo error escénico.

No es casual que el vehículo haya sido estacionado cerca de la confitería Fuensanta, ya que se ha convertido en las últimas semanas en un establecimiento de asidua presencia. Visitarlo juntas después será un acto de adiestrada impostura, mientras la agitación de los hechos que habrán de ocurrir se disipa. O quizá ni sea necesario buscar un refugio para su superchería, en la semana anterior se han dejado caer por la conocida pastelería al menos en cuatro ocasiones. Y no solo para endulzar sus reiterados fracasos de hembras al acecho, sino también para implantar en sus potenciales testigos una coartada de normalidad.

Si en una hipotética búsqueda del asesino algún policía preguntara por ellas: «¿Y a estas señoras, las conocen?», las dependientas de Fuensanta podrían responder: «Son clientas habituales, asiduas de la casa, vienen muy a menudo, casi siempre por la tarde».

Y si el investigador insistiera: «¿Vinieron ese día?», quizá contestarían: «No sé decirle, yo diría que sí… Creo recordar que sí. Van vestidas igual. Además, son señoras de buena condición social, gente bien».

Su reiterada vestimenta, Montserrat de oscuro, Triana de blanco, podría favorecer la confusión. Y ellas no eran ajenas a esas tácticas delictivas. Tantos años de convivencia con un inspector de policía dejan su rastro. Aquellas conversaciones de sobremesa en las que Pablo Antonio Martínez narraba sus batallas diarias, sin pretenderlo, las instruyeron.

—No doy crédito. Eran señoras muy educadas y bien vestidas. Su trato era normal, agradable —referiría días después Patricia, la dueña del establecimiento—. A veces compraban dulces, pastas o algún

regalo, y otras se limitaban a mirar, preguntaban por algún producto o quedaban para venir otro día…

—¿Nada inusual? —le pregunta la entrevistadora.

—Bueno, es cierto que nos extrañó que acudieran tantos días en la última semana, pero bueno… Nuestra pastelería es muy conocida, es de toda la vida de León y, gracias a Dios, sale y entra mucha gente cada día —responde a las cámaras de televisión, aún conmocionada por la enmascarada frialdad de las homicidas.

Las imágenes de dos mujeres, una siempre ataviada con prendas oscuras y la otra en tonos claros, han quedado recogidas por la videocámara de la dulcería en la semana anterior al lunes 12 de mayo; incluso en la tarde fatídica, minutos después de la ejecución, un perfil similar al de Triana es captado por la cámara pasando sin detenerse ante la fachada de Fuensanta.

A muy pocos metros del establecimiento y mientras las sirenas ensordecen la ciudad, otra escena no planeada se desarrolla.

—¡No sé de qué me habla usted! —le espeta Montserrat al agente local que pretende identificarla. Ella está sentada en el asiento del copiloto del Mercedes y un hombre desconocido de rostro desencajado ha detenido a un coche patrulla y la acusa a voz en grito.

—¡Esa es la mujer, esa es la mujer! ¡Deténgala! —apremia el desconocido, señalándola con el brazo extendido.

El hombre, que lleva una gorra blanca, se muestra temeroso, mantiene la distancia.

—Tenga cuidado. Ha disparado, lleva un arma en el bolso —avisa el testigo al oficial.

El policía, prevenido, se dirige a la mujer:

—Ponga las manos donde pueda verlas, señora. Y baje del coche despacio…

Ella mantiene la calma y una paciente indignación. No conduce y además huir sería un error, su propia delación. La normalidad, la dignidad, su posición social, el ser quien es la protegen. Al menos, eso cree.

Un segundo testigo más azorado, con el rostro encendido por haber corrido pese a su edad, llega al lugar y avala el testimonio del primer acusador.

—Están ustedes locos. Pero qué dicen esos hombres. Ustedes no saben quién soy yo —replica con serenidad Montserrat, sin querer apearse del vehículo y a sabiendas de que el policía se siente confundido—. Verá, yo soy la mujer del comisario de Astorga, puede comprobarlo, y estoy esperando a mi hija que ha ido a la confitería Fuensanta, nada más… No sé qué dicen esos señores. Están en un

error.

Superados por la tensión de la escena y aturdidos ante la imperturbable suficiencia de Montserrat, los dos agentes no se atreven a proceder a la detención sin llamar antes a sus superiores. La situación les rebasa y aún no han llegado refuerzos.

—Sí, jefe. Aquí hay dos señores que acusan a la mujer, dicen que ella ha disparado a la presidenta. Pero la señora mantiene que es la mujer del comisario de Astorga… ¡Sí, lo ha oído bien! ¡Del comisario de Astorga! No es broma… No creo que nos estén tomando el pelo —aunque realmente no está muy seguro—. Sí, hemos querido identificarla, pero no trae DNI… ¡Claro…! Y asegura que está esperando a su hija que ha ido a la confitería Fuensanta.

Pero la dulcería tiene la trapa bajada, porque hoy, 12 de mayo, es lunes y no se abre al público, como sabe casi todo el mundo en esta pequeña ciudad. Pero solo casi todo el mundo.

Capítulo III

TRAS EL TELÓN

En el gran teatro de la vida y, por ende, de la muerte, no todo se escenifica ante el telón principal. Otros protagonistas callados, sin rostro ni argumento conocido deambulan entre bambalinas.

A pocos pasos de donde Triana y Montserrat aguardan, bajo las sombras del paseo, el destino o la conspiración ha situado a un personaje llamado a ser crucial en esta historia. Es el tercer movimiento de la carambola que rueda sobre un tapete teñido en rojo. También es mujer. Y, sin duda, es la protagonista más indescifrable de esta tragedia.

No tiene un papel asignado. Ni odio a la víctima ni amor a la homicida.

No está bajo el claroscuro de la oscilante pasarela, sino en las calles traseras al proscenio. Oculta a casi todas las miradas.

No es una pieza necesaria, pero sí resultó propicia en el encaje de los hechos.

La casualidad la hace sospechosa. El silencio la culpa. El vínculo con Triana la implica. El arma homicida le quema en las manos.

Quizá sea una víctima más o quizá una culpable. El fiel de la balanza aún no se ha decantado. Y ese tiempo de espera puede ser inmisericorde con ella.

Nombre: Raquel Gago Rodríguez, cuarenta y un años, soltera. Profesión: policía local. Auto judicial dictado el 16 de mayo: prisión provisional sin fianza; acusada de homicidio, tenencia ilícita de armas y atentado contra la autoridad. Encarcelada en el módulo de ingreso de la cárcel de Mansilla de las Mulas, en León.

Fuera de las rejas que la confinan han quedado diecisiete años como agente municipal de León y una vida hermética pero con visos de apacible.

• • •

—¿Quieres un café? —le propone Triana.

—Casi prefiero un té, si no te importa. ¿Vais a salir? —pregunta Raquel.

—Sí, en un rato.

—¿Nos veremos luego? Podemos quedar con Lorena —le sugiere.

—No sé qué haré. Depende. Te llamaré luego, ya sabes…

Recibiría una llamada de diecisiete segundos, escasos minutos después de la emboscada mortal a Isabel Carrasco.

Los registros telefónicos señalan que desde el Nokia con tarjeta

que porta Triana se produce una comunicación al móvil de Raquel Gago a las 17.19 horas. Es justo el mismo momento en que la comisaría de León es informada por la coordinadora del 112 de un tiroteo en la pasarela y de la presencia de una mujer herida. El destino entrelaza sus hilos.

Era habitual que la agente de la Policía Local de León visitara a su amiga Triana después del trabajo, que se llamaran varias veces a lo largo del día y que quedaran para salir de vinos juntas y con algunas amigas, siempre y cuando la ingeniera no tuviera planes con su omnipresente madre. Son dos jóvenes que residen en el mismo polígono de Eras de Renueva, aunque una en la zona más acomodada y la otra en un piso de protección oficial situado al fondo del barrio. El estrecho vínculo no tendría nada de extraño entre dos chicas solteras, con distinta profesión —una es ingeniera de telecomunicaciones y la otra, policía—, ambas con un carácter agradable, casi dúctil, que se conocen desde hace veinte años, cuando Raquel era socorrista en la piscina de Carrizo y la joven Triana pasaba allí las vacaciones. Su amistad fue creciendo con los años, verano a verano, en las mañanas de sol y agua, en las noches de terraza, en las verbenas de los pueblos cercanos y luego en León.

No había hombres en su agenda en común. Ninguno. Los amoríos, de existir, ocupaban un capítulo íntimo, espinoso y no revelado, como el que entrañaba Fernando para Raquel.

Y ahora, cuando la madurez las espera, la vida las había unido aún más. Para bien o para mal.

«Te invito a comer. Mi madre ha hecho mejillones y sé que te encantan», venía a decir el mensaje que Triana había enviado a Raquel aquella mañana. Pero la policía lo vio tarde y no contestó, lo que, en su código privado, era señal de que no acudiría a la comida, pero sí al café de la tarde.

Son poco más de las 16.00 horas de un día irrepetible, 12 de mayo, cuando la agente, que ha acabado su jornada una hora antes, aparece por el piso de su amiga.

—Tomamos el café en la cocina, si te parece. Mi madre está viendo la televisión en el salón y así hablamos más tranquilas —le sugiere Triana al abrirle la puerta.

—¡Hola, Montserrat! —saluda Raquel desde lejos a la madre que descansa en el sofá.

Como hay confianza y es una asidua visitante, Montserrat ni siquiera hace el gesto de levantarse, sino que le lanza una sonrisa de bienvenida.

—¿Qué tal, Raquel? Te perdiste los mejillones, me salieron

buenísimos.

—No pude venir. ¡Qué pena! La próxima vez será.

Tras el breve saludo a la mujer adormilada ante la televisión, las dos jóvenes se acomodan en la aledaña cocina.

—¿Un té?

—Sí, llevo un día difícil y no quiero más café. Hoy todo me sale fatal —contesta Raquel, sentándose en una banqueta.

—¿Qué te ha pasado?

Mientras Triana prepara las tazas, Raquel le comenta:

—No sabes qué lío tengo con la reparación y tasación del coche de mi padre después del accidente.

—¿Y eso? —se interesa, al tiempo que le sirve la infusión y le aproxima unas servilletas.

—Pues verás…

Todo resulta convencional, casi anodino. Dos amigas de charla diaria compartiendo pequeñas preocupaciones ante dos tazas humeantes en una tarde tranquila. Lo realmente espeluznante es el marco en el que se desarrolla este encuentro: un piso en el que se oculta el cuartel general de un asesinato.

Horas después del crimen, a las 00.29 de la siguiente madrugada, los investigadores cruzan la puerta de ese piso situado en la cuarta planta de la calle Cruz Roja, número 1. Una orden judicial autoriza el registro de la vivienda en la que hallarían información sobre los movimientos de Isabel Carrasco Lorenzo, planos, documentos, fotos de la asesinada y de su vivienda, imágenes del vicepresidente de la Diputación, Marcos Martínez Barazón, una revista *Interviú* de enero de 2013 abierta por las páginas que relatan el escándalo de las dietas de la presidenta, los correos electrónicos de la víctima, datos precisos para urdir una emboscada e información sobre cómo manejar un arma, además de una pistola automática del calibre 7,65, cuantiosa munición y una notable provisión de marihuana.

Los tiempos se solapan en este relato. Un minuto después de que la Policía Judicial haya iniciado el registro nocturno de la vivienda, un médico cubre con una sábana el cuerpo desnudo y sajado de Isabel Carrasco. El otro forense levanta acta a las 00.30 del día 13 de la autopsia practicada a la presidenta de la Diputación. Han extraído de su cuerpo tres proyectiles del calibre 38. Dos de los disparos eran mortales de necesidad, el tercero le destrozó el rostro.

Hasta las 3.29 horas y ante la presencia de la joven ingeniera y de la juez instructora, seis agentes realizan una minuciosa búsqueda en la vivienda de las detenidas, en la que hasta se desatornillan las cajas del registro eléctrico; un celo que luego se demostraría innecesario,

porque las pruebas acusatorias no están tan escondidas. En el propio salón, en un cajón archivador de un mueble, aparece una bolsa blanca; en su interior, todo un arsenal.

El inventario oficial de lo hallado resultaría cansino, si no fuera escalofriante: cincuenta cartuchos sin percutir del calibre 38 especial para revólver en una caja de cincuenta unidades; en otra caja de la empresa Santa Bárbara de industrias militares de veinticinco unidades, dieciséis cartuchos no utilizados de 9 milímetros corto para pistola fabricados en Toledo; veinticinco cartuchos del calibre 38 largo semiblindado se hallan en otra caja de Santa Bárbara sin estrenar; otros dieciocho cartuchos de 9 milímetros parabellum para pistola son descubiertos en una caja de veinticinco; otra munición aparece suelta en la bolsa, en total, diecinueve cartuchos sin percutir de 9 milímetros corto, veintiocho de 9 milímetros parabellum, uno del calibre 22 y un cartucho detonador. También encuentran una caja vacía con una anotación inquietante. El atestado policial refiere: «Caja blanca y marrón de Santa Bárbara de veinticinco cartuchos 9 milímetros corto que se halla vacía y en la parte trasera tiene anotado "Pablo Antonio", cargado el 28 de enero de 1977».

—Por favor, necesito ir al baño. Me encuentro fatal.

Por dos veces, la petición implorante de Triana obliga a parar el registro. La noche se hace larga y el bonito *loft* de la hija del comisario de Astorga descubre su faz más siniestra.

Queda más por revelar. En el cajón central del mueble no solo se guardan documentos sobre la víctima, sino la otra *munición* imprescindible para perpetrar el crimen, el odio. Una carta de la Diputación, con fecha de salida registral del 6 de febrero de 2013, le comunica a la extrabajadora el inicio de un expediente de declaración de lesividad, junto a ella la copia de un decreto de 18 de octubre de 2013 remitido por el juzgado de lo contencioso número 1 de León. Aquellos documentos cerraron el círculo vicioso de una obsesión.

El crimen se planeó con un pragmatismo femenino. No solo era preciso un gran acopio de munición que raya el paroxismo, sino la previsión de una segunda arma. En la última habitación por registrar, el dormitorio individual que ocupa la madre, en una caja roja de Carolina Herrera se guarda una pistola negra Royal Novelty, automática y del calibre 7,65. Con ella, un cargador vacío, dos cartuchos del 7,65 y veinticuatro más del calibre 32. En la misma y distinguida bolsa, aparecen más cartuchos: diecinueve del calibre 32 Prui Partizan, cinco vacíos, un envoltorio con dos vainas y ocho cartuchos sueltos.

Si la presencia de tanta munición es aterradora, la falta de

cartuchos en algunas cajas también induce a pensar en jornadas de adiestramiento en parajes recónditos.

—Faltan demasiados cartuchos en algunas cajas —comentan entre sí los inspectores.

—Debieron ensayar el tiro —deduce otro, bajando el tono.

—¿Ellas solas, en el campo y con un arma de fuego?

La pregunta es en sí misma una duda y la reflexión continúa:

—¿O en compañía de otros?

El otro asiente mira de soslayo a la joven, que palidece ante el inventario de la munición descubierta.

—Solas… Me parece raro —habla entre dientes el policía—. ¿Quizá alguien les enseñó? ¿Y quién o quiénes? ¿Y sabían su verdadero propósito?

Sin respuestas, por ahora, prosiguen la inspección.

Los investigadores no pararán de formularse preguntas, elucubrar cábalas e intentar aplicar una lógica deductiva a este enloquecido puzle, que se ve superada a cada paso por la sorpresa. Porque la bolsa de CH todavía *custodia* un último secreto: siete bolsas que finalmente suman seiscientos sesenta gramos de marihuana.

Todo está revuelto y toda la iluminación del piso ha sido encendida para no dejar ningún rincón a oscuras. Ante la cegadora presencia de las pruebas que la inculpan, Triana ensaya su alegato.

—¿No escribirán que todo esto es mío? —protesta a un agente que va levantando acta del registro.

—No, pero sí que se ha hallado en su casa —le aclaran.

—Pero es que yo no sé nada de todo esto. Esos cajones no los abro nunca porque pesan un quintal… Esto no es mío. No sabía lo que había ahí dentro. No tengo ni idea de dónde ha salido —se afana en declarar compulsivamente Triana, nadando contra su propio ahogo.

Siente un punzante dolor junto a las costillas. Es la señal de que todo va mal.

Mira a su alrededor, no ve ninguna salida y se va derrumbando. Los cajones del mueble del salón abiertos, las bolsas de marca y su brutal contenido volcado a los ojos de todos, la munición descubierta e inventariada, la pistola, las fotos de Isabel mirándola, vengándose más allá de la muerte. Todo la acusa.

Al borde de un ataque de angustia, busca un poco de compasión. Lanza esa mirada de niña perdida que siempre le ha funcionado.

—Necesito tomar mi medicación. Tengo aquí las pastillas, los tranquilizantes. Me los recetó el médico. Estoy muy mal. ¿Puedo ir a por ellos? —Su voz es una súplica.

Pero nadie se lo permite. Prudencialmente, se opta por llevarla a

un centro médico para que le prescriban el tratamiento oportuno. Son las 3.40 horas.

Y mientras el suelo se abre bajo los pies de Triana y una terrible acusación la arrastra al abismo, Montserrat duerme en el calabozo de la comisaría de León. Al día siguiente exclamaría sin rubor alguno: «¡Por fin he dormido tranquila!».

En esa noche interminable, la policía abandona el piso con todas las pruebas incautadas en el registro, además de cuatro ordenadores, memorias USB y otro teléfono más, un iPhone, para su inspección. Llevan consigo una pistola y más de doscientos cartuchos de diverso calibre, pero no es suficiente. Falta una pieza definitiva: el revólver del crimen.

Pasada la medianoche, en los primeros minutos del martes 13, tres escenarios cobran vida casi al unísono en el polígono residencial Eras de Renueva. A la misma hora en que los forenses rubrican la autopsia en el instituto ubicado en la avenida de Peregrinos, al oeste del

polígono, justo en el momento en que el equipo judicial abre las puertas del piso de Triana, en el número 1 de la calle Cruz Roja, al sur de ese barrio, una joven despide en el portal del número 8 de la calle Amigos del País a sus acompañantes en esta lóbrega noche. Beatriz, su hermana, Leticia, Silvia y Lorena, sus amigas, dejan el piso de Raquel Gago situado al norte de Eras.

Han querido reunirse todas, conmocionadas como están por el crimen y la inculpación de Triana y Montserrat. Se conocen entre sí y no dan crédito a las revelaciones que la televisión ofrece ni a las especulaciones que se suceden en las tertulias.

Ven las imágenes de la pasarela, el cuerpo yacente bajo una sábana, la foto de Triana y su madre sonrientes en una fiesta reciente, las declaraciones de los políticos en los plenos de duelo que se han celebrado esa noche, las banderas a media asta, la suspensión de los mítines de la campaña europea, y una sensación de frío estupor se apodera de ellas. Miran hacia Raquel, la más amiga de Triana, y no detectan en ella nada, salvo la misma incredulidad que las convierte en testigos de una pesadilla.

Ninguna revelación sale de la boca de Raquel. No descubre que tomaron café aquella tarde, que se encontraron cerca de la escena del crimen en los minutos siguientes al homicidio, ni que en su coche fue depositado un bolso. Nada dice.

Habrían de pasar treinta horas hasta que Raquel Gago Rodríguez hable al fin.

—Sabía de su rencor hacia la presidenta de la Diputación, la culpaba de persecución laboral, de no haberle dado un puesto que ella esperaba para sí y de todos sus males. Incluso me comentó que ahora le reclamaba dinero, 12.000 euros o así. Pero yo no sabía nada más… Hubo un tiempo en que ella hablaba siempre de lo mismo, de Isabel Carrasco y de cómo le estaba arruinando la vida y su trabajo, pero últimamente ya no comentaba nada o casi nada. Tenía algunos encargos y se había hecho autónoma… Yo no sabía que quisieran hacerle daño, solo que si a la presidenta le pasaba algún accidente o sufría una enfermedad, pues eso, ellas se alegrarían porque vivirían más tranquilas… Yo no sabía nada más.

Entrega a sus palabras toda la credibilidad posible, pero algo está fallando.

La sala judicial se achica sobre ella, la oprime y siente la mirada afilada de quienes la rodean.

Este segundo interrogatorio está desviándose del curso que Raquel habría querido. Su papel de colaboradora con la justicia, su posible coartada, se cuartea.

—¿Habló con ellas del asesinato en el café de aquella tarde? —le preguntan a bocajarro.

—¡Pero qué barbaridad es esa! Nunca, jamás las oí hablar de matar a Isabel Carrasco. Ignoraba que tuvieran un arma…

—¿Por qué no entregó el revólver antes?

La juez instructora Sonia González es precisa.

—Entregué el revólver en cuanto lo encontré, si no lo hice antes es porque no lo había visto, no me percaté de que estaba en mi coche… —Y recuerda todos los movimientos de aquellos días, sus idas y venidas con el automóvil.

La magistrada insiste una y otra vez en el silencio que mantuvo Raquel sin hallar una respuesta convincente.

—Usted es policía local.

—Sí, soy policía local desde hace diecisiete años.

—¿Tiene problemas de dinero?

—No tengo problemas de dinero. Tengo vivienda propia y una vida normal.

—¿Qué relación tenía con Isabel Carrasco?

—No tenía ninguna. Ni enemistad con Isabel Carrasco. Nada malo le podía desear, no me ha causado ningún daño ni a mí ni a nadie de mi familia. ¡Pero si ni siquiera la conocía! Yo soy inocente —testifica la agente Gago ante la juez de instrucción número 4 de León.

Tras declarar durante cinco horas el viernes siguiente al crimen, la magistrada aprecia incongruencias en su testimonio y decreta su ingreso en prisión sin fianza, acusada de los mismos delitos que pesan sobre madre e hija: homicidio, tenencia ilícita de armas y atentado contra la autoridad.

Si hay un personaje inexplicable en esta historia es Raquel Gago Rodríguez. No se le adivina ningún beneficio ni satisfacción directa en la ejecución de Isabel Carrasco. Y, sin embargo, allí estaba, en las cercanías de la fatídica pasarela.

Quizá fue la vigía de la presa que habría de ser cazada, quizá la encubridora del abyecto delito o quizá otra víctima inocente del complot de madre e hija. Raquel resulta todavía una incógnita.

En el sigilo de la barra de un café semidesierto, un hombre habla días después con el énfasis ahogado de la incredulidad.

—Es que es incomprensible. Sí, es policía desde hace diez u once años o más, pero es una persona apocada, con muy pocas relaciones, una simple agente de barrio que llegó al cuerpo pues… de aquella manera, después de ejercer labores de vigilancia escolar… ¿Cómo entender que pueda estar enredada en este crimen? ¿Cómo? No me lo puedo creer. No lo creo…

El responsable de esta declaración dice conocerla muy bien, comparte uniforme y años de trabajo, y es incapaz de dar crédito a lo que ha sucedido. Atisba otra versión de los hechos, pero teme especular demasiado y guarda silencio, mientras de reojo vigila los movimientos del camarero y acalla su voz cuando alguien se acerca a la barra.

Las primeras informaciones que circulan en los días siguientes al crimen la vinculan al origen del arma asesina, incluso la desdibujan como una policía corrupta con contactos con los bajos fondos y el mundo de la droga en Asturias. En la primera confesión, la madre homicida declararía que el arma corta fue comprada a un yonqui, muerto hace un año, en Gijón.

—Pero ¡estamos locos! Si esta chica por no saber no sabía casi ni disparar. Lo hacía fatal en las pruebas de tiro, era un desastre. Odiaba las armas y ¿contactos con delincuentes? ¡Por favor! Ni con los de Gijón ni con los de León. No tenía capacidad de reacción en situaciones complejas. Lo más que hacía era amonestar a un señor si el perro defecaba en la acera o comprobar las quejas menores de los vecinos.

El hombre enfatiza con ademanes lo que la voz silencia.

—¿Quieren tomar algo más? —pregunta el camarero, acercándose al grupo que charla quedamente para recoger un par de tazas y satisfacer, de paso, su curiosidad.

—No, ya nos vamos. ¿Qué le debemos? —responde el policía con cierta premura.

El camarero vuelve a la caja registradora para hacer la cuenta del servicio.

Él aprovecha esta ausencia puntual, baja de nuevo el tono y añade como despedida:

—Es lo que sé. Es una mujer introvertida, muy reservada, que no se relaciona mucho con sus compañeros, taciturna o tímida, no sé. Pero eso sí, siempre pegada al móvil. Era la única queja que había de ella… Pero aquí ha de haber algo más, algo que se nos escapa. Ojalá Raquel no sea la cabeza de turco de esta historia…

La imagen que sus compañeros dan de la policía no cuadra con el protagonismo que otros pretenden otorgarle en este asesinato. Pero a unos y a otros les asaltan las mismas dudas.

¿Quién es en realidad Raquel? ¿Por qué se involucra en esta historia? ¿Qué la une, qué la ata a Triana? ¿Es cómplice o es víctima?

Si no se comparte el odio contra la víctima, cabría pensar que tal vez el amor pueda explicar un vínculo tan estrecho como para yugular toda su vida con la presunta comisión de un crimen.

—¿Tiene usted alguna relación sentimental, más allá de la amistad, con Triana? —es preguntada en el interrogatorio.

No esperaba esa cuestión. Piensa que todo su mundo se ha desquiciado y protesta:

—¡No! Yo no soy lesbiana, señoría, soy heterosexual… Incluso tengo una relación con un hombre casado, se llama Fernando…

A las puertas de la macrocárcel de Mansilla de las Mulas, llamada Villahierro, su abogado, Fermín Guerrero, que ha recurrido infructuosamente la prisión sin fianza de Raquel, clama semanas después la inocencia de su cliente, niega una vez más una relación lésbica con Triana y teme que las dos presuntas asesinas orquesten una versión que inculpe a la policía, en definitiva, «que le carguen el marrón». Y la imagen de Raquel sigue borrajeada en trazos ilegibles.

No estaba en la escena del río, sino en la tramoya de unas calles adyacentes, pero su presencia, más que providencial, se antoja para los investigadores decisiva en el desarrollo del homicidio. Solo a dos minutos del paseo, en la esquina entre las calles Lucas de Tuy y Sampiro, pequeñas vías de la trama urbana escoltadas por esas grandes avenidas en paralelo que son la Condesa y Gran Vía, la agente se encuentra en su vehículo, un Volkswagen Golf, desde las 16.30 horas.

«Quería comprar unos artículos en una tienda de manualidades que hay en la calle Sampiro, pero aún estaba cerrada, así que hice tiempo por si abrían», expondría después a la policía.

Hizo algunas llamadas, a una amiga que cumplía años y que no le respondió, a un taller para la tasación del coche de su padre y a un herbolario de Madrid. Había estacionado en el lado derecho de la calle que desciende de Gran Vía al paseo de la Condesa, junto a unos contenedores. Se resistió a poner tique de la ORA, confiando en que no aguardaría mucho tiempo. Y por llenar la espera, hojeó una revista, ordenó algunos papeles y salió del coche para arrojarlos en una papelera. En ese momento e inesperadamente, un supervisor de la ORA la saluda desde la otra acera. Se conocen de vista. La jornada es tranquila, él tiene ganas de charla y ella quiere consultarle un incidente.

Se han enfrascado en una animada conversación junto a su vehículo. Julio está situado mirando hacia Gran Vía, Raquel de frente a él, hacia Condesa. Instantes después, mientras Julio habla, a su espalda y justo en la dirección hacia la que mira Raquel, dos personas encadenadas por un crimen iban a desfilar a paso rápido en una agitada huida.

Quizá Raquel no las vio o no las quiso ver, pero Montserrat, con

el arma homicida caliente en su bolso, pasaría ante sus ojos por el primer tramo de Lucas de Tuy y giraría a la derecha para ensartar la calle Colón. La distancia que la separa en ese justo momento de Raquel es de apenas 70 pasos; tras la asesina, un policía jubilado inicia la persecución con disimulo, siguiendo su mismo trayecto. Es el telón de fondo sobre el que se está viviendo un drama al que Julio, de espaldas, es ajeno.

—¿Qué te pasaba esta mañana, que te vi hablando con el gerente de la ORA en las oficinas? —le pregunta él.

—Pues me iba a quejar, porque no me parece normal lo que me sucedió hace pocos días con unos compañeros tuyos…

«Ella tiene un carácter muy fuerte y estaba muy alterada con dos compañeros míos». Al menos él achacó a ese incidente la actitud encrespada de la policía. «Hablábamos de la multa que le quisieron poner por estar estacionada días atrás sin tique durante un largo rato», relataría Julio en el juzgado.

Este último e insulso incidente despliega, sin embargo, interesantes incógnitas. No era la primera vez que Raquel aparcaba durante un largo rato sin tique, de hecho el altercado que había protagonizado días atrás y que le había llevado a quejarse ante el gerente de la ORA era por ese motivo. Las rutas de los controladores de estacionamiento en León están planteadas para completarse en el periodo medio de una hora, a lo sumo. No es habitual que reclamen el pago al conductor que acaba de estacionar. Únicamente cuando vuelven a verlo en la misma posición al reiniciar su ronda pueden instarlo a abonar la tarifa regulada, al entender que se está ocupando irregularmente una plaza de la zona azul.

Y la pregunta es obvia: ¿qué hace una conductora, que además es policía, aparcada durante una hora aproximadamente en el mismo lugar? Las posibles respuestas también se trastocan en nuevos interrogantes: ¿espera? ¿Vigila? ¿A qué? ¿A quién?

Sin que Julio se percate, otra joven se acerca por su espalda. Raquel la ve venir desde la Condesa y es tajante en este aspecto en su declaración días después ante la juez.

—¿De dónde venía su amiga cuando se encontró con usted en Lucas de Tuy? Precise.

—Desde el paseo de la Condesa.

—¿Está segura de que la vio venir desde allí?

—Sí, yo miraba en esa dirección y la vi llegar por la misma acera en la que nosotros, el supervisor de la ORA y yo, nos encontrábamos. Recuerdo perfectamente el momento y el cartel de la tienda de música a su espalda.

—¿Desde el paseo de la Condesa?

—Sí. Ella venía desde allí.

Se trata de Triana.

—Hola, ¿qué tal? —la saluda Raquel, interrumpiendo su charla con Julio.

—¿Tienes abierto el coche? —la interpela Triana sin casi detenerse. Han pasado no más de unos minutos desde su llamada a Raquel.

Instintivamente, la policía acciona el mando del automóvil. «No fui consciente de ello, sería un gesto automático, porque yo estaba inmersa en mi conversación», declararía después.

Julio oye el sonido de la apertura de los seguros.

—Te dejo esto.

Y Triana deposita algo, en lo que el controlador no repara, tras abrir la puerta trasera izquierda del vehículo.

Allí queda el gran bolso negro de loneta que tiempo atrás Raquel dejó a Triana. En su interior se oculta la bandolera de Montserrat y, en ella, el pañuelo negro que cubría minutos antes el rostro de la madre y que ahora envuelve un revólver del calibre 38 cuyo cañón está aún caliente tras las detonaciones.

Raquel sigue prestando atención a Julio y ni siquiera pregunta a su amiga qué deja, de dónde viene o cómo se encontrarán luego. Los trazos de este encuentro generan muchas incógnitas por despejar. Tanto podría ser fortuito como orquestado. Ambas opciones caben.

—Me voy a la frutería —apunta con premura.

Julio la oye añadir: «Vuelvo ahora». Y la joven se aleja, sin que el supervisor de la ORA pueda precisar gran cosa sobre su descripción: «Era una mujer joven, de complexión parecida a Raquel, pero no me fijé ni en su cara ni en sus ropas».

—Bueno. Hasta ahora —le contesta Raquel.

Y Triana desaparece de la escena.

Pasa el tiempo, Raquel se impacienta. La conversación se agota.

—Parece que tarda mi amiga. No sé dónde habrá ido esta a la frutería… ¡Joder con lo que tarda! —le comenta a Julio, que ya está a punto de despedirse.

—Lo mismo no la ha encontrado abierta. Creo que fue hacia ahí… —le indica él—. Te acompaño un poco y ya marcho.

Avanzan unos metros hasta la avenida de Gran Vía, pero no la localizan. Y se despiden.

En tanto, Triana se encaminaba por la Gran Vía de San Marcos al encuentro con su madre, que instantes antes ya había sido delatada por un testigo.

Son las 17.36 horas cuando Raquel coge su teléfono y llama a su amiga para saber por qué tarda y dónde está.

Sobre esta comunicación se ciernen dos testimonios:

«Sí, la llamé, pero no pude oír nada y me fui a clase de restauración» —Raquel.

«Sí, me llamó, yo estaba ante los policías que registraban mi coche» —Triana.

El reloj se acerca a las 17.40 horas cuando la agente municipal sube a su vehículo y se va. Ni siquiera vuelve a pasar por la tienda de manualidades, por cuya supuesta causa lleva una hora esperando en la calle mientras se está perdiendo sus clases de restauración. El Volkswagen Golf desciende por Lucas de Tuy, una vía que es de único sentido, y enlaza con el paseo de la Condesa. Allí Raquel distingue el operativo policial dispuesto en la zona, escucha sirenas y ve grupos de gente parada en las cercanías del bulevar, pero no se detiene ni siquiera pregunta qué ha ocurrido o si necesitan su ayuda, como policía que es. «No suelo interesarme por el trabajo de otros compañeros cuando estoy en mis horas de descanso», justificaría después. Imperturbable, avanza por las avenidas que discurren paralelas al río Bernesga, hacia la salida sur de la ciudad y llega muy tarde, con más de una hora de retraso, a su clase en el centro cultural de la pedanía de Trobajo del Cerecedo.

El asesinato no se urdió en un día, sino que fue planeado y ensayado infructuosamente durante casi dos años y, en cinco ocasiones, el velo de la muerte rozó a Isabel.

Pero en este drama, un personaje permanece entre bambalinas, carece de argumento: ¿qué papel representa Raquel?

Sin respuesta.

—¡¿Raquel?!

—Sí.

—Oye, ¿no te has enterado de lo que ha pasado?

Quien llama es Eduardo, uno de sus compañeros de trabajo, que participa en el despliegue policial y custodia el coche de las detenidas en tanto llega la grúa municipal.

—No —responde parca en palabras.

—¡Joder, Raquel! Han matado a Isabel Carrasco, la presidenta de la Diputación, ¿sabes? ¡Y hemos detenido a Triana, tu amiga, y a su madre, porque parece que han sido ellas! Esto es muy fuerte… ¿Oyes?

—Sí. Gracias. Vale, la llamo luego.

Esta es la absurda respuesta dada ante la que, supuestamente y según mantiene Raquel Gago, es la primera llamada por la que conoce los hechos ocurridos esa tarde, tan solo media hora antes. Son las

17.45 horas.

—Sí, sé que resulta una respuesta rara, pero, verá, es que me bloqueé, no supe qué decir ni qué hacer. Estaba en estado de *shock*. Me quedé petrificada. No podía creérmelo —argumentaría días más tarde ante la juez instructora y el fiscal.

—¿Le comunicó su encuentro con Triana a alguien?

—No.

—¿Ni a sus jefes de la Policía Local?

—No, no.

—¿Ni al compañero policía que la llamó para advertirle de la detención de su amiga?

—No.

—¿Tampoco a ningún policía nacional, ni a su amigo Nacho?

—No. A nadie.

—¿A sus amigos, a su hermana o a otros familiares?

—Estaba bloqueada.

—Pero usted es policía, se ha cometido un crimen, las detenidas son conocidas y amigas suyas, había estado en su casa una hora antes y se había encontrado a la hija justo después del tiroteo. Y ella, además, había actuado sobre su vehículo. ¿Por qué no informó de todo esto? ¿Por qué no inspeccionó su coche? ¿Por qué…?

—Me bloqueé.

Y bajo ese halo de irrealidad, real o fingida, pasaron las siguientes horas. Raquel siguió una rutina pausada e impropia de la agitación que debería haberla sacudido ante la gravedad de los hechos que se sucedían.

Al tiempo que recibe la llamada de Eduardo, cruza las puertas del centro de cultura de Trobajo con una hora de retraso.

—Lo siento, me dormí, por eso llego tarde —miente a la profesora.

La maestra, Ana, la mira con condescendencia. No es la primera vez que se retrasa e incluso a veces ni acude a clase por mor de su trabajo. Ella lo entiende; en realidad, no imparte clases generales, sino que guía a cada uno de sus alumnos en una pieza de restauración específica. Y sabe que Raquel es una discípula apasionada, así que la disculpa, una vez más.

—Bueno, qué se le va a hacer. Pues, ya sabes, a ver qué te da tiempo de hacer hoy, aunque tienes poco más de media hora —le advierte, intentando mostrarse levemente severa.

Ella ocupa su lugar y comienza su tarea, sin dejar traslucir nerviosismo alguno a los ojos de sus compañeros. Han pasado algunos minutos cuando las alertas telefónicas del resto de los alumnos

comienzan a saltar. Toda la clase se alborota. La noticia, aún salpicada de la imprecisión de rumor, corre veloz en las redes sociales.

—¡Han asesinado a Isabel Carrasco! —exclaman algunos no dando crédito al mensaje recibido.

—¿Qué dices? —se interesa la profesora.

Y ella calla, ella ya lo sabe…

—Oye, Raquel, tú que eres policía, ¿podías llamar a tus contactos a ver si saben algo? ¿Eh? —le propone un compañero de clase.

Se siente incómoda y responde:

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Aún es muy pronto para saber algo.

Quiere permanecer ajena a esa realidad cruel que ya toma forma en los titulares de las páginas web, se convierte en *flash* informativo en las redes sociales, desata las alertas telefónicas e irrumpe en las emisiones televisivas y radiofónicas de la tarde. Todos hablan del asesinato, pero ella se pregunta algo más. La clase acaba en medio de cierto caos.

Raquel permanece en silencio. Mira su teléfono con ansiedad, a la espera de alguna nueva revelación. Ve que la está llamando Eduardo, su compañero en la policía, pero duda, la comunicación queda registrada como una llamada perdida y, finalmente, se decide y marca.

—¿Eduardo?

—Sí.

—¿Sabes algo más?

—No, Raquel. Nada. Se las ha llevado la Policía Nacional, como ya te dije, por el asesinato de Isabel Carrasco. ¿Tú sabes algo?

—No, nada.

—Pues lo mejor será que te acerques a comisaría para informarte. Allí te podrán aclarar mejor la situación. Estamos desbordados.

—Vale.

Pero ella no dirige sus pasos hacia la comisaría, sino que continúa su rutina inalterable.

Ante la juez instructora declararía que, tras concluir la clase y pese al estado de nervios en que se encontraba, fue a buscar agua al pueblo de Armunia.

Tras la iglesia, hay un pequeño manantial inagotable que deja escapar su agua por un modesto caño. Es habitual que muchos vecinos de León acudan allí por la pureza de la fuente. Raquel también lo hizo aquella tarde. Tomó las garrafas que llevaba en su coche y las llenó a rebosar. En tanto, por su mente pasaban imágenes, escenas, palabras y todo le parecía un sueño trocado en pesadilla. El teléfono la asaltó varias veces e incluso la asustó. Su madre, su hermana Beatriz y una amiga contactaron con ella al conocer la noticia.

Aún con las manos mojadas y la mente perdida, contestó:

—Sí, sí… Me acabo de enterar. Yo no sé nada… Nos vemos en un rato… Si voy a comprar, ¿qué te cojo…? Mantequilla y chocolate, vale, de acuerdo.

Triana estaba presa, Carrasco muerta y ella…

Abrió la puerta trasera del coche y situó allí las garrafas tras su asiento de conductora, en medio de bolsas, revistas y un paraguas que acumulaba con un propósito siempre demorado de ordenación. Aseguró bien los tapones para evitar fugas. Y dejó el agua del manantial a escasos centímetros de donde Triana había depositado pocas horas antes el bolso donde se ocultaba el revólver del crimen. ¿Acaso nada vio porque tal era el desorden que reinaba en su coche? ¿No identificó el gran bolso con la palabra Fornarina que ella conocía perfectamente, porque se lo había dejado tres meses antes a Triana? ¿No recordó las frases: «¿Está abierto el coche? Ahí te dejo una cosa. Voy a la frutería?». Todas las respuestas se reducen a un persistente «no».

Raquel prosiguió con sus recados como si aquella tarde no se hubiera perpetrado un asesinato y Triana y su madre no estuvieran inculpadas. En un supermercado, compró el chocolate y la mantequilla para su hermana, luego se dirigió al centro para reunirse con Beatriz.

—No me puedo creer lo que ha pasado —le dice su hermana menor nada más verla.

Están en la calle, Raquel se le aproxima y baja la voz.

—Pues prepárate y escucha. Han detenido a Triana y a Montserrat por la muerte de la presidenta.

—¿Qué…? Oye, ¿sabes que incluso la llamé, a Triana, para comentarle el asesinato en cuanto me enteré? No me contestó, claro. Pero todo esto es… horroroso.

—Yo tomé café con ella en su piso, allí estaba su madre y todo fue normal.

—¿Qué podemos hacer?

Beatriz busca en su hermana una directriz, pero la nota ausente y fría.

—No sé. Estoy superada, lo mejor es seguir con nuestra rutina, ya tendremos noticias… Vamos a casa, tienes que ayudarme a trasladar una cosa…

Ambas volvieron al piso de Raquel en Eras y cargaron en el coche la puerta de un armario que la policía quería restaurar en el centro de cultura de Trobajo. El volumen de la pieza les llevó a abatir un asiento trasero, justo el posterior en línea con el conductor, pero, de nuevo, el inquietante bolso no fue detectado.

Y aún actuando como una autómata, una inquietud soterrada se va adueñando de ella. No sabe nada de lo que está ocurriendo en comisaría en las horas siguientes y lo que sabe aún no lo va a revelar.

A Raquel todavía le quedan por vivir treinta horas de silencio y una escena más donde su agazapada frialdad resulta inhumana.

Capítulo IV

EL MIEDO

Nada malo le podría ocurrir, estaba con mamá y ella siempre la había protegido, la había guiado, todo lo había hecho por ella, por su futuro y por su bien. Todo. Incluso matar.

Sentada en aquel banco en el que ya habían pasado tantas tardes, tuvo otra vez una sensación de irrealidad, de vértigo, y volvió la mirada hacia su madre, ese pilar incólume de energía que vertebraba toda su existencia. «Ella lo es todo para mí», pensó con emoción y fueron esas mismas palabras las que luego repetiría a los policías entre llantos.

El miedo acariciaba la piel de Triana. Pero su helado tacto desaparecía ante la presencia de Montserrat.

Quizá hubiera sido mejor pasar página, pero ya era tarde.

O volver a atrás, a los tiempos felices de la Universidad de Santander donde estudió telecomunicaciones ofreciendo el éxito de su carrera, como siempre, a mamá; o incluso a esa primera y única aventura en soledad en Ulm, el campus alemán hacia el que viajó para elaborar su proyecto final de carrera.

Incluso más atrás, al principio de sus recuerdos, a su infancia en Gijón, al colegio de la Asunción, fundado por la monja María Eugenia Milleret, a aquellos largos días de sol, mar y risas en la playa de San Lorenzo, junto a su padre. «Qué pensaría papá de esto, cómo no lo habrá sospechado… Él siempre mira para otro lado. No, no se enterará… Nada malo nos va a ocurrir a nosotras, solo a ella y ha de ser así».

Todo había sido previsto durante un largo tiempo y Montserrat Triana Martínez González, o simplemente Triana, no podía desertar y fallarle a mamá.

La sudadera blanca le daba cierto sofoco por el bochorno de la tarde, aunque, a veces, la inquietud la recorría por dentro y serpenteaba fría por su maltrecha columna.

Montserrat se atusó el cabello. Triana captó su gesto y temió que alguien las pudiera reconocer, enseguida desechó su recelo. Eran una madre y una hija de la buena sociedad, muy educadas, bien vestidas, divertidas, con un coche espectacular e incluso algo más. Todo el mundo les envidiaba su magnífica relación.

«Sois encantadoras y no parecéis madre e hija, lo vuestro es genial», les habían comentado maravillados los últimos amigos que habían conocido en la fiesta de un bar nocturno en la que se

presentaba la revista de sociedad *Spend In*. Bajo aquellas lámparas doradas y portando una copa de buen vino blanco, posaron para las fotos que habrían de ilustrar el éxito de la convocatoria. Allí estaba «todo» León, gentes de la universidad, de la prensa, de la televisión local, comerciantes, industriales, hosteleros, bodegueros, empresarios, estilistas, mujeres hermosas, jóvenes muy peripuestos…, y ellas, que sonreían a todos.

Siempre estaban juntas, en la alegría y en la tristeza, como aquellos días de hospital cuando, siendo una niña, tuvieron que operarla para corregir la escoliosis que la atenazaba; como aquellas noches en las que el dolor rompía su sueño en sollozos; como cuando las manos de su madre le ayudaban a colocarse el duro corsé que debía reconducir su débil y ladeada columna.

Siempre fue un junco a medio quebrar y fue Montserrat quien la sostuvo, quien la enderezó ante la vida, como ahora.

Tan solo quedan unos minutos para que ocupe su posición. Aunque quizá tampoco esta tarde suceda nada. Triana prefiere pensar que será el destino y no ellas quien proceda finalmente a la ejecución. El miedo la hace desfallecer, necesita respirar el odio puro de mamá.

La vuelve a mirar y la ve más envejecida. Han sido unos años duros. «Yo he sufrido y mamá conmigo… la pena es que ha vuelto a fumar y todo por culpa de esa mujer, de esa cabrona. Ahora parece más vieja, pobre mamá; no puedo decírselo, que no se me escape nunca… Pero pronto todo acabará y podremos seguir nuestros sueños, todo esos planes que hemos ideado juntas. Siempre juntas. Tenemos muchos amigos que nos ayudarán, que también odian y padecen a la Carrasco. Todos seremos más felices. Todo acabará pronto, tendremos todo lo que hemos deseado y la vida volverá a ser tan bonita como le gusta a mamá. Sí, así será…».

Debe estar alerta. La hora prevista se acerca. Y ella se aleja de su madre, pero siguen unidas con la mirada.

La puerta del número 34 de la Condesa se abre lentamente y, casi antes de salir a plena luz, el perfil de una mujer menuda, de curvas muy marcadas y rubia ya se adivina. Cruza el portal de cristales enrejados y da el primero de los 250 pasos.

• • •

—¡Me estáis poniendo verde! ¿Qué pasa? ¿Que soy la única que tiene pleitos laborales? ¿Por qué no miráis para el alcalde (Francisco Fernández —PSOE—), que ha despedido a doscientos para meter a otros doscientos de los suyos? No os entiendo, intento poner orden en esta casa, donde todos entraban por la cara y vivían del cuento. ¡Claro! que la gente recurre y algunos jueces, que ya les vale, les dan

la razón, porque les da igual, porque no piensan en los ciudadanos que pagan todo este despilfarro de la Administración. Pero yo quiero acabar con tanto mamoneo, con una mamarrachada de entidad que no servía para nada, pa-ra-na-da… —silabea—. Y vosotros, ¡zaca…! Yo no os entiendo…

Era otro mayo, el de 2011, cuando la desaforada Isabel Carrasco lanzaba esta atronadora retahíla de quejas contra las informaciones publicadas por *El Mundo* de León sobre la última sentencia emitida contra su inmisericorde política laboral.

Tras dos años de litigio, el juzgado de lo contencioso número 2 de León ha fallado en contra de la Diputación y de la Junta de Castilla y León, y a favor de los trabajadores de la extinta sociedad provincial de promoción económica Ipelsa. La justicia anula el despido colectivo que, mediante expediente de regulación de empleo, autorizó la Delegación de la Junta —dirigida por el también secretario del PP, Eduardo Fernández— y se condena a la institución provincial —que preside Isabel Carrasco, presidenta del PP y por tanto jefa política del anterior— a asumir los derechos y obligaciones laborales que correspondiesen a Ipelsa, en definitiva, a sus seis trabajadores. El coste final de todo el proceso y los salarios devengados superan los 450.000 euros.

—Es que yo ya no puedo luchar contra tantos… No puedo. Ahora esto, antes lo de las oposiciones de auxiliares administrativos. ¡Que yo no tuve nada que ver! ¡Que el tribunal era de funcionarios! Que nos han quitado a los políticos de en medio y me parece bien, ¡querida amiga!

Las páginas de *El Mundo* habían denunciado con reiteración desde 2009 la acusada sospecha que se cernía sobre las oposiciones de la Diputación para cubrir cuarenta plazas de auxiliares administrativos en la convocatoria 2007-2008. En el primer examen se registra un número inaudito de sobresalientes, de los que la inmensa mayoría se corresponde con familiares o personas vinculadas a cargos del partido o a destacados funcionarios de la casa. Para colmo, muchos de estos deslumbrantes aspirantes incurren en el mismo fallo, en contestar de modo muy similar preguntas que debían refutarse por versar sobre legislación derogada. Aquel abril de 2011, el juzgado de lo contencioso anula la selección laboral, aunque todos los aprobados han ocupado ya su plaza. Dos años después, en 2013, el Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León revocaría, sin embargo, tal sentencia y daría carpetazo a un proceso que llevó a la propia Carrasco a declarar como imputada.

Entre los aspirantes que concurrieron sin éxito a estas plazas de

auxiliares, figura un nombre al que el tiempo otorgará un protagonismo funesto: María Montserrat Ascensión González Fernández. Otra militante más del PP inscrita en esta convocatoria, una mujer que nunca había trabajado y la persona que asesinaría a la presidenta de la Diputación Provincial y de su propio partido.

En aquel despacho del palacio de los Guzmanes, redecorado con una moderna suntuosidad y situado en la esquina noroeste de la fábrica cuadrangular, Isabel se mueve con el coraje de una fiera enjaulada. El peluche de león que descansa sobre el teclado de su ordenador sufre sobre su mullido cuerpo de juguete la irritada gestualidad de la presidenta.

—Ya te lo advertí, presidenta, esas oposiciones apestaban a enchufe y filtraciones, pero es cierto, tú no formabas parte del tribunal, ¿y…? Eso no libra, te guste o no, a la institución que presides del escándalo judicial. Realmente deberías haber investigado, en serio y no mediante aquella burda comisión, la razón de tantos sobresalientes y las denuncias de filtraciones, si es que nada tenías que ocultar.

—¿Yo…? Tú estás loca.

—Y la sentencia de Ipelsa estaba cantada. La entidad quizá era inoperante desde hacía años y no es culpa tuya, estoy de acuerdo, sino de presidentes anteriores o de malos gestores. Pero en la historia de Ipelsa los que, desde luego, no tenían la culpa de trabajar para una empresa pública sin contenido eran los trabajadores a los que despedisteis en bloque… Y finalmente, los empleados han ganado.

—¡El PSOE también votó por la liquidación de Ipelsa! ¿Has perdido la memoria o qué?

—Lo sé, pero no se trata de eso, sino de…

Y así hasta la extenuación.

No era la primera vez ni sería última en la que el debate entre presidenta y periodista llegaba a un tono desmesurado, sobre todo por parte de la señora de los Guzmanes. Y, sin embargo, pese a los exacerbados ademanes, un respeto tácito se había instaurado entre ellas, quizá por su ocasional complicidad en otras batallas vividas tras los rastros esquivos de esa verdad ocasional que llena los periódicos y alumbra las miserias.

La misma Isabel, que se había forjado su destino profesional a golpe de estudio y de arduas oposiciones, incurría en la veleidad de los poderosos, en favorecer sin causa aparente a algunos de sus trabajadores o perseguir ferozmente a otros, como si de súbditos se tratara. Como lo que era, una Reina de Corazones, dueña y señora del palacio de los Guzmanes, y de los mil ciento cincuenta empleados

adscritos a su gobierno. Nadie que haya ocupado el trono del palacio se ha librado de ese mal tiránico, y menos que nadie, ella.

Cómo explicarle a una reina ensoberbecida el deambular de un hombre que ha superado los cincuenta años, sobre el que aún recae el lastre de hijos sin futuro cierto y que ha sido desposeído de su trabajo, tras décadas y décadas de oficina, expedientes y maldita burocracia.

Antes se levantaba con el amanecer, ahora incluso de madrugada, porque la noche resulta interminable y los pocos entresueños del alba le recuerdan su condición de parado. Sí, el contencioso entablado y la rutinaria visita al abogado le mantienen alerta, esperanzado en otro final posible. No se rinde, pero tantas veces la debilidad le puede. Y entonces, le asalta el miedo.

Sale de casa pronto, con paso rápido y le cuenta a su mujer que tiene un montón de gestiones pendientes cada mañana. Ella intuye la comedia, pero calla porque sabe que él será más feliz si la cree engañada.

—¿No desayunas? —le pregunta al encontrarlo en la cocina y tomando un café de pie.

—Solo un café, es que ya llego tarde —mira el reloj con preocupada celeridad.

Cuatro sorbos, un beso rápido en la mejilla y cierra la puerta tras de sí con una fingida precipitación. Pero a medida que se aleja de su domicilio, va ralentizado sus pasos porque, una vez más, ha mentido y casi no sabe adónde ir. (No es un personaje figurado, yo conozco su nombre y su valentía).

Ese es el despiadado penar que ella provoca e ignora, que no quiere percibir desde su atalaya palaciega.

Únicamente los tribunales de lo contencioso y de lo social la devolvieron a la realidad una y otra vez, mediante aldabonazos condenatorios que costaron cientos de miles de euros a la Diputación Provincial, tanto en indemnizaciones y salarios dejados de percibir como en las innumerables minutas de los abogados que desde su llegada a palacio se suceden con escasa fortuna en la trinchera judicial de la institución.

—Esa es y ha sido su peor herencia, el despotismo con los trabajadores, la cacicada, la humillación a los suyos —dice Matías Llorente Liébana, la voz más fiera de la oposición en la Diputación Provincial.

Es un hombre que presume de libertad, que aportó al socialismo leonés la fuerza del campesinado combativo, que ha sido gobierno y oposición en la Cámara provincial y que ha visto pasar más de veinticinco años de trabajo político, sin abandonar su esencia, la

tierra, y sin doblegarse a suscribir la militancia del PSOE. Ahora, alejado desde hace dos años de una «rosa» que se deshoja y tras haber navegado a favor y en contra de los últimos cinco ocupantes de la presidencia, es consciente de que únicamente él plantó cara en la cámara política a la terrible Isabel Carrasco.

Su crítica se ve avalada con datos. El pasado 7 de abril, el Gobierno provincial había de recurrir a un suplemento de crédito para hacer frente al pago de letrados. Más de noventa minutas y procesos judiciales perdidos obligaban a habilitar una dotación de 400.000 euros para abonar la factura jurídica acumulada en lo que va de año. Los gastos de este capítulo se han multiplicado por diez en los últimos tiempos. Solo la readmisión de los trabajadores de la extinta sociedad pública Ipelsa y todos los costes originados por este caso obligaron a un desembolso de 450.000 euros y a dos años de procesos judiciales. En la actualidad, cinco despachos profesionales de León y Madrid prestan servicios jurídicos a la Diputación. Años atrás, tanto bajo el Gobierno del PSOE como del PP, todo se reducía a la contratación de un único abogado para los pleitos y el asesoramiento de la casa.

Mientras los trabajadores públicos y privados luchan por sobrevivir a las regulaciones de empleo y a los cierres patronales que asolan León, el periódico descubre durante los años 2011 y 2012 la desvergüenza de políticos que cobran sin trabajar. La sucesión de casos es escandalosa. El gerente del PP provincial fue contratado sin función alguna por la propia Diputación, hasta ser descubierto por la oposición y despedido por el Gobierno. Varios concejales y procuradores socialistas están en nómina de la dadivosa Caja España. El alcalde leonesista de Villaquilambre figura en la plantilla del ayuntamiento capitalino como jefe de informática, aunque su reiterada ausencia ha hecho que desaparezca hasta su mesa de trabajo. El regidor de Pajares de los Oteros y diputado provincial socialista es casi un desconocido en la prisión asturiana de Villabona, situada a ciento ochenta kilómetros de donde residen, y de la que es funcionario.

En tanto, otros empleados sin membrete político que les ampare caen bajo las garras de los recortes de la enflaquecida hacienda pública.

—Mira, aquí chanchullos los menos, y los hay todavía y había muchos más… Por ahí anda el diputado ese que ha mangoneado todo siempre, ya sabes, intentando colocar a toda la parentela antes de irse. Pero a mí nadie me va a meter en la cárcel por estos vagos que viven de chuparle la sangre al partido. Yo tengo dónde volver y ganaría mucho más… —se defiende Isabel de las críticas que la acusan.

De 1991 a 1995, tras su primer bautismo en la política local como delegada de la Junta, regresó a Hacienda y se convirtió en la jefa regional de la Unidad de Inspección de Grandes Empresas y Patrimonio en Castilla y León. Su poder se elevó hasta niveles insospechados en un ámbito que manejaba a la perfección, la empresa. Conoció a los grandes personajes de la economía regional y sus secretos. Los pujantes grupos de construcción sabían su nombre y padecían su estilo, a veces implacable y otras comprensivo, también los industriales de más envergadura, las grandes compañías mineras, las sociedades logísticas y de distribución, las firmas de automoción y metal, las empresas de agroalimentación, las asesorías fiscales y tributarias… Muchos fueron examinados por la infatigable Isabel y todos respiraron aliviados cuando la inspectora reanudó su vida política.

Consejera de Economía y Hacienda en Castilla y León (1995-2003), procuradora y senadora (2003-2007), presidenta provincial del PP (desde 2004), presidenta de la Diputación (desde el 18 de julio de 2007), vicepresidenta primera de Caja España (2007-2010) e integrante del consejo de administración tras la fusión con Caja Duero, la política había trazado el curso de su vida y, no obstante, siempre tendría un trabajo profesional al que regresar como inspectora de finanzas del Estado y auditora de grandes cuentas.

Ella sabía adónde volver y ser temida, pero ellos…

—De qué vivirían, si no es de la política, el mentiroso, el cacique, el borracho, el archivero o el sonrisitas…

Tenía un apelativo cruel para cada uno de sus enemigos íntimos y también una deuda pendiente que ella se cuidaba de actualizar con intereses acumulados.

Superado el fragor del primer envite, la conversación de aquella mañana de primavera de 2011 adquiere un tono más confidencial, nunca sereno.

—Mira, yo gané todos mis cargos en Hacienda mediante oposición libre. ¡A huevo! He llegado a ser miembro del Cuerpo Superior. A mí nadie me dio nada y el camino nunca fue fácil… Y mi hija, Loreto, es veterinaria y está de prácticas por cuatro duros en un hospital de Madrid, haciendo mil horas para luego poner su propia clínica. No quiere saber nada de León, ni que le escupan que utiliza el poder de su madre para trabajar en lo suyo… Ella no quiere saber nada de todo esto, le asquea… Y sin embargo…

Fue un comentario quizá ocasional. No supe detectar la presencia fehaciente del miedo, ni siquiera que le diera credibilidad a la amenaza que ya se proyectaba sobre ella. Pero sus palabras fueron

explícitas. El tiempo las volvió a mi mente como un aldabonazo de frases al fin con sentido en la tarde del 12 de mayo.

—…Y sin embargo —prosiguió—, hay por ahí dos locas, una madre y una hija que me están amargando la vida, me persiguen y amenazan. ¡Sí, como lo oyes! Se creen esas que por ser del partido y tener algunos contactos, por ir de babosas, en definitiva, tienen derecho a un puesto de trabajo por la cara en esta casa, y derecho a saber de qué irá el examen… Y de eso nada, que yo ya estoy harta de sentencias y de gentuza así que, en cuanto te descuidas, te traicionan… Si pudieran, muchos acabarían conmigo, me quitarían de en medio, pero no se les va a arreglar.

Y prefirió terminar la frase con un tono triunfal.

Pasaron tres años y las sombras de la persecución se ennegrecieron, la red de la inquina inicialmente leve fue anudándose como un tejido hosco, el miedo ascendió hasta el torreón noroeste de presidencia.

Solo un hombre preguntó qué ocurría en palacio y obtuvo una enigmática respuesta.

«Quisiera que la presidenta informara al pleno por qué razón desde hace unos meses se ha dispuesto un agente de seguridad privada ante la puerta de su despacho. ¿Tenemos algún problema o alguna amenaza de seguridad o de atentado? ¿O tiene usted algún problema como presidenta del PP o como presidenta de la Diputación? Porque ¿quién va a pagar a ese guardia?», rezaba la pregunta presentada ante la corporación.

—Ni te imaginas la cara que me puso —recuerda ahora el diputado Llorente—. Se quedó lívida y se calló. Al día siguiente me llamaría el vicepresidente Marcos Martínez a su despacho.

La llegada de Isabel Carrasco a la Diputación en 2007 motivó muchos cambios en la dinámica histórica de la casa provincial. El despacho presidencial trasladó su ubicación en la planta noble, del torreón suroeste al noroeste. La redecoración y ordenación de aquel piso ya avivó un primer escándalo por su elevado coste, 1,28 millones de euros. La nueva reina de los Guzmanes quería un área de trabajo más reservada y espaciosa, con un diseño moderno y unas vistas diferentes. Los balcones de la nueva zona presidencial volcaban directamente hacia el que era su segundo y codiciado bastión, la Casa de Botines, ese modernista castillo obra de Antonio Gaudí que alberga la sede de la otrora poderosa Caja España. Más lujo y más control.

Un arco de detección de metales y una cabina de seguridad se instalaron en el señorial zaguán, junto a la estatua del obispo de Calahorra, Juan Quiñones y Guzmán, primer señor del palacio. Los relojes de fichaje para el personal administrativo se emplazaron en la

puerta trasera norte, convertida en la única vía de acceso y salida de los empleados públicos.

Pero la aparición de este vigilante jurado en un ala tan reservada había sido una decisión mucho más reciente, de hacía apenas un año, y totalmente insólita.

Fue en una conversación privada en la que Matías Llorente obtuvo respuesta a su pregunta.

—Oye, sobre lo que preguntaste el otro día, te lo voy a decir. Pero, si no te importa, no le digas nada a los medios de comunicación. El guardia se va a pagar mediante compensación de la empresa Eulen por los servicios que está haciendo para la casa —aclaró el vicepresidente Martínez Barazón—. La verdad, Matías, es que tenemos algún tipo de problema ahora de vigilancia con la presidenta y hemos decidido reforzarla.

—¿Pero existe alguna amenaza grave? —insistió el diputado, aún más interesado por lo críptico de la explicación.

—No, no. Son pequeños conatos y tal. Y además, no nos va a costar nada —precisó el vicepresidente, queriendo aquietar la curiosidad de su interlocutor.

Una conversación muy similar a esta se repetiría días después entre el diputado Llorente y la propia presidenta Carrasco durante un acto público en el que comparecieron juntos.

—Oye, Isabel. Eso del vigilante… ¿Tienes algún problema? ¿Te puedo ayudar?

Su interés era auténtico, y ella, por una vez, bajó el escudo y casi se sinceró.

—No, no es nada importante. Gracias.

Comprendió que no estaba ante un frío oponente, sino ante un viejo rival preocupado y añadió en un amago de confesión.

—¡Joder! Matías, es que hay gente que me está amargando la vida y es mejor estar prevenida para evitar conflictos.

Y con una simple mirada le contó lo que las palabras se resistían a relatar

—Vale, vale. No te preocupes, que yo no vuelvo a tocar el tema. Por mí, tranquila, presidenta.

Él entendió el mensaje y optó por el camino de la lealtad y el silencio, porque una cosa es la labor de fiscalización en la que Llorente era el único ariete sólido en una corporación de mayoría popular y mansedumbre opositora, y otra muy distinta el prisma personal y la seguridad. El guarda jurado siguió prestando su servicio ante las puertas del despacho de la presidenta, e incluso algún profesional más de la empresa de seguridad la acompañaba en ocasiones.

Ella había comenzado a sentir miedo.

De nuevo repitió la frase pronunciada dos años antes y que sería un triste presagio: «Me están amargando la vida».

No solo quedó en el aire de su despacho la clara amenaza vomitada por Montserrat: «Te vas a acordar de mí, perra», sino que la sombra de las dos mujeres la perseguía. Las podía ver, casi sentir, al caminar por la calle Ancha con Marcos a su lado, al salir de casa con su pareja, Jesús, o a veces cuando Tino, su conductor, llegaba para llevarla a algún acto público.

Y en ellas se percibía algo frío y calculado que Isabel sabía reconocer muy bien, porque también era una mujer con instinto depredador. Quizá por eso estaba alerta. Olía el peligro.

Muchas leyendas envuelven el origen del linaje de la casa de Guzmán, cuyo significado es hombre bueno en godo. Algunos hablan de una estirpe burgalesa, otras de un caballero cruzado llamado a la reconquista de Jerusalén. En la tierra del Santo Grial, redescubierto en el cáliz de doña Urraca que custodia la basílica de San Isidoro, donde las osamentas del Panteón de los Reyes fueron revueltas por los invasores franceses que profanaron las tumbas y utilizaron los sepulcros como abrevaderos de sus caballos, todo cabalga cubierto con un halo de violencia, grandeza y fabulación.

Las glorias del pasado son cálido refugio para los vencidos por el presente.

Pero de la derrota se destila la ponzoña de la venganza.

Un pozo seco se sitúa en el centro del patio de los Guzmanes, rodeado por una arcada cuadrangular de columnas jónicas, y es allí, en esa pieza ornamental desecada y solitaria, en la que el cantero esculpió el misterioso escudo de la casa nobiliaria de los Guzmanes: un caldero del que surgen amenazantes serpientes.

Triana fue repudiada de la corte política y profesional por la reina de León. Todo se fraguó conforme a la más estricta legalidad, aunque el hedor era inconfundible. Y al tiempo que el proceso de defenestración de la joven ingeniera apestaba a inquina personal de Carrasco, el odio de la madre reptaba y crecía bajo la piel de la hija.

Dicen que no solo fue la valía intelectual de la joven licenciada, sino algún influyente político el que apadrinó a la hija del comisario de Astorga para su fulgurante colocación en la Diputación; otros apuntan hacia contactos empresariales que accionaron el resorte oportuno para acceder a una plaza interina con futuros visos de estabilidad profesional. Ninguno de esos hipotéticos valedores admitirían hoy, lógicamente, su padrinazgo.

En el pleno del 20 diciembre de 2006, bajo la presidencia de

Javier García Prieto, la Administración provincial crea la plaza de ingeniera de telecomunicaciones. La justificación dada entonces era la inminente implantación de la televisión digital terrestre y el consiguiente apagón analógico, especialmente preocupante en una provincia tan extensa, de orografía compleja, diseminada en más de mil núcleos de población y con un largo invierno en el que una compañía resulta necesaria, la televisión.

Una propicia bolsa de trabajo conduce a Triana Martínez a ocupar el puesto de ingeniera el 1 de junio de 2007, adscrita al servicio de cooperación que dirige desde hace décadas el diputado Cipriano Elías Martínez. Es un político a la antigua usanza, siempre lejos de los focos que ciegan al estratega, pero capaz de poner y quitar presidentes. Él asume las verdaderas riendas del partido en la provincia y a él le asignan la coronación y consecutiva traición de los dos últimos titulares del palacio, José Antonio Díez y Javier García Prieto.

Poco tiempo antes de la toma de posesión de la nueva presidenta, Triana ya se ha trasladado a León, ha comprado un irregular ático y asume un puesto de funcionaria interina como ingeniera con dedicación exclusiva, empleo que le supondrá durante los próximos cinco años una remuneración anual bruta cercana a los 34.000 euros.

Todo parece fácil, se allana a su paso. La tribu la ha reconocido como a una de los suyos. Ha sido contratada, además el favor político la ha situado en el puesto número siete de la candidatura del PP al ayuntamiento de Astorga. Es cierto que se ha quedado en ciernes de asumir un escaño. Las urnas maragatas, siempre favorables al PSOE en las municipales y, paradójicamente, al PP en el resto de los comicios, no han propiciado más que seis concejalías a los populares. Pero no está nada mal para una recién llegada a la política local, que incluso reside en la capital, apenas se implica en la comarca y está ansiosa por escalar otras cumbres más interesantes en el partido.

—Al fin y al cabo, era una forastera. Casi nunca se la veía por Astorga y los problemas de la zona y de la agrupación política parecían traerle sin cuidado… Incluso ejerció de interventora del partido en la jornada electoral, pero en León, en las mesas situadas en el auditorio de la capital, que no en Astorga, aunque iba en nuestra candidatura. Todo era una plataforma para ella, porque contaba con el favor de algunos y especialmente de alguna… —se lamenta un militante del PP comarcal por el privilegiado trato que recibió Triana «especialmente de alguna».

Son esos los tiempos en los que la relación de la pujante Alicia con la Reina de Corazones es tan estrecha como esperanzadora. Ya forma parte de la corte de naipes y es servicial en el cumplimiento de

todas sus pleitesías.

Las imágenes de hemeroteca las recogen juntas en el salón de plenos, exponiendo a los alcaldes allí reunidos el plan de reemisores televisivos para evitar el apagón analógico. En la campaña de 2007, la joven ingeniera también aparece en un ángulo de la imagen de la candidatura, junto con el presidente Herrera y la omnipresente Carrasco. Las grabaciones de televisión, reeditadas tras el suceso, plasman incluso el poderoso carácter de la presidenta frente a la paciente y afable ingeniera.

Ella la ha escogido como una de sus damas. La ve niña, inteligente, moldeable, solícita, servicial, inocua. No es un peligro, sino un valor por aflorar. La llama a cualquier hora, le hace confidencias, la utiliza para mejorar los equipos informáticos de su casa, incluso para instalar el Imagenio en su domicilio en la Condesa. Tiene el favor de la reina, pero algo truncó su camino.

El caldero del pozo de los Guzmanes dejó escapar alguna de sus serpientes.

«Sus verdaderos enemigos eran los suyos, los de su partido, los demás solo fuimos rivales». No es una opinión, sino una certeza compartida por quienes han ocupado durante años los escaños del contrapoder en la corporación provincial.

Las semanas han pasado y aunque todavía hay quienes creen oír ese rotundo taconeo que era señal de alerta a primera hora de cada mañana, las huellas de Isabel se van difuminando en el palacio. Alguien deposita cada día una rosa bajo su retrato, un óleo culminado pocos meses atrás por el pintor Modesto Llamas y que completa la galería de presidentes con la primera mujer membretada como su excelencia.

Bajo la calma que sucede al luto, en un despacho de la planta baja de la Diputación, al que se accede por un breve tramo de escalera junto a las columnas que bordean el patio, un veterano batallador habla de la que fue su más dura oponente.

—Yo, que la critiqué y perseguí sus cacicadas, he de reconocerla como una gran gestora de la Diputación, en términos económicos —concede—. Aquí ella demostró su capacidad para administrar los fondos públicos. Aunque desaparecieron las ayudas del Estado y de la Junta a los planes provinciales de obras y cooperación, Isabel supo mantener el grado de inversiones en los pueblos con fondos propios, después de limar de un lado y otro, y eliminar gastos superfluos y reordenar partidas. En ese sentido, hizo un gran trabajo. Tenemos un plan de vías y obras, de emprendedores, de juntas vecinales e incluso tenemos un plan de empleo rural, cosa que no tenía nadie… ¡Empleo!

Y curiosamente el borrón de ella era el tema del personal de esta casa —reflexiona Matías Llorente Liébana.

Apenas dos meses antes de su asesinato, la presidenta de la Diputación daba salida al tercer plan de empleo rural, dirigido a setenta y cuatro ayuntamientos para la contratación de más de quinientos desempleados a jornada completa o el doble a media jornada con una aportación de 5.563 euros por cada contrato. León era la única Administración provincial empeñada en tal objetivo y con una partida reseñable, 2,5 millones de euros en 2014 para empleo rural, 500.000 más que en el año anterior.

Como si nuestro contrario habitara en nosotros mismos, la misma mujer que se entregaba a la acción rural con una fructífera tenacidad, que era capaz de encontrar dinero debajo de las piedras o en los entresijos de la Unión Europea, que combatía en defensa de las diputaciones en provincias tan frágiles en su ordenación territorial como León, esa misma presidenta era una tiránica patrona en su propia Administración.

Su sectaria política laboral la llevó, como a tantos otros, a favorecer a las gentes de su partido y a perseguir a los contrarios, como infiltrados en una entidad que consideraba su territorio privado. Algunos de esos favores nunca fueron agradecidos y se pervirtieron en traición.

—Era una persona a la que la perdían las formas. Su trato era duro y a veces brutal. Tenía muchos complejos y parecía compensarlos humillando a los demás. Necesitaba humillar al otro, hacerle ver que estaba por encima de él. Y esto lo hacía especialmente con los suyos, con los que le debían algo —analiza el diputado Llorente.

—¿Conociste a Triana en esta casa?

Hace un gesto de incredulidad muy suyo, y se lleva las manos a las sienes.

—Sí, y todavía me sorprende el pensar que esa chavala esté en esto… Es alucinante. Era una joven eficiente. Nos ayudó mucho en el asunto de los reemisores y de la televisión digital, que hubiera sido un caos si lo dejamos en manos de la Junta. Siempre estaba dispuesta a solucionar cualquier cosa que le presentabas. Y era una de los suyos.

—Tenía que ser una de los suyos la que…

Se anticipa al final de la frase.

—Sí, porque esos eran sus verdaderos enemigos. Todos los demás solo éramos rivales políticos.

—Y eso que tú, Matías, las tuviste pardas con ella.

—Sí, pero quitando ese famoso día (cuando ante un micrófono abierto en el pleno se le escapó: «… pero valiente hijo de puta»),

realmente yo sé que nuestros enfrentamientos eran políticos, no personales. Me consta que reunió a todos los suyos para investigarme y buscar algo con lo que someterme, como hacía con todos los demás; no lo encontró. ¿Y sabes? Creo que incluso, de alguna manera, de alguna extraña manera, me respetaba.

—Quizá porque siempre fuiste de frente, aun a riesgo de colisionar.

—Seguramente. Yo pienso que ella, como casi todo el mundo, lo que no soportaba eran las conjuras.

La tensión dialéctica entre Llorente y Carrasco se dispara en 2011. El diputado de la oposición se convirtió en el gran fiscal de la presidenta. La acusó de utilizar la institución como su cortijo. Denunció que la hija de Carrasco y su pareja esquiaban en San Isidro, estación gestionada por la Diputación, sin ni siquiera pagar los *forfaits*. Llevó ante la justicia las dietas por kilometraje en Caja España, sin ningún éxito. Enfocó las sospechas que se cernían sobre las oposiciones a auxiliares administrativos y exigió explicaciones sobre la sucesión de contratos con la empresa informática Isfere S.L., propiedad de la alcaldesa de Maraña, Rosa Nieves Rodríguez Maraña, y en la que trabajaba, como comercial, el novio de la presidenta. «Ese chico alto que iba en moto en la estación de esquí (la pareja de la presidenta sufrió un accidente con una moto de la estación) he descubierto que trabaja en una empresa que es propiedad de una alcaldesa del PP, concretamente de Maraña, y donde esta institución en los últimos meses ha comprado o encargado trabajos entre portales web, licencias, material informático, escáner o registros de dominio de más de 80.000 euros, y desde que lleva trabajado con ella supera los 200.000 euros. ¿Qué tipo de contrato se ha hecho y es casualidad que se trate de una empresa del PP y que su compañero sentimental trabaje en ella?», reza la pregunta presentada al pleno el 30 de marzo de 2011 por Llorente. En ese mismo pleno y en otro capítulo del orden del día, se acuerda reubicar el puesto de ingeniero de telecomunicaciones, dependiente hasta ahora de cooperación, para adscribirlo al área de presidencia.

Nada es casual. Fue en esa misma falla donde sucumbió el madrinazgo a la joven Triana.

En su declaración judicial, tras ser detenida, la ingeniera refiere que Carrasco le pedía informes sobre cuánto costaban determinados proyectos de telecomunicaciones e informática en otras comunidades. «Pero luego contrataba, por procedimiento negociado y sin concurso público, estos servicios, como la página web, a la empresa de su novio o de la alcaldesa de Maraña, por 20.000 o 25.000 euros cuando lo contratado podía costar como mucho 4.000 euros». Esta acusación de

nepotismo y malversación oculta un episodio previo.

Unos dicen que llegó a redactar un dictamen contra la adjudicación de un contrato de la Diputación a la empresa Isfere S.L., informe que nadie vería porque fue roto por la propia Isabel. Otros, que simplemente se negó a evaluar favorablemente una contratación con esta sociedad.

Pero fuera una negativa previa o un dictamen crítico, ¿qué puede promover la rebelión de una técnico con tanta ambición profesional y política, que se sabe en deuda con su jefa, conoce la debilidad de su posición de funcionaria interina y es consciente de que se halla providencialmente cercana a la mujer más poderosa de León? ¿Por qué enfrentarse a ella y provocar su ira? ¿Por miedo o por inducción de otros?

En junio de 2010 y a un año de las elecciones municipales, la renovación orgánica del PP en León ya va dejando *heridos* e incluso *cadáveres*. El sempiterno alcalde de Riello, todopoderoso diputado provincial y pieza clave para que Carrasco se hiciera con el Partido Popular en 2004, cae en desgracia. Cipriano Elías Martínez, *Pano*, es derrocado en su propia comarca, por indicación de Isabel, e inicia su cuenta atrás en la Diputación.

—¿Qué voy a ser yo, la tercera presidenta que se carga *Pano*, después de José Antonio Díez y García Prieto? —comentaba Carrasco en una pregunta retórica que ella misma se había respondido días antes con la defenestración de su mano derecha.

La alianza indisoluble entre ambos se ha roto de una manera estrepitosa, ni siquiera se guardan las debidas formas para no tensionar más al partido que, como diría una veterana del PP, «está más partido que nunca».

Pero aunque el diputado ya está advertido de su desahucio palaciego, aún sigue dentro y dirige, bajo la mirada escrutadora de Isabel, la decisiva área de cooperación y asistencia a municipios, a la que todavía está adscrita la ingeniera de telecomunicaciones.

Con el sigilo propio de un escándalo informativo en gestación, una voz dice al otro lado del teléfono:

—No la aguanto más. Ha superado todos los límites. Está borracha de poder y está cometiendo muchos errores, incluso contrata con la empresa informática de su novio, pese a que hay informes técnicos en contra. Es una prevaricación, está al borde del delito.

—Vaya. ¿Podemos ver esos informes?

—Sí, claro.

Pero esa información crítica que debería haber firmado algún técnico cualificado nunca llegó a la redacción del periódico.

Triana se rebeló a su creadora, tentada por la serpiente, y el ángel de espada llameante la expulsó de su paraíso.

En diciembre de 2009, la junta de gobierno aprueba las bases que guiarán la libre oposición para cubrir en propiedad el puesto de ingeniero de telecomunicaciones, que Triana ocupa interinamente. Lo que en principio puede ser una opción para que la joven consolide su empleo de por vida finalmente la conduce a perderlo.

Habrá de pasar casi un año, octubre de 2010, para que la Diputación designe al tribunal calificador que evaluará entre febrero y marzo de 2011 a los treinta y tres aspirantes que concurren a la plaza. Aunque Triana está advertida, nada parece inquietarla en ese tiempo previo.

El verano ha quedado impreso en su memoria bajo el lujo del hotel Villa Padierna y, con la llegada de septiembre, acude a una singular boda maragata, en la que los cónyuges, ataviados con las riquezas del folclore, simulan sus desposorios para honrar a la tradición. El novio es alto, algo desgarbado y con voz seductora, la novia, menuda y pizpireta. Son el periodista Luis del Olmo y la presidenta Isabel Carrasco.

—Hola, Jesús, parece que Isabel se ha casado con otro —bromea Montserrat al verdadero novio de Carrasco, que le responde con una sonrisa y encogiendo los hombros.

Se han conocido en el congreso del PP en Valencia de 2008 y coinciden, de forma esporádica, en algún acto oficial o político. Entre ellos no existe más vínculo que el de la cortesía, especialmente alimentado por ella, que buscaba en Jesús un atajo hacia la inaccesible Isabel.

Mientras el rito nupcial se alarga con bailes, canciones y ofrendas, Montserrat aprovecha para hablar a Jesús de su hija.

—Ya sabes que mi hija Triana está de ingeniera en la Diputación.

Él no sabe casi nada, en realidad ni la conoce. Tiene alguna lejana referencia por su pareja a la que no ha prestado mucha atención.

—Pues…

Sin permitirle culminar una respuesta que intuye esquiva, la madre sigue lanzada con su retahíla.

—Se han convocado las oposiciones para la plaza de Triana, porque ella entró de interina, y, claro, Isabel debería hacer algo. Triana es la más capacitada, de hecho lleva años haciendo el trabajo y la presidenta está muy contenta, pero una oposición es una oposición. En los exámenes se pueden cometer errores tontos y además hay mucha gente esperando un puesto así. Tú me entiendes, ¿verdad?

En agosto de 2014, Jesús López recordaría en el juzgado número

4 de León este encuentro y cómo Montserrat González llegó a decirle que tenían que darle las preguntas del examen antes para asegurar el puesto de Triana como funcionaria.

—¡Qué dices! ¿Qué te ha dicho? —vocifera la recién desposada.

Él repite la conversación.

—¡Esa mujer está loca! Y te lo dice a ti, que yo le dé el examen a su hija. ¡Pero qué caradura y qué sinvergüenza!

Hecha un basilisco, Isabel recibe el mensaje cursado a través de Jesús.

—Si te vuelve a preguntar, le contestas que no pienso hacer nada, que la plaza va a salir a oposición, que se prepare y que se presente al examen, como cualquiera, si quiere ganarla. Habrase visto.

La serpiente ha sido extraída del caldero.

No era la primera vez ni sería la última que personas interesadas en los más diversos asuntos y que no se atrevían a acercarse directamente a la presidenta buscaban su intermediación. Él se limitaba a comentárselo a su pareja a título informativo, aunque en ocasiones, como esta, sufría sobre sí mismo el mal del mensajero.

El tiempo corría veloz aquel invierno de 2010. El jurado ya se había formado y en él figuraba un funcionario que es garantía de reconocida pulcritud, José Antonio Álvarez Canal. Aquello no tomaba la forma propicia para orquestar una superchería.

Montserrat ha recibido el recado de Isabel Carrasco y sabe que ha dado un paso en falso, pero que no puede volver atrás sobre lo dicho, solo fortalecer su imagen y la de su hija como miembros entregados a la causa del partido. Se hacen cada vez más frecuentes en actos políticos y más visibles entre los jerarcas locales. Debe evitar que el clan les cierre las puertas, aplacar a la presidenta.

Una vez más, el gran salón entelado en rojo de San Marcos acoge a los cientos de afiliados reunidos por la comida de Navidad del PP, que resulta especialmente multitudinaria en vísperas electorales. A punto de cerrarse las candidaturas locales de 2011, la posibilidad de un armisticio en el pulso que Carrasco libra con el consejero Silván motiva todas las especulaciones. Ambos aparecen juntos en la mesa presidencial; en una posición más rezagada, con otro grupo de comensales, se sitúa Jesús López.

Son los momentos previos al inicio del almuerzo. Es entonces cuando Jesús recibe el saludo cordial y siempre interesado de Montserrat.

—Hola, Jesús. ¿Conoces a mi hija Triana?

—Pues no. Hola. ¿Qué tal? —le dice, y se intercambian dos besos.

—Trabaja en la Diputación —le expone la madre.

—Sí, sí. Ya lo sé… —él quiere evitar la conversación porque adivina su finalidad.

—Perdona, mamá, voy a saludar. Hasta ahora, Jesús. Un placer.

Y Triana se adentra hacia el centro del salón, mientras su madre vuelve a la carga.

—¡Ay, Jesús! Estoy muy preocupada. Las oposiciones están al caer y la presidenta tiene que echarle una mano a mi hija. Ella sabe cuánto vale y lo mucho que se ha esforzado…

Sentado en el despacho judicial, este hombre ahora abatido por el duelo es incapaz de comprender cómo aquella mujer, que aparecía ante él como una madre suplicante sin más, podía guardar dentro de sí tanta maldad.

Mientras Montserrat busca el padrinazgo hacia su hija en el paciente Jesús, la joven ya ha enfocado el objetivo de su siguiente saludo.

—¡Feliz Navidad, consejero, feliz Navidad, presidenta!

Con una voz tímida y un perenne gesto de disculpa en sus cejas, Triana saluda a Antonio Silván y a Isabel Carrasco, justo en el momento en que se están sentando en la mesa presidencial.

Él le devuelve la felicitación acompañada de una sonrisa. Ella musita algo y casi ni se gira.

En febrero, uno de los aspirantes supera el primer ejercicio eliminatorio, un test de conocimientos en el que se exige una nota mínima de 5, así como las dos pruebas siguientes. Se llama Javier Casado Marcos, y termina las oposiciones en solitario y con 18 puntos. Meses después, este mismo ingeniero, que ya es titular en León, ganaría un puesto similar en libre oposición convocada por el ayuntamiento de Burgos, tras superar los tres ejercicios de mayo a junio con una nota final de 19 puntos. Finalmente, el ingeniero se decantará por esta segunda opción laboral y la vacante de León, en un ensayo del absurdo, será amortizada.

Montserrat Triana Martínez González, la funcionaria interina desde 2007, cayó en el primer ejercicio celebrado con una nota de 2,275 puntos.

—Todo fue irregular. Cuando leyeron el primer examen supe que la plaza se la iban a dar al otro. Abrieron el sobre sin estar lacrado y uno de los miembros del jurado se fue con el otro opositor, creo que cambiaron el examen… Y detrás de todo esto estaba ella, porque no se movía ni un folio sin que ella lo supiera. Me había engañado, yo creía que la plaza era mía —declararía años después Triana ante la juez.

Pero ninguna impugnación fue presentada contra aquella oposición. Triana solo exigió ver el examen de su oponente y le fue

facilitado por el tribunal. El 4 de abril de 2011, Javier Casado Marcos es nombrado funcionario de carrera en León y tomará posesión el 6 de mayo. En ese mismo decreto de nombramiento y relevo, se le comunica a la interina que será cesada un día antes, el 5 de mayo de 2011, pero ella ya está de baja laboral por prescripción médica.

Sus grandes sueños se han derrumbado y comienza su declive.

Ir cada día a la Diputación sabiendo que su tiempo laboral concluye, que está fuera de la carrera por su puesto de trabajo, se convierte en una agonía, que vuelca día a día en brazos de su madre, quien la aguarda a la salida del trabajo como si de una escolar represaliada se tratara. Deprimida y hundida, decide pedir la baja, por indicación de «un amigo», que identificaría en su declaración judicial como Javier García Prieto. Se trata del expresidente de la Diputación Provincial.

Todo llegó y todo se fue al mismo tiempo. El trabajo y la política. La dimisión en marzo del concejal Andrés Mures del PP en el ayuntamiento de Astorga no se resuelve, como era de esperar, con la designación de la siguiente en la lista, que sería Triana Martínez. Por el contrario, el PP, que rige Carrasco, entiende que cubrir este hueco resulta innecesario ante la inminencia de los siguientes comicios locales, fijados para el 22 de mayo de 2011. Y nadie protesta.

Ni ocupa el escaño vacío en el consistorio maragato ni figurará en la candidatura que ya se ha ultimado para las urnas del 22 de mayo. Jacinto Bardal, de nuevo número uno del PP por Astorga, reconoce que él mismo se lo expuso a Triana.

«Sí, se lo dije yo. Me reuní con ella en la cafetería Gaudí y le expliqué que, ya fuera por su trabajo o por su vida, pues que no estaba muy implicada con los asuntos de Astorga, y yo, como candidato, necesitaba en mi equipo gente de aquí y comprometida con la ciudad. Esa es la verdad, a mí nadie me dio instrucciones», zanja.

Aquel maldito mes de mayo de 2011, una a una se cierran todas las grandes expectativas de la joven ingeniera y su madre. Mientras Triana llora desconsolada, Montserrat acumula inquina, un odio visceral que ladró a la cara de la propia presidenta. Y en ese momento, en ese encuentro de furias, ambas, Montserrat e Isabel, marcaron su siniestro destino.

Podía haberlo dejado pasar, pero no estaba en su esencia perdonar lo que entendía como una deslealtad. Aún oía las palabras de esa mujer amenazándola y erigiéndose con una soberbia que únicamente ella podía ejercer con la embravecida legitimidad que le confería el que todo cuanto tenía se lo había ganado.

La joven a la que había favorecido se le había sublevado y además

aparecía como la protegida de esos enemigos que le hacían escupir hiel. Contra ellos era difícil combatir, aunque sabía muy bien cómo desactivarlos en cada liza, pero contra ella… a ella podía aniquilarla. Y la inspectora de Hacienda volvió a colocarse su coraza de guerra, buscó y halló un flanco vulnerable y estrictamente legal en el que castigar a la traidora.

Cinco meses después de su cese, el 17 de octubre de 2011, un decreto de la presidencia exige a la extrabajadora la devolución de 11.046,78 euros, es la cantidad indebidamente percibida como dedicación exclusiva, cuando compatibilizaba su trabajo en la Diputación con actividades profesionales privadas, curiosamente encargadas por algunos de los enemigos más destacados de la presidenta.

Aquí comienza la batalla legal, que prosigue durante 2012 mediante un contencioso fallado finalmente contra la Diputación en noviembre de ese año. La sentencia inapelable estima la demanda de Triana contra el decreto de devolución del dinero, ya que considera que, aunque ha habido un error en la nómina de la trabajadora, este es imputable a la Diputación y, al ser reiterado en los cinco años de relación laboral, se convirtió en un acto declarativo.

Cerrada la puerta del contencioso, la implacable presidenta opta por otro camino legal, apuntado incluso en la sentencia de 2012, pero rara vez transitado: la apertura de un expediente para declarar lesivos los decretos de la presidencia en los que se aprobaron las nóminas de Triana. Es decir, la Diputación admite en junta de gobierno su propia irregularidad e invalida sus acuerdos para, con ello, recuperar parte del abono salarial indebido, que en ese momento, junio de 2013, se reduce a 6.583,80 euros; el resto hasta 11.046,78 euros ya ha prescrito. Cumplido este paso, la institución interpone en septiembre de 2013 otro contencioso para que Triana devuelva esta cuantía. La vista de este juicio se celebró en el mes de julio de 2014.

Todo un sinuoso proceso judicial, casi más caro en costas y tiempo que en cantidad en litigio, que se dirimirá con la demandada encarcelada y la artífice del pleito asesinada.

En el colmo del sarcasmo, como una bufonada del cielo, la última razón para la sevicia de un crimen ha quedado diluida en la nada. Un defecto procesal desactiva el pleito sin entrar ni siquiera a valorar el fondo del asunto. El juzgado de lo contencioso número 1 de León resolvía el pasado septiembre no admitir a trámite la última demanda de la Diputación Provincial, el recurso de lesividad encaminado a reclamar a la ingeniera más de 6.000 euros indebidamente cobrados como salario. El juez entiende que la institución provincial se ha

excedido en el plazo determinado por la ley para interponer este procedimiento, que se limita a seis meses.

Montserrat y Triana guardaron durante años los decretos de la Diputación, la sentencia, los recursos y los avisos del juzgado en el mismo mueble en que se apilaban cajas de munición. En su orden mental, lo uno llevaba inevitablemente a lo otro.

Capítulo V

LAS MÁSCARAS

Son las 17.05 horas del lunes, 12 de mayo. En escena, el paseo de la Condesa Sagasta y, al fondo, el portal del número 34. En el primer piso, Isabel termina de cambiarse de ropa y refrescarse. Acaba de llegar de una comida en el hotel Conde Luna y ya está casi lista para volver a marchar.

—¿Vas al partido? —le pregunta con ese frenesí natural de cada lunes.

—Sí, iré en moto, pero antes debo hacer unos recados.

Es Jesús López Brea, su pareja, quien le contesta desde el salón; él también se prepara para salir en poco tiempo.

—Entonces iré andando —concluye ella.

—¿No te vienen a recoger Tino o Marcos?

Se refiere a su conductor, Tino, y al vicepresidente de la Diputación, Marcos Martínez Barazón, que, junto con él, suelen ser en los últimos tiempos sus acompañantes habituales.

—Para qué, si es solo cruzar la pasarela. Además, me conviene andar un poco, que luego me quedan dos horas sentada en la furgoneta de campaña hasta Valladolid, el mitin de Rajoy y la vuelta. ¡Uf! Creo que he comido de más en el mesón del Conde Luna, pero, la verdad, es que me he reído mucho con Jáuregui (Fernando). Ya te contaré, ahora ando con prisas. Ya estarán esperando en la sede. Luego, cuando acabe el mitin, te llamo para planificar la cena.

—Bueno, como tú quieras —consiente él.

Ella gobernaba su vida y él era feliz así. Contaba con la serenidad y el cariño necesario para atemperar a su borrascosa dama, aunque a veces fuera un ejercicio harto difícil. Doce años juntos venían a ser toda una vida.

A punto de salir por la puerta, Jesús la acompaña a la salida.

—Hasta luego —se despide Isabel, y se iza de puntillas.

Él deposita un beso leve en sus labios sin saber que sería el último.

Pasan diez minutos de las 17.00 horas.

Isabel se colocó las gafas y salió al brumoso sol de la tarde. Se sentía informal, hasta joven, con aquellos vaqueros en azul oscuro. Se echó un vistazo rápido, sin detener el paso, en la luna del escaparate de la farmacia contigua a su portal y se dijo a sí misma: «Realmente estás muy bien para ser una mujer que acaba de cumplir los cincuenta y nueve». Ella también se ha creído su propio engaño. La biografía

política y oficial de Isabel Carrasco Lorenzo fecha su nacimiento el 4 de marzo de 1955 en Santibáñez del Bernesga, pero un terco DNI se empeña en hacerla un pelín más mayor y fija su inscripción natal el 27 de agosto de 1954. Con o sin este coqueto enredo de fechas, pocas mujeres de su edad y con su cargo tendrían cuerpo y personalidad para llevar una cazadora azul y rosa coral, una camiseta coral con un botón-joya, unos vaqueros ajustados y aquellas sandalias funambulescas anaranjadas que eran su debilidad y su inconfesada necesidad.

Su cuerpo había sido durante mucho tiempo su condena. Tan solo un metro y medio de estatura, que nunca estuvieron acordes con la fuerza y la ambición que emanaban de ella. Quería ser una mujer tan hermosa como poderosa, dejar de envidiar la belleza de otras, y puso en ello todo su empeño. Inolvidable aquella gargantilla en brillantes del tamaño de un collarín de cervicales, en la que todos los empresarios reunidos en una cena oficial y algunos altos prebostes de su partido pudieron leer en letras mayúsculas «SEX». Y es que avergonzar a los hombres y poner en jaque una sociedad tan pacata era uno de sus entretenimientos, pero en el fondo anhelaba mucho más que ser una fiera y descarada combatiente.

Cambió su fisonomía, se sometió a tratamientos caros y dolorosos, y ahora, cuando la madurez la encaminaba a una edad amenazante, que aniquilaba a tantas antiguas bellezas, ella se sentía parcialmente satisfecha. Algo de paz, como un bien preciado por raro, se había instalado en su vida. Había amado, había vivido, había dominado, había esculpido a una hija con lo mejor de sí y, ahora, se sentía querida por Jesús. Al fin, una verdadera victoria en medio de tantas guerras fatuas.

Hizo un gesto para colocarse la cazadora que se le había desplazado un poco sobre el hombro derecho.

Unos metros más allá otra mujer también se ocupaba de su atuendo. Con rápidos y precisos movimientos, se subió el borde del pañuelo que llevaba al cuello para aproximarlo a su cara, se encasquetó una gorra negra que guardaba en el bolso y fijó el arco de sus gafas al entrecejo. La obra, tantas veces ensayada, se ponía en escena.

Una mujer cruzaba la calle con máscara risueña. La otra la esperaba con la careta del drama. Ambos rostros quedarían intercambiados o fundidos, como un Jano bifronte, en esta tragedia, en ese canto del macho cabrío legado por la vieja Grecia en la que el héroe siempre acude a su castigo de forma misteriosa e invencible por designio de los dioses.

• • •

Como en el teatro grecorromano, las máscaras se superponen, a veces para adentrarse en el drama y otras simplemente en la mentira. Quizá la razón última de que máscara y persona estén hermanadas por la misma etimología sea que la vida es una obra de un único acto, en la que, a veces, somos personajes de nuestra fabulación y otras, criaturas conducidas por un demiurgo tarado.

Ni despedida ni desahuciada ni en la pobreza.

La imagen de la joven brillante abocada al crimen por la desesperación no duró mucho tiempo en las reflexiones de los apresurados columnistas, que diseccionaron en el vértigo de un horario de cierre la impactante noticia que sacudía las rotativas de todo el país. Esta cadena de mentiras improvisadas rápidamente amarilleó como el papel de los periódicos atrasados ante la sucesión de revelaciones que desdecían el pretendido esbozo de víctima convertida en verdugo.

Maléfica había envenenado la vida de la desamparada Blancanieves por oponerse a sus perfidias y para estrangular su derecho a ser princesa. Ese era el cuento, la realidad se mostraba caprichosamente distinta.

No fue un despido sino unas oposiciones no superadas por la deslumbrante Triana las que motivaron el abandono de un puesto funcionarial que había asumido durante cinco años, sin más mérito que tener el título preceptivo, la oportunidad precisa, el parentesco necesario y la militancia debida.

La devolución salarial que, sin duda rabiosamente, le exigía Carrasco, ni era descabellada, por cuanto la ingeniera había cobrado una dedicación exclusiva vulnerada de forma clara con proyectos privados, ni suponía una lesión económica inasumible. Quizá Triana no disponía de los 6.000 euros que la Diputación se empeñaba en reclamarle con un encono demasiado personal, de hecho en alguna ocasión había pedido dinero a Raquel. Pero desde luego sí había tenido liquidez para adquirir un lujoso deportivo de 36.000 euros en Alemania, que ya había abonado mediante un crédito concedido en 2008, y la suficiente capacidad crediticia para comprar un piso, irregular en el fondo, pero muy apetecible en la forma.

—Los días para mí son un sinvivir. No puedo dormir, necesito los tranquilizantes que me ha recetado el médico, porque estoy muy deprimida. He sido sometida a una persecución laboral y personal que ha arruinado mi vida —se lamenta Triana en su declaración judicial.

—¿Está usted bajo tratamiento psicológico? —es preguntada.

—Sí, bueno. Me trata un médico de medicina general. Me recetó

Trankimazin. Y el neurólogo, Orfidal. He perdido hasta veinticinco kilos. Y todo porque Isabel Carrasco emprendió una persecución contra mí para echarme de la Diputación y no sé por qué…

Vuelve a relatar el examen irregular, sus sospechas de un cambiazo para favorecer al único opositor que superó las tres pruebas, los sucesivos pleitos con la Diputación y las promesas baldías de sus amigos de partido.

Pero esta Triana desvencijada por la furia de su presidenta no encaja en el mismo retrato de la joven ingeniera que se gastó con su madre la nada desdeñable cifra de 10.000 euros en unas vacaciones, en las que el lujo se codeó con una patética vanidad.

Es agosto de 2010, la oposición para cubrir la plaza de ingeniero de telecomunicaciones ya ha sido convocada y el tribunal será designado en dos meses, pero esta expectativa no inquieta a la principal aspirante a cobrar en propiedad un puesto asumido interinamente. En aquellos días, Triana no llora ni se siente perseguida, ni tampoco parece muy preocupada por superar el desafío que tiene ante sí. De hecho, su mirada no recae aquel verano sobre el temario de los exámenes que le aguardan y de los que depende su futuro, sino sobre el deslumbrante lujo que ofrece el hotel Villa Padierna y la fastuosa sensación que le provoca el compartir techo con la familia Obama, singularmente con la esposa, Michelle.

La noticia le llega como un regalo.

—¡El hotel Villa Padierna! Sí, mamá. ¿Seguro que nos vamos? ¿Será carísimo? ¡Eres genial! —exclama Triana, que no cabe en sí de gozo.

Besa a su madre y la abraza, mientras esta le pide un poco de calma para organizar sus fastuosas vacaciones.

—Bueno, bueno. Hay que hacer muchas cosas antes y debemos darnos prisa —remarca Montserrat—. Tenemos que ver qué nos llevamos y qué nos compramos para la ocasión y las distintas actividades y veladas del hotel; conocer qué famosos irán; qué actos están previstos; cómo debemos ir vestidas… —y detalla una lista interminable de previsiones básicas para su estrellato social.

El cielo se les aproxima, creen acariciarlo, pero en realidad solo observan desde millones de años luz a las estrellas políticas, a los poderosos y al famoseo que pasarán ante sus ojos en el palaciego vestíbulo del Villa Padierna.

Un aire falsamente toscano, casi perfumado, envuelve todo el complejo, enclavado entre Marbella y Estepona. La primera imagen es abrumadora, y los ojos de Montserrat y Triana quedaban embelesados frente a aquellos palacetes que emergen sobre la verde alfombra de un

idílico campo de golf ante la majestuosa presencia de las montañas.

La armonía del lugar es perfecta y, aun así, es un decorado más sobre el que proyectar la vanidad de quienes tienen el poder y el dinero, y el afán de quienes lo codician. Ellas pertenecían a ese segundo escalón y, sin embargo, la fascinación del lujo, la delicadeza en el trato y esa elegancia tasada de un hotel único en el mundo las elevaba por unos días a la cúspide social que tanto ansiaban.

—Mantén las distancias con el servicio —le reprochaba a su hija entre susurros—. No sonrías a todos ni te muestres tan agradecida. El lujo implica superioridad, cuánto te queda por aprender, Triana… ¡Ah! Mira quién viene por allí. ¡Dios mío! ¡Son ellos…!

La ascensión desde la buena sociedad de provincias a la supuesta alta sociedad internacional había sido demasiado fulgurante y, pese a su cuidado camuflaje y a la displicencia con la que trataban al personal de servicio, en el fondo se revelaban como unas simples fisgonas en ese cénit social.

Estaban alojadas en uno de los treinta mejores establecimientos de ocio y descanso del mundo, según la clasificación de la agencia Expedia, en el lugar elegido por la selecta revista *Condé Nast Traveler* como el mejor *resort* de España. Era el mismo hotel que la familia Obama había reservado del 4 al 8 de agosto.

Su exclusividad solo tiene una fisura, el dinero. Habitaciones, suites, villas, restaurantes, zonas de ocio componen este paraíso fingido en el que el mármol, las fuentes, las pinturas y las amplias terrazas evocan el Olimpo. Verdes y azules dibujan el horizonte, los jardines y el mar compiten en belleza. Y allí, ante la presencia lejana de África, en pleno sur, dos leonesas poseían lo que siempre habían soñado, al menos, una de ellas.

El precio no importaba, la factura total ascendería a 10.000 euros, según las informaciones publicadas por el *Diario de León*.

Mientras se dejaba moldear el cuerpo por las manos diestras de los masajistas y recibía tratamientos exclusivos en un *spa* de dos mil metros cuadrados, desplegado en doce salas, Montserrat se decía a sí misma que este debía ser su mundo, que había esperado demasiado y que su hija sería su salvoconducto hacia el éxito.

Miró a Triana, descansando bajo la reflectante blancura de las toallas tras el masaje, y la vio delicada y hermosa. Era su madre y sabía que la mente disciplinada de su hija podría ascender a altas cotas de inteligencia, de triunfo profesional, pero le faltaba energía, la llama de ese poder que, sin embargo, anida en ella y hasta le quema por dentro.

«Me necesita —se dijo—. No es nada sin mí. Nadie puede quererla

ni guiarla como yo. Nadie».

Y ese nadie era inmenso y excluyente. Casi bajo la misma proscripción caían su padre, el jefe policial de Astorga, su familia materna en Carrizo, sus amigas e incluso esa hipotética pareja que Montserrat ya había desterrado, antes de existir, de la vida de Triana. Ella era su obra, imperfecta, pero su obra, y la convertiría en algo soberbio.

Tan desmesurado como su objetivo vital era la tarifa de la suite que habían escogido para desembarcar por todo lo alto en el gran mundo. A más de 3.000 euros por noche ascendía el paquete «puro lujo». Una factura que recaería, una vez más, sobre la hacienda de Pablo Antonio Martínez. La capacidad de su mujer para encapricharse de ciertos lujos y lograr que su marido afrontara el desembolso de sus antojos era casi hipnótica, aunque otros creen que no era la persuasión de la esposa, sino un indolente hastío el que movía al comisario a consentirlo todo.

«Papá es un buenazo, no se entera de nada y consiente por todo», pensaba Triana en los pocos momentos en los que la figura de su padre venía a su mente como una incógnita vital. La exclusión era tácita. Hasta la compra de un deportivo biplaza, otro emblema de ostentación levemente replicado por Pablo, implicaba que su padre sobraba.

Las penurias salariales del inspector jefe, acosado por la lujosa vida que madre e hija se dispensaban a su costa, parecían no importarle a nadie. Mientras, él navega entre las rancias convenciones sociales que la capital maragata y cabeza de diócesis impone. Vive en la residencia habilitada en el edificio de comisaría, radicado en la plaza de los Marqueses. Su trabajo entraña un quehacer tranquilo frente a la turbulencia de su anterior destino asturiano. Forma parte del selecto círculo de los personajes más destacados de una villa asentada sobre ruinas romanas, que luce catedral y palacio episcopal de Gaudí. Conoce la comarca porque nació y se crio en la zona, allí todavía quedan muchos de sus viejos camaradas, como el último subdelegado del Gobierno socialista en León, Francisco Álvarez, otro «chico» de Santa Marina del Rey con el que compartió sueños de juventud. Y cada tarde suele acudir a los mismos lugares con los habituales compañeros de tertulia para echar la partida o tomar algunos vinos, tal como impone la vida social de la antiquísima Astúrica. Su soledad no es ignorada por nadie. El matrimonio se había roto mucho tiempo atrás y todo eran apariencias. Máscaras superpuestas sobre una relación nacida de la semilla de un amor joven.

Algún domingo comían en la casa familiar de Carrizo, ella nunca faltaba a los actos oficiales exhibiendo su condición de esposa y, en ocasiones, incluso se dejaba caer por Astorga con alguna intención más que la de guardar las formas sociales. Pero eran muy contadas.

En sus paseos junto a sus antiguos compañeros de armas y locuras, a veces confiesa su angustia, ese vacío en el que se ahonda su vida. Aunque habitualmente calla.

Pablo Antonio Martínez era un hombre derrotado antes de aquel maldito 12 de mayo. Su vida profesional había iniciado una cuenta atrás y le había situado en un crepúsculo dorado como comisario en Astorga que, de nuevo, para Montserrat resultaba insuficiente, casi insignificante.

La rabiosa ambición de su mujer, azuzada también por una edad que marcaba el preámbulo a su declive, se volcaba sobre la hija, Triana. Él conocía las formas, esa capacidad para inducir a otros, cuando no de poseerlos, que en Montserrat era innata. Incluso, sin querer reconocerlo, sabía que tal dominio podía resultar destructivo. Pero, una vez más, no quiso verlo. Se colocó la máscara del ciego.

—No tengo dinero, trabajo de vez en cuando como un autónoma —declara entre gimoteos—. Hasta mi madre ha tenido que dejar solo a mi padre para ocuparse de mí desde hace tres años… Ella ha cargado con todos mis problemas y mis sufrimientos. Ella también ha sufrido lo indecible, incluso ha vuelto a fumar.

Son las palabras rotas de Triana ante la juez.

—¿Fuma su madre marihuana?

—Bueno, no sé… Alguna vez un porro, pero en muy pocas ocasiones —reconoce a regañadientes en el despacho de justicia.

Qué lejos ha quedado el sur.

En Villa Padierna el tiempo se detiene y ellas quedaron sumidas en ese limbo paradisiaco.

—Se puede decir que ni salieron del hotel. Iban con un objetivo muy claro, ver a los famosos, lucirse y tratarse con la buena sociedad, todo lo demás, el entorno y las excursiones, sobraba —dicen quienes oyeron el fascinado relato de sus vacaciones.

El alemán de Triana, perfeccionado en su tiempo de estudiante en la Universidad de Ulm, a orillas del Danubio, y la capacidad de Montserrat para exhibirse con aires de grandeza se conjugaron a la perfección en aquellos días de éxtasis o así lo creyeron madre e hija.

—Me han dicho que a pocos kilómetros de aquí hay…

Montserrat no le dejó ni acabar la frase.

—Ni hablar. Tenemos demasiadas cosas que hacer y ver en este lugar en poco tiempo como para perderlo haciendo turismo de tercera

—zanjó la madre, mientras desayunaban en la terraza sobre la que se había dispuesto un festín pantagruélico abierto a todo tipo de tentaciones.

Aquel lugar resultaba demasiado delicioso como para salir de él y encontrarse con cualquier otra realidad.

Villa Padierna no fue un destino ocasional, ni siquiera una cara extravagancia del dueto, sino una meta final, el objetivo de éxito, poder y dinero que Montserrat quería instalar en la mente de su hija. Tenía que inocularle la fiebre de una ambición plena y sin límites.

Le enseñó el cielo y también la condujo a los infiernos.

Entraron uno a uno, en una especie de desfile silencioso. Es temprano y, como la jornada se prevé agitada, el dueño de la cafetería levantó la trapa un poco antes de lo habitual. La mañana se presenta cálida y radiante; una exaltación a la vida que casi resulta ofensiva en este día de funeral.

—¡Buenos días! ¿Qué tomamos hoy? Pronto acudimos al café —recibe el camarero con cierto gracejo a la comitiva que acaba de cruzar las puertas del local.

Les conoce, son clientes habituales, hombres con poder cuya simpatía él, un inmigrante más tras una pulida barra, ha logrado granjearse gracias a su desparpajo natural.

Como reacción a su alegre saludo, percibe una mirada de reprobación y cae en la cuenta de que su tono no se acomoda al rictus enlutado que todos lucen con una similitud prodigiosa.

—Buenos días. Queremos… —es la contestación gélida que le dispensan.

Así que se da media vuelta y se ocupa de la cafetera, que todavía no está a su temperatura oportuna. Mientras manipula la máquina, calienta la leche y coloca las tazas, siente como la tensión inicial del grupo que está a su espalda, acomodado en la barra, se va relajando. Los primeros comentarios surgen poco a poco mientras el camarero sirve los humeantes cafés a sus clientes.

La conversación es la esperada, el crimen y sus incógnitas, y el trazo de las palabras intercambiadas encierra tanta clemencia hacia la víctima como hacia las asesinas. Las críticas a Isabel van aflorando, y con ellas, las secuencias encadenadas de malvados episodios que él, un camarero cualquiera, ha oído en boca de aquellos contertulios hasta la saciedad.

De pronto, uno de ellos, el más encorsetado en los gestos, repara en que están dirigiendo sus dardos contra una mujer que yace en un ataúd.

—Bueno, ya está bien. Todos sabemos cómo era y lo que hacía, y

cómo podía volver loco a cualquiera, que seguramente fue lo que pasó, pero ella está muerta y se merece un respeto, al menos hoy —sermonea al resto del grupo, y opta por volver a hojear el periódico del día, que ya ha leído horas antes.

Los demás aceptan el regreso a su dolorosa compostura y también echan una mirada a los enormes titulares que copan la portada.

Solo el crujido del papel al pasar las páginas y el tintineo de una cucharilla removiendo el azúcar quiebran ese breve momento de reflexión.

Todos admiten el liderazgo tácito de quien ha lanzado la reprimenda, de hecho auguran que el vacío dejado por Isabel Carrasco en la cúpula del partido en León abre nuevas posibilidades a quienes han rivalizado con la presidenta asesinada y han envidiado su poder. Y él podría ser uno de ellos.

—Tienes razón. Pero también ha llegado el momento de pasar página y mirar hacia delante, hay mucho trabajo por hacer y el partido nos necesita más que nunca —comenta otro, rompiendo el silencio.

—Habrá que ver qué planea Herrera para el partido en León, seguimos siendo una plaza electoral crucial —añade un tercero.

—Bueno, al presidente siempre podemos ayudarle nosotros, para buscar la mejor solución para la provincia. De alguna manera, es nuestra responsabilidad.

Una propuesta que, sin lugar a dudas, pasa por la promoción personal de quien la acaba de plantear.

Esas ideas empiezan a entusiasmarles y, casi al tercer sorbo del café, ya han dejado de repasar el periódico y levantado las estructuras de un nuevo poder, donde todos tendrán su propio espacio. Las especulaciones se suceden y distintos nombres salen a colación en el mosaico del naciente aparato que ya componen.

Ante lo impropio de tal entusiasmo en las horas previas a un sepelio, el líder nato del grupo vuelve a pedir mesura, levemente avergonzado por el alborozo de sus camaradas que, sin embargo, comparte.

—Tranquilos, ¿eh? Todavía hemos de enterrar a Isabel y ofrecerle nuestro respeto, como presidenta del partido y de la Diputación que ha sido —reprime las especulaciones de sus compañeros en un tono protocolario. Y, de nuevo, se siente satisfecho de sí mismo y de su contención.

Los demás asienten ante este segundo toque de atención y vuelven a instaurar una seriedad enlutada en sus gestos.

Incapaz de contenerse ante esta escenificación de ansias

reprimidas, el camarero que levemente ya se ha introducido en la conversación con el derecho de un confidente habitual, les espeta:

—Disculpen, pero yo no les entiendo. Todos ustedes estaban deseando que se muriera, ¿o no? Y ahora que está muerta, incluso parecen hasta tristes.

A lo que el líder, en un resorte de hipócrita dignidad, le replica de inmediato:

—Una cosa es que se muriera y otra muy distinta es que la maten.

El camarero calla, se ha adentrado en terrenos resbaladizos, pero aun así se dice para sus adentros: «Acaso no es lo mismo, al menos para ella, finalmente está muerta».

Hay máscaras que se han aferrado tanto al rostro de sus actores que ya son parte indisoluble de su propia piel. Ya han olvidado dónde acaba el hombre y dónde empieza la careta.

Capítulo VI

LA VÍCTIMA

Como un engranaje mecánico pendiente de un último movimiento que accione toda la maquinaria, el complot se cierra al entrar Isabel en escena.

Cada uno de sus últimos 250 pasos la acercan a un final abrupto. Atrás ha quedado Jesús, ocupado en sacar su moto del garaje. Delante, la espera la comitiva del partido y la furgoneta de campaña para ir al mitin de Rajoy en Valladolid. En medio, le aguarda la muerte hecha mujer.

Pero en esos últimos momentos, ella solo respira energía.

Su mente navega veloz, ajena al camino que recorre. Los pensamientos se entrecruzan raudos, si bien con una precisión metódica. Valladolid no es únicamente una cita obligada, sino uno de los campos a cultivar, junto con Madrid, para asegurar su fuerza y su feudo. El escenario político está revuelto y ha de garantizar su posición, no puede quedar descolocada en los escaques electorales. Y dentro de pocas horas, verá a Rajoy y a la cúpula de Génova. Ha de concertar encuentros. Es preciso.

Sus pasos se han ralentizado, al tiempo que sus cavilaciones se aceleran.

Ni ve ni percibe sombras.

Para una guerrera, la contienda es el culmen de la excitación y ella se encuentra ya en posición de combate. Ante sí, la pasión encendida de unas elecciones que son preámbulo de su verdadero reto en 2015. Como inquietud, su prestigio raído por campañas informativas escandalosas que se han encadenado en los últimos años para investirla como la malvada por excelencia. En el horizonte inmediato, las conjuras que ya se pergeñan ante la próxima sucesión, quizá a mitad del siguiente mandato, de Juan Vicente Herrera en la presidencia de la Junta y, posiblemente, del partido en Castilla y León.

Ella ya ha hecho un primer movimiento público en favor del secretario general del PP en la región y ahora alcalde de Salamanca, Alfonso Fernández Mañueco, el candidato mejor posicionado desde 2012 cuando se daba por cierto que este sería el último mandato de Herrera. Con su apoyo no solo pretende ganarse un padrino en potencia, sino repudiar implícitamente a quien considera su enemigo preferido y oculto aspirante a la herencia de Herrera, se trata del leonés Antonio Silván, consejero de Fomento y Medio Ambiente, y en sus inicios políticos, su secretario cuando ella ejercía como poderosa

consejera de Economía y Hacienda. En el sino pendular de sus relaciones, lo que fue estrecha amistad y plena confianza se agrió en abierta confrontación e indómita ira.

El tacón de su sandalia derecha le molesta y lo mira de soslayo sin detenerse. Piensa que estos zapatos no son tan cómodos como parecían, pero no cabía opción, son los que combinan mejor con el vestuario que lleva.

Siempre hay pasos incómodos que dar o chinas molestas en el camino, como este zapato o como ese asunto que no ha logrado desactivar. Parecía algo minúsculo y sin embargo se ha convertido en una sólida amenaza.

En aquellos instantes, mientras repasa los puntos a favor y en contra de su perfil político, lo que más le pesa y embota sus pensamientos es ese otro asunto. Ha sido imputada por malversación de fondos públicos, falsedad documental y negociación prohibida a funcionarios; y esos cargos le son achacados por la acusación privada y también han sido refrendados por la fiscalía que se ha pronunciado ese mismo febrero, dando gravedad y brío a un proceso judicial atascado en un mar de sargazos desde 2012. El caso se refiere al cobro indebido de dietas de kilometraje por la asistencia a reuniones de Caja España, como miembro de su consejo de administración, y de las sociedades participadas por la entidad, donde ella ejercía su representación. Fueron cobradas como desplazamientos propios realizados en su vehículo particular, cuando, según mantiene la acusación, utilizó el coche y el conductor de la Diputación. Parece un asunto menor, pero es una fisura incontrolada en el muro de contención con el que ella se ha protegido ante la justicia.

Esa mácula puede extenderse como una mancha que oscurezca su destino inmediato.

Pasa sin ver entre la gente que recibe plácidamente la tarde en el paseo. Para ella, son figuras anónimas que siguen la rutina de una ciudad tranquila. Alguna vez distingue una mirada de reconocimiento y otras un saludo lejano al que responde con un gesto. Es grato hallarse entre seres corrientes, sin lazos ni enredos interesados ni amenazas judiciales.

Por un instante piensa que le gustaría vivir como ellos, casi ajenos a todo, salvo a su pequeño mundo, como esa extraña de pelo moreno con gorra que parece medio dormida en un asiento del jardín. «Debe ser de mi edad. ¡Qué poco gusto tiene vistiendo! —se dice a sí misma—. Con el calor que hace hoy, se estará asando… es la manía de esta ciudad fría, la de vestirse siempre en tonos oscuros y abrigarse demasiado incluso en una tarde templada de primavera».

Se pregunta si le gustaría ser ella, esa mujer. Y de inmediato concluye que no. Ser alguien que es simplemente nadie, allí sentada entre gentes anónimas viendo pasar la tarde, medio encapotada, como un animal que despierta de una larga hibernación. No, desde luego que no. Es un papel demasiado laso y anodino para la fuerza y el orgullo que laten en ella.

Ignora Isabel Carrasco que esos mismos pensamientos de grandeza, trenzados con las púas del rencor, han coronado de espinas la mente de su asesina.

Sigue su camino bajo la arboleda y ya enfila la pasarela.

«El suelo de esta pasarela está fatal, tengo que decírselo a Emilio (Gutiérrez, el alcalde)». Graba en su mente esta idea, al tiempo que detecta las zonas de hormigón erosionadas por el hielo del invierno y acomoda su paso a las irregularidades del firme. «Debo tener cuidado, no vaya a torcerme el tobillo y caerme al suelo».

Su mano agarra la barandilla derecha para afrontar el breve repecho del puente y asegurarse de no trastabillar. No sería la primera vez que sufre un esguince; un riesgo difícilmente evitable ante lo elevado de sus tacones. Pero no es la torcedura la que la hace ser precavida, no es el dolor, sino la posibilidad de verse en el suelo. Esa imagen de debilidad y desamparo de alguien tirado en el pavimento le parece insufrible, patética.

De frente viene una pareja madura, un hombre y una mujer, dispuesta a su habitual ejercicio vespertino. Llegan caminando desde el final del paseo de Salamanca con soltura deportiva y hoy su ruta tiene una finalidad práctica, el centro psicotécnico de la avenida Ordoño II, junto a la sede de Tráfico, en el que renovar el permiso de conducir de ella.

«Esta es la de la Junta, la que sale tanto en la tele», piensa la esposa, y le da con el codo a su marido para indicarle con quién se van a cruzar.

Hace muchos años que Isabel Carrasco no es la de la Junta, y ya le gustaría volver a serlo, pero para Elena las imágenes de los políticos locales se confunden en un tótum revolútum que no se ocupa de desenredar. Pedro ya la ha reconocido y cavila en quién pensará su mujer que es, habituado como está a sus divertidos despistes.

Elena avanza y se coloca justo delante de su marido, que porta una gorrilla blanca, para dejar espacio a Isabel que asciende y a esa otra mujer que camina detrás de ella. La pasarela es demasiado estrecha para permitir el cruce en paralelo de más de dos personas. Mira con interés no disimulado a la política y da por hecho que «esta es la de Junta». Para, inmediatamente, observar con extrañeza a la

segunda mujer. Apenas ya se han cruzado, su curiosidad la lleva a echar un vistazo a su espalda y ve que la figura oscura también la está mirando.

Un escalofrío la recorre cuando rememora el momento.

—Recuerdo sus andares. Hacía un movimiento extraño con uno de sus pies. Aquella otra mujer morena, de pelo suelto, en media melena y liso, con gafas estilo Ray Ban, tenía la cara redonda. Sobre sus hombros, un gran pañuelo oscuro con detalles en blanco, y en la cabeza, una gorra negra de loneta con visera… Y no olvido su forma de caminar, iba con zapatos bajos. Y, ¿sabe?, me extrañó el silencio, casi el sigilo de sus pasos. Encima del chaquetón, que era una especie de parka color aceituna sin fruncir, suelta, llevaba un bolso negro, cruzado hacia la derecha y su mano reposaba dentro de él… Pensé que sería su guardaespaldas. Solo eso.

Pedro también repara en la oscura figura que sigue tan de cerca los pasos de la rubia política. Camina casi como una sombra tras la presidenta. Por un instante deduce que debe de ser parte de su seguridad personal. Pero tampoco le cuadra. Esa tesis chirría. Que sepa, y algo sabe, ya se han retirado casi todos los escoltas de los políticos al desaparecer la amenaza sangrienta de ETA y, además… esta mujer es pequeña, muy menuda para el oficio, no muy joven y no encaja con el retrato de una policía de paisano. Y él sabe muy bien cómo reconocer a un policía.

Hace un gesto inconsciente de duda, pero su esposa le reclama con una mirada sin palabras y apresura su paso para caminar junto a Elena que ya se adentra en el paseo.

La presidenta sube la pendiente de la pasarela pensando en los riesgos políticos que tiene ante sí, cuando el auténtico peligro está a su espalda, pegada a ella como una sombra.

Da el paso 250.

• • •

—¿Tú quién eres?

—Me llamo Francisco, Paco, Gómez y soy militante de San Andrés.

—¿Qué quieres?

—Quiero que el partido en San Andrés sea alternativa de verdad al PSOE, que los concejales del PP no se plieguen a las prebendas de Miguel Martínez (el entonces alcalde socialista del municipio metropolitano, cuya creciente población lo ha convertido en el tercer ayuntamiento de la provincia). Mire, presidenta, yo traigo el *tupper* de casa y no tengo que comer del plato de Miguel Martínez —señala rotundo.

—¿Y?

—Muy simple. Quiero presentarme contra el presidente local, Enrique Gil, en unas primarias.

Ella no contesta, frunce el entrecejo y eso es suficiente.

—Ya sé, ya sé —se apresura a explicar él— que este proceso no está regulado en nuestro partido. Pero yo quiero competir por la presidencia de la agrupación municipal, someterme al voto de los afiliados y que el partido funcione en San Andrés —expone alto y claro.

Ella lo calibra detenidamente, desvía por un instante la mirada al secretario general del PP leonés, Eduardo Fernández, que le acompaña hoy en el despacho y decide:

—Tira para delante.

Isabel Carrasco acaba de conocer al único hombre que sería capaz de combatirla con lo que ella más temía, una imputación judicial. Aquel militante del PP de San Andrés, ese pueblo del alfoz prácticamente subsumido por la capital, tenía una cualidad que le hacía una persona inexpugnable: la honestidad. Pero entonces ella no lo sabía.

En diciembre de 2004, la candidatura de Paco Gómez vence a la de Enrique Gil, un hombre de sesenta y nueve años que es concejal en la oposición en San Andrés, ha sido edil en León y secretario provincial del partido. El nuevo presidente de la junta local se enfrasca en la tarea de despertar a una militancia dormida y de acabar con la imagen de que San Andrés es un cementerio de elefantes para los jubilados del PP.

La nueva cita electoral, la de 2007, vuelve a propiciar otro desafiante encuentro entre Francisco Gómez e Isabel Carrasco.

Ya ha recibido el aviso de que la nueva candidatura a las municipales de ese año no estará encabezada por él, sino por una neófita en política que además ni reside en el municipio ni es afiliada de la agrupación, la funcionaria de la Diputación Isabel Fernández.

El burlón destino hará que esta misma Isabel Fernández también sea en 2011 vocal suplente en un tribunal en las oposiciones convocadas por la Diputación para cubrir una plaza de ingeniero de telecomunicaciones; su designación se produce después de que la funcionaria nominada inicialmente, Rosa Larrainzar, alegue que debe abstenerse de asumir esta función ya que es amiga —y jefa— de una de las aspirantes, la interina Triana Martínez. Isabel Fernández no llegó a sentarse en aquel tribunal, no fue necesario llamar a la suplente.

Pero esa escena del vodevil aún no ha sucedido. Es el año 2007 y

la candidatura de San Andrés levanta ampollas. Paco, que se había volcado en los últimos años en crear un grupo de militantes jóvenes con capacidad para ganarse la calle, considera esta decisión en favor de la desconocida Isabel Fernández como una traición. No solo le desbancan a él de su legítima aspiración municipal, sino que se entrevé un tongo electoral, al ofrecer una pieza muy fácil de ganar a un potente adversario como es Miguel Martínez, también secretario provincial del PSOE y senador, además de alcalde de este municipio desde 1991.

Nadie ignoraba que el socialista Miguel Martínez e Isabel Carrasco habían trabado una simpatía cómplice, surgida de las sesiones que compartían como parlamentarios en la Cámara Alta y de sus días y noches en Madrid. Ella había sido designada senadora por la Junta de Castilla y León en 2003, casi una compensación después de que Juan Vicente Herrera decidiera no renovarla como consejera de su Gobierno regional. Él había llegado al palacio de la plaza de la Marina Española poco después, en las elecciones generales de 2004. Madrid tenía algo de exilio de lujo para ella y, al mismo tiempo, era un escenario deslumbrante para él. Era extremadamente difícil lograr una confrontación directa o personal entre ellos; defendían sus siglas, ambos encumbrados en sus respectivas direcciones provinciales, pero mantenían un pacto de no agresión.

Las elecciones de 2007 ofrecen el peor resultado cosechado por el PP en San Andrés desde 1987, veinte años atrás. Isabel Fernández se convierte en una concejala casi inadvertida, mientras que el único edil de una nueva formación leonesista, llamada PAL-UL, gana un protagonismo indiscutible por su certero control al gobierno de Miguel Martínez. Este hombre en soledad no es otro que Paco Gómez, que abandonó la militancia y la presidencia de la junta local del PP como respuesta a la imposición de la cabeza de lista.

La primera advertencia le vino de los lugartenientes de Carrasco, Eduardo Fernández, secretario del partido, y el diputado Cipriano Elías, el hacedor en la provincia.

—Oye, verás, Paco, hemos decidido que la candidata sea Isabel Fernández. Tú irás de número dos —fue el mensaje.

—No estoy de acuerdo —se opuso Paco, que ya se barruntaba una jugada parecida—. Os equivocáis. Yo no sigo a cualquiera y con esa candidata, que ni es del partido ni es del pueblo ni ha trabajado con nosotros ni la conoce nadie, vamos a perder estrepitosamente.

—Tranquilo, hombre. Tú vas a entrar seguro en el ayuntamiento y, precisamente, como ella no sabe nada de nada, el que va a mandar en el grupo vas a ser tú. ¿No lo entiendes?

Para los habituales segundos, su posición natural en la liza es envidiable, en especial si el número uno es un títere en sus manos, quizá por eso no podían comprender la rotunda negativa de ese administrativo municipal, al que consideraban un atrevido ingenuo en política.

La tozudez de Gómez motiva una reunión con la presidenta. Ya no tiene que preguntarle: «¿Tú quién eres?». La amenaza de una dimisión en bloque de la directiva local en este pueblo lo identifica plenamente como un insurrecto.

—No quiero líos en San Andrés y no hay nada más que hablar. Tú vas de dos —le expone Carrasco.

—No estoy de acuerdo. No se trata de mí, sino de todos los miembros de la junta local que han trabajado conmigo estos años —mantiene Gómez.

—¡Eliminación! —zanja ella como si de una sentencia se tratara.

La palabra impacta en los oídos de Paco y la réplica no se hace esperar.

—Si ellos sobran, también sobro yo. Adiós.

Tras el abandono en bloque de toda la junta directiva popular, su ya expresidente se presenta semanas después como número uno por una formación conservadora y leonesista.

Hay algo quijotesco en este hombre y, no por iluso —como entienden quienes solo captaron el arte cómico de Cervantes—, sino por hidalgo e idealista. En una batalla sin igual contra los molinos de viento de la política y de la justicia, este otro Alonso logró tras dos años de embestidas judiciales estériles que el «caso de los kilometrajes» alcanzara una gravedad insospechada para la todopoderosa Isabel Carrasco.

El consabido auto sacramental navideño de los populares reúne un año más en el parador de San Marcos a cientos de cargos públicos y militantes. Un comité provincial previo a la comida de fraternidad es la excusa propicia para invitar al secretario general del PP en Castilla y León, Alfonso Fernández Mañueco, ensalzar su figura política y además ensombrecer a otro asistente destacado, el consejero Antonio Silván.

La escena reúne las dosis precisas de protocolo e hipocresía política. Como si de una pastorada se tratara, bajo el pacífico sortilegio de la Pascua, Mañueco, Carrasco y Silván se saludan al inicio de la reunión con deslumbrantes sonrisas y parabienes. Pero se aprecia un detalle, el consejero Silván y la presidenta Carrasco se evitan la mirada.

La inquina late e incluso cobra forma de titulares.

El discurso de buenos propósitos y felices augurios económicos para el año entrante, 2014, que el secretario Mañueco tenía preparado para ese domingo prenavideño, se ve eclipsado por la sucesión de preguntas de los periodistas referidas a la imputación que recae sobre la presidenta de la Diputación por el caso de las dietas de Caja España.

Un día antes del encuentro político-navideño, la prensa revela que la investigación sobre las dietas, atascada desde hace años, había cobrado un renacer sorpresivo con la imputación de Carrasco. En la antesala del comité provincial, el dirigente regional únicamente acierta a señalar: «No me consta».

—Usted, como secretario general del partido en la comunidad, ¿ignora entonces el estado procesal de la presidenta del PP?

—Siento no poder responder a su pregunta, pero no me consta nada de lo que comenta usted.

A sabiendas de que su respuesta resulta extremadamente pobre, opta por acusar al enemigo externo, aunque en su fuero interno sopesa la posibilidad de que las guerras taimadas que se libran en el seno del partido en León hayan propiciado este penoso suceso en el que él se siente utilizado.

—Supongo que todo esto es una maniobra del PSOE, que intenta ganar a través de los tribunales de justicia lo que no ganaron en las urnas. —Y añade, convencido de lo acertado de su atajo dialéctico—: Hay personas, como el señor López (por Óscar López, tercer hombre en la cúpula socialista federal y portavoz en las Cortes regionales) y otros que le rodean, que no son capaces de ganar en las urnas a nuestros candidatos, como a Isabel Carrasco y a otras personas del PP, y utilizan unos mecanismos que no son adecuados, como los tribunales.

Sin embargo, el dirigente regional parece ignorar que la denuncia contra la presidenta no parte del habitual oponente, sino del único concejal que el PAL-UL tiene sentado en San Andrés, Paco Gómez.

Algún periodista pretende sacarlo de su error, pero Fernández Mañueco no se da por enterado e invoca el espíritu navideño.

—El denunciante, señor Mañueco, no es del PSOE, sino del PAL-UL —le advierten.

—Bueno, pido que ni el PSOE ni el PAL-UL quieran ganar en los tribunales lo que le han negado las urnas… Y además —desea zanjar cuanto antes el asunto—, también les pido sosiego y tranquilidad. A mí me verán muy tranquilo y confiando en la gestión que están realizando todos los miembros del PP de León… Y nada más. ¡Feliz Navidad a todos!

La prensa vuelca ahora sus preguntas hacia Carrasco, sentada

junto a Mañueco.

—Niego rotundamente lo publicado. Es falso. Y lamento que algún medio de comunicación haya hecho público este sábado una noticia falsa con el objetivo de arruinarnos esta comida. No lo va a conseguir. El caso está en el mismo punto que un año atrás. Nada se ha movido.

La comparecencia acaba y le sigue la comida. En aquel señorial salón escarlata de San Marcos, algunos buscan la mirada culpable o vengativa de otros. Pocos dudan de que la información que ha teñido de polémica la fiesta de Navidad no provenga de sus propias filas.

En realidad, a Isabel Carrasco no le falta razón, el verdadero avance del proceso se produciría dos meses después, en febrero, y con el auto de la fiscalía, fechado el 5 de febrero de 2014 y filtrado a la prensa el día 13 de ese mismo mes.

En ese momento, a quien complica la noticia es a la máxima figura del PP y de la Junta en Castilla y León. Instantes antes de asistir a la asamblea general de la Asociación de la Empresa Familiar, un acto netamente protocolario, Juan Vicente Herrera se ve asaltado por los periodistas con una pregunta incómoda.

—¿Cómo valora que el fiscal aprecie en el auto conocido ayer tres posibles delitos en el cobro de dietas de kilometraje por parte de Isabel Carrasco y con cargo a Caja España?

Herrera dirige su mirada a los micrófonos que le rodean y sabe que tiene pocas salidas.

—Pues verá, realmente me tendré que informar porque me pregunta de algo de lo que, desgraciadamente, no tengo información y no puedo hacer ninguna valoración en este momento.

Mientras el PP regional sufre de nuevo los coletazos de ese territorio siempre convulso que es León, los representantes del PSOE e IU se aprestan a pedir la dimisión de la presidenta del PP y titular de la Diputación, si se confirman los indicios y es encausada por malversación, falsedad documental y negociaciones prohibidas a la autoridad.

En la noche de ese mismo viernes, día de los enamorados, en la rústica mesa de un viejo bar del Barrio Húmedo, un grupo de amigos cómplices entrechoca unos chatos de vino ante una desbordante tortilla de patatas y una excepcional cecina de la casa para celebrar lo que ninguno se atreve a mencionar en voz demasiado alta.

Cuando el mesonero, que ya sabe de sus cuitas, se retira consciente del mutismo que provoca su presencia, una vez dispuestas las suculentas raciones de aquella cena, alguien continúa el debate aparcado minutos antes.

—Bueno, no nos precipitemos —apunta frenando euforias—, que aún queda mucho camino por recorrer y algo más complicado: que comparezcan todos los testigos.

—Ya. Pero ahí está el asunto. El fiscal ya se ha pronunciado, y con dureza. ¡Joder, tres delitos! Creo que hasta Herrera se ha tenido que tragar el sapo esta tarde —dice el más optimista, dando un codazo afable a su compañero.

—Sí, pero ella es muy poderosa y, al fin y al cabo, es un caso menor, ojo…

Siempre hay un aguafiestas para apuntillar las ilusiones.

—Oye, que Al Capone finalmente fue encarcelado por un asunto fiscal —insiste el optimista sin arredrarse.

Era mediodía cuando su móvil empezó a vibrar con una insistencia chocante. A punto estuvo de no cogerlo, abstraída como estaba ante el ordenador elaborando su último encargo. Pero era la segunda llamada pérdida que recibía en pocos minutos y se preguntaba a qué obedecía tanto empeño.

—Hola. Perdona, no vi la llamada anterior —mintió—. Bueno, estaba concentrada en el trabajo y te iba a llamar luego, la verdad —rectificó.

La voz ansiosa al otro lado le comentó.

—Hola, Triana. Te llamaba para charlar por lo del fiscal que, según parece, mete para adelante a la Carrasco. Lo leí y rápidamente me acordé de ti.

—¿De qué me hablas?

—¿No has visto lo que se publica hoy?

—No, la verdad.

—Pues ya estás tardando —le reprocha su comunicante en un tono simpático.

—He estado todo el día encerrada en casa, trabajando en el nuevo proyecto —se excusa—. Pero dime, ¿de qué se trata? Me tienes en ascuas.

—Resulta que el fiscal la acusa que no sé cuántas cosas por aquello de los kilometrajes de la caja. Ahora sí que va a caer con todo el equipo. Lo vi hace un rato, y enseguida pensé en ti.

Triana quiere compartir la alegría de su interlocutor, pero en ella se ha instalado el escepticismo. Durante dos años ha visto y leído decenas de informaciones y reportajes sobre la corrupción de Carrasco y ninguno de esos hechos ha llegado a juicio. Incluso guarda en el mueble del salón aquel ejemplar de *Interviú,* abierto precisamente en las páginas que relatan el escándalo de las dietas de Caja España. ¿Y qué? Nada.

—Ya me gustaría que así fuera, porque se lo merece, la muy cabrona, pero ¿sabes qué te digo? Que lo dudo. Tendría que pagar por todo lo que me ha hecho a mí, a mi madre y a tanta gente, pero seguro que se libra.

—¿Pero sabes de qué caso te hablo?

—Sí, ya sé de qué caso me hablas, lo conozco. Pero también sé que lleva años atascado y bien se ocupará ella de que quede en nada. Calla hasta a los jueces, te lo aseguro. Es un demonio.

—Pero el fiscal ha dicho…

—Sí, puede que haya dicho o hecho algo —le interrumpe Triana — y, en cualquier caso, le ha jodido el día y con suerte el poco prestigio que le queda se hunde más y más. Pero ¿condena real, condena de cárcel o de inhabilitación…? No lo creo, de verdad. Tiene demasiado poder y el partido no hace nada para frenarla. Se librará. Es mala y poderosa. No creo en la justicia oficial contra ella, solo en otra justicia.

No fue Francisco Gómez, concejal del PAL-UL, quien inició el caso que era el tormento de Carrasco.

La primera denuncia formal contra Isabel Carrasco Lorenzo por el cobro irregular de dietas de kilometraje con cargo a Caja España, cuando en realidad utilizaba el vehículo oficial de la Diputación, un Audi 6, y los servicios del conductor en nómina de la institución, la interpuso el Partido Socialista en noviembre de 2011. Y, al poco tiempo, la retiró.

Pocos quieren hablar alto y claro de las causas de esta rendición anticipada del PSOE, pero siempre hay valientes.

—No fue una sola razón. De un lado, sabíamos que se iba a archivar, nos lo habían soplado desde el juzgado. Pero también he de reconocer que ella nos forzó a hacerlo. Entró en batalla, con sus artes habituales, y la ganó.

«Con pleitos no hay acuerdos, tú decides».

Con ese mensaje tan directo, desde el Gobierno provincial se comunicaba verbalmente a la oposición socialista que el reparto de los planes de obras para todos los ayuntamientos no estaría, en esta ocasión, sometido a debate y acuerdo, sino a la unidireccional decisión del PP y de su presidenta. La perspectiva resultaba acuciante, por cuanto muchos ayuntamientos socialistas, de grave debilidad financiera, necesitaban del erario provincial para acometer o culminar obras y servicios básicos.

—Nos enfrentábamos a la posibilidad de que muchos de nuestros ayuntamientos percibieran una dotación ridícula, poco más de 30.000 euros. Y lo peor, que les dijeran que la culpa de ese penoso reparto era

nuestra, del grupo en la Diputación que era incapaz de acordar nada porque prevalecían más los pleitos con la presidenta. Y, al fin y al cabo, los diputados estamos aquí para ayudar a los pueblos, más que para hacer política de partido o dirimir las cuentas de Caja España.

Los perjuicios y la potencial irritación de los municipios socialistas, además del anticipo de un archivo judicial, motivaron la claudicación.

Pero junto a los argumentos pseudoficiales aparece otra causa no menos decisiva.

—Y luego estaba el partido. Bueno, los jefecillos del partido ocultando sus miserias.

—¿El partido por qué?

Al interlocutor le asalta una sonrisa entre pícara y divertida. Y se explaya a gusto:

—Porque Isabel era muy lista, pero que muy lista… E igual que nosotros teníamos pruebas de que ella había cobrado kilometrajes aun yendo en el coche oficial, ella tenía pruebas de que otros representantes del PSOE en la caja habían hecho exactamente lo mismo, e incluso que algunos iban juntos en un solo coche, porque eran amiguitos, y los tres o cuatro que se juntaban para viajar en cada sesión de la caja a Madrid o a Salamanca luego pasaban cada uno de ellos su propio kilometraje… Cutre, ¿eh? ¿Qué te parece…? ¿Cómo íbamos a acusarla de lo mismo que hacían los nuestros?

—Uf, me parece que la caja ha sido la cueva de Alí Babá.

—Pero con mucho más de cuarenta ladrones. Da asco.

El mismo escrito judicial fallido para el PSOE y toda la documentación precisa para avalarlo son presentados poco tiempo después, en marzo de 2012, y en el mismo juzgado por el concejal Francisco Gómez, asesorado por el letrado Paco Viejo Carnicero, un abogado que él considera como «independiente y muy valiente».

Uno de los derrotados del PSOE le propicia este regalo.

—Tú te enfrentas a todos y, a lo mejor, tienes más suerte y más libertad que nosotros para actuar.

Casi de forma inmediata, la juez titular del juzgado de instrucción número 3 de León, Blanca Esther Díez, conocida años atrás en los albores del caso Malaya en Marbella, archiva la denuncia al no apreciar delito. Era de esperar, así que es presentado un recurso de reforma, justificado en el hecho de que no se ha practicado ninguna diligencia para llegar a esa conclusión; este recurso es desestimado. Francisco Gómez apela por primera vez a la Audiencia Provincial, un camino que tendría que transitar hasta en tres ocasiones, y la instancia superior le da la razón.

Se pide al juzgado que emita oficio a Caja España para acreditar las dietas cobradas por Carrasco en 2010 y 2011, que inste ante la Diputación una certificación de las entradas y salidas, así como del destino del vehículo oficial de la presidenta con sus días concretos. Y, por último, se solicitan, vía juzgado, los movimientos de la tarjeta Solred, con la que el parque móvil provincial carga gasolina, señalando la ubicación de las estaciones utilizadas por el vehículo de Carrasco y su conductor en el tiempo investigado.

Junto a las pruebas documentales, el denunciante también requiere a la juez Díez para que sean llamados a declarar como testigos del caso Javier García Prieto, miembro del consejo de la entidad financiera, procurador del PP en el Parlamento regional y expresidente de la Diputación; Francisco Fernández, exalcalde del PSOE en León, exsecretario provincial de este partido y consejero de la caja; Miguel Ángel Álvarez, sindicalista de UGT, miembro del consejo y del Banco Ceiss, así como dos conductores: un taxista que solía acudir a las reuniones y el chófer de Evaristo del Canto, exdirector general de Caja España y presidente tras la fusión con Caja Duero.

Carrasco recurre contra todos los potenciales testigos, alegando su «enemistad manifiesta». Y al tiempo, veintiséis cargos públicos del PP en León suscriben en noviembre de 2012 una carta dirigida a la dirección autonómica contra García Prieto, que estaba citado a declarar el siguiente 21 de enero. En este escrito, advierten a la cúpula regional del partido sobre «el comportamiento preocupante» del procurador en las Cortes, quien aparece como testigo —obviamente de cargo— en la investigación judicial contra la presidenta, instada por el PAL-UL.

El denunciante solitario se ve obligado a batallar en dos frentes, interpone en diciembre una denuncia contra los veintiséis cargos firmantes, entre ellos el alcalde de León, Emilio Gutiérrez, y los tres senadores del PP, Eduardo Fernández, Luis Aznar y Silvia Franco, por «obstrucción a la justicia» y coacción a un testigo; y mientras, ha de recurrir de nuevo ante la Audiencia Provincial, porque la juez no le ha dado traslado del recurso «de enemistad» presentado por Carrasco, lo que supone un error procesal evidente que invalida la instrucción. El órgano apelante llama otra vez al orden a la magistrada, aprecia la indefensión de una de las partes y la existencia de errores de procedimiento y, finalmente, decreta la nulidad de las actuaciones y el reinicio de todo el caso al estado en que se encontraba en noviembre de 2012.

—El proceso siguió embarrancado, y mientras la investigación no avanzaba, pese a las dos intervenciones de la Audiencia, lo que sí se

sucedieron fueron las acciones de Carrasco contra nosotros —recuerda el denunciante.

Han pasado las semanas y el crimen ha quedado relegado a un segundo plano informativo y social y, sin embargo, en una terraza junto al río Bernesga, Francisco Gómez lamenta hondamente que este proceso judicial quede inconcluso, archivado por la muerte de la imputada.

—Debimos y pudimos ganar a Isabel en el campo de la política, en los tribunales y en la prensa, cuando sus acciones eran ilegales, pero este fin es indigno, es un crimen, es un error. El error de un sistema que no limpia sus miserias, deja la suciedad bajo la alfombra, los asuntos se pudren y, entonces, acuden las ratas.

Y en el alma de Francisco Gómez pesa la trágica deriva de su rival política.

Las informaciones que se encadenan en la revista *Interviú* sobre las dietas de Carrasco —esas mismas páginas que Triana guardaría junto a las notas sobre armas de fuego— motivan una denuncia por filtraciones y revelación de secretos interpuesta por la presidenta contra su acusador, el abogado Viejo y la procuradora judicial, e incluso contra los medios de comunicación que han difundido datos sobre el pleito. Con una celeridad inusual, la juez Díez, sin someter esta denuncia a reparto entre juzgados, llama a declarar como testigo a Francisco Gómez, que es avisado de una forma expeditiva, a través de la UDEF (Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal de la Policía Judicial). Esta nueva escaramuza se resuelve con un tercer recurso de Gómez ante la Audiencia Provincial de León. En su última resolución, el tribunal vuelve a fallar a favor del concejal del PAL-UL e incluso advierte a la instructora de que «el investigador puede ser investigado».

—Oye, Paco. Yo creo que deberíamos entendernos y sentarnos a negociar.

Es la oferta subrepticia de un representante del PP, a la sazón alcalde.

—Verás, yo estoy dispuesto a hablar siempre, pero negociar… Es que yo no negocio con delitos, lo ilegal no lo hablamos entre tú y yo, sino que se dirime en los juzgados.

Hubo alguna tentativa más, pero con el mismo resultado. Los mensajeros volvieron con el rabo entre las piernas.

Tiempo después, en febrero de 2014, el auto del ministerio público saca el caso de su ensimismamiento procesal. La fiscalía rechaza el último recurso interpuesto por la defensa de la presidenta por la enemistad manifiesta a su persona de los testigos propuestos

por la acusación, y además pide nuevas diligencias ante la posible existencia de tres presuntos delitos de malversación, falsificación documental y negociaciones prohibidas a los funcionarios o a la autoridad. La fiscal apremia a la juez para que llame a declarar a los chóferes y practique las diligencias ya pedidas, casi un año antes, en marzo de 2013. Insta a la toma de declaración de los testigos que Carrasco recusó. Sin más dilaciones notables, en abril, pocas semanas antes del crimen, comparecen los primeros testigos, los conductores. Solo uno de ellos, los demás no saben o no recuerdan, el chófer de Evaristo del Canto, presidente de Caja España-Duero hasta su absorción por Unicaja, sí confirmó ante la juez que Carrasco, en su faceta de consejera, acudía a las reuniones de la entidad y de las sociedades participadas, como la tasadora inmobiliaria Tinsa con sede en Madrid, en el coche oficial de la Diputación y conducido por su chófer habitual.

La acusación calcula que la presidenta de la Diputación pudo embolsarse por este concepto, dietas de kilometraje, durante los años 2010 y 2011 una cantidad aproximada de 40.000 euros.

El abismo que separa la figura de Francisco Gómez de la de Isabel Carrasco puede ser precisado, es contable, tiene una cifra: 111.200 euros. La diferencia existente entre los 800 euros mensuales por dietas de asistencia a comisiones y plenos que percibe el concejal de San Andrés, único ingreso de Gómez una vez agotada su prestación por desempleo, y los 120.000 euros anuales de emolumentos de origen diverso que medios de comunicación como *El Mundo* y *El País* asignan a la presidenta de la Diputación.

La libertad suele tener un precio, que es la miseria, como mantienen los cínicos. Y en el caso de Gómez, su libertad también incluye algo de disparate surrealista.

Ser concejal y administrativo del mismo ayuntamiento es incompatible, tuvo que pedir la excedencia. Y las dietas de un edil de la oposición por asistencia a plenos y comisiones no dan para mucho, así que Paco se buscó otra profesión diferente y compatible.

—Buenos díasss —deja colgada la s—. ¿Algún problema? ¿Le puedo ayudar, señora?

—Sí, señor vigilante, buscaba… ¡Ah! Ya lo he visto. Gracias.

—De nada, mujer. Lo que necesite.

Este es Paco, ella es una señora cualquiera y el escenario es un hipermercado de San Andrés. Sí, el concejal y administrativo se enfundó en un uniforme azul, sin gorra, se agenció unos zapatos cómodos para permanecer horas y horas de pie, y se hizo vigilante jurado a fin de compensar el salario al que su pasión política le

obligaba a renunciar.

Su labor en aquel improvisado oficio se hizo tan meritoria que incluso resultó condecorado por el Ministerio del Interior. Pero ni siquiera la medalla le valió para continuar en su puesto.

«Lo siento, te tengo que despedir —le dijo su jefe—. No es por ti, Paco, bien lo sabes, sino por presiones». Y el vigilante no pidió ninguna explicación más, dejó su uniforme azul, pero no su escaño en la oposición municipal ni el «caso de los kilometrajes».

El fragor de aquella batalla judicial se apagó tras el último de los tres disparos que Montserrat descerrajó sobre el cuerpo desvalido de Isabel.

El crimen ha provocado el inmediato y lógico archivo de todas las actuaciones. Y ante esta historia inconclusa donde se volcó tanto esfuerzo, recursos, tiempo y energía, un hombre se hace una pregunta cuyo enunciado es terrible por la respuesta a la que induce.

—En aquel mueble, junto a las anotaciones sobre armas y a los documentos que prueban el seguimiento a Isabel Carrasco y muy cerca de toda aquella munición, también estaba la edición de *Interviú* de diciembre de 2012 abierta por las páginas del escándalo de las dietas. Y no puedo dejar de preguntarme si esa protección judicial que amparaba a la presidenta, y contra la que yo luché denodadamente, ¿no habrá adelantado la fecha de su muerte…? —Francisco Gómez deja pasar unos segundos y sus palabras vuelven sobre el mismo camino—. Si hubiera sido juzgada, incluso condenada por esas dietas, quizá no hubiera sido asesinada, quizá esas mujeres no se habrían creído la mano de la justicia ni habrían satisfecho su rencor… Pero Isabel se vio protegida una y otra vez por la inoperancia de la justicia durante dos largos años y yo me pregunto: ¿se creyeron las asesinas el brazo bastardo de la justicia, precisamente porque la verdadera justicia no actuó? ¿Una condena habría salvado la vida a Isabel?

En febrero de 2013, un año antes del auto del ministerio público le imputara tres posibles delitos, *El Mundo* publica que la presidenta ha percibido, en concepto de dietas vinculadas a Caja España-Duero, «unos sobresueldos anuales de 50.760 euros en 2008, 54.120 euros en 2009, 59.400 euros en 2010 y 30.720 euros en 2011, según documentos internos del Banco Ceiss». A lo que el periódico suma el salario de la Diputación, unos 80.000 euros al año. La media ponderada de estas cantidades arroja una cuantía algo superior a los 120.000 euros anuales.

Pero, claro, ella era Carrasco, «la de los doce sueldos», y en este epíteto yacía tanta verdad como mentira.

El 1 de diciembre de 2011, el periódico *El País* publica el artículo

titulado «Presidenta y 11 cargos más», en el que desglosa los poderes que acumula Carrasco y el dinero en salarios y dietas que le reportan.

No son sueldos, sino cargos los que hace suyos Carrasco; algunos llevan aparejado salarios y otros, dietas por asistencia. La suma total es desorbitada y más todavía en un país herido por una crisis que conlleva millones de parados y recortes en las prestaciones sociales más básicas.

Pero con ser inmoral no es ilegal, ya que la legislación española, alumbrada por los políticos en el Parlamento, bien que se ha precavido de establecer un tope máximo de percepciones generadas por el desempeño de los cargos públicos. Cada puesto cotiza por sí mismo, son acumulativos y, en muchos casos, no tributan como honorarios de trabajo al tratarse de dietas, de lujo, pero dietas al fin y al cabo.

Carrasco era presidenta del PP de León y de la Diputación Provincial, y por este cargo que incluía dedicación exclusiva percibía 5.700 euros en catorce pagas (79.800 brutos al año) en 2011. Para ser presidenta de la corporación provincial es preciso ser diputada provincial y esta condición se adquiere mediante una elección indirecta entre todos los concejales de un partido judicial; es decir, para ser presidenta es preciso ser concejala. Y ella lo fue primero por Cuadros, en el mandato 2007-2011, y por León capital en el periodo actual. Como todo concejal sin dedicación exclusiva, percibe dietas por asistencia a plenos y comisiones, que, en 2011, suman una cuantía de más de 3.000 euros en total.

Todo presidente de la Diputación Provincial de León es, a su vez, presidente de las entidades de las que la institución es titular, salvo que delegue en otro diputado del Gobierno. Por esta razón, Carrasco era la presidenta nata del Instituto Leonés de Cultura, plenamente dependiente de la Administración provincial —del que en 2010 percibió 13.300 euros, según la información de *El País*—, del consorcio del aeropuerto de León, creado por la Diputación años atrás para financiar los vuelos y evitar la inutilidad de una flamante instalación en la que el Gobierno de Zapatero invirtió 70 millones, y del consorcio para el tratamiento de basuras Gersul, creado mucho tiempo atrás para impulsar un vertedero provincial y paliar los cientos de basureros clandestinos que envenenaban la provincia a principios de la década de los noventa.

A todos los cargos vinculados a la Diputación Provincial y que no son diferentes a los que han asumido o acumulado los anteriores titulares del mismo organismo, ya sean del PP o del PSOE, Carrasco Lorenzo sumaba su condición de vicepresidenta en el consejo de

administración de Caja España, primero, y de consejera en la dirección de la entidad fusionada Caja España-Duero, después. Como todos los miembros del consejo directivo de la caja, también representa a esta en algunas de las empresas accionarialmente participadas. A Carrasco le correspondió ser representante de la caja en las sociedades Invergestión, Inmocaja y la tasadora Tinsa.

Fue la Ley de Cajas, además de la ambición personal, la que favoreció —o infectó, según se mire— la presencia de políticos o de representantes sociales instrumentalizados por los partidos en los consejos de administración de las cajas de ahorro y montes de piedad. En el caso de la antes potente Caja España, que en sus tiempos de gloria llegó a ocupar el décimo puesto en la clasificación nacional, el empate de fuerzas entre PP y PSOE motiva el que la presidencia la ocupe en 2006, tras las elecciones de impositores, una tercera opción personificada en el constructor Santos Llamas. Es uno de los artífices de la omnipresente agrupación leonesa de constructores Agelco fundada en 2003 y que asume, en aquel tiempo, el papel de fiel de la balanza en el escenario político, empresarial y social de León.

Estamos en septiembre de 2007, adentrándonos en el ocaso de esa falacia de prosperidad y rápido enriquecimiento que alumbró la especulación inmobiliaria y la construcción. La crisis y el estallido de la burbuja del ladrillo están muy próximos, pero quienes los atisban prefieren no mencionarlos, quizá para tener tiempo de escapar del desastre que se avecina. Y Agelco ha situado a sus principales personajes en puestos estratégicos. Ya dirige o controla la Federación Empresarial Leonesa, Fele, adscrita a la CEOE —a través de Ignacio Tejera Montano—, la Cámara de Comercio e Industria de León —presidida por Manuel Lamelas Viloria, suegro del anterior—, la deficitaria aerolínea regional Lagun Air, sostenida con el dinero de la Diputación y de la Junta —en cuya presidencia se suceden Llamas y Tejera—, la innovadora Clínica San Francisco —presidida por Llamas —, la dirección de la inmobiliaria de Caja España, Inmocaja —en manos del exconcejal del PP Cecilio Vallejo, también gerente de la promotora residencial de los Agelco, Viproelco— y, como guinda final, la presidencia de Caja España —el último bastión para Llamas.

Es el poder de la nueva logia, que se presenta como la rutilante salvadora de León. Los principales polígonos residenciales están en sus manos, las instituciones empresariales y financieras, también. Como poseedores de dinero, suelo y voluntades se erigen hasta la cúspide de la pirámide.

Todos los constructores han de adscribirse, incluso los grandes, a esta agrupación que reúne a treinta y tres sociedades y a la propia

Caja España en su accionariado, si quieren tener un papel en la comedia económica. En un ejercicio de sindicalismo vertical, los gremios de fontaneros, instaladores eléctricos, calefactores, pintores y demás oficios relacionados con la vivienda también deben pertenecer a alguna de las ramas con el sufijo «elco» si desean trabajar en los principales proyectos de la capital y la provincia. Por llegar a tener, incluso idearon una discográfica, patrocinaron en sus orígenes al equipo de fútbol de la Cultural y Deportiva Leonesa, fueron copropietarios del Baloncesto León SAD y gestaron el primer periódico digital potente para alentar a sus amigos y atacar, sin conmiseración, a sus enemigos; una tónica bastarda, pero por lo demás casi tradicional en el empresariado periodístico de provincias, ya sea digital o impreso, que usa el poder de los medios para salvaguardar sus otros intereses económicos, no siempre confesables.

Sentados ya en la presidencia de la caja, como el último y preciado eslabón que cierra su círculo de poder, las vicepresidencias son ocupadas por los dos máximos dirigentes del PP y del PSOE en León. A un lado, Isabel Carrasco, presidenta del PP y vicepresidenta primera de la entidad; al otro, Francisco Fernández, secretario general del PSOE y alcalde de León, además de vicepresidente segundo de la caja. Es un tiempo crucial y turbulento. El empate entre los partidos políticos se dilucida en la mesa de juego bajo las directrices de un crupier tramposo.

Dos mujeres cruzan esa mañana la puerta de una sucursal de Caja España en la ciudad de León. Saben que ahora es un banco y se llama de otra manera (Ceiss), una denominación rara que prefieren no memorizar, y que los avatares de los últimos años han conducido a la entidad a un puesto residual y penoso en el panorama financiero nacional.

Son muchas las diatribas que se han conocido en el rocambolesco proceso vivido hasta su conversión en banco y su absorción por Unicaja. La gente está cansada y decepcionada, pero, con todo, la caja sigue siendo uno de los últimos símbolos de vitalidad del mundo rural en León. Y ellas están allí precisamente para hacer unas gestiones, enviar dinero a su madre y abuela que reside en Carrizo de la Ribera.

El León rural muere año a año y la caja, que se enriqueció con la fidelidad de sus austeros ahorradores agrarios y ganaderos, acompaña en su declive a algunos de estos pueblos. Hace tiempo que el colegio cerró por falta de niños, los pocos que hay van a otro centro en el autocar escolar cada mañana. Ni siquiera hay párroco en algunas pedanías y concelebran las feligresas más pías. La mayoría de los bares no se abre más que en verano, cuando vuelven las familias y los hijos

que marcharon. Son tenderos ambulantes los que proveen a los viejos residentes de carnes, pescados y algún chismorreo. El médico pasa consulta tres días a la semana y casi siempre receta lo mismo a sus crónicos pacientes. Y de las pocas cosas que quedan en pie, aún resiste la caja. Cuando ella cierre, el final será inapelable.

Por ese extraño vínculo hacia un mismo sino, muchos de esos veteranos clientes que aún la llaman Caja León, la denominación perdida hace veinte años, siguen leales a su sucursal.

Triana dejó a su madre que se aproximara al mostrador y cerrará el ingreso de 800 euros en la cuenta corriente de su abuela. Ella, en tanto, se perdió en sus pensamientos, o mejor, en su único pensamiento. Estaba en Caja España y recordó.

Cuando le propusieron trabajar para Inmocaja, el grupo inmobiliario de Caja España, su fantasía se desbordó. Tener acceso a ese doble enlace empresarial que representaban Inmocaja y Viproelco —esta última inmobiliaria de los Agelco también participada al 50 por ciento por la caja—, y además relacionarse con sus directivos, especialmente con el arquitecto y exconcejal del PP Cecilio Vallejo que dirigía ambas, podría abrirle miles de posibilidades profesionales. En aquellos años, 2009 y 2010, la joven ingeniera elaboró proyectos de telecomunicaciones para las viviendas sociales construidas en Los Juncales en Armunia, El Portillo en Puente Castro y en la Universidad de León. Todas estas promociones, que pretendían sumar un total de mil pisos, fueron auspiciadas por Viproelco, en colaboración con Caja España, dirigidas por Cecilio Vallejo y apadrinadas por el consejero de Fomento de la Junta de Castilla y León, Antonio Silván.

La ocasión no solo le permitía abrirse camino profesionalmente, sino también en el ámbito político, toda vez que su relación con Carrasco decaía.

Trabajó con ahínco y sus proyectos fueron recibidos con satisfacción.

—Muy buen trabajo, Triana. Seguro que habrá muchos más encargos para ti a medida que las promociones avancen —le dijeron.

Pero el tiempo pasó y el pago a su trabajo no acababa de llegar. Preguntó con cortés insistencia qué ocurría y la respuesta siempre era la misma: Carrasco.

En su calidad de vicepresidenta primera de la caja y representante en Inmocaja, decidió fiscalizar muy directamente las cuentas y operaciones de la inmobiliaria. Y tras su inspección, denunció en 2011 la incompatibilidad manifiesta en la que recaía el doble gerente, Cecilio Vallejo, al tratarse de un cargo directivo con dedicación exclusiva y que contrataba «consigo mismo» las operaciones de

Inmocaja a Viproelco.

La joven ingeniera no aceptó la idea de que era un daño colateral en la porfía que se libraba en el seno de la entidad financiera; en su mente, la presidenta la seguía persiguiendo con una crueldad desmedida.

—Vamos, espabila, hija —le amonesta su madre, sacándola de sus reflexiones y añade—: Aún tenemos mucho que hacer hoy, así que no te quedes ahí parada.

Es la mañana del 12 de mayo de 2014.

—¡Estos actúan como un contubernio y el objetivo final es desangrar la caja! —vaticina a voz en grito la vicepresidenta al poco de haber ocupado su puesto en el consejo.

—¿Es que tu aspiración era presidir la caja? Admítelo, Isabel.

—En un tiempo sí. Mira, lo reconozco, quería ser presidenta de la caja y, además, yo entiendo de esto, de finanzas y números… Pero tal como la están dejando los Agelco, el alcaldito socialista, el otro pinturero de UGT, su amiguito Tejera Montano y, para colmo, Santos Llamas como presidente… Tal como la están dejando, te digo, que se coma el marrón otro.

—Y el presidente de la Junta y el poderoso consejero Tomás Villanueva, ¿qué hacen?

—A Herrera no le han hecho ni caso (el presidente pretendió la fusión de todas las cajas de la comunidad, pero las primeras en rebelársele fueron las de su propia tierra burgalesa, Caja Burgos y Caja Círculo, pese a estar controladas por gentes del partido y afines). Y en cuanto a Tomás, yo no sé qué está haciendo, la verdad. Dejar que presida Santos Llamas es poner a la zorra al frente del gallinero.

—¿Y cómo se entiende que Llamas haya logrado la refinanciación y moratoria de sus millonarias deudas siendo, como es, presidente de la caja? ¿Puede otorgarse a sí mismo ese trato de privilegio por el que otros constructores matarían?

—Pero, bueno, los periodistas no sabéis nada de nada. La ley exige que este tipo de operaciones las autorice la Junta de Castilla y León, y Tomás lo ha permitido. A cambio qué ha pasado…

No es una pregunta, sino el preámbulo hacia una conclusión palmaria.

—¡Claro! Que Llamas se ha vuelto razonable. Ha pasado de decir que «eso de la fusión no toca», el latiguillo que se aprendió tiempo atrás, a de pronto cambiar de idea y descubrir, cual revelación divina, que ya es el tiempo de fusionar entidades para crear el manido «músculo financiero» de la comunidad. Y la refinanciación y moratoria al pago de su deuda ha sido el precio que ha pagado la Junta para

lograr su voto en favor de la fusión con Caja Duero. ¿No es así?

No contesta.

No es necesario.

Ninguno de los tres personajes más destacados de aquel consejo de administración que debía encauzar a la leonesa Caja España a su fértil matrimonio con la salmantina Caja Duero se libró del escándalo o de la corrupción. Y menos que nadie, la propia entidad. Caja España-Duero, el fruto resultante de la unión, ha acabado arruinada por el ladrillo que vampirizó el dinero de los ahorradores, dependiente del dinero del FROB (Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria, articulado por el Estado) que llegó a transfundirle 525 millones de euros, ensuciada por la estafa a miles de pequeños ahorradores a través de las preferentes y, recientemente, absorbida en marzo de 2014, con más obligación que gusto, por la saludable malagueña Unicaja.

Los tres protagonistas de este escenario previo libraron batallas encarnizadas, en las que, con todo o pese a todo, la más valiente en sus críticas y en las predicciones de un desastre sin vuelta atrás fue, como Casandra, Isabel Carrasco.

Ella guerreó en consejos, que todos recuerdan como interminables trifulcas, contra la parasitación de la caja por los Agelco, que ya empezaban a sentir los primeros efectos de la crisis y necesitaban más y más créditos; exigió documentos e informes, mientras muchos de los demás consejeros acudían a las sesiones y se pronunciaban sin haber visto ni un papel de los asuntos del orden del día ni tener capacidad para evaluarlos; fue una fuente informativa generosa para denunciar los dislates que se estaban cometiendo, cuando su oposición a estas operaciones resultaba baldía; exigió auditorías competentes ajenas a un cuerpo técnico que consideraba gravemente viciado; vetó nuevas operaciones crediticias en favor de Viproelco (la inmobiliaria de los Agelco) que propiciaron el que se descubriera el profundo agujero de sus cuentas sociales; cerró el grifo del dinero público a la compañía aérea Lagun Air, que entró en barrena después de haberse ejercitado en el falaz vuelo de Ícaro; e incluso combatió el zafio intento del alcalde socialista Francisco Fernández y del constructor Santos Llamas para que este último ocupara la presidencia de Caja España-Duero, una vez fusionada.

Aquel último episodio de julio de 2010, con la unión ya aprobada y a punto de formalizarse, retrata la jaula de grillos y pícaros a la que ha derivado la maltrecha entidad. El consejo de administración de la leonesa acaba en un vergonzoso cisma tras cuatro horas de bronca atronadora. En el piso superior de la Casa de Botines, Santos Llamas,

acompañado del vicepresidente Fernández, comparece ante la prensa para anunciar que ha sido propuesto como candidato a la presidencia de la entidad fusionada. Unas plantas más abajo, la vicepresidenta Carrasco advierte a los medios de la gravedad e inutilidad de este acuerdo, que entraña la ruptura de las condiciones acordadas con Caja Duero en el pacto de Tordesillas. En una jugada sorpresiva, que vulnera la condición de que sea el futuro consejo fusionado, el de treinta y cuatro miembros, y no solo una de las partes, el que proponga y elija presidente en su primera sesión, Llamas se anticipa y reúne a favor de su inopinada candidatura nueve votos, frente a siete en su contra y una reveladora abstención. Nueve votos aportados por los consejeros de PSOE, UGT y el partido leonesista UPL, a los que se suma con un descaro inigualable el voto del propio Llamas. Los siete contrarios parten del PP y del sindicato agrario Asaja. La abstención se asigna al consejero, también del PP, procurador en las Cortes y expresidente de la Diputación Provincial, Javier García Prieto. Este golpe de mano para agarrar la nueva presidencia fue finalmente abortado por ilegal.

Transcurren cuatro años de beligerancia abierta y brutal que, como en la inmensa mayoría de las guerras, concluyeron en un desastre que penamos todos, salvo los culpables.

Santos Llamas es hoy uno de los principales morosos de la entidad, con la que mantiene créditos impagados por importe de alrededor de 80 millones de euros y sucesivos procesos judiciales de embargo, y eso después de que, tal como descubriera *El Mundo* en 2009, la Junta concediera una moratoria y un trato de favor a sus créditos inmobiliarios para así diluir su inicial oposición a la conjunción con Caja Duero. El constructor, derribado de la presidencia, continuó sin embargo como consejero de España-Duero hasta octubre de 2012, cuando finalizó el aplazamiento autorizado por la Junta para la devolución de sus préstamos sin que hubiera reintegrado ni un euro ni tuviera intención de hacerlo.

Francisco Fernández, en su condición de exempleado de la caja sin cualificación, fue beneficiario, a sus cincuenta y seis años, de una indemnización laboral de lujo, de 554.000 euros pagados en 2011. Esta fortuna le fue propiciada por los directivos a los que él, en su otra condición de vicepresidente «político» de la entidad, les aprobó blindajes millonarios frente a la incertidumbre que originaba la fusión con Caja Duero. Todo reciprocidad de bien nacido…

La operación se gestó en aquel convulso 2011. En mayo, *El Mundo* publica que al alcalde y candidato socialista a la reelección le espera un sueldo consolidado de 106.284 euros cuando finalice su excedencia

política. El documento, firmado en 2008 por Francisco Javier Ajenjo, director general adjunto, no detalla a qué se dedicará a su regreso un empleado que carece de titulación académica. Pero Fernández fue aún más hábil, ni llegó a reincorporarse a la caja; ese sueldo consolidado le sirvió de base para negociar un despido con indemnización de lujo. En octubre de 2011, ante el horizonte electoral de los comicios generales, *El Mundo* descubre el *premio*, tan legal como indecente, con el que la caja ha compensado a su extrabajador Fernández. El escándalo sacude las filas socialistas e irrita a muchos honestos dirigentes, por lo que el PSOE no solo retira al ya exalcalde del segundo puesto en la candidatura al Congreso de los Diputados, sino que fuerza la dimisión de todos sus cargos y su abandono de la política.

A este generoso pago de 554.000 euros, autorizado por una entidad que ha despedido a centenares de trabajadores, se sumaban también los créditos personales obtenidos por el político socialista: 815.000 euros, según datos de 2011, a un interés privilegiado y con un plazo de amortización que, en algunos casos, le predice una larga vida como nonagenario.

Y a Isabel Carrasco, el último vértice de este triángulo, se le adjudica el haber amasado, en dietas y pagos por asistencia a consejos, un capital de más de 200.000 euros.

Al tiempo que se conocían los cambalaches de la caja, una horrísona cacerolada orquestada por una masa plural, multitudinaria y netamente joven se dejaba oír en la plaza de Botines, hacia la que se vuelcan las fachadas principales de la sede de Caja España y del renacentista palacio de la Diputación. El movimiento 15-M prendía en León. Y su hastío cobraba legitimidad día a día ante los titulares políticos y financieros con los que compartían las páginas de los periódicos.

No se trata del «tú más», ese alegato de defensa comparativa tan infantil como recurrente entre nuestros más necios poderosos, sino de la terrible certeza de que ese «tú» engloba un «nosotros» y que en ese «nosotros» no estamos incluidos todos, solo ellos. La codicia también destroza la gramática.

El edificio del Portillo, situado en la ladera meridional de las colinas que cierran el valle del Bernesga, tiene el aspecto de un fortín y, como tal, acoge el centro neurálgico de Caja España, hoy Banco Ceiss, filial de Unicaja. Aparece como un enorme cubo de hormigón y cristales ahumados, una mole llegada de incógnito y rodeada de un verde césped que pretende dulcificar su áspera presencia. Se emplaza junto el acceso sur de la ciudad, colinda con el hospital psiquiátrico Santa Isabel y, vistos ambos, se concluye que, en ocasiones, el urbanismo

guarda una sorprendente lógica de vecindad. Igual que la Casa de Botines, obra de Antonio Gaudí y domicilio social de la caja, es vecina y comparte plaza con la Diputación Provincial, ubicada en el palacio de Gil de Hontañón; la sede cerebral de la entidad financiera, situada a las afueras de la capital, debe estar aledaña al manicomio.

Caja España de Inversiones, Salamanca y Soria y Caja de Ahorros y Monte de Piedad (Ceiss), nombre oficial de la fusión entre las entidades leonesa y salmantina, nacerá en el verano de 2010, será presidida por el recobrado Evaristo del Canto y logrará un anticipo del FROB para su saneamiento de 525 millones que requiere la suscripción de participaciones preferentes, lo que, a su vez, sería semilla de un nuevo escándalo.

Un año después y siguiendo el proceso nacional de conversión de las cajas en bancos, toda la actividad financiera se entrega al Banco Ceiss (Banco de Caja España de Inversiones, Salamanca y Soria), que comienza a operar como tal en diciembre de 2011. Mientras, continúan las negociaciones para otra nueva fusión, esta vez con la pujante Unicaja. Este segundo enlace es la única vía posible para evitar la nacionalización de un gigante con pies de barro, hundido bajo el peso del hormigón y de terrenos sin valor. La entidad malagueña se resiste cuanto puede a rubricar un matrimonio descaradamente tóxico para sus saneadas cuentas. Tras dos largos años de tortuosas negociaciones, que se suceden en una espiral de locura mientras estallan los fraudes de las preferentes, en marzo de 2014, Unicaja Banco concede absorber al fin al Banco Ceiss como una filial, siempre y cuando el dinero del FROB cubra los riesgos. Exige nueva dote al Estado por este desposorio.

La factura final de este proceso para el contribuyente resulta demencial. Según los analistas, salvar a esta caja y al banco en que se transfiguró ha costado 1.531 millones de euros de fondos públicos. Esta astronómica cifra es la suma de los 525 millones aportados por el FROB —o lo que es lo mismo, sufragados por el Estado con el rescate de Europa— a la fusión España-Duero; más los 604 millones con los que se hubo de recapitalizar la entidad; más los 160 millones que de nuevo el FROB debió habilitar para compensar a los preferentistas que aceptaron el canje de acciones con Unicaja; más los 241 millones soportados una vez más por el mismo fondo como garantía para cubrir las demandas judiciales de los preferentistas que no se avinieron al acuerdo y, por último, 1 millón más de riesgo para el llamado banco malo, el Sareb, donde se han arrumbado las ruinosas operaciones, inmobiliarias en su mayoría, de las cajas españolas.

Solo ahora, cuando el poder y quienes lo ostentaron han decaído;

cuando Unicaja ha cogido las riendas del Banco Ceiss, encumbrado a Manuel Azuaga y descendido al controvertido Evaristo del Canto de la presidencia a un puesto de consejero; cuando la fiscalía de León investiga un presunto delito de administración desleal en el que pudieron incurrir los miembros de Caja España y Caja Duero y los directivos del Banco Ceiss en ese periodo; solo ahora, algo de las cuentas ocultas emerge y salpica a gran parte de la clase política, empresarial y sindical de Castilla y León.

Un documento extraído de los informes de la auditoría de Caja España y Caja Duero en los años 2005 a 2011, en la etapa previa a la fusión, corre por las webs más valientes a modo de *ranking* de dietas percibidas por reuniones del consejo de administración de las dos entidades en este periodo.

En él figura que Isabel Carrasco Lorenzo cobró por dietas de asistencia al consejo de administración de Caja España un total de 66.220 euros. Ocupa la posición treinta y dos de la clasificación, siendo esta cantidad una parte de las percepciones vinculadas a la caja que la política obtuvo; faltarían otros pagos por desplazamientos y por los consejos de las empresas participadas.

Carrasco es una más de una maquinaria tan oxidada por la codicia que va ralentizando sus movimientos hasta paralizar todo el engranaje. La corrupción anida en muchas de esas cajas que nacieron de la semilla de los montepíos a finales del XVIII o a través de las sociedades de amigos de país, con el noble propósito de luchar contra la usura que esclavizaba a campesinos y jornaleros. Los ideales se han pervertido o quizá normalizado ante el materialismo contaminante del dinero. Y el poder sediento de billetes ha dejado su baba sucia sobre las arcas de los ahorradores.

En el mismo listado en que figura Carrasco, aparecen un catedrático de Psicología de la Universidad Pontificia de Salamanca con 313.830 euros liderando la clasificación de las dietas del consejo de administración; en segundo lugar, un impositor con 239.020 euros. El que fuera secretario general de UGT en Caja Duero ocupa un relevante tercer puesto con 186.780 euros. Como cuarto titular, un presidente de la Cámara de Salamanca con 151.000 euros. A 10.000 euros de diferencia, con 141.000 euros de dietas percibidas en esta época, se encuentra un impactante personaje político y alcalde de Valladolid. El sexto hombre, al que se le asigna una cantidad similar, es procurador del PSOE. La clasificación prosigue revelando protagonistas tan destacados como un expresidente de la Diputación de León, antecesor de Carrasco (8º, con 133.000 euros), un exdelegado del Gobierno de Aznar en Castilla y León (9º, con 131.800

euros), un exprocurador socialista (10º, con 129.340 euros), un consejero de la Presidencia en la Junta de Castilla y León (18º, con 109.440 euros, fue miembro directivo de Caja Duero hasta julio de 2007), un exalcalde socialista de León (19º, con 108.050 euros) o un expresidente de Caja España y deudor de más de 80 millones en préstamos (20º, con 107.720 euros).

Las diferencias en las cantidades obedecen al número de asistencias, al tiempo en que los consejeros ejercieron su mandato y a las cuantías establecidas en cada entidad antes de la fusión, siendo Caja Duero incluso más generosa que Caja España.

Capítulo VII

LA EJECUCIÓN

No necesitó palabras. Nada tenía que decir, únicamente debía cumplir la sentencia acordada.

No era un asesinato, sino una ejecución.

No era violencia, sino justicia.

La presa, cazada e indefensa, debía morir. No podía fallar.

Su mano resbaladiza y fría por el sudor y la fiebre del momento asió el revólver en el interior del bolso.

Había imaginado mil veces ese momento triunfal y, al fin, se hacía realidad.

Se aproximó a ella, pero dudó. Una pareja venía en dirección opuesta por la pasarela. Por un instante pensó que quizá había demasiada gente en la escena, pero, de inmediato, expulsó de su mente ese soplo de miedo como algo indigno. No importaba. Nada importaba. Ella, María Montserrat Ascensión González Fernández, tenía una misión y se sentía, como nunca antes, poderosa. La legitimidad del verdugo le insuflaba valor.

Sintió su cuerpo, su olor, sus sonidos, se hizo su sombra y la ejecutó a traición.

Fue una detonación sorda y brutal. Hirió el aire en un aullido de violencia. Su poder horrísono ocupó todo el espacio y enmudecieron los demás sonidos. En el silencio inmediato a las cuatro consecutivas descargas que vomitó el revólver, en ese instante en que de repente se hace el vacío, únicamente sintió su propio corazón. El latido de la sangre desbocada embota su mano aferrada a un arma que ha cobrado vida y escupe muerte. Quiere soltarla, pero sus dedos ya son metálicos, el puño se endurece sobre el revólver que la hace poderosa como una garra. Y se pregunta quién posee a quién, mientras respira un aire nuevo y extraño, impregnado de un olor quemado y ácido. Más allá de su mano, que ha vuelto junto con el arma empuñada a la envoltura de la bandolera, bajo el ser derrumbado, mana un rojo profundo que se extiende y la acusa.

El miedo ya espolea sus pasos, pero no debe correr, se delataría. Ha de tomar las riendas del horror ciego y confuso que ella misma ha creado para paralizar a las gentes, los cuerpos que circulan a su alrededor y que, de pronto, se podrían convertir en una amenaza. Mientras la teman, no será atrapada. Vuelve a ver a la pareja, huele su estupor, la mira de frente tras sus opacas gafas y la petrifica.

Camina rápido en el vértigo de una huida refrenada. Muerde con

rabia el pañuelo que ya emboza parte de su cara, el tejido se adentra por la fina comisura de sus delgados labios, casi la ahoga. Nadie ha de ver su rostro. Y su cuerpo solo es la imagen de una mujer corriente, adulta de edad indeterminada, morena de pelo liso en melena corta, complexión media y de estatura media baja; un retrato vulgar que se desvanecerá de la escena del crimen en segundos. Toma aire para aliviar el bombeo enloquecido de su corazón. Cruza bajo los árboles sin detenerse, proyecta todos sus sentidos en alerta sobre los viandantes. Sortea como una ráfaga, con precisión y sin riesgo, los coches estacionados y los que transitan por la Condesa. Alcanza en un suspiro la otra acera del bulevar buscando el cobijo de calles más solitarias.

Mientras, a su espalda, un grito aterrador presagia la muerte.
Fue el espantoso sonido que rompió sus tímpanos más que el dolor que lanceó su espalda lo que la hizo saltar en un movimiento de espanto.

—¿Qué es esto?

Este pensamiento cruzó su mente sin encontrar respuesta. Instintivamente, buscó una razón, intentó saber qué le atacaba y se giró hacia atrás para hallarse de frente con la imagen enmascarada de su agresora.

Quiso mirar frente a frente a su asesina, retarla como la mujer brava que era, pero no fue más que un último y confuso anhelo.

—¿Quién eres?

En los cristales de las gafas de su verdugo, contempló el reflejo deforme de su propio rostro transfigurado en una mueca de horror. No halló otros ojos sino los suyos propios, que la miraban desorbitados por última vez. Sintió pena de la mujer rubia que veía por duplicado en el espejo convexo de aquellas lentes. Un dolor hondo le rompió el pecho y sus piernas desfallecieron. Muñeca de trapo, cayó medio arrodillada, mientras su mano derecha asida a la barandilla luchaba por sostener erguido ese cuerpo ya tocado de muerte. El primer proyectil le había roto el corazón.

La mujer oscura, airada por la mirada de Isabel, disparó ahora contra su mejilla, para hacerle volver la cara hacia el otro lado y dejar de ver aquellos ojos que la acusaban. Su rostro quedó destrozado. Ni palabras ni gritos podrían salir ya de su boca.

El tercer disparo erró su destino al desplomarse el cuerpo de la víctima.

Rendida, pero no muerta, Isabel cae al suelo rota, vencida. Por un instante, ve un trazo azul de horizonte y el río entre los barrotes de la barandilla, lanza un pensamiento errante de amor y su instinto le

advierte que el fin ha llegado.

Con una eficacia cruel, la extraña le asesta el tiro de gracia. Se aproxima al cuerpo yaciente, coloca el cañón a unos veinte centímetros de la nuca y descarga su último disparo.

El cuerpo de Isabel se convulsiona ante este ataque postrero, y el organismo, como un animal herido, comienza a luchar por mantenerse con vida. Pero su cerebro ya ha entrado en coma. Ya no sentirá la puñalada del dolor, la hemorragia que la desangra, los esfuerzos titánicos de su corazón asaeteado por reparar las heridas infligidas, la presencia negra de las tres balas alojadas en su cuerpo, la necrosis paulatina que avanza sobre todo su ser.

El destino le otorga una última clemencia.

Durante los seis minutos siguientes, aquel cuerpo que sirvió de coraza para una guerrera y de angustia para una mujer iría agonizando sin remisión posible, pero la consciencia de Isabel ya se ha perdido y con ella el sufrimiento. La muerte tuvo un último y fortuito gesto de piedad para la última reina de un viejo reino, que yacía asesinada por la espalda sobre la pasarela.

• • •

—Todos podemos matar —afirma con una rotundidad docta y preocupante José Carlos Fuertes Rocañín.

—¿Pero bajo una tensión específica? No por la simple pérdida de un empleo que, en este caso, tampoco conduce a una situación económica o familiar desesperada. Ni ruina ni desahucio ni pobreza de solemnidad ni…

—Sí, es cierto que tendemos a pensar que mataríamos en defensa propia, por un odio ciego y arrebatado, por amor a nuestros seres queridos en peligro, por una infidelidad de nuestra pareja en un ataque de celos o por dinero, también por dinero. Pero lo cierto es que todos, no exclusivamente los «malos» catalogados como tal ni los buenos sometidos a una situación de tensión insoportable, todos podemos matar y eso no tiene necesariamente que implicar ni enajenación ni locura. A veces, no hay una justificación patológica, sino simplemente maldad. Todos podemos matar.

Sus palabras gravitan sobre sus interlocutores y un denso silencio invade por un instante la tertulia del plató de televisión de *Espejo Público*.

—Todos. Usted o yo o él o ella… —insiste en una mirada colectiva sobre quienes le escuchan.

El dictamen proviene de un hombre brillante que ha visto de cerca muchas veces la huella de la maldad. Es psiquiatra forense de prestigio indubitado, profesor de la Uned, escritor, articulista y

ensayista, autor de cientos de peritajes judiciales a instancia de parte o de oficio, colaborador en programas televisivos de investigación y sucesos, y doctor en el Hospital General de la Defensa en Zaragoza, entre otros muchos quehaceres vinculados a la solvencia de sus conocimientos.

El mal resulta fascinante, quien es capaz de situarlo entre la cordura y la demencia es alguien a quien asaetear a preguntas…

—Un homicidio propiciado por un hecho objetivo, en apariencia menor, la pérdida de un empleo, y cometido presuntamente por gentes de una capacidad intelectual y un nivel social medio alto, ¿implica estar enajenado?

—La enajenación es el concepto que los juristas emplean para denominar «la locura». Una reacción tan violenta como un homicidio no tiene por qué ser, de entrada, sinónimo de locura o trastorno mental grave. El ser humano puede presentar las llamadas reacciones en «cortocircuito» de tipo agresivo, provocadas bien por un estímulo muy intenso o bien por estímulos normales, pero que acontecen sobre personas que tienen una impulsividad anómala. Todo ello no implica directamente una enajenación (locura o trastorno mental grave). De hecho, el legislador lo prevé al incluirlos en los tipos del «arrebato» u «obcecación», que pueden ser atenuantes, pero no eximentes de responsabilidad —es la docta respuesta de José Carlos Fuertes.

—¿Pero es la ira un rapto momentáneo o puede ser un caldo de crianza?

—La ira es una de las seis emociones básicas, y al hablar de emoción nos referimos a estados afectivos breves en su duración, bruscos en su aparición y que en modo alguno son patológicos, sino reacción o respuestas fisiológicas ante determinados estímulos. —Y añade—: Lo que sí puede ocurrir es que existen personas con baja o nula tolerancia ante la adversidad (inmadurez patológica), que reaccionan de forma iracunda ante mínimos estímulos. Es lo que los psiquiatras incluimos, según los síntomas, dentro del epígrafe de los trastornos de la personalidad.

—¿Se puede simular una locura para procurarse una eximente penal o es difícil engañar a un profesional experto?

—Se puede y, de hecho, es relativamente frecuente el intentarlo, pero no suele prosperar. Ni los peritos ni los tribunales de justicia son engañados con la facilidad que algunos creen. Con una exploración adecuada, prolongada en el tiempo y realizada por profesionales competentes, se consigue delimitar muy bien lo que es una simulación y lo que es enfermedad psiquiátrica real. Eso no es óbice para que puedan existir excelentes actores que puedan llegar a engañarnos,

pero en ese caso «no les arriendo las ganancias», ya que en ningún caso se van a su casa, sino a un hospital psiquiátrico penitenciario, si cabe, peor que la cárcel.

—Vaya, y si alguien dice: «Me declaro culpable y luego me hago la loca» (como Montserrat, la madre homicida, ante la policía), ¿está realmente loco? ¿O esta frase delata su impostura?

—Verás, la locura es muy difícil de simular, aunque con un entrenamiento adecuado y con unos profesores «competentes» puede llegar a provocar ciertos problemas de diagnóstico, que siempre se solventan con la realización de una exploración meticulosa. Además, el concepto popular o vulgar de locura tiene poco que ver con el real. El profano cree que los «locos» tienen siempre comportamientos estrafalarios, excéntricos, extraños, muy llamativos, y eso es un grave error. Por ejemplo, la más peligrosa de las enfermedades mentales en cuanto a la producción de daño a terceros es la paranoia y la apariencia de normalidad de estos enfermos es la norma.

—Será, entonces, que nos creemos tan buenos y tan pacíficos que únicamente entendemos el crimen entre la buena sociedad desde el prisma de una demencia…

—Es una creencia extendida pensar que el criminal es siempre un enfermo psíquico grave, sobre todo cuando el acto realizado es brutal, llamativo, repugnante, y eso es un error. La peligrosidad de los enfermos mentales es baja, en general. Solo se puede considerar elevada cuando estamos ante psicóticos esquizofrénicos no tratados y en enfermedades muy concretas, como ocurre en las intoxicaciones por drogas, la paranoia y el llamado trastorno antisocial de la personalidad o psicopatía.

—Pero… en un caso como este, ¿cabe estar pergeñando un asesinato y entretanto mantener una vida perfectamente normalizada? ¿Tal hipocresía no raya en la esquizofrenia?

—La esquizofrenia, aunque etimológicamente quiere decir «mente dividida o escindida», es una enfermedad muy grave y de relativamente fácil diagnóstico, porque los síntomas son muy evidentes. La doble personalidad es otra entidad (pariente de la histeria) que, aunque es muy rara, se puede observar en algunos criminales. Pero en ningún caso estamos ante «locos» o «enajenados», sino ante otro tipo de desequilibrios o anomalías caracteriales que penalmente son imputables casi siempre. —Hace una pausa en su exposición y continúa—: Lo que es más frecuente en el mundo delictivo es la capacidad que tienen algunos sujetos de disimular y esconder sus actos criminales a través de conductas aparentemente normalizadas. La criminología está llena de estos individuos, el

ejemplo típico es el de los psicópatas, es decir, sujetos que son fríos emocionalmente, calculadores, seductores, ególatras, manipuladores, conscientes de sus acciones, con una gran capacidad de seducción y de disimulación, estamos ante el depredador por excelencia.

La conversación deja un rastro inquietante. El perfil de «un depredador por excelencia». Enfocar el mal sin las vendas de la locura es vislumbrar que puede habitar en nosotros mismos.

Pasaban cinco minutos desde que Isabel se había ido de casa cuando Jesús arrancó su moto. El encaje de tiempos sitúa al compañero de la presidenta saliendo del garaje a la vez que ella es tiroteada en la pasarela. En el sótano, un motor ruge. En el río, un disparo estalla.

Apenas se quita el casco, ya en el paseo de Salamanca, ante la sede del PP, ve en la puerta de la calle a Marcos Martínez Barazón, entonces vicepresidente, hoy sucesor de Isabel Carrasco en la institución provincial.

—¡Qué bien que llegas! Pero… ¿No viene Isabel contigo? —le recibe a modo de saludo nervioso.

—No, debe de estar ya arriba. Si salió antes que yo de casa —le comenta Jesús, extrañado por el frenético manejo que Marcos hace de su móvil y su mirada perpleja.

—No, no está arriba, Jesús, y llevo llamándola un rato largo y no me coge el móvil. —Y al tiempo que lo comenta, vuelve a marcar el número sin recibir ninguna respuesta.

—¡Qué raro, Marcos! Pero si…

No llega a acabar la frase, la atención de los dos hombres queda atrapada en la pasarela. Observan a dos motocicletas de la policía entrar en el puente y acordonar la zona para evitar el paso. Desde la posición del paseo de Salamanca, a menor nivel que la Condesa, solo ven un primer tramo en acusado repecho de la pasarela.

—¿Qué pasará ahí? —se cuestionan al mismo tiempo.

Un instante después tienen la respuesta en boca del concejal Ricardo Gavilanes, responsable de policía. Llega sin pronunciar ningún saludo. Mira a Jesús de frente, con el rostro lívido, intenta relatar con la gravedad de su mirada lo que su voz se resiste a verbalizar.

—Jesús. Escúchame, Isabel está en la pasarela. No sé qué ha pasado, pero es terrible.

Como una exhalación, aunque los movimientos casi resulten lentos ante la angustia que encabrita el alma, Jesús se lanza a la calle, la cruza como un rayo, cabalga sobre la escalinata y salta el cordón policial sin atender a razones para comprobar lo que su mente temía y sus oídos no han querido escuchar. Allí, pequeño, inánime y roto está el cuerpo que amaba.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué quieren de mi madre? Este coche es mío, ¿ocurre algo, agente? —el tono de Triana Martínez es increíblemente correcto hacia los policías locales que rodean a Montserrat, han trabado con sus vehículos los posibles movimientos del Mercedes y reclaman a su madre que se identifique.

«Y las preguntas de esa joven, que apareció poco tiempo después, no reflejaban ninguna intranquilidad ni alteración ni nerviosismo. Ni siquiera puso mala cara ante lo que veía. Ni ella ni la madre». Así lo recuerda Pedro Mielgo ante la juez.

Él sí que estaba agitado. Doblegar sus nervios y seguir los pasos de la asesina en busca de la ayuda precisa para su detención había supuesto un esfuerzo ímprobo, de la talla de los héroes. Un hombre indefenso tras una homicida armada que acaba de descerrajar varios tiros a la presidenta de la Diputación a sangre fría. Un hombre que camina por la otra acera de la calle Colón, para sortear la mirada de Montserrat, que por una vez escudriñó a su espalda si alguien la seguía. Un hombre que lo único que tiene a su favor es su coraje y un espíritu policial indómito que no es sumiso a la jubilación. Un hombre a la caza de una depredadora, que no puede perder su pista y debe evitar ser descubierto.

Y la tensión le desborda en este momento final.

Ha gritado: «¡Esa es la mujer que disparó! ¡Es ella! ¡Deténganla!».

Pero algo no cuadra. No solo le confunde la frialdad de la asesina, su imperturbable respuesta sino… ¿dónde está el bolso que llevaba y dónde ha ocultado el arma? ¿Por qué viste ropas diferentes? ¿Qué ocurrió en el tiempo en que perdió su rastro? ¿Es ella? ¡Es ella! Lo sabe. Tiene que ser ella. Su instinto la reconoce. Ha memorizado su forma, sus gestos, sus facciones, su manera de caminar en esos interminables minutos de persecución en los que dos figuras, en apariencia deslavazadas, encadenaban sus vidas por el maldito azar de un drama.

Sabe que el arma es la pieza que la inculpará sin lugar a dudas, más allá de su testimonio, pero allí no está. Rebuscan por el coche, entre las ropas, en el maletero… No aparece.

Él abandona precipitadamente la escena, dejando tras de sí a los agentes identificando a la homicida, a la educada hija y a los testigos que ya se arremolinan alrededor del incidente. Desanda el camino de la persecución, mira debajo de los coches, en las papeleras, entre los contenedores, en todo resquicio posible, pero nada encuentra y recompone mentalmente sus pasos.

—Piensa, Pedro, piensa —se dice a sí mismo.

Oyó un sonido sordo y, sin ser todavía consciente de que su oído

de veterano policía había identificado un disparo de arma corta, se giró. Allí estaba la extraña volcada sobre la mujer a medio caer, rematando a su víctima. Elena se movió a su lado y quiso dirigirse a la escena de la pasarela. Comprendió que su esposa no se había percatado todavía de que no era un accidente sino un crimen lo que sucedía ante sus ojos. La retuvo firmemente.

—¡Quieta! —susurró imperativo.

Él sabía que paralizarse era la última defensa animal ante un ser violento dispuesto al ataque. Y la desconocida, ahora totalmente enmascarada, cruzó ante ellos inmóviles como estaban, les miró y emprendió con paso rápido, sin llegar a correr, su huida.

Tantos años de servicio activaron sobre él un protocolo de acción rápido y preciso.

—Llama al 112, pide ayuda para la mujer herida. Se puede estar muriendo.

La frase fue una orden con la que pretendió sacar a Elena de la conmoción de la que era presa.

Buscó el rastro de la agresora y la vio unos veinte metros más allá, saliendo ya de los jardines, a punto de cruzar el bulevar. Supo lo que debía hacer. Igualando sus pasos al ritmo de la fugitiva, sin apresurarse ni detenerse, manteniendo la prudencial distancia y saliendo del ángulo directo de su mirada si volvía la espalda, Pedro emprendió lo que sería la misión más peligrosa y heroica de toda su vida.

La mujer oscura enfila la calle Lucas de Tuy, a aquella hora bastante solitaria, y gira inesperadamente a la derecha, por la calle Colón. Él no sabe qué le aguarda, si habrá algún vehículo dispuesto para la huida, si acecha otro cómplice, si está o no ante una terrorista. El tiro en la nuca que ha presenciado le devuelve las imágenes de ETA y la visión de interminables ataúdes de políticos, policías, militares, guardias civiles y gente inocente asesinada por las fieras. De su mente surge una súplica para que ojalá no haya sido testigo del renacer de la bestia.

La asesina no se detiene, sabe a dónde va. Y, de nuevo, en un movimiento sorpresivo voltea hacia la izquierda y se adentra por una callecita perpendicular en la plaza que tiempo atrás ocupara el mercado de Colón y en la que todavía, dos días a la semana, se celebra un mercadillo ambulante. En el centro de aquel espacio cuadrangular, sobre los cimientos de la demolida plaza de abastos, se ha construido un gran edificio de servicios sociales, que oculta la visión de las otras dos callejuelas transversales abiertas a la plaza.

Ha perdido su rastro, cruza la plaza y toma la primera salida de la

derecha que desemboca en la calle Roa de la Vega. No sabe si descender hacia la Condesa o dirigirse hacia la Gran Vía de San Marcos y opta por esta segunda opción. Es lo lógico, la agresora no volverá a la escena del crimen. Corre desesperado como un sabueso en plena caza. Aparece ante sí la avenida Gran Vía, a su derecha el chaflán de los edificios sindicales, a su izquierda la acera arbolada de aligustres por donde pasean algunas personas… Y, entre ellas, viniendo hacia él pausadamente distingue una inconfundible forma femenina. Ya no es una imagen oscura, sino que una chaquetilla blanca corta sobre un vestido negro la hace más visible entre la gente. Ya no luce el gran pañuelo que por unos momentos le ocultó el rostro. Ya no ve el bolso cruzado en bandolera, pero sí aprecia que la gorra y la parka que antes la cubrían ahora las lleva en la mano.

Cree que le ha reconocido y se siente vulnerable. De hecho, está convencido de que por un instante la homicida se ha parado. Están frente a frente y ha de calibrar todos los riesgos. Ella ha intentado matar, él no sabe que ya ha consumado su delito, pero sí que se halla indefenso ante una depredadora que minutos antes empuñaba un arma con una frialdad pasmosa.

Como respuesta a una plegaria, suena la sirena de un coche de policía y se lanza a la calzada haciendo aspavientos para detenerlo. Sus explicaciones son difíciles y aceleradas, y los agentes parecen superados por la locura de todo lo que está ocurriendo aquella tarde. Ha intentado comunicar los hechos al 112, pero ha sido imposible. Su única opción es convencer a los ocupantes de ese coche de la patrulla local de que sabe quién es la criminal.

—Soy policía… jubilado, y acabo de ver cómo disparaban a la presidenta de la Diputación en la Condesa. He seguido a la mujer que ha disparado, lleva un arma y está aquí. ¡Aquí! En esta misma calle.

—¿Qué dice, dónde, cómo se llama usted? Tranquilo, repita de nuevo…

Él mira a su alrededor y ella se ha evaporado. Respira hondo y lanza un suspiro desfallecido, casi se siente vencido, cuando, de repente, su mirada es captada por la de un hombre mayor que parece sofocado y que le señala insistentemente desde lejos hacia un deslumbrante Mercedes aparcado en la fachada vecina a la sede sindical. Aprecia en su interior, en el asiento del copiloto, el perfil de una mujer morena sentada, aguardando.

El gran héroe de esta tragedia, el policía jubilado, ignoraba en ese momento que la mujer a la que acusaba de homicidio era la esposa de su último jefe, el comisario de Astorga. Un retruécano más del destino. En la semana anterior, ellas han retomado con una asiduidad

sorprendente sus visitas a la pastelería, especialmente por la tarde. Fuensanta es un obrador de toda la vida de la ciudad, además dispone en Gran Vía de un local clásico, alargado, con cafetería y acceso a dos calles. Una puerta da a la avenida principal de Gran Vía y hacia ella se vuelcan los escaparates de dulces y regalos, así como los mostradores de la zona reservada a la tienda; y otra, más discreta, comunica con la vieja plaza de Colón y es aledaña al pasadizo, siendo en este espacio en el que están dispuestas las mesitas de la cafetería.

Es un acceso muy oportuno, apacible e inocente, para una mujer que debe huir de la escena de un crimen y buscar un cobijo que, al tiempo, sea su coartada. Cruzarían la puerta que da a la plaza, casi desierta a esas horas; ocuparían una mesa sin apenas delatar su presencia a unas dependientes habitualmente más ocupadas del ajetreo de la tienda que de las mesas del café donde los clientes, mujeres en su mayoría, se eternizan. Al cabo de un rato, lo suficiente para que su llegada fuera imprecisa, se harían notar.

—Disculpa, no te había visto entrar.

—No te preocupes, llevamos un rato largo, pero tampoco tenemos prisa. Descuida.

—Bueno, ¿qué vais a tomar hoy?

—Espera, vamos a echar un ojo a los pasteles del mostrador y te decimos.

—De acuerdo. Me avisas cuando hayáis decidido.

Se pasearían, como solían hacer, por la confitería, comentarían algunos productos y preguntarían por otros, tal como tantas veces las habían grabado las cámaras de seguridad, dispuestas únicamente en esta zona del establecimiento, durante la semana anterior. Finalmente, se decantarían por alguna dulce recompensa y volverían a ocupar su mesa al fondo, junto a la puerta trasera de Colón. Impresa la presencia de madre e hija en la memoria de las dependientas de Fuensanta, Triana tomaría el bolso de Montserrat y saldría discretamente por la puerta de la plaza de Colón para hacer ese recado que, de pronto, recordó que se le había olvidado. Sería cuestión de un minuto, y con ella iría el arma del crimen.

Pasado el tiempo, cuando la noticia estallase y los coches de patrulla desfilarán por la zona persiguiendo la vaga descripción de una mujer vestida de oscuro que ha sido perdida por el policía jubilado a la entrada de la plaza de Colón, ellas solo serían dos mujeres más que habían ido, como tantas tardes, a su confitería preferida y, por esa razón, su coche estaba aparcado en las cercanías. Todo sería normal y natural.

Cualquier aventurada pregunta tendría respuesta y, lo más

importante, testigos.

Pero esa hipotética coartada, ese goloso refugio se les agrió en la boca.

Las puertas que debían cruzar para ampararse estaban cerradas, nada más les quedó el cobijo fugaz del pasadizo para ejecutar un intercambio rápido y decidir el regreso de Montserrat al coche, mientras Triana huía con el revólver.

Y en los minutos siguientes, sentada en ese coche, la mujer oía las sirenas que acudían a la pasarela, percibía la angustia creciente de su miedo, se sentía presa en una trampa inmóvil de un lujo provocador, expuesta a todas las miradas y especialmente al rastreo de aquel hombre de gorra blanca al que creyó distinguir por unos segundos entre la gente.

«Triana volverá pronto, no ha de tardar y saldremos de aquí», se dice a sí misma para otorgarse confianza.

Y la hija volvió para contemplar la detención de su madre y protagonizar la suya propia.

—El coche es mío y llevo con mi madre desde las tres de la tarde. Vengo de la confitería Fuensanta, pero estaba cerrada, y ella me estaba esperando. ¿Qué está ocurriendo aquí? —manifiesta Triana sin perder la compostura.

El oficial se ve sorprendido por esa precisión horaria, cuando nadie le había preguntado, y especialmente por la serenidad de ánimo con que la chica vive una situación tan compleja como la identificación policial, el registro de su vehículo y la denuncia, a voz en grito, de aquel testigo que interceptó el coche de policía. Y, por si fuera poco, ahora otro hombre más se apresta a acusar a la madre.

Con una flema sorprendente, Triana lo contempla todo, hace los comentarios justos y manifiesta cierto grado de sorpresa que, sin embargo, no implica enfado alguno ni la airada negativa con la que podría repeler las acusaciones que se están enunciando.

Los agentes sacan ropas del interior del coche, entre ellas, el gabán, la gorra y los guantes.

—¿Esta ropa?

—Es que somos muy frioleras —expone Triana.

Otro coche más de la Policía Local llega al cruce.

—¡Hola, Eduardo! —saluda Triana al agente masculino que acaba de bajarse del vehículo.

—Triana, ¿qué haces aquí? —le pregunta el policía perplejo. La conoce muy bien, es amiga de su compañera de servicio Raquel Gago Rodríguez, aunque aquel día él lleva a otra acompañante, porque han cambiado los turnos.

—Pues no sé qué está pasando. Quieren identificarnos a mi madre y a mí, y no sé mucho más. Es una locura —le comenta con una tranquilidad impropia.

Una rotunda pregunta lanzada por otro agente a Montserrat frena en seco el resto de las conversaciones que rodean a la escena.

—¿Señora, dónde está el arma? ¿Dónde la ha escondido? —le interpela.

—Hay un gran error, no sé de qué me habla, ¿qué arma? —contesta Montserrat con supuesta incredulidad.

No está dispuesta a apartarse ni un ápice de su primera versión de inocencia.

—Ya le he dicho que soy la mujer del comisario de Astorga, compruébelo, y simplemente esperaba a mi hija, que venía de la confitería de ahí lado —reitera la madre, simulando una paciente cortesía a punto de colmarse.

La búsqueda del arma lleva a activar a todas las fuerzas de seguridad posicionadas en la zona. Mientras el rastreo se despliega, conforme a la declaración del policía jubilado, al que un cuerpo desangrado en la pasarela confiere una veracidad incuestionable, las mujeres sospechosas permanecen en el cruce bajo la custodia de varias patrullas.

En medio de la confusión, suena el móvil de Triana. Es Raquel. Son las 17.36 horas y la llamada dura seis segundos. Una dice que simplemente le comentó que estaban siendo identificadas y no podía hablar. La otra insiste en que no oyó nada.

Tras esta comunicación, fallida o explícita, la agente municipal monta en su coche —el mismo en el que ha sido ocultado el bolso con el arma— y sale sin detenerse de la zona crítica, sin acudir a la tienda de manualidades que le había llevado, según ella, a aguardar aparcada durante una hora en la calle Lucas de Tuy, sin preguntar a qué responde el dispositivo policial que ya toma la zona de la pasarela y apresurada, al parecer, por llegar a una clase de restauración en Trobajo del Cerecedo a la que, paradójicamente, acude con una hora de retraso.

Son las 17.45 horas, cuando el agente municipal Eduardo se aparta un poco del grupo y marca con discreción el teléfono de su compañera Raquel para informarle de la sorprendente detención en la que está participando. Obtiene una respuesta tan parca en palabras como extraña. La conversación dura tres minutos y medio. «Imagino que no me dijo nada, por la conmoción de la noticia. Ella estaba en clase de restauración, según me aclaró, allí en la casa de cultura de Trobajo. Debió de quedar impactada por lo que yo le contaba… Eso

creo», relataría más tarde el policía local en su comparecencia oficial.

Pero no sería la única charla que ambos mantendrían aquel día. A las 18.33 horas, aún en la zona de Trobajo, Raquel Gago le vuelve a llamar para saber más del caso, pero él no puede ayudarla y le propone que se dirija a comisaría, donde han sido llevadas madre e hija. Un minuto antes de las 20.00 horas, ambos vuelven a hablar, y Eduardo le insiste en que contacte con los colegas de la Policía Judicial para conocer la situación de su amiga y de la madre de esta.

Sin embargo, Raquel Gago no mueve ninguna pieza, ningún contacto más, no realiza gestión alguna en interés de Triana y de Montserrat en la jornada del día 12 de mayo.

Sigue una rutina extraña, casi indiferente al caos en el que se precipita la vida de su amiga íntima y que, días después, engulliría la suya propia.

Pasa el tiempo y la tenaza policial no tiene visos de liberarlas. Todas las miradas se vuelcan sobre ellas en aquel cruce entre las calles Gran Vía y Roa de la Vega. Más y más policías van sumándose al operativo. Hicieron un vano intento de marcharse aprovechando la perplejidad de la primera patrulla alertada por Pedro Mielgo, pero el coche fue detenido en seco y repuesto a su posición inicial. Todo se va enredando ante los ojos de Triana, y su madre, su enérgica madre, se muestra ajena a lo que sucede, como ausente.

Acorralada, la joven al fin se decide. No tiene otra opción.

—¿Puedo hacer una llamada?

Y sin esperar respuesta, la muchacha marca el número de su padre.

—No sé qué está pasando, papá. Estamos en Gran Vía de San Marcos y la policía ha detenido a mamá para identificarla.

Mientras Triana busca la ayuda de su padre, el jefe de la Policía Nacional de Astorga, Montserrat insiste en su cantinela de señora bien y esposa de…

Son las 17.59 horas.

Los transeúntes comienzan a arremolinarse en las aceras cercanas al lugar de la detención. Están sorprendidos por un dispositivo policial insólito en la tranquila ciudad de León. El sonido de las sirenas ha roto el letargo de la tarde, parecen resonar por todos lados al tiempo en un desconcierto sobrecogedor. Los primeros rumores sobre un tiroteo en el río Bernesga zigzaguean entre los corrillos de los curiosos. Más coches de policía acuden a la intersección entre Roa de la Vega y Gran Vía de San Marcos, y bloquean parte del tráfico en la zona.

—No sé qué pasa ahí, en la calle —comenta intrigado un cliente

desde la puerta de la cafetería situada enfrente.

El dueño, también sorprendido por la escandalera, deja su trajín tras la barra y se apresura a salir a la fachada con el recién llegado. Aprecian cómo un hombre con gorra señala hacia un cochazo y grita algo así como: «¡Es ella!». En el piso superior de su establecimiento, junto a la cristalera donde se ubican unas mesas, unas amigas mayores han quedado para merendar. Los movimientos de la calle también atraen su atención e irrumpen en la conversación.

—Mirad, ahí fuera. ¿Qué estará pasando? ¡Qué alboroto!

—¡Cuánto lío! ¿No será por una multa? —especula con sarcasmo una de ellas.

—Le voy a preguntar a la camarera —resuelve otra, y levanta el brazo para atraer la atención de la chica, eso sí, sin separar su mirada de la ventana.

La más audaz del grupo ha decidido pasar a la acción. Saca su móvil de la impoluta funda que lo envuelve y se apresta a fotografiar toda la secuencia. Sus imágenes, primero publicadas en exclusiva por un digital, serían vistas, a las pocas horas, por millones de telespectadores de todas las cadenas nacionales.

El reloj enfilaba las 18.00 horas, cuando la noticia como un *flash* informativo con graznido de cuervo rompía la paz de la tarde. Primero, se informa de un tiroteo en el centro de la ciudad de León. De inmediato, se identifica a la víctima del atentado, la poderosa Isabel Carrasco. Casi sin pausa, en el frenesí informativo, se confirma la muerte de la política. Y acto seguido, la detención de las dos mujeres. El impacto final del último titular lanzado en aquellos minutos de vorágine informativa resulta tremendo: las sospechosas del crimen son la mujer y la hija del comisario de Astorga.

—No sé de qué me están hablando. No sé por qué estoy aquí. Llevo días sin dormir.

Y mira implorante a quienes la rodean en la comisaría antes de pasarla a disposición judicial.

Las últimas horas han sido un infierno interminable y su voz cansada enmascara las mentiras como una petición de clemencia.

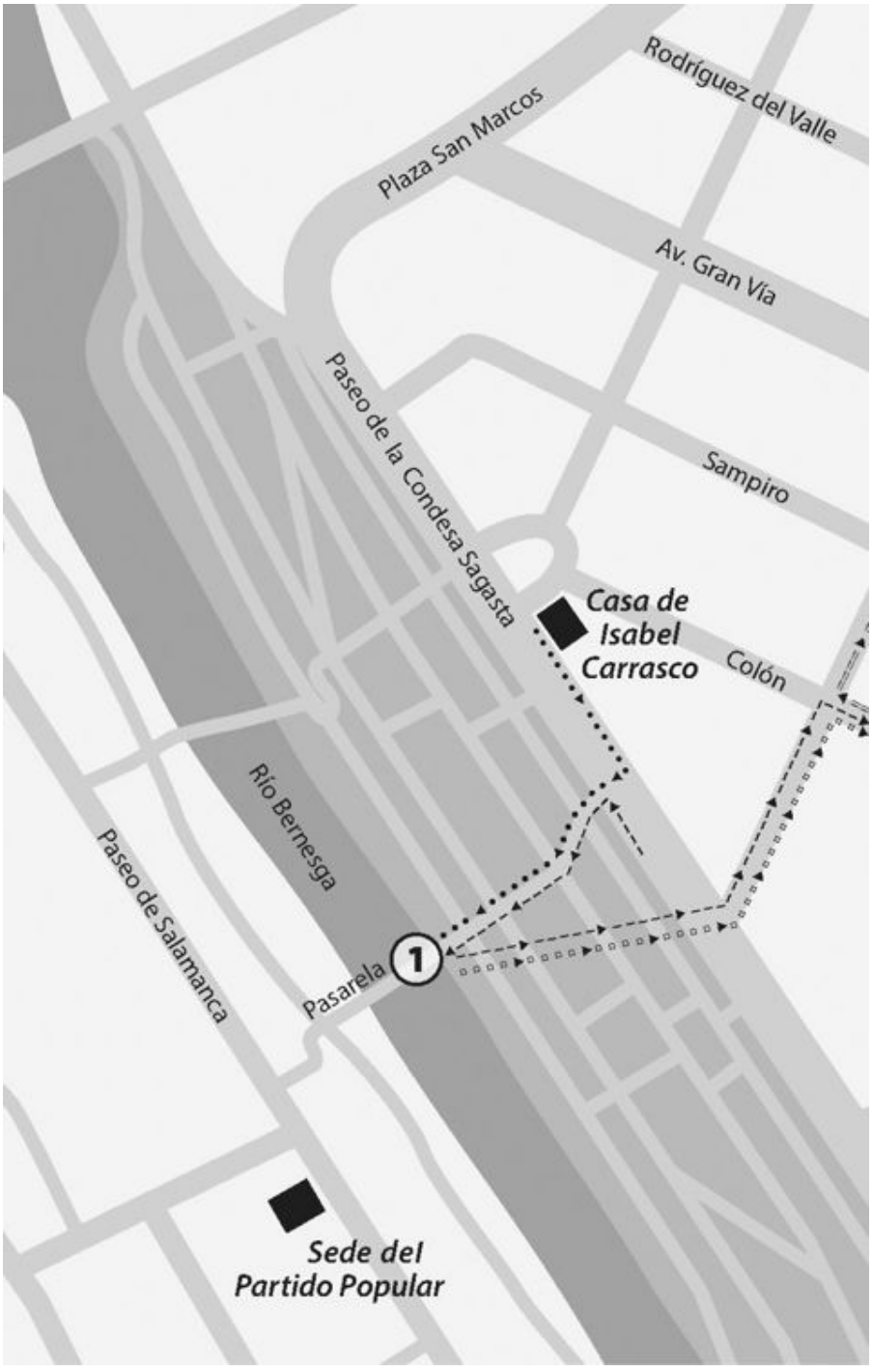
La pasada madrugada, a las 1.45 horas del día 14 de mayo, rompió su silencio en la declaración oficial en comisaría. Ahora se encuentra ante la juez instructora y el fiscal, ha de repetir su relato y, al tiempo, se pregunta qué tiene de incongruente su historia. Casi prefiere olvidar el registro practicado en su piso en la madrugada del día 13 y las comprometidas pruebas recogidas en él. No, no quiere pensar en ello, en las balas, la pistola, la marihuana, las fotos y las notas manuscritas con información sobre armas. Ella no sabe nada y

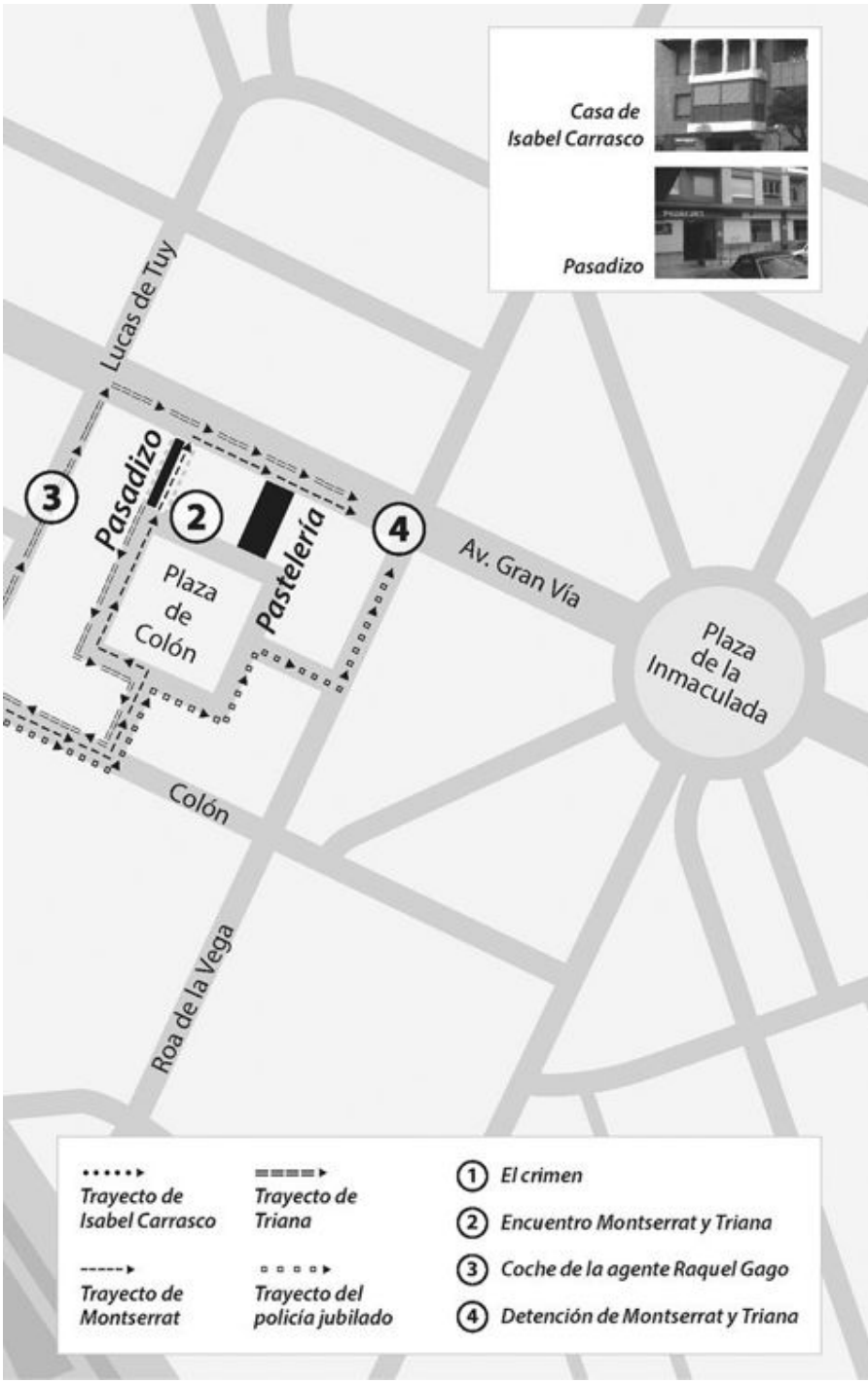
así lo contará de nuevo ante la magistrada Sonia González Pérez, el fiscal Emilio Fernández y su propio abogado, el letrado colegiado en Madrid Fernando Cornejo Pablos.

La historia es sencilla y ellos han de creerla.

El lunes se levantó tarde, porque duerme mal. Llamó a un amigo, que identifica como Alfredo, para subir unas fotos al Facebook y, sobre las 13.30, acompañó a su madre a Caja España para ingresar dinero a su abuela. Comieron solas y, sin ninguna otra visita, marcharon al centro en coche. Al llegar, ella quiso ver unos artículos en Fuensanta y en tiendas cercanas, y su madre, como tiene por costumbre, prefirió irse sola a dar un paseo a la Condesa. En tanto, ella echó un vistazo a algún comercio y por un rato se entretuvo con el móvil. Siguiendo el curso de su declaración, este deambular, que no incluyó ninguna compra ni la consumición en ningún café, pudo durar más de veinte minutos, y todo, según sus palabras, en el espacio de una manzana, situada entre las calles Roa de la Vega y Lucas de Tuy.

Todo se presenta bajo un aspecto casual. Mientras la joven ingeniera dice que espera el regreso de su madre, que, en un rapto de libertad, se ha ido a dar un paseo sola, a la vuelta de la esquina, Raquel, que ya lleva cuarenta y cinco minutos de espera en Lucas de Tuy, conversa con el revisor de la ORA al que acaba de encontrar.


Rodríguez del Valle
Plaza San Marcos
Av. Gran Vía
Paseo de la Condesa Sagasta
Sampiro
Casa de Isabel Carrasco
Colón
Río Bernesga
Paseo de Salamanca
Pasarela
1
Sede del Partido Popular



Son las 17.15, la hora de un asesinato.

Han pasado escasos minutos cuando la parsimoniosa Triana dice ver sorpresivamente llegar a su madre por el pasaje que une Gran Vía con la plaza de Colón.

—Estaba pálida, desencajada, nerviosa. Me dio el bolso y me dijo: «Deshazte de esto, yo te espero en el coche». Y no me dio margen a preguntarle nada —testifica Triana.

Se retrata a sí misma como una obediente hija que cumple las órdenes de su progenitora disciplinadamente. Introduce la bandolera de Montserrat en su propio bolso Fornarina, sin mirar su contenido y porque le parece más discreto, y desanda la ruta recorrida por su madre en la fuga. Cruza la plaza del viejo mercado, sigue la calle Colón hacia la derecha y, al atravesar Lucas de Tuy… ¡Oh, providencia!, descubre a su amiga íntima, Raquel Gago, conversando con un desconocido junto a su vehículo.

—Dije hola, abrí la puerta del coche y le metí el bolso. No sé si se dio cuenta. Casi ni me detuve.

De inmediato, apunta que remontó la calle Lucas de Tuy, salió a Gran Vía y regresó a donde estaba estacionado su deportivo. Allí fue detenida junto con su madre.

A cualquier imputado le asiste el derecho constitucional de no declarar contra sí mismo o de no decir la verdad, e incluso la conveniencia de olvidar. Inicialmente Triana no recuerda que Raquel había tomado un té en su casa una hora antes, de hecho declara que la última vez que la había visto, antes de su fortuito encuentro en Lucas de Tuy, había sido el sábado anterior. Tampoco explica cómo el teléfono de su madre acaba en su poder, si no escudriñó en su bandolera. Ni apunta que aquella mañana la policía local y ella se cruzaron tres llamadas. Ni relata que su madre habló con ella a las 17.16, justo después de descerrajarle cuatro tiros, tres de ellos certeros, a la presidenta de la Diputación. Ni menciona que usó un Nokia con tarjeta, que no está a su nombre, para comunicarse con su amiga Raquel Gago en una hora crítica, a las 17.19 horas, cuatro minutos después de que Isabel Carrasco hubiera recibido el primer tiro en pleno corazón.

Una ingeniera de telecomunicaciones, que portaba tres teléfonos móviles en el momento de su detención (iPhone 4, iPhone 5 y Nokia 100 con tarjeta) y que finalmente resulta desacreditada por una antena de telefonía móvil. Hay algo sarcástico en este episodio.

Los datos aportados por la compañía Telefónica, a reclamación de la instructora, precisan que a las 17.16 minutos de la tarde del 12 de mayo, solo un minuto después del crimen, la madre homicida llama al iPhone de su hija y se comunican durante treinta y dos segundos. Un tiempo demasiado escaso para relatar un acontecimiento inaudito y novedoso, un supuesto arrebato homicida, por ejemplo; pero quizá suficiente para ratificar un hecho esperado y confirmar un encuentro

preestablecido, si acaso.

El primer estudio de localización sitúa a la madre —la que lanza la llamada— bajo la cobertura de la antena de Telefónica «León paso a nivel», que atiende el área de la pasarela. Sin embargo, la estación que da servicio al aparato de Triana —quien recibe la comunicación— no es la de Colón, como sería si la joven estuviera donde ella apunta, deambulando por la manzana de Gran Vía próxima a la plaza de Colón. La antena que actúa para activar la recepción es la denominada ATW-V 43213 Ordoño EB. Es decir, Triana no estaba donde declaró, sino en un lugar más céntrico, quizá con mejor visión, quizá más próximo al río y no demasiado distante del pasadizo de Colón en el que habría de encontrarse tres minutos después con su madre y desde donde llamaría a su amiga Raquel. Esta última comunicación de diecisiete segundos, entre Triana y Raquel, se registra a las 17.19 horas, instantes antes de encontrarse «por sorpresa».

No quedó tirado en esa pasarela con su cuerpo desecho en un río de sangre, pero su historia sí resultó herida de muerte por el revólver que empuñaba Montserrat González Fernández, su esposa. Es Pablo Antonio Martínez García, una víctima más de Montserrat y Triana.

El programa de televisión entra en una pausa publicitaria, los presentadores desaparecen por unos minutos para revisar datos con el director y recomponer su maquillaje; mientras, los invitados a la mesa de debate se intercambian saludos más personales y comentarios en este tiempo de espera. Saben que el siguiente capítulo del crimen que siguen diseccionando las cadenas se refiere a ese otro personaje sacudido por el asesinato, el jefe de la Policía Nacional de Astorga. El *teleprompter* ya tiene insertados los primeros párrafos para cuando se reinicie la emisión en directo.

—¡Pobre hombre! —afirma uno de los tertulianos, un veterano policía de brillante carrera.

—Ya… —conviene el otro, también vinculado a los uniformados de azul.

Una tercera persona, indiscreta, les pregunta:

—¿Le conocéis?

—Sí, yo coincidí un tiempo con él en… —precisa el más mayor.

—Yo también —añade el otro—. Pero no por el trabajo, sino por mis visitas a la comarca. ¿Y tú?

—No —niega con un gesto e insiste—: ¿Y cómo es?

—Un buen hombre, un buen policía y un padre que nunca se mereció esto —manifiesta rotundo el mayor. Tras dejar una pausa, prosigue—: Este ya no levanta cabeza. De seguro que estaba casado con una mujer dominante y obsesiva, por todo lo que vamos

conociendo, y que no quiso ver, como siempre nos pasa cuando estamos cerca y son nuestros seres queridos, la maldad, la locura y la obsesión en la que estaban cayendo las dos.

El más joven apunta un dato nuevo:

—Por Astorga dicen que cada uno vivía por su lado, aunque disimulaban. Él estaba muchas veces solo y su mujer, cuentan, que era una señora insufrible con aires de grandeza, entregada por completo a la carrera de su hija, que, al parecer, es un cerebrito. ¡Pobre! A mí me parece que Pablo es un buen tipo, realmente una buena persona.

—¿Y lo del arma?

Otra cuestión indiscreta.

—Vete tú a saber.

Uno lo dice y el otro asiente.

—No sé. Este caso presenta, a mi juicio, demasiadas incógnitas. ¿Sabéis? —reflexiona en voz alta el tercer contertulio—. No puedo aceptar la idea de una señora bien, vestida de marca de arriba abajo, mujer de un policía que además ha sido inspector de la unidad de estupefacientes de Gijón, donde han vivido veinte años, paseándose por los bajos fondos o por los mercadillos —como dice Montserrat, porque debe de ser que para ella, una señora tan fina, son sinónimos—, contactando con un yonqui, que ¡oh, casualidad! murió hace un año, para comprarle un arma… Y muy drogado tendría que estar el difunto para buscarle y venderle un revólver a la mujer del jefe policial que él, el tal Armando, por su condición de drogadicto, más debe conocer de toda la plantilla del principado. ¡Es surrealista! —remarca, y se permite un rasgo de humor negro—: Casi parece un guion de Almodóvar.

Ellos reciben estas especulaciones con la mudez del recelo, no quieren verse comprometidos; no obstante, vuelven a asentir. Para zanjar el diálogo, el más veterano concluye:

—Aquí hay más víctimas que la propia Carrasco. Y Pablo Antonio, el pobre hombre, es una de ellas, y ya tiene suficiente condena por penar. ¿No te parece?

Se inicia la cuenta atrás y todos han de ocupar sus posiciones en la mesa.

Ante las cámaras, los contertulios coinciden plenamente en la lamentable situación de un hombre al que consideran también una víctima de las acusadas. Mencionan el calvario interior que debe ser para un policía, al final de su carrera, recorrer cada domingo el camino entre las rejas de la penitenciaria de León.

—¿Le conocéis? —pregunta la presentadora inesperadamente.

Los dos invitados con trayectoria en los Cuerpos y Fuerzas de

Seguridad del Estado responden con una negativa encadenada.

—No, qué va —contesta uno.

El otro simplemente niega con la cabeza y rechaza la mirada interrogante de la otra persona de la mesa con la que acaba de mantener una conversación muy distinta.

Ambos han mentido o, mejor, han preferido callar. Y su silencio no es conmiseración, sino prevención. Las sombras que se tienden sobre Pablo Antonio Martínez García se agigantan en la cautela de quienes piensan que hay algo más…

Era diciembre de 2003, cuando se celebró el acto formal de toma de posesión. El nuevo comisario, que relevaba, por jubilación, al anterior en el cargo, ya había llegado a Astorga en noviembre. Era el último periplo de su carrera profesional y el destino, además del cargo, no podía resultar más agradable. Después de una vida errante, volvía a la comarca que lo vio nacer en 1953 en el pequeño pueblo de Santa Marina del Rey. También su esposa procedía de las cercanías de la ribera del Órbigo. Así que, en definitiva, estaban en casa. Astorga, con sus doce mil habitantes, su bimilenario pasado y su decadente sosiego era un lugar apacible. No solo estaba en los primeros niveles en resolución de casos, sino que además o precisamente por eso apenas registraba delitos. Hasta el subdelegado del Gobierno había precisado en el mismo acto de presentación del nuevo comisario que la comisaría maragata ostentaba el récord de no haber recibido ninguna denuncia por delitos en el año 2000,y eso que ese año la catedral había acogido una edición de la multitudinaria exposición cultural y sacra de «Las edades del hombre».

Un tiempo sereno le aguardaba. Montserrat estaba a su lado, luciendo las galas sociales de la mujer del comisario; un personaje prevalente en aquella pequeña ciudad de empresarios de cecina y mantecadas, de hosteleros del Camino de Santiago, de militares del acuartelamiento de Artillería y del campo de tiro en el Teleno, de rancios intelectuales y enloquecidos poetas, de conventos seculares, iglesias donde tañen campanas e incluso obispado. Todo irradiaba la luz dorada de un ocaso. Incluso Triana pronto se reuniría en Astorga con ellos, en cuanto acabara sus estudios. Su hija era su orgullo y su esperanza.

Y así, la vida del nuevo comisario entraba en un remanso, que resultó ser el exordio de una ciénaga.

En la terraza del hotel Gaudí, mientras deja vagar su mirada por los perfiles de la catedral, se pregunta qué había fallado. Llevaba más de treinta años de carrera a su espalda y una cruz al mérito policial, con distintivo blanco, cuando llegó a la pacífica Astorga. Ingresó con

diecinueve años en la Escuela General de la Policía Nacional, logrando una de las mejores calificaciones de su promoción. Su primer destino sería Palma de Mallorca, luego Avilés, más tarde la valenciana Gandía y, finalmente, tras diez años de peregrinar, llegaría a Gijón en 1983. Durante los veinte años siguientes, la ciudad portuaria asturiana sería el escenario de su carrera y de su familia. Allí crio a Triana, desarrolló su labor como policía judicial en la especialidad de robos y estupefacientes y forjó sólidas amistades. Volvió a León y pensó que era su recompensa final.

En los últimos años, la soledad era su compañía. Y lo que, en principio, se ocultaba tras excusas, ahora ya no necesita ni palabras ni pretextos. Ella había unido su destino al de su hija Triana, y de ese enlace él había sido abiertamente excluido. Es cierto que todavía guardaban las formas, junto con las elevadas facturas de ese matrimonio fingido. Él podía lucir uniforme y condecoraciones en los actos solemnes de la ciudad y, en esas ocasiones, también lucía esposa, perfectamente engalanada. Pero todo era parte de una comedia a la que no encontraba ni lógica ni respuesta. Se preguntaba qué pasaría después, dentro de cuatro años, cuando la jubilación le dejara sin ocupación para dar sentido a sus días. Y el vértigo de la incertidumbre le hacía rehuir de sus cavilaciones.

Había pasado una década desde su retorno cuando cuatro detonaciones marcaron, de repente, el curso final de su historia.

—Ella nunca estaba por aquí. A él, un buen hombre que lleva casi diez años en Astorga, se le veía, con amigos sí, pero solo, sin familia —comenta un vecino.

—Es que no se aguantaban —añade otro—. Para mí, que ella se consideraba muy grande para quedarse sepultada aquí. Tenía mucha ambición para su hija y, sobre todo, para sí misma.

La historia de esta pareja, que ya estaba presente en la comidilla local, gana enteros en las murmuraciones tras el crimen.

«El jefe policial de Astorga se ha presentado inmediatamente en comisaría, esta misma tarde, con su arma reglamentaria, la única que posee». La nota informativa era escueta y suponía la primera exculpación de Pablo. En las horas siguientes, fuentes oficiales informarían que el policía había declarado que desconocía todo lo relativo a la muerte de Isabel Carrasco, que ignoraba que su mujer y su hija dispusieran de armas y munición, que incluso ni sabía que supieran disparar y que su conmoción por la inculpación de su familia era tremenda.

Su declaración ante la comisaría de León, prestada el día 13 al filo de las 22.00 horas, resulta simplemente lacónica. Conocía a Isabel

Carrasco de algún acto oficial y la relación entre ambos era de «cortesía»; su hija había trabajado hasta hacía tres años en la Diputación, pero no sabía «las causas exactas por las que perdió su empleo»; ni su esposa ni su hija comentaron nada en el entorno familiar sobre Carrasco, aunque intuía «que la relación no debía de ser del todo cordial»; la noticia le sentó como «un jarro de agua fría», ignoraba cómo su familia podía estar implicada en algo semejante y conocer el manejo de armas «ni nada parecido».

A los pocos días, se difundía que el inspector jefe Pablo Antonio Martínez García había solicitado voluntariamente su traslado sin precisar ninguna petición de destino. El Ministerio del Interior y la Dirección General de la Policía, deseosos de cerrar cuanto antes el caso y sepultar en lo más profundo la historia de un policía ciego y sordo ante el complot criminal de su esposa e hija, deciden reubicarlo en Gijón, un lugar que conoce a la perfección y en el que hallaría el respaldo de amigos y camaradas.

Ahora, Pablo debe volver sobre sus pasos, como si retroceder a la casilla anterior le permitiera reiniciar la jugada, lanzar los dados y confiar en que otro final sería posible. Regresar a Gijón, donde quizá fue feliz; recuperar el olor a mar que golpea las ventanas de su piso en la calle Marqués Casa Valdés; recorrer los cafés y las tabernas de una ciudad afable y portuaria siempre estuvo en sus previsiones como una opción crepuscular, cuando la jubilación, a consumar en Astorga como un casi comisario, le liberara de tantos años de servicio. Pero no será así, la vuelta es doliente. Y ni siquiera es regreso, sino huida. Y tampoco es destino, sino refugio. Es el castigo implícito a una culpa que no es suya y que, sin embargo, habrá de penar en sus visitas dominicales a la prisión, en los despachos de los abogados y sus ruinosas minutas, en la sala de un tribunal, en la lástima de quienes un día fueron colegas y le admiraron.

Todo se ha esfumado, incluso esa fábula de vida feliz creada tanto tiempo atrás por él y por Montserrat ante los ojos crédulos de Triana.
En esa precipitada búsqueda de un desenlace rápido que presentar como triunfo de la investigación policial para compensar la mácula que pesa sobre la institución, hasta el propio ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, se implica de lleno. En la mañana siguiente al entierro y en una comparecencia improvisada ante los periodistas que cubren la actividad del Congreso de los Diputados, Fernández Díaz llega a manifestar: «Sobre el asesinato de la presidenta de la Diputación de León les puedo decir que, básicamente, hablando en términos políticos, el caso está bastante esclarecido; la policía ha trabajado muy bien».

Contemplar un delito de tal gravedad en «términos políticos» resulta desacertado y de una frivolidad indecente. Pero el ministro en realidad no miente, posiblemente habla demasiado y se le escapa de forma inconsciente la preocupación que subyace en el seno de su formación política, el Partido Popular. Al fin y al cabo, la condición de militantes y afines a estas siglas es la que entrelaza a todas las implicadas en el caso, a la poderosa víctima, a la asesina confesa, a la joven inculpada y quizá a otros personajes que temen salir a escena.

Hay que cerrar policial y políticamente el suceso cuanto antes para que ninguna mirada atisbe más de lo necesario. Y quizá sea esta la razón última de que la instrucción policial presente extrañas lagunas, que se omitan testificaciones esenciales, que algunos registros domiciliarios ni se hayan practicado, que muchos de los avances sean filtrados a la prensa con una diligencia sorprendente, que el arma aparezca de una manera tan sorpresiva o que la incomunicación entre madre e hija sea vulnerada a las veinticuatro horas por una orden sin autor. Entre los togados, la irritación inicial dejó paso a la sospecha cuando las diligencias practicadas y las detenidas fueron puestas a disposición de la justicia.

También el ojo crítico de la prensa intentó ser cegado o, mejor aún, deslumbrado. Inesperadamente, las fuentes oficiales, vestidas de oficiosas, no solo fueron pródigas en la aportación de hechos reveladores a los periodistas para entretenerlos y disuadirlos de otras pesquisas, más políticas o policiales, sino que indirectamente guiaron el curso de la información hacia la vertiente emotiva, sentimental o desesperada del suceso. Debía ser una historia que respirara piel, coraje y venganza, sin sombras políticas ni contubernios policiales. Propagaron la idea de que la víctima casi era culpable de su sino y alentaron las especulaciones psicológicas sobre la fuerza del odio, la ferocidad del instinto materno y la debilidad de una joven casi abocada al suicidio. Cortinajes sobre cortinajes para hacer descender sin estrépito, pero con diligencia, el telón de esta obra en un único acto.

Los velos no han sido izados aún, pero su tupida presencia delata lo oculto.

Capítulo VIII

LA MUERTE

—¡Está en el suelo, la han tiroteado! Hay sangre. No, no se mueve. ¡Es ella, la chica de la Junta! Ya no sé qué más decirle. Sí, en León ciudad, en la pasarela entre los paseos de Condesa y Salamanca… ¿Qué…? No sé qué hacer. Necesitamos ayuda, por favor.

Las frases salen balbucientes de su boca en un esfuerzo sublime por dominar el ataque de nervios que la sacude. Ve allí, tumbada e inerte, a la mujer que un momento antes caminaba ante sus ojos. Vuelve a su mente la imagen aterradora de la asesina y piensa en Pedro indefenso y persiguiéndola. ¿Qué habrá sido de su marido? Tiembla y habla al mismo tiempo, y no se explica. No puede más. La angustia de Elena choca con el pragmático protocolo de la operadora de emergencias 112. Ya ha dado todos sus datos, no quiere esperar más, necesita zafarse de esa absurda conversación.

Mira a su alrededor desesperada y, entonces ve a una mujer entre la gente que parece intentar comunicar con el mismo número. Va hasta ella y le entrega su teléfono en un gesto imperativo ante el que sobran las palabras.

Son las 17.19 horas. Pese a todo, las llamadas de socorro que se registran en los minutos siguientes al tiroteo se han cursado y la comisaría de León recibe la alerta del 112. Cuando los agentes nacionales llegan a la pasarela, policías locales ya están actuando en la zona y los servicios sanitarios intentan, inútilmente, la reanimación de Isabel.

Pero en ese tiempo anterior de horror e impotencia, fueron gentes anónimas sin membrete ni cargo, paseantes en una tarde de primavera, quienes socorrieron a la presidenta de la Diputación en su violento tránsito hacia la muerte. Y esas mismas personas, a quienes les asiste el título de ciudadanos con distintivo de honestidad, se ofrecieron voluntariamente esa misma tarde-noche para declarar en comisaría lo que habían presenciado a fin de que se hiciera justicia. En ellos no anidaba el miedo ni la ocultación ni la cautela ni el corporativismo ni las apariencias, sino la indignación de los hombres y las mujeres de bien ante tan abyecto crimen. En quienes se llaman Elena, Pedro, José Luis, Manuel, Teresa, Beatriz o Laura o Jorge o Antonio o María o Luisa… reside la semilla de la esperanza en este podrido reino, que no es León, sino España.

• • •

Llegaba caminando con su madre por el paseo. Les gusta esa suave

pendiente que trazan los jardines de la Condesa, siguiendo el curso descendente del río. A unos treinta metros de la pasarela peatonal observó a un grupo de personas reunidas y agitadas.

«¡Está en el suelo, está en el suelo!», oyó. Y entre esas mismas gentes, distinguió a una niña pequeña que, temblando, no paraba de referir: «¡Le han disparado, había disparos, le han disparado!».

No dudó, dejó a su madre cerca de un banco y echó a correr hacia el paso fluvial. Allí, el cuerpo de una mujer estaba tendido, la gente que la rodeaba no sabía qué hacer, la niña lloraba y una señora intentaba explicar la situación al 112. De repente, la mujer le entregó su propio móvil. Teresa retomó la comunicación, expuso su condición de enfermera a la operadora y pidió autorización para mover a la víctima y realizarle maniobras de reanimación.

Lo intentó, pero la muerte había vencido. No había pulso carotideo en su cuello, ya no respiraba, su corazón no latía y sus pupilas estaban dilatadas.

—Creo que ha muerto —informó, y miró con piedad aquella cara llena de sangre y desfigurada por un disparo.

La pasarela que nace a ras de suelo en la Condesa requiere de unas escaleras y rampas de acceso en la otra orilla, el paseo de Salamanca. Por allí subía Manuel, un jubilado, cuando oyó unos estampidos y pensó que habría niños jugando con petardos. En una tierra minera como León, el petardo tiene un concepto más atronador que en el resto de España. La idea le molestó, demasiado ruido, y condenó, de mano, la indulgencia de los padres de hoy en día con sus hijos. Pero al ascender sobre el puente, su perspectiva cambió. Distinguió un bulto en el suelo, la imagen de una persona caída, y un grito que decía: «¡La han *matao*, la han *matao*!».

Corrió hacia el lugar y quizá fue casual, pero su mirada captó a una mujer de talla media, vestida de oscuro, que se precipitaba por la calle Lucas de Tuy y a un hombre que iba corriendo detrás de ella y hablando por el móvil. ¿Por qué lo hizo? No sabría explicarlo. Pero, de alguna manera, supo que su deber era seguirlos, correr tras ellos, ayudar al perseguidor. Ya no está para tantos trotes, así que pronto se desfondó. Con las energías que aún le asistían siguió un camino errante por la calle Colón hasta desembocar en la esquina con Gran Vía y encontrar, de nuevo, al hombre de la gorra blanca (a Pedro) confuso, perdido.

—Vengo detrás de usted. Lo he visto todo. ¿Dónde está la mujer?

—No lo sé. De repente, la he perdido de vista. Pero…

Dejando la frase inacabada, Pedro distingue unas formas conocidas, vestidas con otra ropa. Al tiempo, escucha la sirena de la

policía, dedica una ráfaga de pensamiento a Elena, su mujer, y se lanza a interceptar el vehículo policial.

Mientras, Manuel, investido por su valentía, vigila y ve cómo la mujer en la que Pedro ha detenido la mirada entra en el lujoso Mercedes aparcado allí mismo y ocupa el asiento del copiloto. Su oportuna indicación sobre dónde se hallaba la fugitiva sería crucial.

Ella también presenció la huida de Montserrat y la persecución de Pedro, en sus primeros instantes.

Estaba en el interior de su coche, estacionado en batería en la zona azul de la Condesa y oyó los cuatro estampidos, sin concederles demasiada importancia. Se disponía a salir del vehículo, cuando de pronto, una mujer vestida de oscuro y con un foulard que le ocultaba parte del rostro se precipitó entre los coches y cruzó la calle de forma anómala, sin utilizar el paso de peatones. Siguiendo sus pasos, iba un hombre hablando por el móvil. Por un momento se quedó parada y extrañada, pero su perplejidad aumentó al distinguir al fondo, en la pasarela, un cuerpo caído que, desde la distancia en la que se encontraba, no podía precisar si era un hombre o una mujer.

—¡Dios! ¿Qué está pasando?

Y su mente, de alguna manera, encajó las piezas y comprendió que había ocurrido algo siniestro y una persona necesitaba ayuda. Salió a la carrera hacia el ambulatorio que se emplaza a pocos metros en la misma avenida.

—¡Por favor, salgan! Hay alguien tirado en la pasarela del río y he oído unos petardos, que creo que no son petardos. Creo que hay un herido. No sé…

La persona del control del centro sanitario no lograba entender lo que le exponía la joven, así que simplemente le dijo que ellos se ocuparían de llamar al 112.

Aquella respuesta era insuficiente. Beatriz descendió de dos en dos los escalones del centro de salud, buscó y distinguió a un policía uniformado.

—¡Escúcheme! Hay una persona herida allí y yo he visto una mujer emboscada huyendo…

La onda expansiva de la noticia alcanza a alguien más, a un protagonista indirecto de esta historia que aún permanece en la zona más umbría. Es parte del secreto de Raquel o quizá sea una máscara más, la careta propicia para no reconocer toda la verdad de sí misma.

—¿Tiene usted alguna relación sentimental con la detenida Montserrat Triana Martínez González? —la pregunta es directa y necesaria.

—Somos amigas —responde con cierta perplejidad.

Está cansada, se aproxima al final de su primera declaración y el sesgo de aquel interrogatorio le inquieta.

—¿Son pareja? —insiste el instructor.

—Yo soy heterosexual… —Y alza las manos en señal de asombro —. No sé de qué me habla.

Y, sin embargo, lo ha oído ya varias veces. Algunas de sus amigas las miran como si de una pareja se tratara, ya que parecen necesitarse cada día, y hasta sus compañeros de la policía especulan sobre las tendencias sexuales de Raquel. A los investigadores no les mueve el rumor ni los prejuicios, calibran las opciones clásicas para que un tercero, sin vínculo aparente con la víctima, incurra en una conspiración para matar o en el encubrimiento del crimen. Venganza, lucro, coacción o amor. Confesable o inconfesable.

La misma pregunta se repite tanto en la declaración en comisaría como en el interrogatorio del juzgado.

—Ya lo he declarado en comisaría. Le insisto en que no, yo no soy homosexual y Triana y yo no somos pareja, ni le tengo más afecto que al de una amiga muy cercana. No tengo ni he tenido ninguna relación sentimental con Triana. Sí, hablo a menudo con ella y nos contamos nuestras preocupaciones, pero nada más… —Mira a su interlocutor y deduce que necesita darle más credibilidad a su testimonio. No tiene más alternativa que descubrir a quien viene ocultando, no solo en su testificación policial, sino también en su propia vida—. Yo tengo pareja ahora. —Y añade con cierto disgusto—: Se llama Fernando… Está casado y es de León.

Él tiene más de cincuenta años y es empresario. Ella está a punto de cumplir cuarenta y un años y sumar diecisiete como agente municipal. Sabe que su relación no es el ideal que había soñado, nota las miradas de reproche de sus amigos, y especialmente de Triana, cuando lo menciona, porque ellos, entre sí, no se conocen. Y no es la primera vez que juega a una relación entre tinieblas, hay quienes recuerdan aún el escándalo que le montó la mujer de un policía local. Los hombres parecen haberle dejado siempre un regusto amargo, al que ella vuelve una y otra vez.

—Estás perdiendo el tiempo. Esta es la historia de siempre, la que han vivido millones de mujeres, y no conduce a ninguna parte —le reconviene una vez más Triana.

Su amiga se empeña en romper esta relación viciada con el mismo ahínco que ella, Raquel, puso en desbaratar el noviazgo de Triana con aquel chico que jugueteaba con las drogas. Ninguna de las dos ha tenido suerte con los hombres y también esto las une.

—Te manipula. ¡Déjalo ya! —resuena la voz de Triana.

—Es una relación patética y horrible —apuntala su hermana pequeña, Beatriz.

Ha oído esas frases tantas veces que ya se han instalado en su mente.

Un aire clandestino, al principio casi excitante y ahora simplemente vulgar, desprende este último romance sin destino cierto. Hablan muy a menudo y siempre bajo la misma pauta, una llamada perdida por la mañana a la que ella contesta, unos minutos de conversación al acabar su jornada laboral al mediodía, quizá una cita por la tarde, que no siempre cuadra, y un poco más de charla por la noche. Siempre son llamadas perdidas que ella devuelve diligentemente; ese es su código, que pocas veces se invierte, quizá porque exclusivamente a él le asiste el derecho de establecer comunicación, cuando resulta conveniente, y siempre sin coste alguno para su tarifa telefónica.

Su presencia es constante pero casi virtual. No es su acompañante habitual, no es su novio oficial, no es un simple amigo. Le gusta pensar que es su amante, pero el tiempo pasa y esas historias se consumen en su propio fuego.

Ella no conoce a su familia, él no conoce a sus amigos. Ni siquiera la ha acompañado en estos días difíciles, no es más que una voz en *off*. Viven en mundos paralelos, como náufragos alguna vez enamorados que se lanzan mensajes en botellas al mar.

Raquel ha levantado el velo sobre Fernando y él se ve en la obligación de acudir a declarar el día 6 de junio. Han pasado veinticinco días desde el homicidio de la presidenta.

—¿Os habéis enterado?

Sin ni siquiera un saludo, aquel amigo había entrado en la cafetería y directamente les había interrumpido. Fernando y su otro acompañante le miran con extrañeza.

—¿De qué? Y por lo menos saluda, hombre —le amonestan.

Sin reparar en la crítica, el recién llegado les espeta:

—¡Han matado esta tarde a Isabel Carrasco, la de la Diputación! La han tiroteado no muy lejos de aquí. Dicen que ha sido en el río.

—¡Qué dices! Carrasco… muerta… en León. ¿Tú te has enterado bien?

—¡Que sí, coño! Pon la tele o la radio —le propone el informante al dueño de la cafetería, que también se ha quedado pasmado al escuchar el diálogo entre sus clientes.

—¿Y quién ha sido? —pregunta el hostelero, mientras acciona el mando.

—No sé más…

Por la mente de Fernando pasa un recuerdo, aquellas diatribas que, según le contaba Raquel, su amiga Triana tenía con la Carrasco, a la que culpaba de todos sus males, y la obsesión de aquella amiga de su chica con la política.

Pero rápidamente descarta la idea.

—¡Sería tremendo! —se dice a sí mismo. Y otro pensamiento le asalta—: ¿Lo sabrá Raquel?

Son las 18.20 horas cuando, siguiendo su consigna habitual, el hombre lanza una llamada pérdida. Al minuto, el móvil de Raquel le responde, aún está en Trobajo, aunque ya se encamina hacia la fuente de Armunia.

—¿Lo sabes? —le pregunta ella.

—Me acabo de enterar. ¡Qué fuerte!

—Pues si vas conduciendo, aparca el coche y agárrate, porque te vas a quedar de piedra con lo que te voy a decir.

—Me asustas.

—Han detenido a Tri y a su madre por lo de Isabel Carrasco.

—Me quedo *flipao*. ¿Lo dices en serio?

—Yo todavía no me lo puedo creer, Fernando. Me llamó un compañero para comentármelo, pero no doy crédito.

—¡Joder! —exclama.

—Y ya verás la abuela de Triana cuando se entere. Se va a morir del disgusto, la pobrecita Josefa. Ella que ya está muy mal, después de que hace poco se le muriera el marido, ahora, para remate, esto.

Una anciana triste y solitaria abre la gran puerta de madera ante la llamada imperiosa de un equipo de televisión llegado a Carrizo de la Ribera. Ve a una chica, a un señor con una cámara ante sí y, sin atreverse a cerrar del todo, se esconde un poco tras la puerta.

Casi no le han contado nada, aunque sí lo suficiente sobre el crimen y la detención. Pero todo el mundo que las conoce sabe que debe ser un error y que pronto se solucionará, al menos, eso piensa ella. Aunque teme que nuevas noticias invaliden finalmente su esperanza.

—¿Es usted la madre de Montserrat y la abuela de Triana?

—Sí —dice miedosa, calibrando si le espera un nuevo aldabonazo.

—¿Podría decirnos si…?

—No, perdone usted, pero es que estoy muy mala, ¿sabe?, muy mala. Ahora me iba al médico. Perdóneme, señorita. —Y cierra la puerta disculpándose, con esa ternura desvalida a la que nos devuelve la vejez.

En un local a pie de calle en el número 29 del paseo de Salamanca, en el populoso edificio Abelló, el palco que mira hacia la pasarela, un

gran letrero anuncia la ubicación de la academia City Hall School of English. Allí está Leticia impartiendo clase de inglés desde las 16.30 horas del día 12 de mayo.

Ha terminado con un grupo de chicos y se prepara para su siguiente clase. Son las 17.25 horas. Teresa, la enfermera que asiste a Isabel, ve a una niña llorando en la pasarela tras haber presenciado el crimen. Leticia recibe la primera noticia de boca de aquellos chavales que llegan a su academia sin poder contener el llanto y los nervios. Una mujer ha matado a otra y algunos de ellos han visto la escena del peor de los delitos.

Hay algo acuciante en las lágrimas de los niños, en esas que no proceden del dolor o el egoísmo, sino de la incomprensión ante el horror del mundo. Crecemos y dejamos de llorar o quizá de preguntarnos por qué.

La situación le supera, pero debe reponerse y ejercer de profesora. Intenta calmarlos, ocupar sus mentes con las actividades programadas, atenuar a través de la rutina la crispación de aquella tarde. No debe dejar la clase, pero se pregunta qué ha ocurrido. La noticia se va completando en el transcurso de los minutos. La asesinada es Isabel Carrasco y un pensamiento raudo pasa por su mente. Lo desecha, pero otro interrogante toma forma: ¿quién ha cometido el crimen?

La respuesta le viene dada por una alumna, que lee en alto la noticia que acaba de saltar en su teléfono móvil.

—Mirad. Han sido detenidas la mujer y la hija del inspector jefe de la comisaría de Astorga —dice la chica.

Son las 19.30 horas.

—No puede ser, lee de nuevo.

Pero así es, y ella, la profesora de inglés, las conoce a través de Raquel y Beatriz, sus amigas.

Toma su teléfono.

—Beatriz, ¿es posible?

—Sí, Leticia. Han detenido a Tri y a su madre. Todo es horrible. Estoy con Raquel y… —La voz se corta, la emoción les puede.

Ambas rompen a llorar. Es el sollozo del impacto de la noticia. Se va serenando y retoman la conversación.

—¡Dios mío! ¿Y cómo está Raquel?

—Te paso con ella —le dice Beatriz, intentando recobrar la calma.

Tan solo hablan unos instantes. Raquel parece más entera e intenta tranquilizarla.

—Debe de haber un error. Tú tranquila.

—¿Y qué vais a hacer vosotras?

Leticia vive sola y no le apetece volver a casa, sin más.

—Vente aquí, a mi casa —le sugiere Raquel—, cuando acabes en la academia, si quieres.

—No sé exactamente dónde estáis. Nunca he ido a tu piso, sé por dónde vives, pero…

—Tranquila, nos llamas cuando termines las clases y ya te indicamos. Puedes aparcar donde el gimnasio de Eras, está muy cerca de mi edificio.

A las 21.30 horas, la profesora completa su quinta y última clase del día. Está exhausta. Sale a la calle y contempla la pasarela que se presenta ante su mirada, junto al río, mientras comienza a entrar la noche. Todo parece tranquilo y, sin embargo, un escalofrío la recorre.

Ha llegado casi al final del polígono de Eras de Renueva y aparca en el estacionamiento del centro deportivo para buscar el portal que le han indicado. En ese día extraño y en ese breve espacio de soledad, Leticia se siente casi perdida. Oye un pitido y ve venir un coche ocupado por Raquel y Beatriz. Y respira aliviada.

—Hola, Leticia —la saluda la conductora, Raquel, por la ventanilla—. Venimos de hacer un recado, de llevar una pieza a Trobajo para la clase de restauración. La verdad es que necesitaba hacer cosas, estar ocupada, entretenerme —se excusa—. Tengo los nervios de punta.

—Claro, ¿cómo no? Incluso yo los tengo de punta —entiende Leticia.

—Mejor será que te montes en el coche, así entramos juntas por el garaje —le propone Raquel.

Intenta acceder por la puerta trasera izquierda, justo detrás de la conductora, pero ve que hay bolsas y unas garrafas de agua. Rodea el vehículo y monta por el lado derecho. El coche baja la rampa del edificio con sus tres ocupantes. Aún hay luz de día.

—¿Había algún objeto en el asiento que usted ocupó o en la parte inferior, en el suelo? —le pregunta días después la policía a la profesora de inglés.

—No, me pude sentar con normalidad, no noté nada ni en el asiento ni en la zona destinada a los pies. No había nada.

—¿Vio en aquella zona, en la parte trasera del coche algún bolso o bandolera o algo similar?

—No recuerdo que hubiera más que bolsas de plástico revueltas y las garrafas de agua. Nada más. Me llamó la atención el desorden del coche, siempre he tenido a Raquel por una persona muy ordenada.

Al llegar al garaje, es Raquel quien abre la puerta trasera izquierda para coger una de las garrafas de agua.

—¿Te subo algo más, te ayudo a llevar la otra garrafa? —le

propone Leticia.

—No, déjala ahí.

Aquel otro envase de agua será el que, al derramarse, propiciará, veinticuatro horas después, el hallazgo fortuito del bolso que nadie vio hasta entonces.

En la casa se inicia una velada triste de amigas conmocionadas por el suceso. A Raquel, Beatriz y Leticia se suman, al poco, dos jóvenes más, Lorena y Silvia. Todas forman un grupo de WhatsApp y el sábado anterior incluso habían quedado con Tri para salir de noche.

—¿Y cuando la visteis el sábado, cómo estaba Tri? ¿Le notasteis algo? —pregunta Leticia, que no acudió a aquella cita.

—¡Qué va, para nada! —afirma, sin dudarlo, una de ellas.

—Estaba normal, como siempre. Nos lo pasamos bien. Si incluso habíamos pensado en quedar hoy para tomar unos vinos —añade otra.

Raquel ha preparado té y llega al salón con los servicios dispuestos. También ofrece algo de comer, pero las amigas no tienen ni pizca de hambre.

—¿Y tú, Raquel?

—Me llamó por teléfono esta mañana y me invitó a comer con ella y con su madre, pero no pude ir —responde sin el menor titubeo.

—Yo intenté hablar con ella —salta Beatriz—. Cuando me enteré de la noticia, sobre las seis la llamé porque conocía que la Carrasco era su enemiga, bueno, ya me entendéis, es una expresión. Pero no me contestó, claro. Yo ni podía imaginar que la estaban deteniendo. —Y lanza un suspiro de tristeza.

—Pues seguro que la policía os llama a las dos —deduce Leticia—, porque si habéis hablado con ella o al menos intentado, verán las llamadas y querrán saber algo más.

—Es posible. No sé —comenta Beatriz.

La hermana pequeña de Raquel, Beatriz, declararía semanas más tarde en el juzgado que fue ella misma, en un momento en que la policía no estaba en el salón, cuando le comentó a sus amigas que Raquel y Triana sí habían tomado café aquella tarde en el piso de la detenida sin detectar nada anómalo. Pero ninguna de las amigas recuerda tal comentario, para ellas la policía local sencillamente había hablado por teléfono con la detenida, no había existido ni uno ni dos encuentros el día del asesinato.

—Ha sido horrible —conviene Leticia—. En mi clase, una alumna leyó en alto la noticia que le había entrado por el móvil y me quedé… no sé cómo calificarlo. ¿Y tú, Raquel, cómo te enteraste?

Todas entienden que debe ser Raquel, la gran amiga de Tri, la más afectada e intentan que pueda desahogarse.

—Pues muy parecido a ti. Alguien lo comentó en clase de restauración. Imagínate… —Y añade—: La verdad es que desde que me enteré de la detención estoy en blanco. Bloqueada.

La tele está encendida, aunque casi ni reparan en ella, porque todos los canales repiten una y otra vez la noticia que ya conocen, y pasan reiteradamente las imágenes de la pasarela y las fotos de Carrasco, Triana y Montserrat.

—¡Mirad! Yo conozco a ese policía judicial, es Nacho —advierte Raquel, que aquella noche, como tantas otras, se muestra reservada, parca en palabras.

—¿Ese de ahí?

Una de las amigas señala a uno de los agentes que aparecen en la televisión inspeccionando la escena del crimen.

—Sí, lo mismo lo llamo mañana para ver cómo va el caso.

Y esa comunicación se produjo al día siguiente, sí, pero con una confidencia más explosiva.

—Es que para la policía también ha sido impactante. Al fin y al cabo, son la hija y la mujer de un jefe, de un comisario de Astorga. ¿Y tus compañeros, los policías locales, qué te dicen? —se interesa otra.

—Me llaman para preguntarme si esa Triana de la que hablan es mi amiga. Y les tengo que decir que sí, claro.

—¿Y qué pasará ahora con Triana? —plantea Leticia.

Lorena, la amiga que ha llegado un poco más tarde, responde con una especulación:

—No sé, a lo mejor, la madre se echa la culpa del crimen y Triana queda libre. Aunque ella tenía problemas con Carrasco, ¿no?

Leticia no sabe mucho del asunto. Solo que trabajó en la Diputación y ahora estaba en el paro y no quería buscar empleo fuera de León. Es Raquel quien le explica los problemas laborales de la joven detenida e incluso apunta que «últimamente le acaban de reclamar 12.000 euros por salario indebido».

Para la profesora de inglés, Triana es alguien extraño, y todo por un simple incidente que tuvieron en la última Navidad. Nunca lo había comentado antes, pero allí, juntas, en el piso de Raquel, Leticia lo relata. Como tantas veces, ella se quejaba de lo difícil que resulta aparcar en el paseo de Salamanca, donde está emplazada su academia de idiomas. Y al hilo de su comentario, Triana, con la que tenía un trato indirecto por ser amiga de Beatriz y de Raquel, le propone un acuerdo chocante:

—¿Y si alquilamos juntas una plaza de garaje en la Condesa?

—¿En la Condesa? Me pilla un poco lejos. —Se queda perpleja, y le pregunta—: ¿Y tú para qué la quieres, si tienes garaje en tu propia

casa, que además está muy cerca de la Condesa?

—No te lo puedo explicar —dice críptica—, pero así resolverías tu problema.

—No sé. —Leticia duda, no le gustan esos manejos.

—Vale, la pago yo —insiste—. La cogemos juntas y no te cuesta nada.

Su sorpresa va en aumento.

—Perdona, pero quiero saber por qué.

—No te lo puedo decir, pero te aseguro que no es nada malo.

—No, mira, no. Demasiado misterio.

Desde aquella conversación, trivial, sí, pero también enigmática, empezó a mirar a Triana con otros ojos.

El resto del grupo la escucha y no sabe hallar explicación a esta rara propuesta, aunque ya ninguna desconoce que la víctima residía en el paseo de la Condesa.

—Me pregunto cómo no nos dimos cuenta de lo que Triana escondía. Sí, todas sabíamos que pasó de poner a Carrasco en un pedestal a odiarla, que le echaba la culpa de todo y que tuvo una época en que estaba todo el día maldiciéndola, pero de ahí a…

Es Silvia, la última en incorporarse a la reunión, quien deja la frase sin hilvanar.

La pausa es cerrada por Beatriz, quien adelanta una especulación diferente:

—A mí me comentó que la presidenta le había cogido manía porque se llevaba muy bien con el novio de ella, de Carrasco. Incluso llegué a creer que Triana y él se habían liado. Según ella, Carrasco la perseguía por todo, le impedía tener amigos, la gente le retiraba el saludo por su culpa, hacía que le quitaran los trabajos que le salían y la vetaba allá donde podía. Demasiada inquina, ¿no? Por eso pensé en que había una historia de celos o cuernos.

Silvia acompaña el comentario con una información adicional:

—Bueno, a mí me parece un poco extraño que siendo pareja de Isabel Carrasco, Jesús siga manteniendo su propio piso, ¿no?

—¡Ah! ¿Tiene un piso aparte? —se sorprenden.

—Por lo que yo sé, sí —reitera Silvia.

Pero realmente, Jesús López Brea solo conoce a Triana Martínez de una fugaz presentación en el almuerzo de Navidad del PP en 2010. Ningún idilio hay entre ellos.

—¿Triana no salía con nadie? De forma estable, digo —apunta Leticia.

—No, que yo sepa, pero en una ocasión me confesó que había alguien en su vida, pero que no podía ser. No me dijo de quién se

trataba —revela Beatriz.

El amante misterioso abre otro turno de especulaciones entre las amigas.

—No sé, yo una vez la vi con un chico muy cariñosa, dándose besos y eso. Pero fue una vez y nunca más. Estábamos con un grupo de gente, y no me lo presentaron, la verdad. Yo creo que era una pareja esporádica; lo cierto es que a la reunión del día siguiente, a la que yo no fui porque estaba cansada, quien acompañó a Tri fue su madre, según me dijeron. —En la voz de Leticia hay un toque irónico.

—Bueno, era un poco difícil, ¿no? Estaba mucho con la madre. Iban juntas a todos lados, incluso salían de copas, así es difícil ligar, supongo —tercia Lorena, que conoce a la familia y siempre ha considerado muy particular el apretado lazo que unía madre e hija.

—También estuvo con aquel otro… —se esfuerza por recordar Raquel—, un tipo complicado con las drogas. ¿No sabéis de quién hablo?

El silencio se hace respuesta.

Aunque Raquel sí sabe de quién habla y fue ella precisamente quien convenció a Triana para que rompiera esa peligrosa relación. Ninguna de las dos han tenido suerte con los hombres, quizá eso las ha unido más. Mientras la policía navega entre sus recuerdos y su angustia, el grupo prosigue con su charla, disecciona la figura de una amiga, buscan respuestas a los secretos de esa joven dulce que ahora se desdibuja como una presunta asesina.

—Si Carrasco le había arruinado el trabajo, como decía, y llevaba mucho sin trabajar, ¿cómo mantenía el mismo tren de vida y no se cortaba en nada? —Es Beatriz quien vuelve a la carga.

En la mente de todas está el recuerdo de las permanentes quejas de la joven ingeniera contra Isabel y su lamento por la falta de dinero. Varias de ellas ya habían sido tocadas por Triana con la petición de un préstamo.

—Es cierto —conviene el grupo.

—Yo, en una ocasión, le pregunté cómo se las arreglaba y me contestó que un amigo suyo le pagaba la hipoteca desde hace dos años y que su padre pagaba la tarjeta de El Corte Inglés con la que hacía todas las compras.

—¿Un amigo suyo?

—Sí, a mí también me pareció raro. Sobre todo, porque no se trata de que te preste algo ocasionalmente, sino de pagarte la hipoteca de forma continuada.

El tiempo pasa, jalonado de llamadas telefónicas, que Raquel contesta, como suele, discretamente, separándose del grupo. Los

comentarios vuelven una y otra vez sobre el mismo tema. Se hace tarde y la reunión debe concluir. Sobre medianoche, las amigas se despiden. Están a punto de salir por la puerta y coger el ascensor, cuando la anfitriona les avisa que las acompaña.

—¿Y tú por qué bajas? —le pregunta su hermana.

—Voy a coger una chaqueta.

—¿En el garaje?

—Sí, la tengo en el coche.

Cuando las chicas se han ido, Raquel responde a la última llamada perdida de Fernando. Solo fue un «buenas noches», poco más de medio minuto.

Ante sí le aguarda una noche de insomnio y, a la mañana, oirá el llanto lastimero de la que fue otra niña malherida por el horror, Loreto Rodríguez Carrasco.

En las pequeñas ciudades, las rutinas son colectivas. El organismo multiforme copia y propaga hábitos que van haciendo el poso de la costumbre y fermentando en tradición.

En este León tan político, en el que la polémica impregna cada tertulia y se ancla en la historia para ser incluso pretexto festivo, con esas disputas seculares entre Iglesia y Estado que dan origen a las fiestas de las Cantaderas y las Cabezadas, en esta tierra en la que el paisano toma el gentilicio coloquial de cazurro, sin desdecirse de ninguna de sus acepciones, el espíritu partidista está inusitadamente vivo y revuelto.

En las principales formaciones, una vez llegada la agitación de las campañas electorales, se ha instaurado el hábito de reunirse en las sedes para partir juntos, en comandita, cuando un gran mitin figura en la agenda del día. Nadie del PP ignora que en la tarde de hoy, 12 de mayo, los principales dirigentes locales se reunirán en la sede del paseo de Salamanca para marchar juntos hacia Valladolid y jalear al presidente Mariano Rajoy, que es el principal orador en el acto estelar de la campaña al Parlamento europeo que se celebra en Castilla y León. Rajoy tiene una cita con sus militantes y cargos a las 20.00 horas en el auditorio Miguel Delibes.

Y el operativo del PP leonés ya está a punto para este viaje de un par de horas. En la furgoneta de campaña irá un grupo de notables, entre ellos Isabel Carrasco, a la que le divierten estas excursiones electorales. Otros se agruparán en coches particulares. Pero la idea prevista es llegar con margen, una media hora antes del inicio, para que la delegación leonesa se acomode sin problemas en el auditorio y algunos puedan dedicarle tiempo a sus relaciones sociales con la cúpula.

Han quedado en salir sobre las 17.30 horas, como muy tarde, pero, curiosamente, la presidenta se retrasa y esto es impropio de ella.

Marcos Martínez Barazón, vicepresidente en la Diputación Provincial y uno de sus más fieles acompañantes, dijo oír unos petardos en el río, a los que no concedió importancia. Había comido con la presidenta y le propuso ir a recogerla después a su domicilio, pero ella le liberó de acompañarla. Se verían sobre las 17.30 en la sede, que le pillaba a unos minutos de casa.

El tiempo pasa y se impacientan, cuando una noticia terrible llega de todas partes a la vez, en una sucesión enloquecida de llamadas que hacen temblar los cimientos más profundos de todo el partido. Allí mismo, a pocos metros de la sede política en la que aguarda la comitiva electoral leonesa, han asesinado a su presidenta.

Aquel acto político no se celebraría. La propia campaña quedó en suspenso. El luto oficial hizo descender las banderas hasta media asta. Rajoy llegaría a León al día siguiente para mostrar su respeto al féretro de Isabel Carrasco.

Cuatro días después y a propuesta del jefe del Ejecutivo, que ofreció al presidente del PP regional y de la Junta, Juan Vicente Herrera, retomar el fallido acto político, la Cúpula del Milenio de Valladolid reúne a los populares.

«Querida Isabel, siempre estarás en nuestro recuerdo. Hemos de mantener el valor, la fuerza y el ánimo que ella siempre tuvo para afrontar las dificultades», son las palabras dichas desde la tribuna de oradores por el presidente del partido en Valladolid y delegado del Gobierno en Castilla y León, Ramiro Ruiz Medrano. Es un acto inicialmente doliente, aún impregnado del multitudinario funeral celebrado en la catedral leonesa.

La familia de Carrasco no quiere homenajes específicos ni elegías protocolarias, pero en cada mitin del PP una ovación acompaña a la semblanza de la política asesinada. El propio dirigente nacional hace subir al escenario a quienes están llamados a cubrir el inmediato vacío de Isabel, Marcos Martínez en la presidencia de la Diputación y Eduardo Fernández en el PP leonés. Es el presidente Herrera quien menciona a «quienes sienten la orfandad política» y les hace ponerse de pie, junto con el alcalde de León, Emilio Gutiérrez, para recibir el aplauso de los mil congregados en la Cúpula.

Después, todo vuelve a su cauce de normalidad, a los fastuosos presagios de recuperación económica, a la crítica al oponente socialista como culpable de la ruinosa situación sufrida por España y a la entusiasta predicción de unos resultados electorales excepcionales, como así fueron, pero en un sentido radicalmente opuesto a lo

aventurado por los necesariamente optimistas.

Qué lejos estaba la Cúpula del Milenio de Valladolid, esa costosísima semiesfera de celdas de abeja, capricho del alcalde León de la Riva, de la maldita pasarela de León.

Las manchas sobre el hormigón aún no habían desaparecido y, sin embargo, Isabel Carrasco ya empezaba a ser un simple recuerdo. A lo sumo, una imagen horrenda grabada en la retinas de quienes acudieron, espantados, al otro lado de la pasarela, al otro lado de la cinta policial. Caminaban sin rumbo, alrededor de la escena del crimen. Se abrazaban al encontrarse, queriendo paliar su angustia en el pecho de otro. Dejaban escapar algunas lágrimas. Y se frotaban la cara con las manos una y otra vez para intentar despertar de esa pesadilla consumada ante sus ojos.

En algunos permanecerá imborrable el recuerdo de Isabel, en otros, únicamente su atroz muerte.

Capítulo IX

LA INVESTIGACIÓN

Bajo una sábana blanca, un cuerpo ya ausente reúne a un hormigueo de policías nacionales que analizan la escena, agentes locales que han acordonado la zona, sanitarios que han cubierto a la víctima y testigos que hablan con los uniformados y ofrecen sus identidades para la posterior declaración en comisaría.

Las cámaras graban ese ir y venir errático y desolado. La noticia se extendió a los pocos minutos de producirse por la coincidencia de que los directores de algunos medios de comunicación locales pasaban por la zona, venían de una comida con el exministro Francisco Álvarez Cascos, cuando se encontraron de bruces con el suceso.

La ola informativa agita la ciudad y se proyecta por todo el territorio nacional y, a pesar de todo, la presidenta de la Diputación sigue ahí, un pequeño bulto bajo un piadoso lienzo.

Los presentes se inquietan al percibir que el tiempo pasa sin que la víctima reciba un trato funerario digno. Los periodistas preguntan y obtienen una respuesta: se espera al juez para levantar el cadáver. Los primeros rumores ya apuntan a la detención de una o dos mujeres vinculadas a la institución policial. Las especulaciones se suceden. El cuerpo aguarda. Se achaca al juez de guardia, a la magistrada del juzgado número 4 de León, Sonia González Pérez, la culpa y causa de esa insensible demora. En un intento de fallida argumentación, hay quienes explican que este juzgado, que también se ocupa de los delitos de violencia machista, suele estar muy atascado, pues la instrucción de este tipo de casos, a veces, no puede detenerse una vez iniciada. «De seguro, la juez está ocupada por un asunto urgente de violencia de género», exponen sin mucha convicción.

Es el primer velo de sospecha que gravita sobre la instrucción del crimen. Sospecha no por la demora, sino por la causa que la propicia. Cuando gran parte de España sabía ya que Isabel Carrasco había muerto tiroteada por la espalda, cuando algunos conocían que se había detenido a dos mujeres familiares de un policía nacional, cuando la Policía Nacional, alertada a las 17.19 horas, valoraba ya todos estos datos, la titular del juzgado número 4 de León, que se encontraba de guardia, no había sido avisada.

El palacio de Justicia se encuentra a ochocientos metros de la pasarela peatonal, en la prolongación sur del paseo de Salamanca. Recorrer esta distancia andando apenas supone seis minutos; en coche no llega a dos minutos; en vehículo con sirena policial son segundos.

Pero antes es preciso conocer el hecho que se ha producido.

La comisaría de León, ya consciente de la gravedad del delito, de la identidad de víctima y detenidas, no cursó la preceptiva llamada a los juzgados hasta las 18.15 horas. Una inmensa hora después de su comisión. Y es más, el contenido de la llamada resulta lacónico: «Se ha encontrado a una mujer en la pasarela Sagasta, con unos disparos, y al parecer se encuentra muerta».

De inmediato, la magistrada ordena diligencias previas, el levantamiento del cadáver y la práctica de la autopsia por, al menos, dos médicos forenses. El cuerpo de Isabel es retirado del puente en el que ha vertido su sangre a las 18.47 horas, hora y media después del asesinato y media hora después de que la policía alertara al juzgado de guardia.

¿Fue un olvido de la policía? ¿Casual o intencionado, o es una práctica ordinaria? ¿A qué obedece esta negligente comunicación a la juez? ¿Por qué fue la última en enterarse? ¿Los vínculos de las detenidas con un inspector jefe motivaron quizá este retraso? ¿Había que calibrar la repercusión del crimen antes de dar paso a la justicia? ¿Qué policía puede describir así unos hechos: «Una mujer, al parecer muerta», cuando había quedado constancia del fallecimiento cuarenta y cinco minutos antes?

• • •

El director del Instituto de Medicina Legal, Mariano de la Torre, recibe la noticia del crimen de Isabel Carrasco a través de otro forense, Ignacio Alija, quien, junto con el doctor Manuel Aguirrezabal, se ocuparía de practicar la autopsia.

Ignacio estaba en casa, muy cerca del paseo de Salamanca, cuando el crimen se da a conocer.

—Oye, mamá, ¿te puedes quedar con la niña? Ha surgido un asunto urgente y tengo que salir de inmediato.

Y una vez más, la madre accede.

El doctor Alija no solo es médico forense, sino que además es un experto conocedor de armas y le apasiona el tiro olímpico. Lamentablemente, sus conocimientos en esta materia, su faceta de tirador, le serán esta noche de gran utilidad.

Cuando los forenses Manuel Aguirrezabal e Ignacio Alija llegan a pasarela, contemplan el cadáver de la presidenta, que ya es solo el cuerpo desvalido de una mujer de unos cincuenta y nueve años, metro y medio de estatura y cerca de sesenta kilos de peso. Yace cerca de la barandilla, hacia la mitad del tramo ascendente del puente. Su cabeza se orienta hacia el oeste, hacia el paseo de Salamanca, y junto a ella, hay unas gafas de sol sin daños aparentes. Cerca de la mano izquierda,

un bolso con la imagen de un leopardo, uno de sus clásicos.

—¿Cuál es tu prenda preferida?

—Hummmmm… Una camiseta de leopardo, siempre tengo una, o un bolso de leopardo o algo con motas de leopardo. Me gusta y me sienta bien.

—Luego te quejarás de que te tachen de fiera.

—Razón tienen. ¡Ja, ja, ja!

Era inevitable que la presidenta acudiera a esa cita política, en la que tenía que ir planeando su futuro inmediato, con un objeto vinculado a su animal tótem o simplemente a su irreductible coquetería.

Desde el instituto forense, De la Torre, su director, establece el operativo oportuno para un examen en profundidad, por lo que requiere la ayuda del Hospital General y su avanzada unidad de rayos. Una llamada al gerente del complejo, el doctor Burón, antecede al traslado del cuerpo al centro sanitario para una exploración radiológica. El objetivo es determinar la existencia de proyectiles en el interior del cuerpo, su trayectoria y localización. La ambulancia llega al hospital por la zona de urgencias. Bajo cierto revuelo y expectación, porque la noticia ya ha corrido entre los sanitarios, el cadáver es introducido sin dilación en la sala de rayos. Allí son los dos forenses quienes se ocupan directamente de prepararlo para obtener las pruebas que se incorporarán a la investigación y ayudarán a determinar la causa del óbito.

En su primer informe, aparece la frase que repetirán todos los periódicos al día siguiente: «La muerte fue debida a un *shock* hipovolémico y a la destrucción masiva de centros nerviosos superiores causados por la acción de proyectiles de arma de fuego corta».

De acuerdo con el dictamen forense, el primer disparo fue devastador. La asesina se encontraba justo detrás de su víctima, a menor altura, subiendo tras ella la pasarela y ejecutó el primer golpe por sorpresa a una mujer indefensa y desprevenida. La bala entró por la espalda en trayectoria ascendente, impactó sobre la médula espinal y acabó en el corazón, con una gran pérdida de sangre. Isabel perdió en ese instante la capacidad de andar, su cuerpo desfallece en una caída más o menos controlada que no le deja lesiones ni en las manos ni en las rodillas. Se está desangrando por dentro. La herida es mortal de necesidad.

Su asesina no pudo percibir en este primer tiro el terrible daño asestado. La caída ha sido paulatina, su víctima no ha perdido el conocimiento y la hemorragia interna no deja aún rastro exterior.

El segundo proyectil recorre un trayecto de arriba hacia abajo, de atrás hacia delante y de izquierda a derecha. La conclusión es evidente. La mujer herida ya está en una posición inferior que su asaltante, va cayendo y mira hacia atrás, a su verdugo, en un movimiento instintivo porque quiere saber qué ha ocurrido, quién le ataca, ver su rostro antes de morir. Es cuando Montserrat avanza unos pasos y se sitúa casi a su altura para descerrajarle, a sangre fría, un tiro en la cara.

El trayecto de las tres balas alojadas en el cuerpo inánime y las lesiones que provocan delatan los movimientos de la asesina. En definitiva, el cuerpo de Isabel presta testimonio póstumo e incuestionable del crimen que le arrebató la vida. El relato forense continúa.

Este segundo disparo le causa dolor, le fractura la mandíbula, daña su boca, pero sus lesiones no son letales. Al recibir el plomo, la cabeza gira acusando el impacto, se voltea a la derecha y ofrece a la homicida paso libre a un último flanco vital, la parte lateral izquierda y posterior del cráneo.

La bala penetra por la nuca y lo destroza todo a su paso, rompe gran parte del cerebro, ocasiona una hemorragia incontenible y acaba alojada en la órbita del ojo derecho. En ese instante, la víctima pierde la conciencia y, a continuación, entra en coma. Este tiro también conduce inevitablemente a la muerte, como el primer disparo. «Aun así, tampoco ocasiona un fallecimiento fulminante. Hubo un corto periodo agónico, reflejo de los desesperados mecanismos que pone en marcha el organismo humano para aferrarse a la vida, la postrera resistencia ante una muerte que es totalmente insoslayable», determina el informe forense.

Murió a las 17.25 horas del día 12 de mayo de 2014.

«Los tres disparos son muy certeros, muy precisos y en zonas donde la probabilidad de muerte está casi asegurada; sobre todo, el remate, el tiro en la nuca», concluye uno de los forenses.

El frío examen que se practica sobre la mesa de disección del instituto, bajo esa luz blanca y escrutadora, cuando todo el saber profesional de los forenses está volcado en dictaminar el proceso de la muerte ante un cuerpo que se abre para relatar su último capítulo, da paso a la tristeza. Es un sentimiento casi familiar, que se hace presente en los facultativos cuando la sábana se extiende de nuevo sobre el cadáver. Es la secuela inevitable que acompaña a la rúbrica de una autopsia.

Son las 00.30 horas del día 13 de mayo, en el Instituto de Medicina Legal de León, emplazado en el tanatorio de Eras de

Renueva.
El caso se complica y resulta cada vez más intrincado por las conexiones que depara.

Montserrat y Triana son conducidas a la comisaría, identificadas e informadas nuevamente de sus derechos como detenidas y de la acusación que pesa sobre ellas. Son las 20.10 horas del día 12, cuando se abre el expediente policial con el testimonio sobre la detención practicada por agentes de la Policía Local.

Pero lo que más inquieta en los despachos no es el crimen en sí mismo, cuyo esclarecimiento por la fortuna y la valentía de un policía nacional jubilado no parece demasiado complejo, sino las inesperadas implicaciones que presenta para el cuerpo.

Manuel Javier Peña Echevarría, zamorano y con cincuenta y cuatro años, es el nuevo jefe superior de policía en Castilla y León desde hace muy pocos meses. Juró su cargo en Madrid ante el ministro Fernández Díez y el director general Cosidó el pasado marzo. Con este ascenso, conquista la última cumbre de su dilatada carrera profesional, en la que ha ejercido como inspector durante diez años en la comisaría de Barcelona, como profesor de técnicas de investigación en la Escuela de Ávila, comisario de la Brigada de Seguridad Ciudadana en La Coruña, comisario provincial en Salamanca, Palencia y Burgos, siendo su último destino la Jefatura Superior de Policía de Cantabria, a la que accedió hace dos años. Su historial es brillante y le acredita como un experto investigador.

La mujer y la hija de un jefe de policía, una relevante política acribillada y muerta, son elementos extraordinarios y muy preocupantes, que le dan mayor trascendencia a este homicidio y lo distinguen de cualquier asesinato que haya caído sobre su mesa en su última etapa. Se revuelve inquieto y decide que hay que restañar y prevenir el descrédito que se puede ocasionar al cuerpo.

Toda la jerarquía política y policial del ministerio coincide en que se impone actuar con rapidez, convertir en éxito lo que podría ser una mácula y atajar las especulaciones informativas antes de que ocasionen mayores secuelas. Con ese objetivo comparece ante la prensa el propio ministro y también, persiguiendo similar fin, se presenta en rueda informativa el director general, Ignacio Cosidó.

Pero a quien le toca supervisar la investigación es a él, Manuel J. Peña, en directa coordinación con la comisaria provincial de León, María Marcos Salvador. Ella también es zamorana, aunque ha pasado la mayor parte de su vida en Barcelona. Tiene cincuenta años y, al igual que su nuevo jefe, acaba de desembarcar en León donde ocupó su cargo el pasado mes de enero. Es una profesional laureada que, sin

embargo, lleva dos años sumida en una especie de travesía del desierto. Fue directora del Centro de Inteligencia contra el Crimen Organizado (CICO) entre 2006 y 2012, cuando el socialista Alfredo Pérez Rubalcaba asumía el Ministerio del Interior. En diciembre de 2013 recibió la medalla de plata al mérito del Plan Nacional sobre Drogas por los servicios prestados y en agradecimiento a su labor desde el CICO.

El día 17 de enero de 2014, la nueva comisaria era presentada en la Subdelegación del Gobierno de León, situada en la plaza Circular, a escasos metros de donde cuatro meses después se detendría a las dos imputadas. El subdelegado del Gobierno, Juan Carlos Suárez Quiñones, también magistrado en excedencia, ejercía de anfitrión; meses después, su hermano sería el procurador de Loreto Rodríguez Carrasco en la causa abierta por homicidio. Pero en ese momento ninguna sospecha o casi ninguna se atisbaba.

Allí, María Marcos Salvador, tras escuchar la presentación del director general de la policía, Ignacio Cosidó, tomó la palabra para exponer su compromiso con la función encomendada. Entre los asistentes al acto oficial, celebrado en la sala principal que exhibe un gran tapiz con el escudo de León, figuraban la presidenta de la Diputación y el inspector jefe de Astorga.

Ambos se conocían por la coincidencia oficial de sus agendas y por algo más. Para ella, también era el padre de Triana y el marido de Montserrat, las mujeres que la habían amenazado y le estaban intentando «amargar la vida». Para él, ella era la política sobre la que su familia volcaba todas sus iras. Pero nadie recuerda que en aquel acto hubiera un mal gesto entre ambos, posiblemente tampoco se cruzaron ningún saludo.

Solo trece días después, la comisaria Marcos se sentaba frente a Carrasco en su primera visita institucional a la Diputación Provincial. Ya le habían advertido sobre el peculiar carácter de la política, pero María sabía, por experiencia propia, de qué manera los prejuicios sociales hacia una mujer con poder tienden a denominar como tiranía y despotismo lo que, en un hombre, es calificado como autoridad y capacidad de mando. La presidenta la felicitó, como ya había hecho días atrás, se alegró íntimamente de que ese cargo recayera en una mujer y le brindó su colaboración para todo aquello que pudiera necesitar.

La situación se ha invertido y serán los deudos de Isabel quienes necesitan de la acción profesional de María Marcos Salvador.

Las credenciales que reúnen los dos principales jefes policiales de este caso son abrumadoras y, sin embargo, la instrucción policial

presenta sombras y lagunas que, desde la judicatura, se consideran insólitas.

«Nunca hemos visto una investigación como esta y en un caso, además, de esta naturaleza —afirman profesionales afectados por esta causa que no quieren unir su nombre a sus palabras—. No podemos entrar en batallas de otra índole, la prioridad es esclarecer lo sucedido y que se haga justicia. Pero realmente habría otras muchas preguntas que hacer».

En los días siguientes al 12 de mayo, la comisaria se revuelve en su despacho de la calle Villa Benavente, está muy irritada y no puede dar crédito a la sucesión de filtraciones informativas y el encadenamiento de grandes titulares sobre el caso que investiga y que ponen en evidencia las fugas de la organización que lidera, distribuida en cuatro sedes y dotada de quinientos agentes. Hay sombras a su alrededor que no puede dilucidar. Quizá no deduce o quizá sí la intencionalidad política que guía a estas voces en *off*.

La presión se hace evidente. El propio director general, Ignacio Cosidó, junto con el jefe superior en Castilla y León se han trasladado esa misma noche del 12 de mayo a León para supervisar el rumbo de las pesquisas. Por orden de este último, dos agentes de la comisaría de Burgos aparecen, en comisión de servicios, al día siguiente en León para apoyar la investigación. El objetivo es dar una imagen de imparcialidad a los interrogatorios y a las diligencias que se practiquen, a fin de evitar alguna sospecha sobre posible afinidad o connivencia entre los policías de León y el jefe de Astorga, cuya mujer e hija son las principales sospechosas del asesinato. Pero ni los uniformados burgaleses están adiestrados en interrogatorios, tal como reconocerían después a preguntas de la fiscalía, ni su intervención parece crucial en la investigación, aunque sí lo es su testimonio judicial. Ellos serían testigos de un episodio decisivo en el curso de la indagación, tan intrincado en su génesis como esclarecedor, tan crucial como susceptible de sospechas, y todo se representa entre las paredes de la comisaría de León.

Capítulo X

EL ARMA

Izado como un ser liviano y frágil, el cuerpo desaparece de la escena, camino del hospital y después del instituto forense.

Pero la labor de los investigadores no ha acabado; por el contrario, se acentúa ante la necesidad de encontrar un elemento delictivo crucial para el esclarecimiento del homicidio. El arma.

La bruma de la tarde proyecta una luz gris plomiza sobre el lugar y las horas avanzan mientras el rastreo se intensifica con nulos resultados. Actúan a contrarreloj, a sabiendas de que con la llegada de la noche todo se complicará y que la falta de luz obligará a suspender el registro de la zona.

—Si no la lleva encima (se refiere a la detenida Montserrat González) y no la han encontrado en el coche, lo más fácil es que la haya escondido o simplemente tirado al río —especula uno de los oficiales.

—El caso es que ninguno de los testigos recuerda verla lanzar algo al río. Todo lo contario —matiza otro—. Una mujer dice que la metió en el bolso y que la empuñaba dentro de su bandolera. Incluso temió que les disparase, a ella y a su marido, a través de la tela del bolso.

—Pudo ser una simulación. Ya sabes que varios testigos presencian la misma escena y cada uno cree ver una cosa distinta… Y ese bolso, ¿ha aparecido?

—Tampoco.

—Y siguen sin hablar, ¿no?

—Sin hablar. Lo niegan todo. Tanto la madre como la hija.

—¡Joder…! —Y salta a otro pensamiento—: Pobre hombre.

No necesita precisar a quién se refiere, todos saben quién es «pobre hombre».

Expanden la zona acordonada y el operativo policial se despliega en el paseo, pero la búsqueda del revólver resulta infructuosa. Al tiempo, otros agentes, pertrechados con botas altas, recorren la orilla y la zona verde, que discurre bajo la pasarela. Miran entre los juncos, exploran la maleza, iluminan los taludes de piedra que encauzan la corriente, se adentran en las aguas aún frías del Bernesga, pero sus esfuerzos resultan estériles.

Si está allí y no hay seguridad de que así sea, es una tarea ardua, en la que el agua lo complica todo.

—¿Ha podido ser arrastrada por la corriente? —se pregunta uno

de los policías apostados en la ribera.

Su compañero no ve probable la tesis:

—No lo creo, la corriente no es muy viva en esta zona, fíjate bien —le señala el curso del río—. Y el arma pesa, quedaría anclada en el fondo, como una piedra.

Desde el amanecer del día siguiente y bajo la mirada entretenida de curiosos y cámaras de televisión, hombres uniformados de la policía con detectores de metales y otros instrumentos subacuáticos, una dotación del grupo especializado GEO y una lancha motora recorren las aguas del Bernesga en su tramo capitalino. La pistola hallada esa madrugada en el registro del piso de Triana no es el arma utilizada. El informe forense apunta hacia un revólver calibre 38, que ni se traba ni suelta sus casquillos tras los disparos.

Ya en la noche anterior, se ha solicitado a la Confederación Hidrográfica del Duero que cierre las compuertas de la presa de Casares, ese embalse de alta montaña que regula el caudal del Bernesga. Necesitan desecar el río, dejar a la luz su cauce para explorarlo exhaustivamente.

Errantes hilos de agua serpentean entre los cantos rodados que sirven de lecho al río desecado. Los peces boquean y buscan el cobijo de las pocas charcas que resisten a este estiaje forzado. También los hombres sienten la asfixia de una búsqueda baldía.

• • •

La noche ha sido interminable y, con el amanecer, la rutina de un nuevo día puede despejar su mente de extraños pensamientos. Raquel se levanta pronto y se dirige al cuartel en el viejo Colegio de Huérfanos Ferroviarios, habilitado años atrás como sede de la Policía Local. Allí recibe la orden de formar parte del cordón de seguridad a establecer a la entrada de la Diputación Provincial en torno a la capilla ardiente.

Respira hondo. Ya se sabe que multitud de políticos y cargos públicos nacionales acuden a León para rendir homenaje a la política asesinada; su labor será garantizar la seguridad, controlar la salida del aparcamiento que se halla bajo la plaza de Botines y disponer que la entrada de ciudadanos en la Diputación sea fluida, en perfecto orden y sin aglomeraciones. Desde primera hora, colocan vallas y cintas policiales para ordenar el acceso al palacio de los Guzmanes, pero la apertura de la capilla se retrasa.

Por orden expresa e incuestionable de la hija de la fallecida, el cuerpo no estará expuesto en el salón de plenos de la Diputación desde las 9.00 horas, como habían decidido no se sabe quiénes, sino a partir de mediodía. Ella necesita estar a solas con su madre.

La mañana avanza y Raquel permanece allí, de pie, a la espera. En ese tiempo habla con Fernando, con su hermana Beatriz y con Silvia, su amiga. Todos se interesan por cómo está.

«Hablé con ella a la mañana siguiente y la noté tranquila, normal», confirmaría días después su pareja ante la policía.

Ella aguarda y calla. A veces cree ver la mirada intrigada de algún colega, pero deben ser imaginaciones suyas. Está deseando que esta tarea acabe cuanto antes y volver a casa.

En otro ángulo de la plaza está su compañero. No es su pareja de trabajo habitual, pero sí con el que ha coincidido de patrulla los dos últimos días. Él charla con otros agentes y la observa desde la distancia. Raquel sabe que no le tiene especial aprecio como profesional y piensa que quizá ha hablado demasiado. Ella, la mujer reservada que no deja traslucir nada de su vida privada, se pregunta por qué tuvo que hacer aquel comentario:

—¡Menuda se ha liado! ¿Eh?

Como siempre, Raquel calla. Hablar solo habla por teléfono y cada vez que suena el móvil, él ha de parar el coche para que ella pueda bajar y mantener una conversación reservada. Y eso le enoja.

—El caso es que no se explica muy bien este crimen. Porque por perder un trabajo, la gente normal, y menos aún la gente bien, no se lía a tiros. Y encima la madre… —Él sigue con sus conjeturas en voz alta—: Para mí, que lo mismo Isabel Carrasco se enrolló con el padre de la joven, con el comisario de Astorga, y por eso la furia de la madre y la complicidad de la hija.

—¡Eso no es cierto! —salta repentinamente Raquel.

—Bueno, puede ser, ¿no? —insiste el compañero, aún sorprendido por la reacción de su colega.

—¡No! Yo conozco a la chica, a Triana, y nunca he oído nada de que Carrasco haya tenido un lío con su padre. ¡Nunca! —replica tajante.

Y ahora es él quien prefiere callar para no molestar.

Son las 11.30 horas cuando el cortejo fúnebre entra en la plaza que delimitan el palacio de los Guzmanes y la Casa de Botines. El silencio desciende sobre la multitud congregada. Con un respeto solemne, el pueblo de León recibe a la niña de Isabel, a su pareja, Jesús López Brea, y a las hermanas de la presidenta. Su caminar es penoso. Vestidos de oscuro desfilan ante la gente y todas las miradas convergen en esa joven, estampa viva de la propia Isabel, que arrastra sus pasos abrazada por su novio, mira sin ver con ojos profundos cargados de lágrimas, agarra con fuerza un botellín de agua —el mismo gesto de su madre—, como si de un cáliz se tratara. En la

quietud terrible de ese momento, Loreto lanza un gemido doliente:

—¡Ay, mamá, mamá…! ¿Por qué? ¡Mamá!

Su chico la cubre con sus brazos hechos alas con más fuerza si cabe, volcado plenamente en Loreto. Es el pilar que la sostiene en ese caminar por su calvario, mientras la mujer vuelta niña se revuelve, implora contra ese destino siniestro que la lleva a estar en aquella plaza, vestida de negro, escoltando el cuerpo de su madre.

«Ella, Loreto, tiene lo mejor de mí. Es mucho mejor que yo…». El recuerdo de aquella frase despide un leve consuelo. Ojalá Loreto siga guardando lo mejor de aquella mujer valiente y tenaz que la engendró, ojalá en ella no haya arraigado la semilla del odio.

Unos pasos más atrás, un hombre de envergadura formidable avanza cansado, con la mirada baja y los hombros vencidos, como árbol tocado por el rayo. Es Jesús López Brea, quien compartía la vida, las alegrías y las penas, incluso las furias de Isabel.

El momento es duro e inolvidable para todos quienes lo presencian. El grito ahogado de Loreto clamando por su madre encoge el corazón de los ciudadanos que aguardan tras las vallas policiales para mostrar su respeto al féretro de la presidenta.

Los tres vicepresidentes de la institución, el portavoz del PP en la corporación, varios diputados y el alcalde de Encinedo toman el ataúd y lo portan al interior de la Diputación. El resto de la corporación y el alcalde de León, Emilio Gutiérrez, reciben la caja mortuoria que se dispone en un catafalco en el solemne salón de plenos.

El presidente del Gobierno de España y del Partido Popular, Mariano Rajoy; la secretaria general del PP, María Dolores de Cospedal; el presidente de la Junta y presidente regional del PP en Castilla y León, Juan Vicente Herrera; el presidente del Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León, José Luis Concepción; la presidenta de las Cortes regionales, María Josefa García Cirac; el alcalde de Salamanca y secretario general del PP, Alfonso Fernández Mañueco; el presidente de la Xunta gallega, Alberto Núñez Feijoo; los máximos responsables del PSOE con Óscar López, a los que se sumará en el funeral de la tarde el expresidente José Luis Rodríguez Zapatero; el candidato a las europeas Esteban González Pons, al que luego se añadiría Miguel Arias Cañete; el presidente del Consejo Consultivo, Mario Amilivia; el procurador del común, Javier Amoedo; el delegado del Gobierno en Castilla y León, Ramiro Ruiz Medrano; parlamentarios; consejeros del Gobierno regional; procuradores; diputados; concejales y alcaldes de todo el arco político; representantes públicos, institucionales, sociales, sindicales y empresariales de Castilla y León dejarán el testimonio de su presencia.

Pero no son las ilustres personalidades reunidas en León para las exequias, sino la gente de la calle congregada en multitud silenciosa, unas hermanas heridas, una pareja solitaria y una hija que aún llama a su madre las que dan profundidad a este duelo.

Una banda con letras doradas, que cubre la corona de rosas blancas que acompaña al ataúd en toda la jornada, dice: «Te quiero mucho, mamá». Porque Isabel a secas, la mujer que no era ambiciosa política ni infatigable guerrera ni tiránica jefa, sencillamente mujer, también creó amor.

En una posición muy discreta, perdido entre la gente, hay un hombre muy alto y corpulento, de mirada algo despistada e inusual corbata negra; es un prestigioso profesional en su ramo que ha venido desde lejos para honrarla con la lealtad de un viejo amor.

Y este dramático pasaje es contemplado por la agente Raquel Gago Rodríguez. En silencio, sin que nada la altere, en apariencia.

A la salida del cuartel, terminada su jornada, Raquel recoge a su hermana, Beatriz, justo enfrente de la sede policial en un centro deportivo llamado Hispánico. Van juntas a comer a casa de sus padres, que viven muy próximos al piso de la policía en el mismo polígono de Eras de Renueva. Nada fuera de lo usual.

Tras la sobremesa, las hermanas vuelven al piso de Raquel. Han de elegir el vestido para una boda y se entretienen en esos quehaceres.

Mientras la ciudad se siente consternada y un velo de luto lo cubre todo, hace que las conversaciones de café giren en torno al crimen, que las televisiones emitan una y otra vez la imagen rota de Loreto y que un aire de tristeza colectiva se respire en León, la agente municipal sobre la que no solo gravitan las escenas vividas esa mañana en la capilla ardiente, sino además la detención de su amiga íntima y de su madre y, por último, el inexplicable silencio con el que cubre su último encuentro con Triana aquel día, actúa con una apariencia de normalidad asombrosa.

—Realmente, no sé qué ponerme para la boda.

Beatriz tiene dudas y Raquel le muestra algunas de sus opciones. Las perchas se desparraman sobre la cama, mientras continúan rebuscando en el armario los complementos adecuados.

—Pienso en estar cómoda, además de mona —le comenta a su hermana, convencida de que mantener ocupada la mente de Raquel en cosas triviales le ayudará a no caer en un estado de nervios.

Mientras mira la ropa y escucha la conversación de Beatriz, Raquel piensa en otro episodio tan ingenuo como el que ahora presencia, en la que la protagonista era Triana.

—Así que tienes una boda. Pues no te preocupes, porque tengo un

vestido ideal para dejarte.

Algo indecisa frente a la imperativa Triana, Raquel le dice:

—Bueno, no sé en realidad qué me pondré. No te molestes, Tri. Ya veré.

—Que no, que no. —Su amiga no acepta una negativa previa—. Primero tienes que verlo, es perfecto, y seguro que te queda bien.

Antes de que rechace de nuevo su ofrecimiento, Triana le advierte:

—Y además, así te correspondo, que tú me has dejado un par de veces esa blusa que tanto me gusta y el bolso de Fornarina. Por cierto, no sé si te lo devolveré porque me encanta, es tan grande y cabe de todo.

De alguna manera la escena volvía a repetirse ante los ojos de Raquel; dos chicas jóvenes sopesando su vestuario para una boda, un ejercicio supuestamente divertido y coqueto, un quehacer femenino y superficial que aquella tarde se teñía de funesto en su memoria.

«Estaba como en las nubes, la veía mal, estaba ausente y por eso la acompañé a casa», declararía más tarde la joven Beatriz.

—¿Te ha llamado Lorena? —le pregunta su hermana para intentar sacarla de su ensimismamiento.

—¿Cómo dices?

—Que si te ha llamado Lorena.

—Sí, sí, sí. Perdona, estaba con otros pensamientos. —Vuelve a la realidad y añade—: Hoy he hablado varias veces con ella. Me dijo que estaba preocupada por mí. ¡Qué maja! Mira, la voy a llamar, por si quiere venirse.

Marca el móvil de su amiga, pero ella no contesta. Diez minutos después es Lorena quien le devuelve la llamada. Son las 16.50 horas del día 13.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien. Gracias, Lorena. Estamos Beatriz y yo en casa. Vamos a echarle un vistazo a la bicicleta de Bea, la que te comenté que tengo en el trastero medio pinchada. Quizás la llevemos a arreglar. Es por hacer algo, ¿sabes? Y no pensar en lo que está ocurriendo. ¿Te quieres venir por casa?

—De acuerdo. Esperadme. Estoy allí en un ratín.

Cuando Lorena llega y después de charlar en el piso unos minutos, deciden bajar al garaje y sacar la bicicleta del trastero. Como habían previsto, la bici necesita un arreglo.

—Lo mejor es que la carguemos en el coche y así la llevo —propone Raquel, y abre el maletero de su vehículo.

El espacio no es suficiente, por lo que, en un gesto natural, se

dispone a abatir los asientos traseros para hacer hueco a la bici.

—¡Cómo lo tienes todo! A ver si ordenas un poco este coche, que parece una furgoneta de obra —la amonesta cariñosamente Lorena, mientras recoge periódicos y revistas y objetos diversos del maletero para acomodar la bicicleta.

En tanto, Raquel se ocupa de los asientos y de mover las garrafas de agua que hay en el suelo del coche para poder reclinarlos lo suficiente. Cuando, ¡oh, fatalidad!, uno de los envases se abre y vierte su contenido.

—¡Vaya, qué rabia! Se me ha derramado —se lamenta Raquel.

—Corre, sácalo todo, no vaya a ser que se te mojen los papeles y los telares que tienes por ahí sueltos —la apremian las otras dos chicas.

Es Raquel quien se apresura a remover «los telares», esa expresión tan leonesa dedicada a cualquier cosa que moleste por voluminosa o suponga un incordio.

Mientras las amigas se afanan en colocar la bici, la voz de Raquel retumba inesperadamente desde el interior del vehículo.

—¿Qué es esto? —exclama de repente, al constatar que Triana le había devuelto ese bolso prestado—. ¡No, no puede estar aquí! ¿Qué hace ahí ese bolso?

Lorena no entiende qué dice ni a qué se refiere. Su tono la asusta y, en ese instante, Raquel aparece ante ellas extremadamente nerviosa mostrando un bolso que debe haber hallado en el suelo, tras el asiento del copiloto, y que inspecciona con una paradójica mezcla de premura y miedo.

Casi temblando, saca de su interior trozos de tela, rebusca frenética y grita, como si algo le hubiera mordido:

—¡La pistola está aquí, está aquí! ¡Dios mío…! Y este bolso es mío, mío, pero yo se lo presté a Triana. Esto no puede ser, no puede ser. ¡Joder, joder!

Atónitas por el ataque de nervios del que es presa Raquel, sin comprender qué está ocurriendo ante sus ojos, las dos jóvenes se aproximan y la intentan sujetar para calmarla.

—¿Qué pistola? ¿Pero qué te pasa? ¿Qué dices? ¿Qué hay en el bolso y cómo ha llegado aquí?

En el interior del primer bolso Fornarina aparece una segunda bolsa en bandolera que custodia un foulard en el que Montserrat había envuelto el arma del crimen.

Cuesta tiempo que la agente recupere su serenidad y pueda relatar lo que ha callado durante tantas horas.

—Lo ha dejado Triana —revela extremadamente alterada.

La sorpresa es mayúscula y las preguntas se atropellan.

—¿Qué?

—¿Cuándo?

—¿Qué dices, si está detenida?

—¿Pero… cómo, si no la has visto?

—¿De qué estás hablando?

—¿Estás diciendo que es la pistola del crimen, la que están buscando en el río?

Lorena ansía oír un no rotundo, pero su amiga asiente.

Las chicas la persiguen por el garaje, pretenden que se quede quieta y explique qué está ocurriendo, mientras Raquel camina de un lado a otro como sin hallar su camino, queriendo huir de la amenaza que se cierne sobre ella.

De pronto se para en seco, respira hondo, levanta impotente las manos y pide un poco de silencio para explicarse.

—Escuchad… —entre sus palabras se cuelan suspiros de angustia—. No fui a comer el lunes, no, pero sí a tomar café a su casa sobre las cuatro y algo de la tarde.

El estupor deja mudas a sus oyentes.

—Y no solo eso. —Sigue el relato mientras siente que la extrañeza y la lividez se adueñan del rostro de su hermana y del de su amiga—. Luego la vi.

—¿A quién? ¿A Tri? ¿Ese día? ¿Dónde? ¡No puede ser!

—A Triana… —asiente y vuelve a pedir silencio—. ¡Dejadme que lo explique! Sí, la vi… Fue un instante, pero la vi. Yo había aparcado en Lucas de Tuy para ir a la tienda de manualidades, justo después de salir de tomar café en su casa. Y allí, en la calle, me encontré con Julio, el de la ORA, y me entretuve a hablar. —La respiración se le acelera—. Y entonces, llegó Triana. Fue vista y no vista. Solo comentó que iba a por fruta y no la volví a ver más. La esperé y no volvió; la llamé al cabo de un rato, pero no contestó. Y sencillamente me fui a clase… Yo no sé nada más. ¡Esto no me puede estar ocurriendo! —No habla, prácticamente grita desaforada.

A los ojos de Lorena, el estado de ansiedad de su amiga es muy preocupante. Se agita, dice que no puede respirar, vuelve a deambular sin rumbo, se bloquea, siente que sus piernas tiemblan y han de sujetarla de nuevo para apaciguarla.

—¡Basta ya, Raquel, serénate! Habla despacio y recuérdalo todo. Respira y habla tranquila, lentamente.

La voz de Lorena pretende transmitir un sosiego del que abiertamente ella carece.

Raquel repasa su encuentro con Triana y vuelve a referir la escena

final.

—¿Y eso cuándo fue? —pregunta con un temor no disimulado su hermana.

—No sé… Espera. Debió de ser sobre… poco antes de las cinco y media, minutos después del tiroteo. Sí, tuvo que ser a esa hora, después me fui a Trobajo.

—Por favor, Raquel, piensa. ¿No oíste las puertas del coche, no viste que te dejaba algo en la parte de atrás?

—No, no, no. No oí nada, ni siquiera que abriera la puerta. Yo estaba muy metida en la charla, quizá el coche estaba abierto o accioné el mando sin darme cuenta. No lo sé, no lo sé…

—Hay que llamar a la policía cuanto antes —alerta Lorena.

—Sí, sí, sí, pero espera un poco a que se calme —asiente Beatriz, que sigue ocupada en serenar a su hermana.

—Se va a llenar esto de policías. Se va a enterar todo el barrio. Esto va a matar a papá y a mamá de un infarto —exclama entre los jipíos del llanto—. No puedo respirar, no puedo… ¡Aire, aire!

Intentan que tome aire, necesitan pensar y buscar una salida para entregar el arma a la policía sin cuestionar la inocencia de Raquel y evitando el escándalo.

Mientras la joven va dominando sus nervios y su congoja, Beatriz y Lorena no paran de hacer cábalas, saben que han de actuar de inmediato y que han de comunicar el hallazgo, pero cómo sin comprometer demasiado a la policía local. De pronto, en la mente de Beatriz aparece la imagen de Nacho, el policía nacional de la Brigada Judicial, en la pasarela, tal como lo captaron las cámaras de televisión. Él es amigo de la familia, las conoce y está investigando el caso. Es su mejor opción.

—¡Nacho!

—Sí, sí. Nacho —acepta Raquel—. Llamémoslo. Hay que explicarle todo y entregarle el arma. Él sabrá qué hacer.

El descubrimiento del revólver que la policía busca afanosamente en el lecho del río y sus inmediaciones se ha producido en un garaje del polígono de Eras de Renueva a las 19.00 horas del día 13 de mayo. A las 19.18 horas el móvil del policía nacional recibe una llamada angustiada de Raquel Gago, la agente municipal que conoce. El contenido de esta comunicación de dieciséis minutos hace encajar la última pieza del rompecabezas y, al tiempo, abre nuevas incógnitas.

Mientras que para el defensor de Raquel Gago, el abogado Fermín Guerrero, venido de Murcia y, al parecer, atraído por la repercusión del crimen, el fortuito hallazgo con testigos del comprometedor bolso es una evidencia más de la inocencia de su cliente, a la que

«pretenden incriminar a martillazos», para la fiscalía todo es una puesta en escena orquestada para librar de sospechas a la policía municipal y presentarla como una diligente cooperadora con la justicia.

El ministerio público no entiende creíble que un bolso de grandes dimensiones pasara inadvertido para la tercera inculpada durante casi treinta horas, cuando en ese vehículo se han introducido garrafas de agua, la puerta de un armario y por último una bicicleta que, al fin, precipita el hallazgo. El fiscal jefe, Emilio Fernández, también destaca el hecho de que Leticia, la profesora que acudió la noche del 12 de mayo a la velada en casa de Raquel, no lo viera pocas horas después del crimen, pese a ocupar el asiento trasero izquierdo a cuyos pies supuestamente descansaba el bolso depositado por Triana esa misma tarde. Tampoco da validez a la fortuita aparición de Triana en la calle Lucas de Tuy, donde desde hacía casi una hora estaba estacionada Raquel y estima, incluso, que el silencio de la policía municipal sobre sus encuentros con las presuntas homicidas en el día del asesinato la acusa.

—Tranquila, tranquila, Raquel, ya voy para allá. No toques nada, serénate. En un momento hablamos… Sí, sí, te creo.

Nacho habla por el móvil mientras conduce; a su lado va Juanjo, que solo lleva dos años de policía nacional en León y no sabe a ciencia cierta qué está pasando.

Minutos antes, mientras los dos compañeros se encontraban en una cafetería próxima a comisaría, Nacho recibe una llamada a su móvil.

—¿Sí? Soy yo… ¿Quién eres? —Y se aparta para hablar discretamente.

Al poco regresa apresurado.

—Vamos, vamos, vamos. —Y sin colgar el teléfono, indica a su compañero que han de regresar a toda prisa.

Informado el jefe de la unidad, los dos agentes salen de la comisaría en un vehículo.

—Estate tranquila y no toques nada. Tú serénate. Sí, sí, sí… Tranquila… A ver cómo lo arreglamos…

Mientras mantiene la conversación abierta, en un momento, tapa el micro del teléfono y le explica a su atónito compañero.

—Creo que tiene el arma.

En pocos minutos, un coche de la Policía Judicial llega a casa de Raquel y aparca fuera.

Beatriz, que ha tomado el mando de la situación, les espera en el portal.

Nacho se baja y le pide a su compañero que aguarde en el vehículo.

—¿Pero cómo…? —replica.

—Es mejor. Verás, me esperan solo a mí. Tranquilo —insiste Nacho.

Desaparece en el interior del edificio. Los minutos pasan y, al fin, se deja ver y llama a su acompañante, Juanjo, para que acceda al garaje, donde se encuentra el coche.

Raquel llora y habla para sí misma de forma incoherente, mientras Juanjo le abronca:

—¡Hostias! ¿Cómo no llamaste antes? ¿Es que no sabías que estábamos buscando el arma? ¡Si se ha enterado toda España…!

—Yo, yo, no sabía… La tenía, pero no sabía… No la vi. Ella vino y… No supe… —balbucea, y sus frases quedan en suspenso.

Lorena y Beatriz intentan dar congruencia a las explicaciones de la policía local. Todo resulta extraño y desquiciado.

El garaje no parece el lugar más discreto y propicio para interrogar a Raquel sobre todo lo sucedido en las últimas horas. Nacho opta por subir al piso con la agente local que aún es incapaz de doblegar su histeria; les acompaña Lorena. Saben que ya está de camino el jefe de la unidad, Paco.

—Tú quédate aquí y que nadie toque nada —ordena a Juanjo, que ha decidido simplemente obedecer sin rechistar ante una situación ajena a la ortodoxia policial.

En aquel sótano se quedan esperando Juanjo y Beatriz.

El policía decide inspeccionar el bolso. Utilizando una llave como artilugio para abrirlo sin borrar huellas, examina con cuidado el interior, evita tocarlo con las manos y utiliza la luz de su móvil para distinguir el contenido. Entre telas, distingue el brillo metálico de un arma. El revólver que han buscado durante horas en el río y sus inmediaciones, por el que han rastreado todo el sector de Colón, Condesa y Gran Vía aparece ante él en un lugar absolutamente inesperado.

—¿Cómo ha llegado esto aquí?

Habla con Beatriz que está a su lado.

—No sabemos. Creemos que lo dejó Triana, ya sabes. Se lo ha colocado a mi hermana, cuando esperaba para ir a clase… ¡Hija de puta! Nosotras preocupadas por ella y esta nos va a joder la vida…

Mira al policía y lee la extrañeza en su rostro, así que continúa.

—Pues íbamos a meter mi bicicleta que está pinchada en el coche y, al reclinar los asientos, el tapón de una garrafa de agua saltó y se derramó. Fue al ir a secarla, cuando lo vimos. Un bolso ahí tirado en

la alfombrilla, tras el asiento del copiloto. Ha sido un *shock* terrible. —Y ella sigue relatando el espanto de su hermana, que finalmente contagió a todas.

Él, mientras la escucha, inspecciona con la mirada el lugar. Ve una bicicleta en el suelo que necesita un arreglo; pero los asientos están en su posición correcta, no plegados, y todas las puertas del coche, incluida la del maletero, están abiertas. La escena ha sido alterada, recolocada.

—¿Cómo no fuisteis a comisaría de inmediato?

—Estábamos muy nerviosas. Y se nos ocurrió llamar a Nacho. Es un conocido de mi familia, ¿sabes? Lo vimos en la tele ayer, en las imágenes de la pasarela, y pensamos que sería mejor consultar con él qué hacer.

—Pero tu hermana es policía local, sabe lo que hay que hacer en estos casos. Ha encontrado el arma de un delito, conoce a la sospechosa, es de cajón que debe informar oficialmente de todo en el minuto cero.

La lógica de esta exposición compromete y mucho el papel de Raquel, así que Beatriz prefiere no responder. Él insiste:

—¿Era amiga de Triana?

—Bueno, se veían de vez en cuando.

—¿Conocidas o amigas?

—Se conocen desde hace años. Pero lo que está claro es que no es una amiga ¡ni nada! —la joven se enciende otra vez—. No le importan las personas, es una materialista que solo piensa en sí misma y en el dinero. Y ahora, esto… que le puede arruinar la vida a mi hermana. Nos tenía engañadas con su carita de buena, de víctima.

—¿Tiene novio tu hermana?

—No.

Por un momento, él pensó en preguntarle si tenía novia, pero no lo consideró oportuno.

Un par de coches entran en el garaje. Algún vecino sale y echa un ojo a la extraña pareja. El teléfono de Juanjo suena. Es el jefe, Francisco.

—¿Está el arma allí?

—Sí, jefe.

—Ahora voy para allá, que nadie toque nada.

Han pasado unos diez minutos, cuando el jefe llega solo. Sin más, coge el bolso, lo abre, mira y lo vuelve a cerrar. Ante él están los dos policías y las tres jóvenes que ya se han reunido, de nuevo, en el garaje.

En pocos minutos salen. Nacho conduce el coche de Raquel con

ella al lado. Y el otro policía va solo.

Todos llegan a comisaría.

En ningún momento se realizaron fotos del vehículo o del bolso en el lugar del hallazgo, ni tampoco se alertó a la policía científica para la obtención de algún tipo de rastro o huella, hasta el propio coche ha sido conducido por otra persona, por el inspector Nacho. Las pruebas que se podrían obtener han sido, como se diría en el argot, contaminadas.

La juez preguntaría tres semanas después al policía Juanjo, identificado con su número, cómo no se practicaron pruebas fotográficas o de otro tipo sobre el vehículo y el bolso en el lugar del hallazgo, ni cómo no les acompañaron los agentes de Burgos, comisionados para garantizar la pulcritud de esta investigación.

El policía responde: «Yo estaba con un oficial y un inspector, y me limité a cumplir órdenes».

—¿Estaban allí los dos policías de Burgos? —le pregunta el fiscal al agente Juanjo, que custodió el coche de Raquel en el garaje.

—No, no estaban allí. Yo estuve en el garaje y no les vi.

Pero al menos dos personas más sí les vieron.

Y esta contradicción encierra un enigma o un poder sobrehumano, el de la ubicuidad.

Lorena, la amiga que presenció el hallazgo, acompañó a Nacho y Raquel al piso. Y fue allí donde se reunieron con ellos, según declararía la joven ante la juez, un señor llamado Francisco, jefe policial, y dos policías, cuyo nombre no recuerda, pero que fueron presentados como profesionales de Burgos venidos ex profeso para las diligencias. «Sí, dijeron que eran dos policías venidos de Burgos. Y fueron ellos quienes interrogaron a Raquel, le dijeron que Triana había hablado, que dijera toda la verdad y le pidieron el móvil para revisárselo».

La misma presencia de esos dos policías es acreditada por Nacho, quien señala parcamente en su declaración judicial que los de Burgos estuvieron en esta intervención.

Pero no solo el policía apostado en el garaje no los vio, quizá porque estaba en el sótano y el supuesto encuentro se producía en el piso, sino que los propios burgaleses niegan reiteradamente que intervinieran en la localización del arma y se desplazaran a la casa de Raquel para recoger el bolso y trasladar el coche. Por el contrario, ambos mantienen que cuando el vehículo llega al patio de la comisaría, ellos bajan de las oficinas junto con el jefe superior y la comisaria para proceder a la detención de la policía local.

Alguien miente. ¿Pero quién? ¿Y por qué?

Las declaraciones en modo alguno casan: o había tres policías desplazados al piso de Raquel en Eras de Renueva, Nacho, Juanjo y Francisco, o eran cinco. Y si el número final era cinco, dos de ellos, presentados a Lorena como los agentes de Burgos, ¿o eran impostores o qué razón tendrían los burgaleses para mentir? Además, ¿qué artes escapistas les asisten a los policías foráneos para salir hacia el piso de Eras, después de los primeros agentes, y regresar antes a la comisaría, con tiempo suficiente para bajar de las oficinas y presenciar la llegada de la detenida?

¿Quiénes eran esos dos hombres que no llegan a bajar al garaje, donde se encuentran el coche y el arma, y finalmente se convierten en una sombra, en un enigma?

Este nuevo misterio no hace más que enturbiar la imagen de la policía e irritar a los investigadores judiciales para quienes las torpezas y las contradicciones halladas en las diligencias policiales son un motivo de enfado y sospecha, además de elementos perturbadores que podrían, en el peor de los casos, invalidar parte de la investigación y de las pruebas recopiladas.

La testificación de los burgaleses en el juzgado da cuenta del grado de despropósito en el que degeneró la acción policial.

—Realmente nos enteramos muy poco de la conexión de Raquel Gago con el caso. No sabíamos nada en concreto, ni nos informaron. Casi nos hemos ido enterando por la prensa, no por los mandos de la comisaría. Nosotros informamos de nuestras indagaciones al jefe superior, y obedeciendo sus órdenes tomamos declaración a la madre y a la hija —explica uno de los burgaleses.

—¿Sin conocer la declaración de la policía local?

—No. No sabemos quién tomó declaración a Raquel. Supongo que el jefe, Paco, y quizá Nacho, pero creo que no firmó. Y tampoco sé si Paco conocía lo que habían declarado Montserrat y Triana cuando fue a interrogar a la policía.

—¿Preguntaron ustedes a la madre y la hija por la policía Gago y por su posible participación en el crimen?

—Pues no insistimos en ello. Triana declaró cómo se habían encontrado en la calle y que todo fue casual. Así que no le dimos más importancia. Quizá debimos haber indagado más en este punto —concede el declarante.

—¿Están especializados en interrogatorios? —pregunta el fiscal, buscando una razón a tanta indolencia.

—No precisamente. Pero el jefe superior nos llamó porque conocía nuestra trayectoria profesional —matiza.

—No parece que existiera mucha coordinación.

—Está claro que ni a la comisaria ni al jefe de la brigada les ha gustado mucho nuestra presencia en León para supervisar el caso. El malestar fue evidente desde el primer momento; sin enfrentamientos directos, eso sí. Pero se notaba el mal ambiente y la falta de colaboración —afirmarían semanas después los burgaleses.

Y aún hay más desconcierto que añadir a este episodio. Ni Lorena ni Beatriz, pese a haber presenciado e intervenido en una escena tan relevante para la investigación, comparecieron esa tarde en comisaría; alguien no lo estimó necesario en aquel momento.

Alrededor de las 21.00 horas, el coche de Raquel, conducido por un policía nacional, cruza el control de la sede policial. Pasan horas, Beatriz y Lorena deambulan por los alrededores aguardando un desenlace.

Pero antes hay que cerrar una tarde no menos agitada en ese mismo escenario, la comisaría, donde una revelación previa se concatena con el asombroso hallazgo del arma.

Capítulo XI

LAS FLORES

Sí, alguien escribió en la pasarela con un aerosol: «Aquí ha muerto un bicho». Y este fue el disparo de salida del juicio inquisitorial que internautas, en su mayoría amparados en el anonimato, celebraron contra los políticos inmersos en una causa general en la que la muerte de Isabel Carrasco era el ajusticiamiento expreso y legítimo a la corrupción. Con una furia sorpresiva, alentada por el vértigo de la red y su fácil camuflaje, los mensajes se disparan y la apología del asesinato cobra vida dando la excusa propicia al ministro del Interior, el mismo que dio «políticamente resuelto el crimen» en dos días, para ensayar algunas de sus tácticas represivas y reunir argumentos para otras nuevas.

Solo se necesita una mano para coger un aerosol e injuriar a una víctima, que una vez más está indefensa. Solo se necesita una mano para empuñar un revólver y atacar por la espalda.

Pero son otras muchas las que cargan la munición en el tambor, son otras muchas las que avivan la llama de una iracundia tan legítima en el fondo como necia en la forma. Una indignación que convierte la sangre en justicia y que hace de la culpa generalizada una ley bastarda.

Y mientras unos condenan, otros, la mayoría, lamentan el horror de un crimen, y algunas manos, que no buscan la noche para lapidar la memoria de una mujer, van dejando cada día flores en ese mismo punto de la pasarela, donde se vertió sangre y tinta.

Esas flores humildes y perennes en el curso de los días que siguen, así como la rosa solitaria que descansa bajo su retrato en la galería de la Diputación, tienen el valor de lo auténtico. Son un tributo modesto y anónimo, pero quién sabe si más sincero en su simplicidad y su persistencia que las fastuosas coronas que invaden el día del funeral la casa de los Guzmanes.

Un olor dulzón e impreciso se propaga por el corredor de columnas del patio renacentista. Algunas flores incluso descansan junto al pozo, ocultando el escudo cortesano de la cesta plagada de serpientes. La tarde se inicia y los mandatarios nacionales reunidos en León ya se han ido a comer o a descansar antes de la misa funeral, prevista para las 18.00 horas en la catedral y concelebrada por los obispos de León y Astorga. En la paz fugaz de esa hora, la Diputación respira una tristeza adormilada.

Una soberbia escalinata conduce del patio de columnas a la

galería de la planta noble. La mullida alfombra desplegada acalla los pasos y un guardián armado con piel de hierro y cuerpo de aire vigila desde hace siglos ese tramo de la escalera, ajeno al tiempo y al espacio.

Casi de puntillas, evitando el crujido de la madera, algunos pocos ciudadanos recorren la galería iluminada por sus ventanales vidriados con los escudos de las villas. En ese corredor, ahora tranquilo, una preciosa mujer, a punto de ser madre, envuelve su cuerpo gestante en negro y se pregunta cómo hacer un dosier de prensa en el que la única noticia es el canallesco asesinato de la política a la que ha acompañado, en sus luces y sombras, durante toda una década de lealtad. Junto a ella, otros empleados de la Diputación adscritos a la presidencia vagan por el corredor dejando pasar las horas, murmurando palabras y diálogos ya repetidos hasta la saciedad.

En un recodo de la galería, otro grupo habla en susurros.

—Con todo el dolor que tiene encima. ¡Qué entereza! Le han importado un comino las componendas sociales. Tiene coraje, esta niña.

—Es hija de su madre.

—Sí, y tan fuerte como ella.

—Ha dicho que esos ni se le acerquen a darle el pésame, porque no lo iba a consentir. Y ya lo ves, ni se han atrevido. Ahí estuvieron amohinados, sin dar un paso atrás porque querían salir en la foto, pero tampoco ninguno adelante, por si acaso la hija les despreciaba en público.

En un arranque de entereza, cuentan que Loreto advirtió al equipo presidencial que no toleraría que determinados cargos y políticos le ofrecieran su falso pésame. Su proscripción fue tajante y en ella no solo figuraron los rivales políticos con los que Isabel mantenía duras contiendas, sino que la mayor parte de los vetados eran compañeros de militancia que la poderosa mujer consideraba sus más taimados adversarios, ya fueran los eternos conspiradores conjurados para derrocarla como los enemigos íntimos que ella combatía con ferocidad. Ellos conocieron la prohibición y se mantuvieron en una prudente segunda línea, el punto adecuado para no avivar el notorio repudio de la hija y al tiempo propicio para seguir apareciendo disimuladamente ante las cámaras con gesto compungido.

La joven, que no negó a ningún desconocido ni su mano ni su mirada al recibir las condolencias, sí rindió homenaje a su madre no permitiendo la hipocresía póstuma de sus enemigos.

Entre quienes pasean por la galería, algunos conocen y alaban este último gesto. Que no fue soberbia sino honor.

En ese errar de pensamientos y palabras, aparecen las vetustas puertas del salón de plenos abiertas de par en par. Ajena a la fastuosidad de esta sala de noble carpintería, espléndidos tapices y bruñidas lámparas, una familia vela.

Los grandes personajes sociales ya han desfilado por este salón convertido en capilla ardiente. Con ellos se fue el eco de la multitud y volvió el silencio que acompaña a los familiares y a los ciudadanos más rezagados o discretos.

Al fondo, junto a la cegada chimenea del salón, se oye piano el llanto continuo de una mujer, que es incapaz de abandonar el sepelio y volver a casa. Ella, que ha trabajado tantos años junto a la presidenta haciendo alarde de una templanza sobrehumana, sufre ahora su muerte con un sentimiento hondo.

Más cerca del catafalco, con unos ojos de profundo azabache engastados en sangre, Loreto mira sin ver sombras encadenadas ante el ataúd de su madre. Recibe el tímido pésame de las gentes que se le acercan, le toman la mano y le musitan palabras. Hay algo de súplica en aquel rostro de niña perdida.

—Tuviste por madre a una gran mujer.

Y se pregunta quién es el desconocido que le habla y por qué nadie la quiere despertar de este paseo por los infiernos, ni siquiera mamá.

• • •

Al tiempo que una hija se despide de su madre en ese momento en el que el dolor se clava en el pecho y desgarra aún más la herida que sangra en lágrimas, a la vez que Loreto Rodríguez Carrasco cruza el pórtico de la catedral para asistir al funeral de Isabel, otra hija abraza a su madre en las dependencias de la comisaría de León.

Las escenas se encadenan como la muerte y la vida a las 18.00 horas del día 13 de mayo.

Montserrat había vociferado hasta desgañitarse. No soportaba más sentirse encerrada en ese calabozo. Despreció la comida que le servían. Advirtió a voz en grito que podía atentar contra su vida y clamó una y otra vez que quería ver a su hija. Se mostraba enfurecida y angustiada como una fiera enjaulada. Seguía negando cualquier implicación en la muerte de la presidenta de la Diputación y hacía alardes de histeria. También se había resistido a hacerse la prueba de residuos de disparo, pero una orden judicial permitió practicársela aun en contra de su voluntad. Y con todo, amaneció diciendo: «Al fin he podido dormir tranquila». Como una insinuación maliciosa y arrogante.

En cambio, la noche no había sido precisamente reparadora para

su hija, Triana. Desde la comisaría de San Andrés del Rabanedo había sido trasladada a medianoche a su piso en Eras de Renueva, allí había presenciado el registro de su domicilio y el hallazgo de todas las abrumadoras pruebas que las acusaban. La joven sí era consciente del abismo al que se precipitaba y el llanto se entreveró en el sueño que la vencía a ratos.

A medida que pasaban las horas en el calabozo, la inquietud se adueñaba de la madre y espoleaba su angustia.

—No hace más que quejarse y protestar, dice que va a cometer una locura, pregunta por su hija y no ha querido comer. Por lo demás, sigue sin reconocer nada. Dice que quiere hablar con alguien de la investigación. ¿Qué hacemos con ella? —consultan los encargados del calabozo en una llamada a la unidad de investigación.

—Parece que el calabozo está surtiendo efecto —especula, con cierta satisfacción, uno de los inspectores.

—Anda, súbela, a ver si la tranquilizamos y conseguimos que empiece a cantar —propone otro.

—¿Tú crees?

—Bueno, ya sabes.

Cruzó la puerta con un aire de desconfiada suficiencia. Se colocó un poco el pelo revuelto y examinó a los dos policías que tenía ante sí. No les conocía, ni siquiera de vista.

—Buenas tardes, Montserrat. Mejor será que se calme un poco y que coma algo.

Debía desconfiar de su amabilidad, se dijo a sí misma.

—No quiero, es bazofia. Yo no tengo que estar aquí, eso lo primero.

—Bueno, bueno, tranquila. De eso vamos a hablar, pero antes debe alimentarse. No sé, le pedimos algo. ¿Qué tal un bocadillo de jamón? ¿Le gusta? Con el estómago lleno hablaremos mucho mejor.

Son dos agentes de Burgos comisionados por la Jefatura Superior y llegados al mediodía del día 13 para dar garantías a la investigación, toda vez que las detenidas estaban vinculadas al jefe de la comisaría de Astorga. Una medida de pulcritud ordenada por el propio jefe superior de Castilla y León, que también se encuentra en la comisaría de León ese día. Uno es inspector jefe del grupo segundo de la Policía Judicial y lleva nueve años en Burgos; el otro, inspector jefe del grupo de delincuencia especializada y violenta y cumple once años de destino en la comisaría burgalesa.

Al filo de las 15.30 horas y con la autorización de la jefa de la unidad de delincuencia de León, Montserrat es subida al despacho que los policías burgaleses ocupan. Poco a poco se va serenando y

comienza a hablar, a desahogarse.

En aquella oficina se siente más segura, vuelve a ser una ciudadana considerada, no una criminal confinada en una celda. Les mira y decide abrirse a ellos. Quiere hablar, casi necesita exponer su causa, sus razones. Hacerles entender que no fue un crimen sino un acto de justicia, que no es una homicida sino una madre, que no es una delincuente sino una señora de la buena sociedad.

—¿No conocen a mi marido? —Más que una pregunta es una indagación.

—No. Nosotros venimos de Burgos para supervisar la investigación.

Casi la tranquiliza hablar con desconocidos, que no la juzguen de antemano ni la culpen por haber manchado el buen nombre de su esposo.

—¡Ah! Verán, estoy muy preocupada por mi hija, Triana. Yo quiero que quede constancia de que ella no tiene nada que ver en esto. He sido yo, solo yo la que he matado a Isabel Carrasco porque se lo merecía.

Sus palabras salen como un torrente, es la liberación tras un silencio estéril.

—Esa mujer era un demonio, era perra y mala. Hizo la vida imposible a mi hija, la maltrató, la humilló, impidió que consiguiera cualquier trabajo, estaba hundiéndola, falseó el examen de la Diputación para que aprobara otro tipejo y quitarle el puesto a Triana. Mi niña estaba muy mal, perdió veinticinco kilos, no dormía, no paraba de llorar, vivía en un infierno, hasta el médico me dijo que tuviera cuidado, que podría acabar muy mal… ¡Yo soy su madre, tenía que hacer algo! —Hay un matiz implorante en su voz, que sin embargo fácilmente se pervierte en rabia—. ¡Y lo hice! Lo hice por odio, por inquina, por venganza, por defender a mi hija, por acabar con alguien dañino. Y lo volvería a hacer mil veces. Por fin, esta noche he dormido tranquila —concluye con aire victorioso.

Ellos la han dejado hablar, saben que lo necesita, pero también que esta confesión no tiene validez legal. Y así se lo advierten.

—Usted, Montserrat, sabe que lo que está contado carece de validez legal si no declara en presencia de su abogado. Nosotros queremos que se tranquilice.

Ella ya ha hecho un gesto en favor de la investigación y ahora pide su recompensa.

—¿Pero cómo voy a tranquilizarme? Yo necesito ver a mi hija, a Triana. ¿Dónde está? Quiero que venga, quiero verla…

Ellos se miran entre sí. La estrategia de la amabilidad da sus

frutos y creen que el caso está a punto para una confesión que lo resuelva sin más. Valoran la posibilidad de reunir a la madre y la hija.

Un azar no del todo esclarecido hace que la joven ingeniera, que está bajo la custodia de otra comisaría, en la cercana población de San Andrés del Rabanedo, supuestamente para evitar que ambas se confabulen en sus declaraciones, aparezca poco tiempo después por la sede principal, por la comisaría en la que su madre conversa con los investigadores de Burgos.

«Pensamos que no pasaba nada porque se vieran. Montserrat y Triana tienen una dependencia exagerada la una de la otra, casi era una cuestión de humanidad», declararían los dos inspectores después ante la juez y el fiscal.

Desde la vertiente judicial no deja de sorprender que la policía, obedeciendo a no se sabe qué orden o instinto profesional, decida de repente reunir a las dos principales sospechosas, que previamente han sido separadas, incluso custodiadas en comisarías distintas para evitar la comunicación entre ambas. Tampoco el tiempo transcurrido sin verse, ni veinticuatro horas, puede ser considerado como un lapso que provoque un sufrimiento innecesario entre las dos detenidas por un delito capital. Es precisamente este «humanitario» encuentro, esta acción compasiva la que invalida el careo posterior que la juez y el fiscal preveían realizar entre madre e hija para dilucidar los puntos más oscuros del caso. Dos acusadas que han conversado libremente, primero, durante su caótica detención y, luego, en ese encuentro materno-filial en comisaría, han tenido la ocasión de maquinar la versión de los hechos que más les favorezca.

Mientras Triana y Montserrat se fundían en un tierno abrazo plagado de lágrimas, que incluso emocionaba a los policías que describen su reencuentro, Loreto Rodríguez Carrasco incineraba a su madre. El adjetivo humanitario y el infinitivo inhumar tienen un significado muy diferente, pero una raíz común, aunque a ningún policía se le exige ser lingüista.

La madre seca las lágrimas que cubren el rostro de la hija, mientras le habla:

—No te preocupes de nada. Yo voy a declarar que he matado a la Carrasco y te voy a exculpar. Y pronto te vas a ir a casa. Nada tienes que temer, ¿me oyes?

Triana asiente, replegando sus sollozos, de nuevo está bajo su amparo y su gobierno.

Ellas continúan hablando y la conversación, en opinión de los policías que las custodian, resulta intrascendente… o no. ¿Qué sabrán ellos de los códigos, del metalenguaje que pueden idear dos personas

estrechamente unidas en un momento tan crítico?

Todavía abrazando a su hija, Montserrat se vuelve a los agentes que han contemplado la escena y les pregunta cuándo les van a tomar declaración.

—Lo siento, pero estamos buscando el arma y hasta que no la encontremos…

—Ahora se está dragando el río —añade el otro policía.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y para qué? Allí no la vais a encontrar… —replica la madre con mirada incrédula y cierta arrogancia. Y, aún más segura de sí, añade—: La tiene una persona que no puedo decir quién es.

Y en esta frase casi se percibe burla.

Como un resorte, su hija se enfurruña y le protesta:

—¡Mamá! Ni se te ocurra decir quién la tiene —le dice encarándola. Y casi entre dientes, según la testificación de los agentes, Triana precisa—: Que es policía local, ¿no te das cuenta…?

Los policías quedan sorprendidos por lo que acaban de oír. De inmediato, comunican la revelación a los jefes, incluida la comisaria y el jefe superior, y se activa el operativo para determinar la identidad de ese nuevo y tercer implicado.

Pero lo que realmente causa asombro ante la lectura de las testificaciones no es lo que se revela, sino el guion seguido por madre e hija para tocar, casi sin querer, por una especie de lapsus línguae, en un descuido torpe, a la tercera pieza de esta carambola, a la conexión oculta, que, para colmo, también es policía.

Esta escena, con toques de vodevil, genera nuevas preguntas en las que la policía, abrumada por lo que acaba de saber, según cree, de una manera fortuita, ni se detiene a sopesar. ¿Cómo es posible que Montserrat sepa que «una persona cuya identidad no puede revelar» es la receptora del arma? Si ella únicamente ordenó a su hija deshacerse del bolso, si Triana halló a Raquel por casualidad, si cuando Triana volvió al coche su madre ya estaba siendo detenida, ¿cómo puede saberlo? O pudieron comunicarse subrepticiamente, posibilidad que no parece muy remota a la vista de los hechos que suceden ante la policía, o bien Montserrat ya sabía, desde un primer momento, quién debía recoger el arma o, lo que es lo mismo, quién ocuparía la tercera posición en el plan orquestado.

En cuanto al papel de Triana como boba imprudente que incurre en la delación de su mejor amiga, su representación no parece muy convincente. Reprende a su madre porque insinúa la existencia de otro cómplice y, acto seguido, es ella la que comete un desliz, hablando bajito como si los agentes burgaleses además de «humanitarios» fueran sordos. Tampoco se refiere a su cómplice con un nombre o un

apelativo, que podría ser más indefinido, sino que menciona una profesión muy exclusiva que cierra mucho más el campo de búsqueda.

La vida, a veces, resulta una pantomima.

Son madre e hija de un policía, quizá sepan que la excitación de una nueva pista enloquece a los sabuesos sin calibrar de qué manera han sido conducidos a ese rastro. O quizá no y la realidad, en ocasiones, supere a la ficción.

Los dos burgaleses salen del despacho, «al quicio de la puerta» para informar sobre la existencia de un nuevo implicado, otros dos uniformados se quedan custodiando a las detenidas. La noticia llega a la cúpula reunida en León y se propaga por la comisaría en la búsqueda de esa tercera persona. Pero la respuesta no tardará en llegar.

Justo enfrente de la oficina en la que se encuentran las detenidas, a una distancia de metro y medio, que es el ancho del pasillo, se ubica el despacho del policía judicial Nacho. Y será a él, el hombre que la noche antes aparecía en las imágenes de televisión, al que llamará Raquel Gago alrededor de media hora después de que se conozca la nueva pista que ha convulsionado el curso de la investigación.

Al poco de obtener el sorprendente dato, el jefe de delincuencia urbana, el superior del propio Nacho, aparece ante los de Burgos y les anuncia que uno de sus hombres ha recibido una llamada de una conocida suya, que es policía local, diciéndole que ha localizado el arma. Hacia la casa de la agente municipal han partido Nacho y su compañero Juanjo, también va después el jefe, Francisco.

El arma que llevaba treinta horas desaparecida es hallada, por ensalmo, unos treinta minutos después de que se sepa que está en poder de un o una policía local y que el rastreo para determinar su identidad ya se ha activado.

Prácticamente la escena del garaje, cuando el bolso al fin se vuelve visible, y la indiscreción de Triana, al mencionar sin querer a la tercera persona, se producen con pocos minutos de diferencia. Una casualidad tan improbable que despierta más y más sospechas.

En las oficinas del palacio de Justicia, ni la magistrada instructora ni el fiscal se dan por satisfechos al analizar las diligencias policiales practicadas y cotejar las declaraciones tomadas en comisaría. Aunque la principal preocupación se centra en los interrogatorios a las imputadas y la recopilación de pruebas sobre un posible complot para perpetrar un asesinato, sombras de recelo sobre el papel jugado por la policía en la fase inicial de la investigación se hacen evidentes. El descubrimiento del arma y de la identidad de la tercera sospechosa tiene algo de prestidigitación.

La fiscalía no se anda por las ramas, y en la comparecencia de los investigadores de Burgos, les pregunta directamente sobre una posible filtración, sobre un soplo desde comisaría para alertar a la policía local Raquel Gago y propiciar el hallazgo del revólver.

—A mí, personalmente, me parece extraño que a las 18.00 horas me entere que un policía local tiene el arma y, a la media hora, aparezca. Es muy chocante, la verdad —opina uno de los agentes.

—¿Sabe usted si se ha abierto alguna investigación interna al respecto por una posible filtración?

—No, lo ignoro, pero insisto en que mi opinión personal es esa: es raro que un arma que lleva treinta horas desaparecida aparezca en treinta minutos.

—¿Le pareció extraña esta casualidad? —Es una pregunta dirigida al otro inspector comisionado en León.

—Es chocante, ¿no? Curioso, al menos.

Aunque este último sitúa en otra hora aproximada la revelación de un tercer implicado.

—Creo que serían sobre las 19.15 horas, pero no puedo precisar cuándo informamos de lo dicho por Triana. Informamos al jefe superior, a la comisaria, al jefe de la Brigada Judicial y a la responsable de la investigación… Al rato, sobre quince o veinte minutos nos dijeron que se había producido una llamada. Realmente no puedo precisar mucho, no tengo control del tiempo.

Y las horas resultan bastante decisivas en esta concatenación de revelaciones.

Si las palabras de Triana se dijeron sobre las 18.00 horas y transcurrió media hora hasta que el jefe de la unidad anunció que el arma estaba localizada, resultaría que esta información fue conocida en la comisaría antes de que la propia Raquel Gago cursara la llamada al móvil de Nacho. Registrada con exactitud por Telefónica a las 19.18 horas.

Pero es posible que el primer policía se equivocara y el segundo tenga razón al situar la indiscreta mención de Triana no a las 18.00, sino pasadas las 19.00 horas, con lo que la llamada entre Raquel y Nacho encaja en ese plazo de quince o veinte minutos de diferencia.

Lo que no deja de sorprender es que el control de los hechos ocurridos en comisaría quede al albur de la memoria de unos agentes foráneos en un caso de tal relevancia, tanto que incluso el propio jefe de Castilla y León se ha ocupado personalmente de su supervisión in situ.

A la caída del sol, las tres mujeres implicadas coinciden bajo el mismo techo policial. Sería la noche de las primeras confesiones, aunque a

todo acusado siempre le asiste la defensa de la mentira o de la locura.

«Yo me voy a reconocer culpable y luego me voy a dar por loca», con estas palabras Montserrat Ascensión González Fernández, una mujer a punto de cumplir cincuenta y nueve años de edad, resumía su estrategia judicial para librarse de un homicidio con visos de agravarse hasta el delito máximo, el asesinato. Con el mismo pragmatismo con el que, al menos, durante dos largos años había gestado su plan de venganza, ahora la esposa del inspector jefe de Astorga descubría sin ambages su carta final.

Y precisamente amparada en esa enajenación mental que esperaba que la eximiera o, en todo caso, que redujera su posible condena, Montserrat se dio el gusto de paladear la venganza.

Sí, lo había hecho y lo volvería hacer. Ya no podía soportar más la injusticia que esa mujer estaba cometiendo con su hija. Estaba harta, desesperada. Le estaba volviendo loca lo que le hacía a su hija. La odiaba.

No era la primera vez que había seguido los pasos a Isabel, conocía sus rutinas, y acariciaba la idea de matarla. A veces la pudo el miedo. Su víctima aparecía acompañada y el éxito de su empresa, la muerte, no estaba asegurado. Otras, simplemente fue imprevisión, no llevaba consigo el arma para ajusticiarla. Pero esa tarde todo se puso de su lado, incluso no temió la presencia de la gente que paseaba, ni siquiera lo pensó demasiado, era su oportunidad.

«La vi camino de la pasarela, fue increíble. Iba sola y no me vio. Fue muy rápido. Se me fue la cabeza y lo hice». En su declaración judicial, la asesina confesa prefiere no detenerse en detalles, no recordar la sucesión de disparos, de qué manera le asestó el tiro de gracia, la indefensión de su víctima, su rostro mirándola. No, solo evoca sus sentimientos, la superación del miedo, la rapidez de un hecho irreversible, la consumación de un plan legitimado en la venganza.

Pero la incoherencia habita en sus palabras. La misma mujer que sitúa el crimen en un plano casual es la persona que se ha agenciado no un arma, sino dos, se ha instruido en su manejo, ha seguido a su víctima hasta conocer sus rutinas y lleva, además, una navaja automática en el bolso.

—Usted salió de casa para…

—Íbamos a Carrizo, al pueblo donde vive mi madre. Y paramos en Gran Vía porque pensábamos ir a Fuensanta, la confitería.

—¿Pero usted se fue a la Condesa?

—Sí, de vez en cuando me apetece dar sola un paseo, es mi costumbre, mi hija lo entiende. Le dije: «Voy a pasear por la Condesa».

Iba a ver si me encontraba con Isabel, sabía que vivía allí, aunque no sabía si saldría de casa a esa hora. Son cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? ¿Como llevar un revólver en el bolso para matarla si la encontraba?

—La verdad es que iba a matarla si tenía ocasión. Bueno, no sé.

Montserrat reflexiona y baja el tono de su arrogancia.

—No sé si quería matarla o no. No lo pensé. No vi nada. No me enteré. Disparé y punto.

—¿Cuántas veces?

—Tres o cuatro. No recuerdo cuántas veces apreté el gatillo. Fue horroroso. No sé qué se me pasó por la cabeza; si estoy normal, no lo hago. Creo que me debería ver un psicólogo. Yo no estoy bien, no sé qué me pasó.

Pero su acción, a la vista de los testigos y ratificada en la autopsia, no fue atropellada, arrebatada ni enloquecida, sino metódica y letal. Incluido el tiro en la nuca.

Las fotografías de la casa de Isabel halladas en el registro de la vivienda tienen para Montserrat una causa inocente: eran fotos que hizo su hija para carteles de propaganda del PP. Aunque esa documentación compartiera mueble con decenas de balas.

Su objetivo es cargar con la culpa de todo, del crimen, de los seguimientos, de las armas; pero existen complicaciones ineludibles: es Triana quien se deshizo del bolso que guardaba el revólver, es de su hija el piso en el que se han hallado munición, pruebas del seguimiento a la política e incluso bolsas de marihuana. Poco a poco, a medida que el interrogatorio avanza, Montserrat es consciente de que su sangrienta satisfacción ha atrapado a su criatura en la misma trampa en que ella ha caído y forcejea contra la lógica por exonerarla.

—Ella no sabía que yo tenía dos armas, la pistola, que es de fogueo, y el revólver. Tampoco ella hizo seguimientos. Ni sabía nada de la *maría*, ella no fuma. Le di el bolso, pero ella no sabía qué contenía. Obedeció mi orden de deshacerse de él. Sin más.

—Pues vaya faena que le ha hecho a su hija, al colocarle las armas y la marihuana en su casa, teniendo casas en Carrizo y Gijón —la resitúa el investigador.

—Es que como estaba en León, no podía llevar las chismas a otro sitio, tenía que tenerlo todo en León. Pero mi hija no debe pagar por mis culpas. Ella no sabía nada.

Si bien la inocente hija, según el testimonio judicial de su madre, sí la ayudó a realizar búsquedas en internet sobre armas y su manejo, e incluso tomó notas manuscritas que la policía ha incautado como pruebas. Y también Triana, en palabras de su madre, conocía la

existencia de munición en casa, pero este tipo de artículos no causa sorpresa en una familia con vínculos policiales. Es aberrante la normalidad con la que se puede instalar un plan de muerte en la mente de dos personas.

Han de evitar la premeditación a la que todas las pruebas conducen, así que se amparan en la casualidad. Tal como harán todas las imputadas, también la homicida confesa enhebra las piezas con el hilo del azar. Es un destino caprichoso el que le permite encontrarse con Isabel Carrasco en el paseo de la Condesa para acribillarla a disparos, es la casualidad la que la lleva al pasadizo de Colón donde está Triana que recoge su bolso, la misma providencial coincidencia con la que la joven ingeniera relata el encuentro con Raquel y similar fortuna aciaga con la que la policía explica que ni se percató del «depósito» que le acaba de confiar su amiga.

Pero esta enrevesada carambola entre tres mujeres queda en descrédito al analizar los tiempos y las distancias partiendo de datos indubitados, el tique del estacionamiento, los testigos que presenciaron el tiroteo y las llamadas entre las implicadas.

El tique de la ORA que luce el espléndido Mercedes fue sacado a las 16.52 horas.

El crimen se comete a las 17.15 horas.

La distancia, por el trayecto más largo (por la calle Roa de la Vega) y a ritmo pausado, entre el lugar del aparcamiento y la pasarela rondaría los seis minutos.

El tiempo que Isabel pudo tardar desde su casa al lugar del puente en el que fue asesinada se puede estimar en tres minutos en el peor de los casos, con el semáforo peatonal cerrado.

La conclusión es matemática, Isabel salió de su casa sobre las 17.12 horas y fue tiroteada tres minutos después, a las 17.15.

Montserrat dejó el coche a las 16.52 horas y llegó a las cercanías de la pasarela seis minutos más tarde, a lo sumo a las 16.58. Aún faltaban catorce o quince minutos para que Isabel cruzara el portal de su casa. No fue un encuentro casual, aunque malévolo, como mantiene Montserrat en su declaración. Fue una emboscada. Hubo de esperar a que su presa se pusiera a tiro.

También el cronómetro pone en cuestión que el enlace con Triana y Raquel fuera imprevisto.

El asalto a la presidenta ocurre a las 17.15. La asesina confesa llama a su hija un minuto después, a las 17.16, y necesita como mínimo tres minutos de precipitada huida por Lucas de Tuy y Colón hasta alcanzar el pasadizo en el que se encuentra Triana. Entregarle el bolso y cambiar su ropa puede suponer un minuto de tiempo. Sobre

las 17.19 horas, Montserrat sale del pasadizo convertida en otra mujer y Triana lanza una llamada a Raquel de diecisiete segundos, mientras se encamina, en el recorrido inverso al realizado por su madre, a un afortunado encuentro con su amiga. El lugar en el que la policía está estacionada durante una larga hora se encuentra a menos de dos minutos andando de la escena del crimen y a la misma distancia en tiempo, a dos minutos, del pasadizo del que ha partido su amiga para entregarle el arma asesina.

Finalmente todo sucede en el espacio de cuatro minutos, de las 17.15 a las 17.19 horas, y entre una triangulación de puntos cuya distancia no supera un máximo de tres minutos caminando.

Y en este mínimo tiempo no solo se perpetra un vil asesinato y un intento de fuga, sino que, además, de creer la versión de las imputadas, en cuatro minutos ocurren tres prodigiosas casualidades: que la víctima aparezca, que la hija esté justo en el trayecto de huida de la asesina y que la amiga se halle en las cercanías.

La otra opción, más plausible que la de la casualidad y sus enredos, y hacia la que apunta el minutero, es la existencia de un complot perfectamente urdido y cronometrado.

El odio no es un sentimiento ciego en la confesión de Montserrat, sino el argumento clarificador e imbatible para justificar su crimen. Mataba a la mujer que le había hurtado a su brillante hija un destino profesional espléndido, la había desposeído con malas artes de una plaza funcionarial que consideraba propia, le había cerrado el paso a su pujante carrera política, la había marcado para que otros temieran relacionarse con ella, le exigía dinero por salarios indebidamente cobrados y truncaba cualquier opción profesional que su hija acariciara. No solo era su testimonio, sino el de otros el que avala la inmisericorde persecución que sufría Triana.

«Hasta el alcalde de León (Emilio Gutiérrez, del PP) y otra gente influyente de la ciudad alababan públicamente la bondad y el buen hacer de mi hija… Cuando dejó la Diputación, empezó a trabajar para Caja España. Pero cuando Isabel se enteró de lo que cobraba, dijo que era más de la cuenta y no le quería pagar, porque ella manda en aquel asunto. Tardaron más de un año en abonárselo… Y cada poco le hacían una inspección de Hacienda…». Montserrat se presenta como una mujer que defiende a su criatura de una atacante feroz. «Iba a por ella, incluso le dijo a gente de la Diputación que si Triana quería encontrar trabajo, que se fuera a China».

Pero, de alguna manera, los contactos políticos de Triana en el PP y su cada vez más estrecha vinculación con los críticos a Carrasco estuvieron a punto de funcionar y proporcionarle una inmejorable

posición laboral, o eso es lo que cuenta la madre.

«A mi hija le dieron un puesto de trabajo en la Junta, todo estaba casi hecho. La iban a nombrar directora de telecomunicaciones en Valladolid», declara la homicida en el juzgado. Sean o no sueños de grandeza, menciona un puesto político adscrito a la Consejería de Fomento, que dirige el leonés Antonio Silván, con quien Carrasco mantenía una abierta confrontación y de cuya amistad presumía Triana. Colocar a una ingeniera con tan breve bagaje profesional —apenas cinco años de interina en una Diputación, trabajos privados y una oposición fallida— en una responsabilidad semejante parece una temeridad, pero ascensos más fulgurantes se han visto en la corte de Castilla y León. Sin embargo, también esta última esperanza se truncó. «Se enteró Isabel y ya no le dieron el puesto», concluye. Montserrat da por supuesto una tesis absurda, que la decisión del consejero se plegara a los caprichosos de su rival, la presidenta provincial del PP.

En justicia, las iras de Carrasco presentadas de esta manera no resultan tampoco insólitas, de hecho encajan con otros episodios de marcaje y persecución vividos por la poderosa presidenta. Pero lo que no es tan convincente es el daño que tales artes causaban en Triana.

Una hija con una delgadez extrema y al borde del suicidio, tal como la describe su madre, no estimula a ninguno de los dos progenitores a buscar la ayuda de un especialista acorde con tan grave riesgo, un psiquiatra o, en su defecto, un psicólogo. Por el contrario, es un médico de medicina general el que atiende a Triana y le receta un habitual tranquilizante, el mismo que, desgraciadamente, toman miles de españoles angustiados por el desempleo y el ahogo económico.

Esa misma chica, sumida en una depresión irrefrenable que podría precipitarla a destruir su propia vida, es la que, sin embargo, suele salir de vinos con sus amigas e incluso de copas con su madre, siendo más nocturna en su ocio que su propia pandilla. «Sí, nosotras —siempre el femenino genérico— quedábamos para tomar café o vinos por la tarde, no somos de salir de noche; pero a Triana le gusta mucho más salir de noche, ir de copas; quizá por eso no encajaba del todo en el grupo», recordaría una de sus amigas. Es difícil ver en estas palabras y hábitos a una mujer deprimida y desesperada.

Y esa misma ingeniera, asediada por la penuria económica, es la que continúa luciendo un deportivo de lujo, codeándose con la buena sociedad siempre que puede y adquiriendo ropas y complementos de las más costosas marcas. Hasta el atuendo para matar que lucían madre e hija era todo un compendio de firmas caras, en las que la etiqueta cuesta más que la prenda en sí.

La ambición es una fuerza poderosa y capaz de destilar torrentes de odio cuando se ve truncada. La dulce Triana, la afable y solícita ingeniera de telecomunicaciones que respondía a todo y a todos con una sonrisa que casi era una disculpa, podía albergar la semilla de la ambición, es posible; pero también lo es que disponía de titulación, juventud y recursos para labrarse un horizonte de éxito sin adentrarse en juegos cortesanos en los que era inexperta.

La vida de Triana no podía ni debía acabar por unas oposiciones fallidas en 2011. Para Triana no tenía que ser el fin, aunque para Montserrat sí lo era. Fueron los sueños de la madre, que habitaban bajo la piel de la hija, los que se vieron rotos. Ella tomó por cuerpo anfitrión a un joven inspector de policía hasta que su tiempo y su periplo se agotó. Y ahora era su hija, su propia obra, quien debía consumar sus más hermosos proyectos, devolverle esa juventud irrecuperable, izarla en la escala social y salvarla de ese declive paulatino, de esos treinta y siete años de matrimonio hastiado a la que le condenaba la vida junto a su marido.

Pero otra mujer rasgó su sagrado lienzo, emborronó el destino que ella se había dibujado con el pincel dúctil de Triana, y esa mujer debía pagar tal sacrilegio.

Es un caluroso día de julio en Madrid, en el que hasta el asfalto se rinde pastoso al imperio del sol en la plaza de Castilla. Y, sin embargo, ella aparece fresca y decidida, pletórica al abrir la puerta de su despacho. Es Beatriz de Vicente, abogada penalista, criminóloga y profesora en la Universidad Camilo José Cela.

—Pasa, te estaba esperando —saluda con una amplia sonrisa.

Subida en unos tacones de vértigo, enfundada en un vestido negro como una segunda piel, Beatriz es una mujer morena, de cuerpo esbelto, inteligencia fascinante y apasionada en las formas. Todo en ella es corrección, su media melena lisa, su maquillaje y su manicura, lo que inevitablemente, en la paradoja vital, implica un temperamento casi indómito, enérgico y valiente.

El bufete es compartido con varios despachos de abogados. El suyo no es muy amplio, con una decoración moderna y funcional donde resalta el orden extremo. Se disculpa mientras cierra el documento abierto en su ordenador y, con gesto automático, alinea cosas ya ordenadas.

—Estoy tan cargada de trabajo. Me desborda —explica instantes antes de iniciar la conversación sobre un caso que ha copado decenas de tertulias televisivas y en las que la letrada es una invitada asidua.

—¿Crees que es un caso excepcional desde el punto de vista criminológico?

—Como criminóloga tengo que aclarar que, dentro del ámbito del comportamiento humano, hay que ponerlo todo en duda. La criminología no es una ciencia exacta. A mí me encanta la teoría del agnosticismo, cuando mantiene que la verdad es inaprensible para el hombre, todo se mueve en la relatividad. La verdad en cualquier causa criminal, ya sea desde una perspectiva criminológica como judicial, no está en un estrado, ni en una sentencia. Eso son verdades procesales. Es cierto que lo que se haya podido demostrar es parte de la verdad, pero toda la verdad… es casi imposible. Este es un caso muy interesante, porque las imputadas son mujeres, que habitualmente no ejercemos en causas criminales la violencia física, sino que solemos provocar que otros la ejerzan por nosotros. Existe una casuística de mujeres que han ejercido una crueldad absoluta sobre sus hijos, maridos, congéneres o personas de su entorno, pero la criminalidad femenina se distingue de la masculina porque es menos violenta y se practica de forma más sutil, se tiende a utilizar veneno y a tener poco contacto con la víctima. Es esa postura de ensuciarte lo menos posible.

—En este caso, ¿se puede deducir el porqué?

—Es complejísimo y en ocasiones imposible. Una cuestión es la motivación y otra el móvil. La motivación es el resorte de la acción: el desapego, el desamor, la envidia, la ira, los celos, y todo ese catálogo de emociones que conocemos. No somos tan diferentes de la señora Carrasco, de Montserrat o de Triana. —Y clava la mirada, prolongando silencios, para dejar claro que toda persona está hecha de una pasta común—. Otra cuestión es el móvil, que es la finalidad aparente —continúa—. Un ejemplo, la señora que mata al marido multimillonario, pues el móvil es quedarse con el dinero, pero la motivación real de una acción así es el desamor, el desapego, la falta de comunicación, entre otras emociones. Pero si nos trasladamos al caso que nos ocupa, la pregunta sería si el derecho penal necesita contestar el porqué para condenar y la respuesta es contundente, no. Las personas somos poliédricas y habría que tener en cuenta los elementos que han concurrido para matar.

Beatriz de Vicente da vivacidad a su exposición con una gestualidad desbordante en la mirada. Quiere situar a su interlocutor en el interior de sus palabras. Está ante un estrado con jurado popular y sus argumentos son la espada de su razón.

—¿Pueden tener la misma motivación madre e hija?

—En mi opinión, la gran protagonista es la madre, Montserrat, pero hay que tener en cuenta otros factores. En qué tipo de sociedad acontece este crimen, quién era la víctima, cómo se comportaba la víctima. Hay un concepto que se llama la criminodinamia, la dinámica

criminal vinculada a la victimología, que estudia a la víctima. Aquí hay un binomio, no se puede centrar exclusivamente en el agresor. La víctima también interactúa, no es un elemento pasivo. Evidentemente, eso no quiere decir que la víctima sea culpable, sino que, sin pretenderlo, ha podido dar un impulso a su victimización.

—Este concepto es muy arriesgado y delicado.

—¡Claro! ¿Qué le ocurría a la señora Carrasco? Acumulaba gran cantidad de poder y hay quien mantiene que lo ejercía de forma despótica. Es cierto que el ciudadano de a pie se achanta, se aquieta ante ese ejercicio despótico, hasta que se rebela. Luego está el sujeto que acumula impotencia, rabia e inquina. Así volvemos a la pregunta, ¿por qué Montserrat hizo esto? También me gustaría saber cómo manejó el entorno de Montserrat antes del crimen, el odio que obviamente ella acumulaba. —Y la criminóloga arrebata sus expresiones con el énfasis de una profesional apasionada.

—¿Cómo actúa el entorno?

—Verás. Los hombres tienden a manejar los conflictos violentos de una forma explosiva, inmediata, pero las mujeres somos maestras de la «rumiación», de las venganzas en plato frío, de la manipulación. Ante estos comportamientos, es crucial el entorno, porque si se resta peso a determinadas acciones que conducen al odio, el sentimiento se neutraliza, pero si, por el contrario, lo alimenta, el cóctel puede ser explosivo. En criminodinamia es importante establecer qué relación hay entre víctima y agresor. El 90 por ciento de crímenes se comete entre conocidos, un 10 por ciento se reserva a ese extraño grupo de asesinos en serie sin motivos. El dinero, el sexo, la venganza, los celos, el poder, los ajustes de cuentas, la envidia, la enfermedad mental, son los motivos más comunes. Ahora bien, en un caso como el presente, en el que se ha pasado de una relación casi de amistad entre víctima y agresora a un desapego absoluto y al acto de venganza, hay un recorrido importante para averiguar el porqué.

Pero esa ciencia inexacta que es la criminología, como lo es el propio hombre, no tiene todas las respuestas, y la profesora De Vicente se sumerge en los enigmas de este caso, que navegó del respeto al odio.

—¿Y esa travesía hacia la venganza?

—¿Qué ocurrió? ¿Simple y llanamente que no trató laboralmente a su hija como pretendía? —se pregunta a sí misma—. Pues es posible, pero hay algo que me chirría. Si Montserrat, que no parece ser una enferma mental, quería vengar a su hija porque Isabel no le da la proyección que ella deseaba… ¿por qué ha destrozado la vida de Triana colocándola en el escenario del crimen? Tengo la sensación de

que Montserrat se venga de alguien más. ¿Qué pintaba Triana ahí? Una madre vengadora hace lo que sea porque la vida de la hija sea mejor, no peor. Triana no era necesaria en la pasarela, no era necesaria para ocultar el arma, no era necesaria para nada.

—¿Estás diciendo que Triana también es víctima de su madre?

—Tengo el convencimiento de que Montserrat era una madre fagocitaria, que no dejaba volar a su hija, que seguía siendo la tutora diligente de Triana. ¿Por qué Montserrat llega a acumular esta cantidad de odio? Porque fallaban otros resortes emocionales en su vida. Todos tenemos problemas, pero debemos tener actividades de evacuación y tener relaciones sanas, no tóxicas. Pero llega un momento en que Montserrat se embebe completamente en su plan homicida ¿De qué o de quién se está vengando, cuántas víctimas se lleva por delante? Porque la abatida Isabel Carrasco es la víctima directa, pero su hija y el marido son víctimas colaterales.

—¿Una venganza múltiple?

La tesis planteada por Beatriz de Vicente resulta tan certera en su argumentación como escalofriante al imaginarla.

—Creo que Montserrat acumula mucha ira y envidia, e insisto, colocar a la hija en el escenario de un crimen, dándole un arma caliente, que acaba de volar la tapa de los sesos a alguien, es un acto de venganza hacia tu propia hija y a su progenitor. Tengo la sensación de que Montserrat estaba resentida no solo con Isabel Carrasco, sino con la pareja de Isabel y, sobre todo, con su propio marido, porque la vergüenza de este hombre no es que su mujer abata a uno de los personajes políticos más importantes de la zona, la bofetada moral a su marido es: «Tu querida hija, tu preciosa Triana, lo más preciado para ti, la hija que es tu orgullo, está implicada, te la destrozo». —Y la voz De Beatriz simula la perfidia mental de una homicida.

—No estamos, entonces, ante una madre.

—Montserrat dice una frase demoledora en comisaría tras su detención: «Hacía tiempo que no descansaba tan bien». Esa es la satisfacción de haber conseguido el objetivo, pero… ¿vas a dormir tranquila pensando en la hija, la de años de prisión que le pueden caer? Eso no puede dejar tranquila a una madre. Parece bastante obvio que Montserrat no ama a su hija, a su hija le ha destrozado la vida, a su marido también y a Isabel Carrasco se la ha arrebatado. Todo esto en una sociedad cerrada, en una España antigua donde todo pesa mucho.

Pero el análisis de esta experta en el lado más oscuro de la sociedad, el delito, va más allá:

—Tengo la convicción de que Isabel Carrasco encarnaba todo

aquello que Montserrat quería tener y que no pudo alcanzar nunca. Creo que la envidia, más que la venganza está detrás del crimen. Ella era poderosa, era libre, era una mujer no sometida al yugo de los hombres, era respetada, incluso temida, y Montserrat se acerca a esa figura a la que admira y teme, a la vez. Y de pronto hay un elemento distorsionador que puede ser la situación de Triana, pero que excede con mucho al conflicto laboral.

La criminóloga desgrana su exposición como si fuera una narradora de historias, modula el tono de la voz, ralentiza sus propias preguntas retóricas, hace silencios prolongados previos a presentar su análisis a modo de respuesta y, casi como si se tratara de una escenificación, presenta otra cara de esa moneda.

—¿Y Triana?

—La hija es el débito ciego. Decía el maestro García Andrade que el pensamiento delirante en el que interpretamos la realidad de forma errónea y negativa se comparte y se alimenta, se puede llegar a contagiar. Madre e hija se retroalimentan de forma perversa. Triana pretendía una plaza ilícita y tampoco tuvo un progenitor que le indicara que hay un procedimiento que se llama oposición, que se preparara, que el nepotismo no puede ser. Triana decidió que no iba a estudiar, sino que la poderosa mujer a la que servía le tenía que garantizar el puesto. Creía que ella podía ejercer el mismo control despótico que tenía la víctima.

—¿Cómo ves el papel de Raquel Gago, la policía local también imputada en este caso?

—Ese papel está todavía por discernir. Puede que fuese una encubridora, pero, en todo caso, es posible que su intervención no fuera del todo necesaria y parece ser que no fue ella quien les facilitó el arma. A veces alguien por amistad puede meterse en un lío muy grande, aunque su papel no deja de resultar un tanto misterioso.

La conversación prosigue. Su despacho es fresco, acogedor. El infierno está fuera, bajo el sol, aunque a veces late dentro, en el alma del crimen.

«Estaba endemoniada últimamente, discutía con todo el mundo y, a veces, se escapaba sola a la casa de Gijón; en otras ocasiones iba con la niña». Pablo Antonio Martínez retrata a una mujer, su esposa, a la que realmente ya no conoce. La última vez que su mujer estuvo con él en Astorga fue hace dos o tres meses por mor de un acto oficial; a decir verdad, solo las apariencias mandaban en su matrimonio. Comían los domingos en Carrizo, en casa de la abuela, ella aparecía en los actos oficiales cuando él lucía uniforme de gala. Con todo, él nunca se había planteado la separación o el divorcio. Más de treinta y

siete años girando alrededor de la noria le habían convertido en un hombre manso a su destino, alguien que contempla su realidad familiar en el estricto marco de sus orejeras y que proseguía la marcha vital con la paciencia de un animal de tiro.

«Ni mi mujer ni mi hija me hacen ni puñetero caso. Siempre han hecho lo que han querido, la una ve por los ojos de la otra y al revés. Gastan más de lo que gano, unos 2.700 euros limpios. Mi mujer jamás ha trabajado y consume como una loca. Y yo prefiero no discutir». El veterano policía no existe ni para Triana ni para Montserrat. Es nadie. La vida de ellas transcurre al margen sin que él tenga más que someras referencias, airados comentarios y cuantiosas facturas. No pisa la casa de su hija desde hace cuatro meses y es que para ser exactos nunca es invitado. De hecho, en siete años que lleva residiendo Triana en León, no ha dormido en su casa más que dos o tres veces, y de la última vez ha pasado más de un año.

Quizá por eso, lo que Pablo Antonio tiene ante sí en la oficina judicial donde comparece como testigo es una imagen rota y desconocida de la que en un tiempo fue su familia. Pistolas, balas, marihuana, crimen… son piezas de un mosaico que le aterra, que le afrenta como policía y en el que aparece la imagen fragmentada de sus dos mujeres.

Mientras el inspector jefe de Astorga, ahora destinado de nuevo a Gijón, arrastra el alma que se le ha caído a los pies, su esposa narra con soltura sus extraños coqueteos con los bajos fondos de esa misma ciudad portuaria.

—¿Cómo adquirió el arma y dónde?

—La compré en Gijón hará dos años, me costó unos 2.000 euros.

—¿A quién?

—A un tal Armando. Un hombre bajito y muy risueño que tenía un bar en la zona de la Calzada, cerca de una iglesia. Todo el mundo sabía que él podía agenciarte armas. Yo le compré dos, el revólver y la pistola que tengo en casa; también me dio una navaja.

—¿Y la munición?

—Siempre hemos tenido balas en casa, también en Gijón.

—¿Para qué?

—Bueno, por tenerlas.

—¿Su hija no lo veía extraño?

—No, para ella es algo normal.

—¿Esta munición es de su marido?

—No.

Aunque en una de las cajas aparece su nombre.

—¿Compró entonces las balas?

—No, tampoco. Me las regalaron, me las dieron.

—¿Quién?

—Prefiero no decir quién.

En ocasiones, la asesina se vuelve críptica.

—¿Cargó usted el revólver?

—Sí.

—¿Cómo supo hacerlo?

—Es muy fácil. Miré en internet.

Contemplar a esa señora bien, casada con un inspector que precisamente ha trabajado en las unidades contra estupefacientes y robos en Gijón, paseándose por los antros de la droga y el delito e instruyéndose en el manejo de armas como una avezada autodidacta supera la imaginación de quienes la interrogan.

—Pero usted, ¿cómo supo adónde ir y a quién dirigirse para comprar las armas?

—Me enteré en los mercadillos.

—¿En los mercadillos?

—Sí, allí me enteré.

La respuesta resulta realmente estrambótica, porque un mercado ambulante no suele ser una convención abierta y dicharachera de delincuentes. Pero cualquier otra opción de cómo pudo tener conocimiento de ese mundo e incluso de cómo pudo acceder a ese arma corta y letal quizá pasaría por un hombre que ya tiene suficiente condena.

En el caso de Armando, la muerte no tiene réplica. Hace un año, este drogadicto, también incurso en una denuncia por violación, moría y con él se iban todos sus secretos y la identidad de sus clientes.

Pero hay que ponerle cara al muerto.

—Así que Armando…

—Sí. No sé cómo se apellida, pero es conocido.

Los investigadores aparecen ante Montserrat con una foto, la de la ficha policial de Armando García Oliva, de cincuenta años. Y ella lo reconoce.

En esta identificación se rompe la norma más elemental, la de mostrar al menos varias imágenes de personas similares para determinar si el declarante no miente. Los agentes no solo incurren en una torpeza mayúscula, sino que, además, en el caso de que Montserrat no conociera en persona al tal Armando y estuviera fabulando con datos que ha oído reiteradamente a su esposo e incluso que ha leído en la prensa local, ahora sí que ha grabado la imagen del delincuente en su memoria con la información que la propia policía tan diligentemente le ha proporcionado.

A la hora de componer a esta nueva Montserrat, a la esposa prófuga de un inspector, ella misma se retrata fumando algún porrito en el bar del risueño Armando, paseándose por siniestros garitos de León en busca de una pistola con la que cometer un asesinato o guardándole a un colega varias bolsas de marihuana en la casa de su hija.

Combinar este boceto de sexagenaria rebelde y porrista tardía con el de madre coraje, consumidora compulsiva, burguesa redomada, fría asesina y protocolaria esposa de un comisario supone todo un malabar esperpento psicológico.

¿Puede ser Montserrat tantos personajes al mismo tiempo? Y todavía queda por conocer a uno más, a la alunada presa que escenificará en la cárcel.

Los vecinos de la calle María Zambrano alertaron a la hermana de Armando a finales de 2012 del mal olor que salía del bar, cuyas rejas llevaban cerradas varios meses. En el barrio de la Algodonera, detrás de la iglesia de Fátima, todos sabían que el dueño trapicheaba con hachís —«chocolate»—, pero pocos conocían que su tráfico de drogas era de más calado e incluía armas de fuego. El propietario no solo era un gran conocido de la policía, sino también protagonista de la prensa local en la sección de sucesos.

La hermana esperó a que pasaran las Navidades para entrar en el local. En los primeros días de 2013, la policía sacó del bar Armandín un cadáver en avanzado estado de descomposición. Así acaba la historia de un hostelero, drogadicto, traficante y delincuente habitual al que incluso le esperaba un proceso judicial mucho más serio, por un presunto delito de violación y narcotráfico de cocaína.

Según relata el periódico *El Comercio*, el 27 de mayo de 2012, la centralita del 092 recibe la llamada de auxilio de una mujer. Asegura que la han sedado con morfina y que una pareja ha abusado sexualmente de ella durante toda la noche en el interior de un bar. «Cuando los agentes llegaron al local, ubicado en la Algodonera y a escasos metros de la iglesia de Fátima, se encontraron a la supuesta víctima fuera y en el interior al dueño del negocio, de cincuenta años, y a una ciudadana de origen rumano, de veinticinco años. En el cacheo que se les realizó localizaron 500 euros en efectivo, varios teléfonos móviles y diez papelinas de lo que parecía ser cocaína, además de un blíster con comprimidos de sulfato de morfina. Durante la detención, el hostelero trató de tragar una bolsa de un tamaño similar al de una pelota de tenis de mesa, que supuestamente contenía cocaína y con la que estuvo a punto de asfixiarse, de no ser por la rápida intervención de los policías locales, quienes le practicaron la

denominada maniobra de Heimlich —comprensión abdominal— para que expulsase la bolsa, que le obturaba las vías respiratorias», publica el diario asturiano.

Los hechos ocurrieron justo en el tiempo en que Montserrat entró en contacto con el risueño Armandín para adquirir un par de armas y quién sabe si algo más.

Aquel hostelero de mala vida fue salvado de una muerte segura por unos policías locales que precisamente fueron condecorados por su acción. Quién iba a suponer que, incluso después de muerto, volvería a escena para ser la pieza silente en el plan asesino pergeñado por la esposa de un inspector.

—Sé que tuvo problemas en la Diputación con Isabel Carrasco y mi hija decía que era perra y mala, pero no sé exactamente qué pasó. Ellas siempre hablaban mal de Carrasco, pero mucha gente hablaba mal de ella y yo nunca pensé que ocurriera esto. Decían que había una mano negra que siempre lograba que los contratos que le ofrecían a Triana no prosperaran. Es cierto que me preocupó porque la veía muy mal, pero no pregunté los motivos. Su madre también estaba preocupada, pero no me contó casi nada, exclusivamente que la habían cesado y… —relata Pablo, consciente minuto a minuto de lo poco que sabe de su niña.

—¿Su hija es militante del PP?

—Creo que sí.

—¿Le hizo algún comentario sobre su trabajo tras la Diputación? ¿Tenía novio o relaciones?

—No. Ella no contaba mucho de su vida personal. Supe que le habían reclamado dinero del salario cobrado por un asunto de incompatibilidades, pero no me enteré en detalle del tema.

El padre aparece como un ausente en la deriva de Triana. Pero Pablo Antonio sabía mucho más de lo que él mismo se atreve a reconocer. Sabía, al menos, que Triana debería marcharse para salvarse.

—Mi ilusión era que mi hija saliera fuera de León a trabajar, porque su vida aquí se estaba marchitando —afirma.

Nada debía impedir a su hija volar y olvidar su sinuosa trayectoria en la Diputación y en la política leonesa. Poseía juventud y formación, dominaba idiomas, disponía de dinero, contaba con el aliento, algo distante, de su padre. Nada la trababa, salvo ese vínculo tan asfixiante que había sellado con su madre, que se había convertido en granítico en los últimos tres años.

Triana relata su historia ante la juez:

—Quería joderme la vida, iba a por mí y no sé la razón. Isabel

Carrasco era un demonio, y todo el mundo lo sabía.

—¿Tuvieron algún problema en el trabajo?

—Al principio siempre contaba conmigo para todo, porque, aunque había un jefe de servicio, yo era del partido y me tenía gran confianza. Incluso le instalé en su casa la TDT, le expliqué las opciones del ADSL y la tele por Imagenio. Yo le hice otros servicios en su domicilio, favores particulares. Me llamaba a cualquier hora, en cualquier momento. Nunca me reprochó nada del trabajo. Yo me esforzaba y presentaba todos los proyectos de forma impecable. Todos estaban contentos conmigo, todos en la Diputación, los alcaldes, los diputados… —evoca una época feliz—. Pero luego todo cambió. Creo que me envidiaba, cuando veía que yo le caía bien a todo el mundo y que la gente venía a saludarme.

—¿Exactamente cuándo cambió esta buena relación?

—Cuando salió la plaza que yo ocupaba. Amañaron las oposiciones para que yo no las sacara, cambiaron a los miembros del tribunal, le pasaron el examen con las preguntas al chico que trajeron para quitarme de en medio. Yo protesté, pedí ver el examen del aprobado, les advertí que todo el proceso era ilegal, incluso lo grabé en vídeo… ¡Ella iba a por mí! —quiere que entiendan su desesperación.

—¿Impugnó usted el examen?

—No.

—¿Presentó algún recurso contra el proceso seleccionador?

—No. Detrás de todo estaba Carrasco y yo no podía hacer nada. De nada valía. Me engañó. Muchas veces le pregunté si estaba contenta con mi trabajo y dijo que sí. Y luego, esto…

Triana cuenta en el juzgado cómo fue desbancada en el primer examen. Mientras, el proceso seleccionador seguía su curso y a ella le tocaba ir a trabajar en una plaza que ya sabía que no sería suya. La angustia la vencía y su madre la recogía cada día, a las puertas de la Diputación, hecha un mar de lágrimas.

—No podía más. Un amigo, Javier García Prieto (anterior presidente de la Diputación), me aconsejó que pidiera la baja laboral. Y eso hice, me puse de baja hasta que acabó el contrato. Me dieron el finiquito y me pagaron el tiempo de vacaciones no disfrutadas… Pero unos meses después, me llegó una carta en la que me pedían dinero, devolver 12.000 euros cobrados por mí, cuando yo sí había pedido la compatibilidad para hacer trabajos privados fuera de la Diputación… Me puse fatal, no podía respirar, me dolían las costillas. La persecución no había acabado.

—¿Considera que ha sido acosada laboralmente?

—Sí. Yo estaba perseguida. Noté que la gente me dejaba de saludar por la calle y los que trabajaban en la Diputación, de repente, se volvieron esquivos conmigo. Estaba marcada.

—¿No preguntó el motivo de que no le hablaran?

—Sé que el motivo era Isabel Carrasco. Aunque algunas personas de la Junta y del partido, que conocen cómo las gasta la presidenta, sí quisieron ayudarme, eran mis amigos.

—¿Qué le dijeron?

—Que me iban a ayudar, pero también me dijeron que no tomara vinos con ellos, porque podría sufrir las represalias.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Silván, Javier y Alfredo.

Minutos más tarde, la defensa letrada de Triana le pide que identifique a los mencionados como sus amigos.

—Silván es Antonio Silván, el consejero (de Fomento y Medio Ambiente de Castilla y León), y Javier es García Prieto, procurador en Cortes (por el PP) y también fue presidente de la Diputación (justo el antecesor de Carrasco) y Alfredo es Adams.

Queda por reseñar un último amigo del partido y asesor fiscal, se trata de Juan Martínez Majo, procurador del PP también en las Cortes, alcalde de Valencia de Don Juan y abiertamente enfrentado con Carrasco desde el mandato de 2007 en el que ocupó un escaño en la Diputación Provincial.

La declaración de la ingeniera acusada de homicidio prosigue:

—Me salían ofertas de trabajo, como una de Telefónica, y ella hacía que las perdiera con una simple llamada. He perdido mi vida.

—¿No ha buscado trabajo?

—No, porque esperaba que me llamaran. Pero ella lo jodía todo. Incluso me mandaba inspecciones de Hacienda.

—¿De Hacienda?

—Ella tiene contactos. Mi asesor, Juan Martínez Majo, ya me decía que a nadie le reclamaban las cosas que me reclamaban a mí… Gané el pleito de los 12.000 euros, pero ha vuelto a la carga, como ella no tiene que pagar al abogado ni al procurador. Me sigue persiguiendo. Es un sinvivir. Ya no duermo, no salgo, no tengo ingresos. Y mi madre sufre todo conmigo.

Así de desvalida se presenta la joven ingeniera ante la juez y el fiscal.

—¿Su madre fuma porros?

—A lo mejor alguna vez —quiere quitarle importancia al hecho.

—¿Usted?

—No. Yo no —dice categórica.

—¿Sabía que su madre tenía marihuana en el dormitorio que utiliza en su casa?

—No, para nada. No suelo entrar en su habitación, quizá solo a coger una cazadora. Y no he visto nada. Tampoco olí nunca nada.

Pocos días después sabrá que se ha abierto una causa separada sobre el hallazgo de la droga. Entonces piensa que es un hecho menor.

—¿Sabía que había un arma en su casa?

—No, por supuesto —vuelve a negar—. Ni tampoco sabía que había munición.

—Se encontraba en el armario de su salón.

Ella lo sabe, ha presenciado cómo todo quedaba a luz en el registro. Ahora se impone buscar alguna justificación convincente.

—Sí, pero ese armario lo llevo sin mirar desde que compré el piso, por lo menos.

—Allí tiene usted papeles y documentos.

—Sí, lo último que va llegando lo dejo arriba, sin más. Ni me fijo en lo que hay.

—¿No ha visto los cartuchos?

—No lo sé. No me doy cuenta de eso. Los he visto desde pequeña en casa.

—¿Y las fotografías de la presidenta y de su casa?

—No recuerdo.

—¿Y las imágenes de edificios de la Condesa?

—Sería para alguna animación electoral. No sé. Yo sabía dónde vivía Isabel, su teléfono fijo, su correo electrónico y su DNI porque hice muchos encargos para ella. Así que supongo que toda esa documentación sería de alguna campaña electoral.

Intuye que son pruebas circunstanciales a las que se puede dar distintas lecturas.

—Encontramos un folio manuscrito sobre distintas armas.

—No sé quién lo escribió y por qué estaba allí —alega, y es que este asunto ya le inquieta mucho más.

—¿No buscó en internet con su madre información sobre armas?

—No, para nada. Tengo un amigo cazador, que también utiliza revólveres. Es Edu. Miraría esas páginas en internet con él. Y no recuerdo si anoté algo. Hace muchísimo de eso.

En este punto de su testificación, sobre las notas manuscritas de una búsqueda de armas en internet, es donde Triana y Montserrat se contradicen. La madre ya había confesado que hicieron juntas la indagación en la red.

—¿Sabía que su madre iba a buscar a Isabel Carrasco cuando se separó de usted, tras aparcar el coche en la tarde del día 12?

—No, me dijo que se iba a dar un paseo a la Condesa. Es habitual que, de pronto, quiera airearse sola. Nada más.

—¿Hablaron ustedes dos de matar a Isabel Carrasco porque se lo mereciera?

—¡Nunca!

—¿Por qué cree usted que su madre mató a la presidenta?

—No creo que lo hiciera mi madre.

—¿Algo que añadir?

—No sé —duda, pero añade—: Quizá cargué a mi madre con todos mis problemas y le he amargado la vida.

Es la madrugada del día 14 cuando Raquel Gago cruza las puertas de comisaría hacia su casa. Ha sido una noche larga en un día interminable. Está en libertad, aunque los cargos que pesan sobre ella son de extrema gravedad. Dos días después, cuando su entrada en escena ya ha suscitado cientos de titulares, es el juzgado de instrucción número 4 el que la reclama; para entonces Raquel ya dispone de un abogado venido de setecientos cincuenta kilómetros de distancia, de Murcia. De esta declaración no saldría tan bien parada: la juez instructora ordena, tras el testimonio de la policía local, su inmediato ingreso en prisión, acusada de los mismos delitos por los que ya están en cautiverio provisional y sin fianza Montserrat y Triana.

Es el arma que mató a Isabel la que apunta ahora sobre Raquel.

—¿Entregó el revólver porque pensó que la iban a descubrir como cómplice de la muerte de Isabel Carrasco?

—¡No! Si hubiera visto antes el bolso, antes habría avisado.

—¿Alguien le aconsejó que entregara el revólver? ¿O la avisaron?

—No, lo hice porque es lo que creo que hay que hacer.

Raquel ha de resaltar su imagen de colaboradora con la justicia, pero el largo silencio mantenido, no ya sobre el bolso que ocultaba el arma homicida, sino sobre sus encuentros con Triana y Montserrat el día del crimen la convierten en sospechosa. El ser una policía veterana complica más su posición. El argumento de «me bloqueé, estaba en estado de *shock*» no convence. Han pasado demasiados días desde el crimen como para no haber reaccionado e informado de todo lo que sabía al respecto.

Su abogado defensor y el único letrado asiduo a las cámaras de televisión, Fermín Guerrero Faura, insiste, tal como lo hará en los dos fallidos recursos de excarcelación, en la falta de motivos para implicar a la agente en el asesinato. Ni móvil económico, ni pasional, ni odio, ni venganza, ni coacción, ni amor con Triana. Remarca cómo la agente hizo una vida absolutamente normal en aquellos días; una

cotidianeidad que, precisamente, a otros escama. Y un aspecto más sobre el que el togado hace gravitar su defensa: «Si hubiera sabido que Triana le había depositado el bolso que ocultaba el arma, Raquel habría tenido tiempo de sobra para deshacerse de la pistola. Si no lo hizo fue porque no sabía que el revólver estaba en su poder y porque no es cómplice de ningún crimen».

Pero esta última tesis también tiene su antítesis y en ella se apoyan los instructores para mantener a Raquel Gago encarcelada en el módulo de ingreso de la gran prisión de Mansilla. En la hipótesis de que Gago se hubiera deshecho del arma, su posición no resultaba mucho más venturosa que la actual. Si Montserrat o Triana, tal como ocurrió, la delataban, no se trataría únicamente de la palabra de unas contra la de otra, sino que había un testigo más que sí podía desnivelar la balanza y acreditar el encuentro entre las amigas y quizá cómo se entregó el bolso donde se escondía el revólver.

Es Julio, el supervisor de la zona ORA. Su declaración es un arma de doble filo. De un lado, aquella larga charla de la tarde del día 12, la primera de tanta duración entre ambos, beneficia a Raquel, pues es la coartada de que la agente de la Policía Local no estaba en la pasarela cuando la presidenta era acribillada a balazos. Pero de otro, el testigo también podía resultar incómodo; ha presenciado una escena que la complica, la llegada de la hija de la homicida a los pocos minutos de cometerse el delito y el «depósito» en el coche. Ella ignora lo que Julio recuerda de aquella escena, lo que vio y qué puede declarar a su favor o en su contra.

Bajo este dual prisma, hacer desaparecer la pieza inculpatoria no es la mejor opción para librarse de un posible encubrimiento; quizá la estrategia más oportuna sería entregarla y convertirse así en colaboradora de la justicia. El problema es que, a lo peor, mientras se resolvía esta dicotomía en la mente de Raquel había pasado demasiado tiempo.

Silencio y tiempo la acusan mientras ella clama su inocencia.
Con una mirada de inspectora cuartelaria, observa con detenimiento este nuevo espacio y concluye dando su aprobación:

—Pues no está tan mal esto.

Es la frase que sale de la boca de Montserrat al cruzar las puertas de la prisión de Mansilla, *Villahierro* en la jerga local.

Quienes contemplan la suficiencia con la que la mujer camina por las estancias de su módulo y la arrogancia con la que recibe las instrucciones sobre la vida ordinaria de la cárcel y sus reglas, creen que están ante una nueva jefa.

—En cuatro días, esta se hace con el módulo —comentan.

Como la cruz de la misma moneda, Triana sufre en cambio lo indecible en aquellos primeros días de cautiverio.

—¡De aquí no salgo en la vida! —Con este lamento la joven ingeniera ve cerrarse tras ella las puertas de la libertad.

La depresión, el llanto y la inapetencia se instalan con ella en la celda. La presa sombra, una reo modélica que la acompaña para evitar que cometa un error, no sabe cómo calmarla y sacarla de su hundimiento. Los psicólogos de Villahierro manifiestan su preocupación y ordenan que se le mantenga el protocolo de prevención de suicidios.

Habrá de pasar mes y medio para que se autorice la reunión de madre e hija en el mismo módulo, finalmente el número 10 de Villahierro. Pero la convivencia entre Montserrat y Triana ha deparado nuevas sorpresas. Mientras Triana parece adentrase en la conformidad y la disciplina, su madre, Montserrat, protagoniza episodios desconcertantes.

Quizá porque ya lo había anunciado —«… Me declaro culpable y luego me hago la loca»— o quizá porque su mente esté enferma de verdad, la homicida confesa ha decidido mantener su papel protagonista desde el interior de la penitenciaria.

—¿Pero qué hace tu madre? —le pregunta una reclusa.

—No sé. Está mal. Déjala —responde Triana, cansada y vencida por el esperpento al que ha desembocado su vida.

Consciente de que todas las miradas, incluidos los lastimeros ojos de Triana, convergen en ella, Montserrat sigue con su baile espasmódico. Han terminado de desayunar y ella se contonea en el comedor ante el resto de las presas, embrujada por una música que nadie más que ella oye. Algunas se ríen de la comedia, otras avisan a las supervisoras preocupadas, las más permanecen atentas al espectáculo, que no es el primero ni será el último.

Hoy ha sido el baile; mañana será una fiebre de limpieza que la hace barrer sin parar todo el patio de esquina a esquina; pasado se quedará inerte ante una página durante tiempo y tiempo sin pasarla, sin leerla, sin verla. Su aspecto, esa impoluta presencia de señora bien, ahora resulta desaliñado, ni atiende a su higiene personal y aparece en los recuentos como una sonámbula.

Ni siquiera responde al gesto interrogante de su hija, o quizá sí, pero discretamente, sin abandonar su imagen de extraviada. ¿Es impostura? ¿Es real?

La defensa ya ha solicitado, tal como adelantó en la primera testificación judicial, un informe psiquiátrico sobre el estado mental de madre e hija. La baza no es nada despreciable.

Incomunicada de las dos mujeres que han marcado para siempre su vida, Raquel Gago, por el contrario, asume con obediencia la vida en el módulo de ingreso. Hace deporte, intenta mantenerse activa, lee, cumple las normas de presidio y revisa el sumario de su caso. Durante semanas se especuló con su traslado a una penitenciaría especial para Cuerpos y Fuerzas de Seguridad, pero su condición de agente local y la cercanía de Mansilla para su familia han motivado, posiblemente, que Raquel permanezca en un módulo limbo a la espera de una resolución final.

Tres mujeres aguardan en prisión el juicio y la sentencia. En definitiva, su destino.

Tres mujeres asumen el peso de la investigación de un crimen.

Una mujer recibe el homenaje póstumo de su corporación.

Otra recoge en sus manos la medalla de oro que ensalza la memoria de su madre.

Es una partida de damas, donde el femenino, por una vez y de forma casual, se hace genérico.

Montserrat González Fernández, Triana Martínez González y Raquel Gago Rodríguez ocuparán, presumiblemente, a mediados de 2015 el banco de las acusadas ante un jurado popular.

La comisaria María Marcos, la inspectora Elena Martínez y la jueza Sonia González asumen, con sus luces y sus sombras, la investigación y las diligencias judiciales de un delito que conmocionó a todo un país.

Isabel Carrasco Lorenzo, que ya no puede batallar frente a quienes aún se alzan en su contra desde la masa amorfa de las redes sociales, por fin descansa en paz.

Loreto Rodríguez Carrasco hace íntimo su duelo y solo honra, con el orgullo de su estirpe, la memoria de la mujer apasionada que le dio vida.

No hay nada femenino en el asesinato, ni en el odio, ni en la tiranía.

No es un suceso de hembras, por más que la coincidencia resulte inusual en una sociedad acostumbrada al macho genérico. Aunque ciertamente algunas de ellas son mujeres pioneras que han ganado, para bien o para mal, un puesto destacado en el escaque social, un papel protagonista que antes siempre ocupó un omnipresente hombre.

La pena es que la muerte, también formulada en femenino por capricho de la lengua, las haya reunido en esta historia.

Capítulo XII

EL CORO

Los investigadores van desapareciendo de la pasarela, su búsqueda ya no es necesaria. El revólver ha sido hallado, las imputadas están en presidio. Todo se ha consumado. Isabel Carrasco es ya cenizas y duelo entre quienes la amaron. Un recuerdo amargo entre quienes la odiaron. Un nombre grabado en la memoria colectiva, porque su asesinato la inmortaliza.

Las cámaras de televisión también abandonan el puente y prefieren otras ambientaciones, la comisaría, el palacio de Justicia o la macrocárcel de Mansilla.

El proceso judicial sigue su curso, tanto el Partido Popular de León como la Diputación se han empeñado en personarse por separado en la causa, pero ni la fiscalía ni el juzgado les han abierto las puertas, no entienden su legitimidad en el proceso. Cerrado el camino de la acusación particular, advierten que ejercerán la acción popular; un atajo procesal impropio.

El río Bernesga ha vuelto a recobrar el caudal alegre del deshielo. Las cintas policiales fueron retiradas semanas atrás y un rastro oscuro e impreciso sobre el hormigón corroído de la pasarela es lo único que indica el lugar del crimen y, a su lado, a los pies de la barandilla aparecen todavía unas velas de sagrario y algunas flores que se van marchitando. Va volviendo la calma. Aunque, de nuevo, todo sean falsas apariencias.

El gran teatro de esta tragedia no está todavía desierto. Se adivinan otras formas en movimiento. Un ser múltiple y protagonista sigue presente en el proscenio. La ejecución se escenificó ante un gran palco físico, los cientos de ventanas situadas en la otra orilla del río que como ojos contemplaron esta obra en un solo acto. Y tal como impone la dramaturgia grecolatina, ese coro de miradas que se vuelca sobre la pasarela tiene la voz de los coreutas en la tragedia clásica, presagia el mal, acaricia la esperanza, narra pasajes diferentes y se conduele en la fatalidad. Es protagonista o antagonista, es público y personaje, es narrador y actor, es vengador y plañidera.

Han sido mencionados en el curso de la historia por las principales protagonistas, como amigos o enemigos. Ocupan ese segundo plano del palenque que se eleva sobre las plateas.

Son poderosos y ejercen su capacidad de hacerse invisibles, sumirse en la opacidad de un fundido en negro ante una historia tan siniestra.

• • •

«Solo es un suceso más», comenta un reputado abogado.

«Ha sido un crimen de la buena *suciedad,* de ellos contra ellos», sentencia con la inteligencia cáustica de un gran humanista un clérigo.

«La justicia no necesita causas, sino hechos probados», advierte una reconocida criminóloga, a sabiendas de que toda muerte encierra un enigma no desvelado.

«El caso casi está cerrado», concluye con tanta satisfacción como alivio un jerarca de Interior.

Las frases contundentes se suceden como aspirantes a la última línea de un epílogo, pero el final de este relato está inconcluso. No cabe cerrar la historia de una mujer hecha poder sin hablar de sus enemigos, aquellos a los que combatió con una saña impropia, a los que prácticamente ella modeló con sus manos feroces.

Ninguno de ellos quiso un final tan aberrante, ni siquiera cabe la peregrina idea de que fueran cómplices de ninguna trama, nada puede ni debe acusarles. Nada.

Todos habían sufrido a la poderosa mujer. Algunos arrastraban el sabor ácido de los vencidos, esa bilis que va agriando el alma. Otros seguían plantando batalla a las acechanzas de Isabel, irreductible en la contienda. Distintos episodios los habían unido bajo un nexo común: Carrasco. Cada uno tenía su propio argumento, aunque el triángulo de favor, humillación y traición se repetía en una secuencia manida.

Ella creó a sus propias criaturas, gestó a sus enemigos uno a uno. Quizá sea un mal de quienes aspiran a ser dios el engendrar a sus propios ángeles caídos.

La mujer del palacio no era la de los pueblos. La mayoría conocía a la presidenta feroz en sus diatribas ante el pleno, a la titular de un partido que dictaba órdenes imperiosas a una tropa medrosa, a la patrona tiránica que dominaba a cientos de empleados… pero no todos sabían de esa otra política que tres días a la semana se entregaba a recorrer las más de mil poblaciones en las que se disgrega y se debilita la provincia de León.

Podía ir luciendo pieles o costosas ropas. De seguro llevaría consigo a su cohorte. Inmortalizaría en fotos casi todos sus encuentros. Pero volvería al palacio con una lista de peticiones, deberes y exigencias que solucionar de inmediato.

—Mira, presidenta, cómo tenemos la fuente, da pena… Y la carretera para qué contarte, si buena riñonada te habrás metido con los baches.

—¡Ay! Que siempre estás pidiendo y te conozco. ¿Y esta dará agua? —le pregunta, porque no se fía de este alcalde pedáneo tan

socarrón como embaucador.

—¡La mejor de todo el valle! Pero vinieron los modernos, esos listos de la Junta —él sabe qué cartas debe de jugar—, y nos hicieron otra traída. Aunque todos los del pueblo y muchos de la capital beben de esta. La otra es mala hasta para abrevar las reses.

Ella acciona el caño y se vuelca garbosa sobre el ruinoso pilar para catar el agua…

El coche oficial volverá a León con algunas cántaras y unas pastas de la señora María. A los pocos días, un par de albañiles restaurarán la fuente, la carretera será otro cantar, pero también habrá partida en los planes provinciales de aquel verano para el asfaltado.

Es allí, negociando con los campechanos pedáneos, entre chascarrillos y algún comentario picantón, recibiendo el favor de las gentes y haciendo de la palabra obra cuando ella se siente realmente poderosa. Es consciente como nadie de que su cumbre se sustenta en esa enorme base telúrica. La égida que la protege de las intrigas de sus congéneres en el partido radica en cada pueblo, en los votos que le entregan como diezmos y en la lealtad que le profesan quienes responden a sus acciones y recelan de palabrerías. Es una política de acción que no de escaño. Ella es una presidenta de empedrado que no de púlpito.

El congreso provincial del Partido Popular la entroniza en 2004. Como en toda cita congresual de los populares, los aclamatorios porcentajes tienden a ocultar las luchas cainitas que se dirimen en despachos y cenáculos. Carrasco revalidará su presidencia en el congreso de 2008 con el 96 por ciento de los votos emitidos y volverá a ser investida en 2012 con el 97 por ciento de los sufragios.

Esas mayorías reflejan las adhesiones propias de una organización presidencialista, en la que cualquier debate franco es una utopía. Y paradójicamente también son el indicio más certero de la virulencia que concita a sus enemigos. Cuánto mayor respaldo logre el líder, más arriscados serán sus adversarios.

Después de ocho años en la Consejería de Economía de la Junta de Castilla y León (1995-2003), al tiempo que ejerce de procuradora en las Cortes y de senadora (2003-2007), Carrasco toma las riendas del partido en León, en 2004, en el mismo año en que comienza una nueva etapa de hegemonía socialista y con un leonés, José Luis Rodríguez Zapatero, como presidente del Gobierno. La partida resulta extremadamente difícil y, sin embargo, consigue ganar al propio Zapatero en su tierra y presidir en 2007 la Diputación Provincial. Desde allí sentaría las bases para la mayor victoria jamás lograda por el PP en León, la cosechada en la última campaña de la presidenta, las

municipales y generales de 2011.

Fue una gran adversaria para sus rivales, que no para sus enemigos, y fue esta razón y no otra la que llevó a José Luis Rodríguez Zapatero a presentarle sus respetos en la tarde del 13 de mayo en la catedral de León.

Todo empezó años atrás, cuando el abogado leonés Antonio Silván que trabaja como jefe de la asesoría del primer procurador del común, un símil de defensor del pueblo pero de ámbito comunitario, es designado en 1999 por la entonces consejera de Hacienda, Isabel Carrasco, como secretario general de su consejería.

Era la segunda incursión en política de la que fue la delegada de Aznar en 1987. Ahora es el presidente de la Junta, Juan José Lucas, quien llama a la jefa regional en la unidad de inspección de grandes empresas y patrimonio para que forme parte de su gobierno.

Carrasco llegaba al ejecutivo autonómico en 1995 para sustituir al consejero Fernando Bécker Zuazua, un economista leonés bajo cuyas órdenes se había curtido como secretario general el que ahora era un avezado parlamentario de Burgos, Juan Vicente Herrera Campo. En seis años, en 2001, este político burgalés será el hombre al que Lucas nombrará su sucesor en Castilla y León al ser designado ministro de Presidencia.

Pero ese tiempo aún no ha llegado, estamos en sus prolegómenos.

Afable, solícito, optimista, siempre dispuesto a una sonrisa, Silván era la antítesis de una consejera enfurruñada al poco de llegar y después de comprobar el estado calamitoso de la recaudación regional. No ahorró críticas, en privado, sobre los fallos de la gestión que heredaba de Bécker y su equipo, y esas palabras, sin ella saberlo, sepultarían de alguna manera su futuro en la Junta.

En 2003, el presidente Juan Vicente Herrera, que ya no solo es investido por la herencia que le asigna Juan José Lucas sino también por las urnas, no revalida a Carrasco en Hacienda; en cambio, sí otorga la pujante Consejería de Fomento a Antonio Silván e incluso le ofrece la portavocía del PP en las Cortes regionales, la privilegiada posición que a él mismo le ha aupado a la cúspide de la comunidad. El valido de Carrasco la supera en un escenario en el que ella debe hacer mutis, y eso le parece imperdonable.

Es el inicio de una rivalidad que se agrava en enemistad. Carrasco ha aireado uno a uno todos los errores de la gestión del consejero. Él, que lleva ya más de una década entregado a la Administración regional y se sabe posicionado en la línea sucesoria de Herrera, es consciente de que su talón de Aquiles está en León. Mientras una combate abiertamente al que fuera su secretario, el otro siempre evita

un pugilato directo. Ella es temeraria, él es temeroso.

Fueron otras piezas del ajedrezado las que hacen los movimientos oportunos contra la reina blanca, porque es ella quien ha iniciado una partida en la que persigue abiertamente el jaque al futuro rey.

Es la comida de Navidad de 2010. Un armisticio de espumillón decora el salón escarlata del parador de San Marcos en el que se reúne la mal avenida familia popular. El periódico digital *Leonoticias* titularía: «Silván, a la derecha de Carrasco». El puente de la concordia ha sido tendido por el consejero. La razón es obvia: anhela cumplimentar el último requisito pedido por Herrera para calibrar a sus potenciales sucesores, que no es otro que ejercitarse en la Administración más cercana al ciudadano: una alcaldía.

Alfonso Fernández Mañueco ya se prepara para asumir en 2011 la alcaldía de Salamanca. Antonio Silván Rodríguez se perfila como el candidato in péctore para León. Los comensales especulan sobre encuestas internas del partido que le vaticinan un triunfo arrollador y sobre la anuencia de Génova, pero existe una última traba: la presidenta de León.

Él hace gala de su imagen más encantadora y cordial. Saluda al alcalde López Riesco (de Ponferrada) y hace fraternal corrillo con los exregidores de León Juan Morano y Mario Amilivia, pero especialmente le dispensa a Isabel toda su gentileza, se muestra sonriente y la agarra de la mano en un gesto persistente de cariño cuando están a punto de sentarse en la mesa presidencial, uno al lado del otro.

Los periodistas están ansiosos por completar las candidaturas de la próxima primavera electoral. Y le preguntan a la presidenta qué opina de la encuesta interna que apunta a Antonio Silván como el mejor candidato posible para reconquistar el ayuntamiento de León. La contestación es gélida.

—No voy a valorar esas encuestas que usted dice. Lo que sí sé es que, si a día de hoy se celebrasen las elecciones, obtendríamos mayoría absoluta independientemente del candidato que lleváramos y eso es una gran satisfacción. Este será el año del PP (por 2011) y solo le pido a la militancia que ayude y arrope a los candidatos que vamos a elegir en breve.

A la derecha de Silván se sienta un político mucho más discreto, casi desconocido en la escena capitalina y sobre el que no recae ni la más remota apuesta. Es un hombre prudente, de gestos metódicos que delatan su condición de profesor; fue regidor en el municipio de Cistierna y ejerce el cargo de director general en la Consejería de Educación. El bastón municipal pasará de largo ante Silván, porque

será el hombre que está sentado a su derecha, Emilio Gutiérrez, y no él, quien, por decisión y empeño de Carrasco, ostente la alcaldía fortalecida con la segunda mayoría absoluta, tras la de 1995, que conoce León en toda la historia democrática.

Silván volvería en 2011 a encabezar la candidatura a las Cortes regionales por León. Junto a él, Javier García Prieto y Juan Martínez Majo le acompañan como procuradores. También ellos son adversarios de Carrasco.

Es una de las pocas voces del coro legitimada por su derecho a la defensa. Él fue atacado de una forma personal e inmisericorde, y respondió de frente, sin utilizar peones ni caretas.

Javier García Prieto no era enemigo de Isabel Carrasco, sino de sí mismo. Y su código sigue las pautas del honor.

Ejerció el gobierno de la Diputación desde la templanza y la concordia, su gestión económica fue penosa en algunos aspectos, pero su adiós fue en verdad muy sentido. Quizá fue el único presidente que no se erigió como cabeza coronada en los Guzmanes, porque posiblemente es el único político que no sabe ser político, en el mejor sentido de la palabra. Ese es su defecto y también su virtud.

De alguna manera, su sucesora repitió el episodio vivido en la Consejería de Hacienda. Prendió la luz sobre las zonas más oscuras y erráticas de su antecesor, en algunos casos era perentorio hacerlo por las consecuencias negativas a atajar, pero en otros fue innecesario, como lo era el escarnio impenitente de un hombre que jamás quiso ser su enemigo. Ni de ella ni de nadie.

Por ofenderle, incluso se negó a que su retrato fuera colocado, como el de todos y cada uno de los presidentes provinciales, en la galería de la planta noble. Isabel Carrasco puso el suyo, un óleo pintado por Modesto Llamas, pocas semanas antes de ser asesinada. Ni siquiera dejó hueco para el de Javier García Prieto. Más que una anécdota es la sublimación de un repudio gratuito.

García Prieto ha sido el único rebelde al fariseísmo del PP y fue en Caja España, el campo de liza donde coincidía con su oponente, en el que dirimió sus disputas personales. El caso de las dietas de la caja que tanto inquietaba aquella tarde del 12 de mayo a Isabel contaba con un excepcional testigo de cargo, el consejero del PP Javier García Prieto.

Fue un error en el recuento informático de votos en la provincia el que abrió la caja de Pandora en el PP leonés, donde los vientos ya rugían como nacientes tornados. En la noche electoral del 27 de mayo de 2007, las redacciones andan enloquecidas. El horario de cierre no permite mayor dilación, la madrugada avanza y la rotativa aguarda

expectante. Pero los datos no encajan, y sobre la mesa del director, los papeles se acumulan mientras la discusión no resuelve el dilema.

Según los resultados facilitados por la Subdelegación del Gobierno, el PP leonés no solo ha perdido en las elecciones autonómicas y en la capital, sino que acaba de rendir su último gran bastión, la Diputación Provincial que ha ostentado durante los tres últimos mandatos. Isabel Carrasco se precipita al abismo. En un tiempo de bonanza socialista y de liderazgo de Zapatero, la derrota popular no parece descabellada y menos en León. Pero sí lo es el extraño incremento de votos que se le asigna a una formación política residual y en el que se halla la clave final del derrumbe de los conservadores en la Diputación.

—Esto no cuadra.

—Bueno, la Carrasco se la ha pegado y qué… también ha perdido Silván por doscientos votos en la candidatura de la Junta y Amilivia en el ayuntamiento de León. León vuelve a ser socialista, y eso es todo.

—No, no es eso. Lo que no cuadra es este dato. ¡Cómo se explica este subidón de los leonesistas! Después de las broncas que se han vivido en este último mandato, de las vergonzosas guerras entre sus líderes y de su fractura en distintos partidos en estas elecciones, ¿cómo se explica que la UPL crezca en votos y le quite diputados provinciales al PP? Esto no encaja. No lo entiendo, sinceramente.

—Pues es el resultado oficial, ¿no?

—Sí, sí.

—Y estamos fuera de hora… ¡Cerramos ya!

Habrían de pasar tres días para que desde el Ministerio del Interior se reconocieran graves equivocaciones a la hora de asignar los escaños provinciales en León, se explicara que el programa informático de la empresa Indra sumó sufragios de distintas formaciones y se ratificara la mayoría absoluta del PP en el palacio de los Guzmanes.

Pero esa corrección vino algo tarde, cuando algunos ya se habían retratado. Todo fue un error de cálculo tanto en los sufragios emitidos como en la estrategia de derribo.

En el escaso tiempo en que Carrasco fue una derrotada, levantaron apresuradamente su patíbulo. El primero en exigir la cabeza de Isabel y su dimisión inmediata como presidenta del partido es el alcalde de Valencia de Don Juan (cinco mil doscientos habitantes), el asesor fiscal Juan Martínez Majo. La proclama crítica cobra inesperados adeptos y algunos se retiran sus máscaras en la creencia de que ha llegado el tiempo de saldar sus cuentas con la

presidenta. El tramposo destino los deja en evidencia.

La subsanación del fallo informático días después convierte la sublevación en un camino sin retorno, así que Majo y los suyos orquestan un montaraz frente crítico con lista alternativa para dirigir esa mayoría que las urnas han confiado a un PP quebrado en sus propias cuitas internas.

León, siempre en la escandalera regional, obliga a una nueva intervención de la dirección regional. Herrera está harto del permanente cisma leonés y ordena al secretario general del PP, Alfonso Fernández Mañueco, que fuerce una alianza entre las partes en litigio para que Martínez Majo claudique y Carrasco lo incluya en su gobierno. Una componenda más de *pax romana* que enquistó y no resolvió el problema de fondo.

Un sol de justicia cae sobre el recinto Oro de Roma en el que se ha dispuesto la feria de El Bierzo, en Carracedelo. En una terraza a la sombra, cansados ya del protocolo oficial, el alcalde de Ponferrada, Carlos López Riesco, y su equipo se relajan.

—¿Qué pedimos? ¿Cerveza para todos? —pregunta uno de los concejales.

—¿No esperamos a Isabel? —advierte otro.

—No, hombre, no. Ella que siga currando… Oye, que gracias a nosotros tiene la Diputación, si no de qué —resuelve el primero.

El regidor ponferradino, imperturbable, deja hacer a su gente y asiente callado a sus comentarios. A través de sus gafas de sol contempla el ir y venir de Carrasco. Y es que unos metros más allá de la fresca terraza, la presidenta de la Diputación sigue recorriendo incansable todos los expositores de productos de la comarca que se han dado cita en la feria. Pateados los dos pabellones cubiertos, ahora quedan los feriantes más humildes que sitúan sus casetas al aire libre. Ha visitado a todos, ha examinado sus productos y ha preguntado quiénes son y de dónde vienen.

López Riesco llega a la alcaldía en 2002 por la forzada dimisión del número uno, Ismael Álvarez, condenado por acoso a la concejala Nevenka Fernández, y revalida la mayoría absoluta en 2007. Como alcalde de Ponferrada (sesenta y ocho mil habitantes) y pieza clave en la obtención de la Diputación, los bercianos imponen sus exigencias, su singular fuero comarcal a una presidenta ya debilitada por una corriente crítica. Pero el poder de El Bierzo y personalmente el de Riesco se desmoronan en 2011, cuando Ismael Álvarez vuelve redivivo como independiente y le hurta la mayoría. Incapaz de entenderse con quien fue su líder y ahora era su peor pesadilla, Riesco no se aviene a pactos, gobierna en una inestabilidad permanente hasta que una

controvertida moción de censura le derriba el 8 de marzo de 2013.

No solo ha perdido la alcaldía de Ponferrada, sino que además el partido, Isabel Carrasco, le cierra la salida al Parlamento nacional, al entender que no es merecedor de esta gracia política. Su pretensión de continuar como diputado nacional en la décima legislatura se ve truncada. Y finalmente, el 5 de mayo de 2014 dimite tras veinte años en el ayuntamiento ponferradino.

«Su tiempo ya se ha agotado, tiene que dejar el puesto a otro, lleva dos elecciones perdiendo ante el PSOE». Con esta contundencia, Carrasco intentaba de nuevo eliminar de la candidatura al Congreso de los Diputados a quien consideraba una rémora del pasado, Juan Morano, el en otro tiempo alcalde caudillista de León contrario al PP y a la Junta.

Este último enfrentamiento supuso un punto de inflexión definitivo en la relación entre ambos, que se remontaba a aquel turbulento 1987. Batallador, como ella, Morano buscó apoyos más elevados a su causa electoral que desactivaran el veto de la presidenta. El histórico político, adscrito al Parlamento nacional desde 1989, movió sus hilos en la cúpula nacional y logró, en última instancia, un puesto en el Senado en los comicios de 2011. Un escaño que al final le ha resultado muy gravoso al partido, cuando, invocando una última rebeldía, Morano decidió en 2012 votar en contra de los presupuestos generales que incluían una reducción del 63 por ciento en las ayudas del Ministerio de Industria a la minería del carbón. Finalmente, en una especie de pirueta que enlaza el principio y el fin de un periplo de treinta y cinco años, el indómito político reeditó su imagen de insurgente y abandonó la militancia popular, pero no su escaño en la Cámara Alta.

No todos los coreutas tienen una voz principal, algunos simplemente hacen de eco, propagan los cantos y las consignas del coro. Pero este veterano ya retirado de la batalla siempre supo combinar poder y discreción, es un gran urdidor en las sombras. Cipriano Elías Martínez, el diputado *Pano*, alcalde de Riello (con setecientos habitantes y treinta y nueve núcleos de población) durante casi treinta años, fue el gran logista del PP. Son sus capacidades para manejar y entretejer los hilos de la provincia las que llevan a Isabel Carrasco a regir el partido tras el congreso de 2004. Y él es también la pieza maestra para conquistar el palacio de los Guzmanes; al fin y al cabo, *Pano* había sido el lugarteniente de los dos presidentes provinciales anteriores y, obviamente, a todos había sobrevivido.

El estrecho vínculo entre la presidenta y el diputado se deshizo en 2010. En aquel verano, le venció en su territorio, en la agrupación de

las Omañas, y después propició su renuncia a la alcaldía de Riello, en enero de 2011. La unión acabó en traición. Era un inevitable sino. Entre ambos se había establecido un duelo.

Después de que la política convirtiera al moroso en presidente de Caja España, ha de ser la justicia quien lo recoloque en su correcta posición, la de embargado por créditos millonarios impagados. Si el constructor Santos Llamas tuvo una oponente irrefrenable en la caótica gestión de la entidad financiera fue Isabel Carrasco. Ella atacó los manejos del adeudado presidente, los intereses cruzados con la agrupación empresarial Agelco, que parasitaba todos los erarios públicos, y las operaciones de sus más leales peones, el exalcalde socialista Francisco Fernández, también vicepresidente de la caja, y el exconcejal del PP y arquitecto Cecilio Vallejo, responsable de las promotoras Inmocaja y Viproelco.

Carrasco se convirtió en su bestia negra, emperrada como estaba en demoler el artificio de poder político y financiero que unos cuantos gurús habían levantado tomando como frágil base la fuerza especulativa de la construcción en León. Miles y miles de viviendas vacías, hasta la cifra récord de sesenta mil, en una provincia que año a año perdía población y una edificación lujosa e incesante en todo suelo público o privado, avalada por las arcas abiertas de Caja España, compusieron la carnavalada previa al ciego castigo de la crisis.

Ignacio Tejera Montano, artífice junto con Santos Llamas de Agelco y de sus diversas criaturas, presidente de la Federación de Empresarios Leonesa (2007-2008), yerno del presidente de la Cámara de Comercio, Lamelas Viloria, y también presidente de la ruinosa aerolínea Lagun Air alimentada por el combustible financiero de la Diputación en tiempos de García Prieto, y de la Consejería de Fomento, con Antonio Silván al frente, fue otro de sus grandes objetivos a abatir.

Carrasco ganó alguna de estas grandes batallas, que no la guerra, y combatió a estos nuevos salvadores disfrazados de masones, aunque finalmente se manchó con la misma codicia torpe, las dietas de kilometraje de Caja España.

En el último verano, la justicia vuelve a resituar a algunos de los personajes del poder financiero en Castilla y León. La Audiencia Nacional, a instancia de la fiscalía, ha admitido a trámite el pasado julio la denuncia presentada por la Unión de Consumidores de Castilla y León contra los expresidentes de Caja Duero, Julio Fermoso, y Caja España, Santos Llamas —hoy Banco Ceiss—, además de contra seis exdirectivos de la entidad por un posible delito de estafa en la comisión y comercialización de preferentes durante los años 2009 y

2010. Los denunciantes hablan de la mayor trama fraudulenta sufrida por España en la historia democrática y acusan también a los entonces directores generales Javier Ajenjo, de Caja España y firmante del salario de lujo al alcalde socialista Francisco Fernández, y Lucas Hernández, de Caja Duero. Además, implican a Antonio Fernández (director financiero de Caja España), Arturo Jiménez (director financiero de Caja Duero), Óscar Fernández Huerga (director comercial de Caja España) y, por último, el que fuera su homólogo en el cargo en Caja Duero. El juez de la Audiencia Nacional Eloy Velasco ya ha citado como imputados, para su interrogatorio en distintos días de octubre, a los ocho exdirectivos.

—¡El nuevo presidente de Caja España-Duero será Evaristo del Canto!

La noticia llegaba a primera hora de la mañana de un día de septiembre de 2010. Isabel siempre madrugaba.

—¿Cómo? ¿El que fue cesado como director general hace años, en medio de un lío tremendo y que se llevó una fortuna como indemnización?

—Sí. Pero precisamente por eso os llamo, estamos ante una nueva etapa. No hay que mirar atrás. La unión entre las dos cajas tiene que funcionar y necesitamos a un hombre con experiencia en el sistema financiero y que cuente con el consenso de todos.

—O sea que hay pacto PP-PSOE, entre Juan Vicente Herrera y Óscar López, ¿entiendo?

—Sí. No es tiempo de mirar hacia atrás, sino hacia delante. Del Canto es el que mejor puede hacer esta tarea. Es un profesional, tiene experiencia, sabe detrás de lo que anda. Te lo digo en serio, tiene toda mi confianza. Y os pido un margen de confianza. Todos nos jugamos mucho.

—Pero es un hombre de Fainé (La Caixa), al poco de ser destituido en León volvió a La Caixa y eso que, según me dijeron, tenía una cláusula de reserva durante un tiempo. ¿No será este el primer paso para que la caja acabe absorbida por los catalanes?

—No, no, no. Es el primer paso para hacer una caja limpia y saneada, después de tanto expolio y de que pasara por ella todo ese contubernio de los Agelco. Y la necesitamos fuerte, te lo aseguro. Créeme.

—¿Sin más absorciones ni fusiones en el horizonte?

—No es esa la intención.

Carrasco intentó desviar la mirada curiosa sobre la hemeroteca, pero el rastro de Del Canto estaba demasiado vivo en la memoria de los empleados de Caja España, ahora fusionada con Caja Duero.

Evaristo del Canto es un hombre de cincuenta y siete años cuando

regresa a la entidad como presidente en 2010. Es leonés, nacido en Roperuelos del Páramo (seiscientos catorce habitantes) y doctor en ciencias económicas. Inició su carrera en 1985 como director de la oficina de León Grup Caixa; poco después, ya era el delegado general de la zona noroeste, que incluía Castilla y León. Ingresó como director general en 1999 en Caja España, bajo la presidencia de Marcial Manzano —un hombre movido por la consejera Carrasco—. Es destituido en octubre de 2003 y un mes después se reincorpora a La Caixa como director de la zona centro y de Madrid, con unas novecientas oficinas a su cargo. Y ahora volvía.

En la cafetería Victoria, algunos no dan crédito a la noticia.

—Dejó muchas heridas abiertas entre empleados y directivos. Y, además, cobró una millonada por su despido y ni siquiera respetó la cláusula temporal de no volver a trabajar por un tiempo en la competencia. ¡Vaya jeta! —se lamenta un cargo medio de la caja.

—Solo obedece a Isidro Fainé; si incluso cuando estaba aquí perdía el culo cada vez que se enteraba de que Fainé tenía una charla o una conferencia en cualquier punto de España. Allí estaba él, en primera línea. Acabaremos todos hablando catalán —aporta otro interlocutor que le conoce desde muy joven.

Ante los grandes ventanales del viejo local en el que conversan los empleados alrededor de un café, aparece la fabulosa imagen de la Casa de Botines, sede de la caja. Uno de ellos deja vagar la mirada por la obra de Gaudí mientras reflexiona en voz alta.

—¡Qué poca memoria tenemos en León! ¿Es que nadie se acuerda de la demanda?

—¿La demanda? —pregunta el otro, dando confirmación a la amnesia colectiva.

El 3 de noviembre de 2003 fue presentada una querella ante el juzgado de instrucción número 1 de León por un grupo de consejeros generales de la entidad. Denunciaban la indemnización de 1,3 millones de euros recibida por Del Canto, tras un supuesto acuerdo alcanzado con el entonces presidente, Juan Manuel Nieto Nafría. La acción judicial no prosperó y fue archivada en 2005.

En enero de 2012, Caja España-Duero se convierte en la única entidad rescatada con dinero público que se ha negado a informar al Banco de España sobre el sueldo que recibe el presidente y la mitad de sus altos cargos. Acogidos a la Ley de Protección de Datos, Del Canto y su equipo escuetamente han precisado que la cúpula directiva percibe 3,2 millones de euros anuales.

El deterioro de la entidad convertida en banco se agrava. La caja sigue hundida por el peso de la construcción, es incapaz de atajar la

morosidad, está necesitada de sucesivas aportaciones del fondo de rescate y, para colmo, se descubre la multitudinaria estafa de las preferentes.

La poderosa mujer que avaló la solvencia profesional de Evaristo del Canto, se empeñó en que se olvidase su penoso primer capítulo en Caja España y le entregó públicamente su confianza, confesaría tiempo después su decepción. Mientras, la entidad caminaba de forma inevitable hacia la absorción por Unicaja.

—Me equivoqué y conmigo muchos otros. Pero te aseguro que yo creí… ¡Qué decepción! —Por una vez la altanera Carrasco admite un craso error.

En abril de 2014, el grupo Unicaja que domina ya el Banco Ceiss releva a Del Canto de la presidencia, aunque permanece como consejero ejecutivo.

El 25 de ese mismo mes, solo uno de los tres conductores llamados a testificar por el juzgado de instrucción número 3 de León declara que la presidenta de la Diputación acudió a varias reuniones de la caja en su coche oficial, no en su vehículo personal, y que era su chófer habitual el que conducía el Audi 6 en el que viajaba Carrasco. El testigo, el primero en dar validez a la acusación de malversación de fondos por dietas indebidamente cobradas, es el conductor de Evaristo del Canto.

Fue el mismo ser colectivo, el coro, con unos u otros miembros, el que fue socavando lenta y eficazmente el inestable pilar de la fama sobre el que se erigía Isabel Carrasco. Como una mano tenaz el desprestigio la hacía tambalear no sin razón, en muchos casos, pero sí sin equidad, en algunos otros.

En un alarde sencillamente zafio de amor y lujo, ella viajó a Nueva York a gastos pagados, incluso con su novio, Jesús López, aprovechando las vacaciones con las que la entidad financiera compensaba en septiembre de 2009 a cincuenta empleados, con sus parejas, por haber cubierto objetivos en la venta de seguros. Mientras Caja España debatía su fusión con Caja Duero y la auditora KPGM intentaba encajar unas cuentas alarmantes, Carrasco disfrutaba de siete de días de lujo en la ciudad de los rascacielos. Las imágenes de aquel alegre dispendio fueron difundidas por la revista *Interviú*. Lo que el escándalo omitió o al menos no resaltó con la misma y lógica crítica es que no solo la presidenta de la Diputación y vicepresidenta primera de la caja se benefició de un premio destinado a los empleados, ya que también el vicepresidente segundo y alcalde de León, el socialista Francisco Fernández, disfrutó de esa misma e impropia prebenda.

«Isabel Carrasco tratamiento de belleza» ya es un epígrafe

predictivo en el buscador Google. De inmediato surge: «La política de los trece cargos paga un tratamiento de belleza con la tarjeta de la Diputación de León», incluso tal acusación se incluye en el perfil de Wikipedia. Todo este asunto, difundido en 2012, se refiere a un gasto de 179,82 euros realizado un año antes, el 2 de abril de 2011, y abonado con la tarjeta para gastos de protocolo del PP en la Diputación. Que la compra fuera un bolso y una camiseta para una secretaria de presidencia como regalo de cumpleaños a casi nadie interesó, por más que el portavoz del Gobierno se esforzó en presentar los tiques del regalo; que cada uno de los grupos políticos de la Diputación cuente con una tarjeta similar para sus obsequios y gastos protocolarios tampoco motivó referencia alguna. La realidad no podía estropear un buen escándalo. Aunque lo realmente interesante sea cómo llegó a medios nacionales un recibo de compra cursado hacía más de un año. Quién había guardado con tanto celo este tique, quién podía acceder a estos datos y qué relevante cargo del partido acaba de perder su puesto de libre designación en la Diputación.

Solo una acusación tomó forma real y judicial contra Isabel Carrasco, las dietas por kilometraje de Caja España. Y precisamente la razón más terrible, su muerte, ha llevado al sobreseimiento del caso.

Quienes proyectan sobre titulares y alientan en las redes sociales la imagen de una política corrupta pueden estar acertados o no en su conjetura, pero ninguna condena judicial les respalda como prueba objetiva.

Una sociedad cansada de tanta iniquidad, anósmica ya ante semejante hedor y lacerada por la penuria, tiene ansia de ajusticiar a sus corruptos y eleva, con la fuerza emergente y tumultuosa de las redes sociales, hogueras para sus condenados en juicios sumarísimos. Da igual Isabel Carrasco que Bárcenas que Urdangarin que Pujol y que cientos de candidatos… la primera pieza cobrada, aunque sea en el horror de un crimen, será jaleada desde ese sentimiento de furia que ciega e idiotiza a la masa. Y eso no es justicia, sino linchamiento.

Ya es tarde para hacer justicia con Isabel. Está más allá del veredicto de las urnas y de las diligencias de los juzgados. No resta más que una causa en la que es actora silente, su propio asesinato.

Con ella se han ido no solo sus pasiones y zozobras, sino también los secretos que atesoraba. La política se escenifica, y no únicamente en León, bajo las directrices de una guerra fría, en la que se acopia información como armas, se encañona al rival para frenarlo o simplemente se custodia toda la potencia balística en los silos apropiados.

La información es poder y, para una inspectora del Cuerpo

Superior de Hacienda, investigar es su genuina misión vital.

La impunidad de la reina se enraizaba en el conocimiento de todos y cada uno de sus adversarios. Sabía de su fortaleza y sus debilidades, conocía sus intereses, sus vínculos y así preveía sus estratagemas. Los dosieres de Isabel Carrasco no fueron una leyenda, sino una realidad encarpetada que la acompañaba como un escudo protector.

¿Dónde están, quién los custodia y qué detallan? Es una pregunta por responder.

Las voces siguen propagando ecos, blandiendo espadas injuriosas contra la sombra de una muerta.

«Era una devoradora, una *amantis* religiosa». Quienes comentan en voz baja e hiriente el perfil sexual de la política proyectan sobre ella una ferocidad de hembra en celo, le achacan un tiempo promiscuo y, bajo esta perspectiva inquisitorial, escandaloso. De nuevo, Carrasco no es condenada tanto por sus hechos sino por su género, por ser mujer. Fariseos.

Las mismas actitudes o muy similares vestidas en masculino no suscitan tal censura ni invocación alguna de rancia moralidad, por el contrario, jalean la envidia o el halago de quienes incluso comparten la misma cultura judeocristiana. Se da por hecho que el poder en los hombres, ya sea político o económico, implica el incremento exponencial de sus dotes galantes y de sus cuerpos cavernosos. Y son muchos los políticos de Castilla y León, como del resto de España, de escasísimo atractivo viril, edad avanzada y trasnochado conservadurismo que, inopinadamente, resultan insuperables conquistadores de mujeres más hermosas y jóvenes que ellos. A lo peor no han reparado en que no se trata de un lance romántico, como algunos pretenden ver dentro y fuera de las sábanas, sino de una simple transacción pagada en metálico o en especie.

En este caso, el juego de dominio lo pudo plantear una mujer y esa es la auténtica piedra de escándalo. En una sociedad de cultura tan tremendista como mariana, la mujer puede ser virgen o puta en el tálamo, incluso ambas facetas, pero nunca hombre.

Y ella lo era. Una hembra alfa en su tribu.

Algunos hombres se acercaban a la poderosa dama sabiendo de su fragilidad femenina, de esa inseguridad que ella encubría con descaro, soberbia y brutalidad; se aproximaban a la abeja reina insinuándose como mancebos, exaltando deseos y buscando su favor mediante el halago tosco. Y ella les dejaba hacer o favorecía el enredo.

Ignoraban que el precio que deberían pagar por las gracias obtenidas no se limitaba a su galantería, sino que también incluía, tal

como dictan las leyes del macho, el dominio. Ser poseídos puede ser una afrenta y más por una mujer que exhibía la fuerza de su poder rayando, en ocasiones, en la humillación… Así que muchas veces el curso de una historia romántica avivada por la llama del interés culminaba en la hoguera de una traición.

Quienes excomulgan estas actitudes de las que Isabel hacía gala olvidan que ella no era una adúltera, que no mantenía su matrimonio al tiempo que se fundía con otros cuerpos, como tantos otros hombres, esos que se ejercitan en la duplicidad ya sea por respeto a un falso sacramento o a una sociedad matrimonial con estipulaciones mercantiles muy gravosas.

Quienes la repudian también omiten que ella no fue una gestante, como ha ocurrido en relevantes casos de la vida política masculina —por todos conocidos y por nadie públicamente comentados— en los que la infidelidad a la legítima esposa ha deparado, además, el fruto de una criatura para más escarnio de la engañada y como renta vitalicia para la mujer que ocupa el papel de «la otra».

Quienes lapidan a la presidenta nunca sentenciaron bajo esas mismas leyes moralinas a todos esos próceres, siempre casados, como manda la tradición, que convertían las instituciones que regían en una especie de harén, en el que las odaliscas se sucedían e incluso alguna caía en profundas depresiones previas a una sonada demanda por acoso sexual que, más por el poder del escándalo que por la condena estipulada en la ley, daba al traste finalmente con el donjuanesco regidor.

Quizá ella devoró a quien poseyó, solo quizá. Con ella se van sus secretos. Pero, sin duda, fue leal con quien amó.

Sexo y amor son dos palabras dulcemente aliadas, pero también pueden navegar en soledad.

Toda mujer entiende, con una sabiduría impresa en la piel, que las manos que tocan un cuerpo no siempre acarician el alma. Que el rapto del deseo no es el embrujo del amor. O más burdamente, que follar no siempre es amar.

Isabel luchó, amó, perdió o ganó. Vivió la vida ni como un hombre ni como una mujer, sino como una persona cubierta por la égida de una guerrera.

—Está rodeado de gente sana. ¿También en la política?

—Creo en la política, en los políticos. Ganarían más en lo privado. No se debe generalizar sobre sus defectos. Alguien tiene que tirar de este tren. Alguien tiene que tirar.

—¿Es feliz ahora, Del Bosque?

—Tengo las preocupaciones de la edad. La vida es más corta, el

kilómetro final está cerca, no sabemos dónde está. Por ejemplo, estuve en León, con la política asesinada. Me llevó a un centro de discapacitados graves; la conocían todos, iba allí muchísimo; era severa, la criticaban por eso. Pero era admirable con aquellos chicos. Y dos se vuelven locas y la matan. Es un mundo sin sentido. ¿Cómo va a ser uno del todo feliz?

Es Vicente del Bosque, quien «más que un hombre al uso que sabe su doctrina, es, en el buen sentido de la palabra, bueno», como dijo el poeta Antonio Machado en su retrato. Y el diálogo es el fragmento final de la entrevista publicada por *El País* el 30 de mayo de 2014. En su última pregunta, este maestro de vida y humildad, posiblemente el más auténtico emblema de honestidad en esta España infecta, muestra de una manera muy distinta a Isabel Carrasco Lorenzo. La ve con sus ojos, ni perdona ni condena sus errores, los ha oído relatar pero tampoco los conoce, solo recuerda la ternura que esa mujer desplegaba con aquellos chicos. Saber que fue abatida en una pasarela por unas asesinas enluta la felicidad de un hombre bueno.

Final

Nació mujer en un mundo de hombres, casi moderna en un tiempo antiguo, rebelde en un partido disciplinado, procaz en una sociedad farisaica. Y aprendió lo peor de su época, la corrupción, el sectarismo, la codicia, el clasismo, la ira y la tiranía, y ejerció gran parte de estos vicios. Pero su época no aprendió nada de ella, en la que también latía la inteligencia, la valentía, el esfuerzo, el trabajo, la innovación y la gestión. Algunos incluso supieron de su ternura.

Quizá por todas esas razones, prolijas en la enumeración, pero realmente ninguna válida en sí misma, murió ejecutada de una forma canallesca por gentes, mujeres, de su propia tribu. Asesinaron su cuerpo. Sirvan todas estas páginas plagadas de recuerdos, hechos y ficción para que no asesinen su recuerdo, la huella de una mujer con luces y sombras, con grandezas y miserias, con glorias y vilezas.

Adiós, Isabel.

La última reina de un viejo reino.

APÉNDICE DOCUMENTAL

Revolver Astra 6". 38
150 €
661.96 99 32
Pistola astra 100 €

Licencia
ANDAW2

Revolver Smith Wesson 586 .357
410 € Albacete
619.91 69 41

Revolver Colt King Cobra → .357 38 Special
Pistola Hck 9mm P.
630.65 06 32

• CARMEN •
Cosquillas
Nuevo.
Licencia F

Tiro chupito

↳ Trasporte a interrog de armas el nombre →

!!! Burgos 629.32 40 60 Demando 38.Sp 645€ ✓
Smith Wesson

León 629 85 3400
Colt 38sp. 200 €

Adulto

Bolígrafo 150 €
Portaminas 300 €
410 €

· Luis Alberto

C. externa → 4 ø 63 mm
C. pque → 17 ø 63 mm.

BAN 150 Mb: 5€/mes
15 €/mes

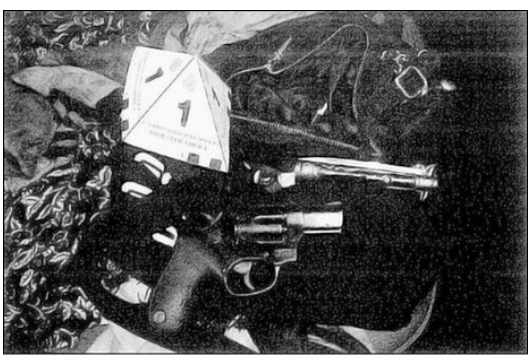
tarifa diaria → Alta gamma
399 €/día 25 Mb
> 4 = 86 €

Ac 24.541310 Com Prop. Cruz Roja Nº1
2096 0055 76 3293372604

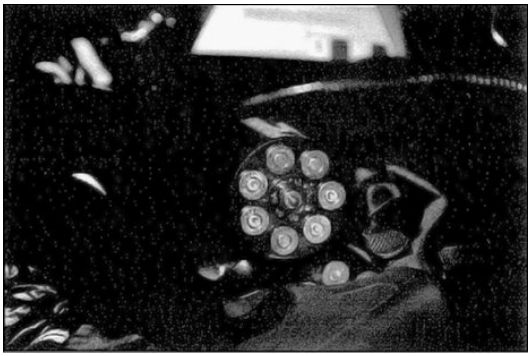
Jueves 22 → CAMPISTO

✓ freakshare
✓ rapidgator → 4€
✓ uploaded
✓ depositfiles → 14,33
→ filesho.ç

Nota manuscrita hallada en el registro judicial del piso de Triana sobre armas, contactos, características y precios. Al parecer pudo ser el resultado de una búsqueda a través de internet. Se han hecho pruebas caligráficas y hay quienes apuntan a Triana como autora de la misma, pero no hay constancia oficial.



Detalle del revólver y la navaja encontrados en el bolso pequeño.



Detalle del tambor (vista trasera), cargado con los cartuchos.

Detalle del tambor (vista delantera).

Fotografías del arma homicida. Los pies de fotos son del propio sumario (tomo II, pág. 297).

Vista trasera del vehículo.

Vista lateral del vehículo.

Tique del estacionamiento ORA encontrado en el salpicadero.

Coche de Triana y tique de la ORA (tomo II, pág. 243 del sumario).

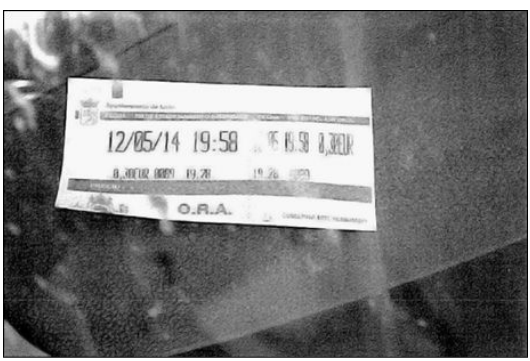
Una vez fotografiadas, han sido empaquetadas individualmente y remitidas a la Unidad Central de Análisis Científicos, Servicio Central de Analítica, Laboratorio Químico, de la Comisaría General de Policía Científica en Madrid, al objeto de **determinar la presencia de residuos de disparo,** o bien cualquier tipo de indicio de interés para la investigación, de cuyo resultado se dará oportuna cuenta a V.I., tan pronto haya finalizado.

Fotografía de los efectos recibidos y del contenido de los bolsillos.

Fotografías de las muestras enviadas.

Parte de la ropa que vestía la asesina confesa: parka, guantes y gorro, así como escrito de envío para su análisis de los residuos de pólvora (tomo II, pág. 275 del sumario).

Fotografía de conjunto del vehículo.



Detalle del tique del estacionamiento ORA que se encontraba sobre el salpicadero.

Fotografía de conjunto del habitáculo delantero.

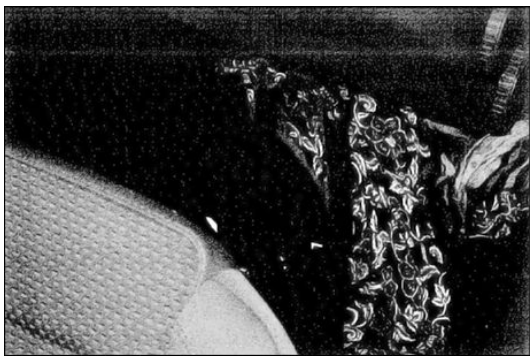
El coche de Raquel Gago, la policía, donde se halló el arma homicida (tomo II, pág. 294 del sumario).

Fotografía de conjunto del habitáculo trasero.

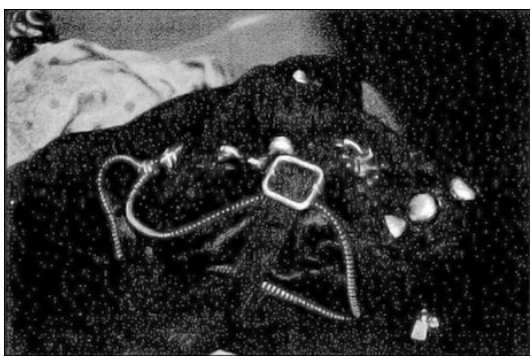
Conjunto del maletero.

Vista del pelo encontrado en el asiento del copiloto.

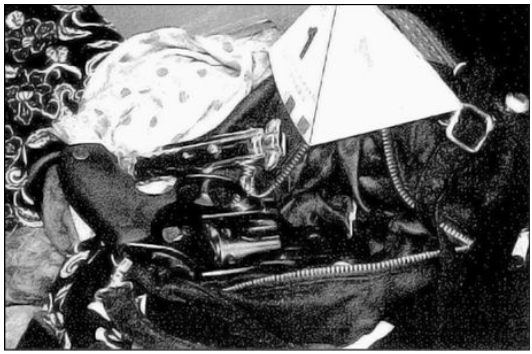
Habitáculo trasero del coche donde apareció el bolso con el arma homicida (tomo II, pág. 295 del sumario).



Vista de los fulares que ocultaban los bolsos con las armas.



Bolso que contenía las armas.



Revólver y navaja encontrados en el bolso pequeño.

Imágenes del bolso y los fulares con el revólver y la navaja hallados (tomo II, pág. 296 del sumario).

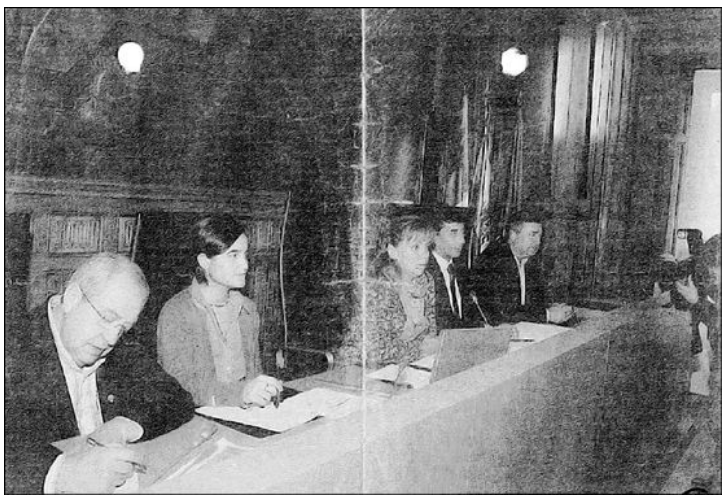
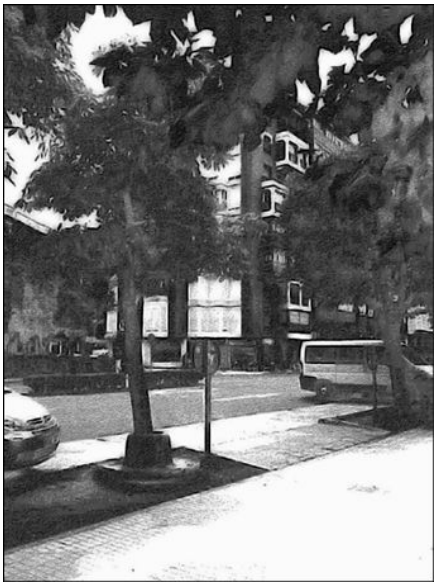


Foto de prensa que guardaba Triana, en la que aparece junto a la presidenta Isabel Carrasco (en el centro) y otros diputados en la exposición del plan de reemisores de la TDT.

Fotos del edificio en el que vivía Isabel. Su piso era el primero y ocupaba toda la planta que hace chaflán (tomo II, págs. 31-37 del sumario).



En el sumario se recogen estas imágenes, halladas en el registro de la casa de Triana. Son del edificio donde residía Isabel Carrasco, visto desde distintos ángulos: la superior, desde una rotonda próxima; la inferior, desde el paseo de la Condesa.

En el registro —y así obra en el sumario— aparecieron imágenes del vicepresidente de la Diputación, hoy sucesor de Isabel Carrasco, Marcos Martínez.

Fotografía de Isabel con Marcos y otros cargos, así como detalle de un asesor político de la presidenta, Pedro Vicente Sánchez.

Foto de Isabel con su pareja, Jesús, que también apareció en la casa de Triana.

Excma. Diputación Provincial de León

Habiendo resultado infructuosa la notificación realizada a doña Montserrat Triana Martínez González en el domicilio que consta como habitual en el Servicio de Recursos Humanos de la Diputación Provincial de León, según consta en el informe del burofax remitido por el Servicio de Correos, de conformidad con lo previsto en los artículos 59.5 y 61 de la Ley 30/1992 de 26 de noviembre, de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común, se procede a notificar a la interesada el trámite de audiencia en el expediente de declaración de lesividad de actos administrativos mediante la inserción de este anuncio en el Boletín Oficial de la Provincia de León y exposición del mismo en el tablón de anuncios del Ayuntamiento de su último domicilio conocido (León), para que, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 59.5 de la Ley 30/1992, de 26 de noviembre, de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas y del Procedimiento Administrativo Común, produzca los efectos legales de la notificación.

El expediente obra de manifiesto y a su disposición en el Servicio de Normativa y Procedimientos de la Diputación Provincial de León, Plaza San Marcelo número 6, de León.

Durante el plazo de quince días hábiles, contados a partir del día siguiente a la fecha de publicación de este anuncio en el Boletín Oficial de la Provincia de León, la interesada podrá comparecer para conocimiento del contenido íntegro del expediente y formular las alegaciones que considere convenientes aportando cuantos documentos estime pertinentes.

En León, 1 de abril de 2013.–El Presidente en funciones (por delegación de firma de la Presidenta, resolución número 4242/2011, de 19 de julio), Martín Marcos Martínez Barazón.

2971

Declaración del expediente de lesividad, el último pleito pendiente que se supone fue la espoleta del crimen.

Reconocimiento

Por la información facilitada y la cesión de sus fotografías para este libro, queremos dar las gracias:

Al director general de *La Nueva Crónica*, Raúl de las Heras Jiménez, por su generosidad en la cesión de la obra de Mauricio Peña de Haro. Al periódico digital *Ileon*, dirigido por Antonio Vega, y especialmente a Carlos J. Domínguez. Al diario digital *Leonoticias*, dirigido por Javier Calvo y bajo la gerencia de Yolanda Barrientos. A *El Bierzo Digital*, a su director, Alejandro García Nistal, y su redactora jefa, Violeta Rodríguez Oria, por sus exclusivas imágenes. A *El Comercio de Gijón*, gracias. Al fotógrafo Peio García por sus espléndidas imágenes. A la agencia de comunicación y diseño Los de 3ddb, por su colaboración en las infografías, y especialmente a Raúl Renzi, Paco Ortega y Carlos Castillo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Los de 3ddb, S. L., 2014
© La Esfera de los Libros, S.L., 2014
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com
Fotografías de interior: Mauricio Peña, Luisma Guerra, Peio García, Di Lolli / *El Mundo, El Bierzo Digital, La Nueva Crónica, Leonoticias y www.dipuleon.es*
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014
ISBN: 978-84-9060-254-6(epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.